

The image shows the front cover of an antique book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, often referred to as a 'stone' or 'shell' pattern, featuring swirling, organic shapes in various shades of brown, tan, and black. The marbling is dense and covers the entire surface. On the left side, there is a white rectangular label with the word 'CIÓN' printed in a serif font. The label is partially obscured by a small piece of clear tape or a repair. The edges of the book are slightly worn, and the overall appearance is that of an old, well-used volume.

CIÓN

086 1240

1901

CR2

BT1240

D4

c.1



1080043043



E#46#90

215



PENSAMIENTOS

DE UN

CREYENTE CATÓLICO.

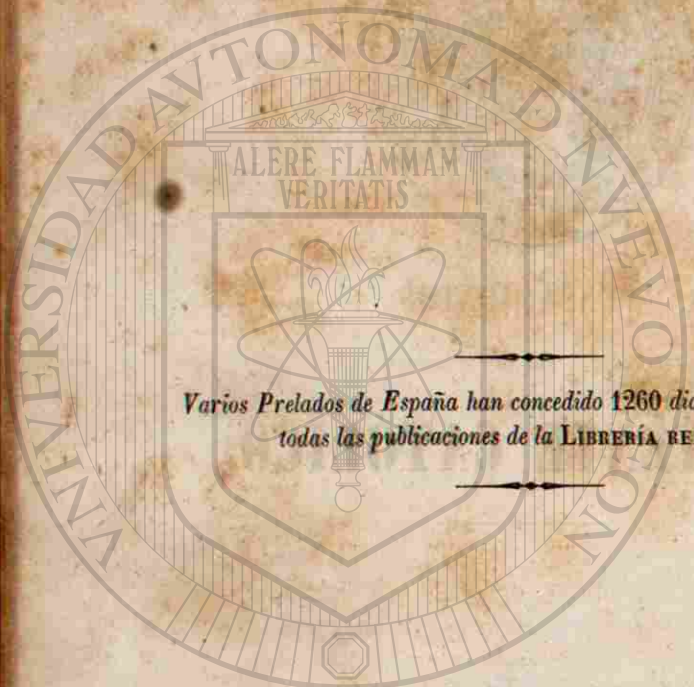
JUAN L

140

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Varios Prelados de España han concedido 1260 días de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

PENSAMIENTOS
DE UN
CREYENTE CATÓLICO,

Ó SEAN
**CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS,
MORALES Y RELIGIOSAS**

SOBRE EL
MATERIALISMO MODERNO
Y OTROS PUNTOS,
COMO EL ALMA DE LAS BESTIAS, LA FRENOLÓGIA, EL SUICIDIO, EL DUELO,
Ó DESAFÍO, Y EL MAGNETISMO ANIMAL,

obra
DESTINADA GENERALMENTE Á LA JUVENTUD ESTUDIOSA,
Y ESPECIALMENTE Á LOS JÓVENES
QUE SE DEDICAN AL ESTUDIO DE LA MEDICINA, DE LA JURISPRUDENCIA, Y Á LOS
QUE SE CONSAGRAN AL ESTADO ECLESIASTICO.

por
P. J. C. DEBREYNE,
doctor en Medicina de la Facultad de París, profesor de Medicina práctica,
presbítero, y religioso de la Gran Trapa.

traducida al español

DE LA TERCERA EDICION.

Yo no veo en el filósofo materialista
mas que un sobsta de mala fe.
(J. J. ROUSSEAU).

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.— IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 17.

1854.



BT 1240
D 4



Esta traducción es propiedad de su Editor.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leído y examinado el libro intitulado: *Pensamientos de un creyente católico, ó sean Consideraciones filosóficas, morales y religiosas sobre el Materialismo moderno, y otros puntos*, compuesto por P. J. C. Debreyne, nuevamente traducido al idioma español, en el que he visto con satisfaccion que el célebre cenobita Debreyne á mas de demostrar la futilidad é irracionalidad de varios sistemas materialistas sobre el origen de las ideas, y confundir el Materialismo, que con vanas y sofisticas teorías degrada al hombre hasta hacerlo un mero autómata, deja establecida y probada con evidencia la espiritualidad del alma humana, abriéndose paso con este principio para serias y sábias consideraciones sobre el suicidio y el duelo.

No es menos recomendable la misma obra por el exámen fisiológico, filosófico y moral que hace del magnetismo animal, tan decantado en nuestros dias. En ella descubre el autor las verdaderas causas de los admirables efectos, que se pretenden obtenidos á beneficio del flúido magnético, cuya existencia demuestra ser una quimera. Sus doctrinas, unidas á las piadosas y cristianas reflexiones con que van acompañadas, hacen la obra digna de ser publicada, traducida en nuestro idioma, mayormente en unos tiempos en que se abusa de todo para corromper la sana moral y los sagrados dogmas de nuestra santa Religion. Por tanto, no habiendo hallado en ella nada que sea contrario á lo uno ni á lo otro, soy de parecer que su publicacion puede ser de utilidad; principalmente á la juventud que se dedica al estudio de la Medicina, Derecho, y á la que se consagra al estado eclesiástico, á quien va dirigida.

Barcelona 29 de julio de 1833.

José Jacinto Clotet, Pbro. y Maestro en sagrada teología, de la Orden de Predicadores.

APROBACION.

Barcelona trece de agosto de mil ochocientos cincuenta y tres: En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima esta obra.

DR. EZENARRO, Vicario General.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCION.

Todo dimana de las doctrinas: costumbres, educacion, literatura, legislacion, política, civilizacion, la sociedad entera, son las doctrinas las que las forman. Si estas son puras y elevadas, es decir, espiritualistas, los espíritus tienden y gravitan hácia su centro, que es la verdad; se desarrolla el órden intelectual, y se perfeccionan las inteligencias; el órden moral extiende tambien su benéfico imperio, ejerce su dulce y benigna influencia sobre la sociedad, y los pueblos son libres y felices, porque no cabe dicha sino en el seno de la verdad, y allí únicamente se encuentra el reposo y la libertad verdadera; tan cierto es que la verdad es el principio vital del hombre, de la familia, de la sociedad, y del género humano.

Al contrario, si las doctrinas son bajas y terrenas, es decir, materialistas, las inteligencias degeneran, se enervan, y se apagan al fin sofocadas bajo el peso de la duda y del error: todo se desorganiza y deprava; rómpese el freno moral, el edificio social se desploma, y las pasiones humanas desencadenadas y sin guia ejercen sobre el mundo el terrible imperio del desórden en un caos intelectual, moral y social. Ved ahí el carácter de nuestro

siglo. No, nunca en época alguna de la historia humana se vió una degradacion intelectual y moral tan profunda. Jamás se vió á los hombres buscar con tanto ardor los placeres de los sentidos y los goces materiales, lo que prueba que nos hallamos en el reinado del error, de las teorías de la muerte y de la nada, de la anarquía filosófica, intelectual, moral, política y social, es decir, en el reinado de las doctrinas materialistas.

Se dirá tal vez que no se trata ya de Materialismo ni de Ateísmo, y que antes bien se nota una reaccion religiosa en todos los espíritus. ¡Pluguiese á Dios que fuese cierto! Veámoslo, con todo, y procuremos apreciar las cosas segun su valor.

Conviene no hacerse ilusiones sobre la naturaleza de la crisis que al parecer se está obrando hoy dia en la sociedad, pues observando con atencion no es posible desconocer que esta crisis, ó este trabajo filosófico y religioso que se practica, no es de naturaleza tal que pueda producir creencias firmes, convicciones vivas, profundas, invariables, y capaces de dar buenos frutos, por los cuales se debe juzgar de las cosas.

Las buenas doctrinas traen las buenas acciones y las buenas costumbres, y al revés, así como las flores que producen la buena ó mala fruta, segun su cualidad. Ahora bien, estas buenas acciones, estas buenas costumbres, no las veo yo aun, antes sí observo todo lo contrario: de lo que concluyo lógicamente, que nada hay variado en el fondo, y que las malas doctrinas, cualquiera que sea su forma y su nombre, continúan dominando en el mundo moral é intelectual, derramando en la sociedad los principios de todos los errores y de todos los vicios, y con ellos gérmenes terribles de trastorno, de anarquía y de disolucion.

Si se insiste en sostener que las doctrinas materialistas han caido, responderé, comparándolas todavia con las flores, que si es así, han desaparecido á la manera de estas para dejarnos los frutos. ¿Y qué frutos? ¡ay! frutos llenos de veneno y de amargura, frutos de iniquidad, de destruccion, de sangre y de muerte; testigos los suicidios y los duelos, que mas que nunca desolan las familias, y hacen estremecer la sociedad.

Hace algunos años que se habla mucho de un movimiento religioso, de un retorno á los buenos principios, y hasta se pre-

tende que el poder de la Religion, y un sentimiento vivo de la necesidad de las verdades y creencias religiosas, arrastran, sujetan y dominan, no solo las masas, sino tambien las eminencias sociales; y si no me engaño, tal es en la actualidad la opinion general de la Francia.

No nos dejemos seducir con frases sonoras y pomposas; penetremos en el fondo, y veamos en qué consiste esta tan cacareada reaccion religiosa. Á mi modo de ver no pasa de un cambio de lenguaje, y es mas bien efecto de urbanidad, de la amenidad y mollicie de nuestras costumbres, que todo lo respetan y toleran, y de la cortesania que se usa en los discursos, la que rechaza con desden el cinismo volteriano, y la repugnante impiedad del siglo XVIII. Hoy se avergüenza uno de ser groseramente impío, materialista ó ateo, pues esto no es ya de buen tono; pasó la moda, es ya gastado, y hay necesidad de un nuevo idioma social mas delicado, mas ático, mas espiritual, de formas mas finas y pulidas, que se gastarán del mismo modo que las pasadas.

Si el Materialismo y el Ateísmo no existen hoy en las palabras, subsisten por entero en las acciones. En nada han cambiado la conducta y las costumbres de los hombres: se habla mucho, y no se obra, ó mejor dirémos, se habla bien, y se obra mal, porque es mucho mas fácil hablar sábiamente de la Religion, que practicarla fiel y sinceramente.

Podríamos persuadirnos tal vez que esta especie de reaccion conducirá siquiera al exámen, y que al fin la instruccion religiosa acabará por traer el reinado y el triunfo de la verdad. ¡Nueva ilusion! Esta lisonjera esperanza se desvanece al considerar que no se desea sino el Cristianismo renovado, perfeccionado, *racionalizado*, es decir, que en el fondo se está nutriendo un odio secreto, y mas ó menos profundo contra el Catolicismo: este es el misterio: solo que cierta clase de la sociedad invoca con todos sus votos y deseos el *Racionalismo*.

Y en efecto, ¿no se ha dicho no hace mucho que «el Cristianismo decrepito y enmohecido vacilaba en su base como un templo viejo y ruinoso; que no siendo suficiente para las necesidades de nuestra época, debia hacer lugar á una religion nacional, fuerte en juventud y en porvenir, proporcionada á nuestras insti-

«tuciones, positiva, y progresando á la par con el espíritu social; «que ya había llegado el momento en que debía dejarse el Catolicismo, porque no era sino una petrificación del pensamiento, un «fósil moral, un resto inútil de tiempos que ya pasaron?» ¡Ignorantes é insensatos habladores! Sabed, pues, hombres atrasados, filósofos del oscurantismo, sabed que lo que es divino es perfecto por su naturaleza y desde su origen, así como lo humano es necesariamente imperfecto, caduco y perecedero; que lo que es divino nunca pasa ni se gasta, y que por lo contrario lo humano es lo único que se usa como un vestido: el Cristianismo se remonta al origen de las cosas, que no acabará sino con el tiempo, y que es siempre antiguo sin que deje de ser nuevo; que es la verdad que no puede envejecer, porque es divino, y por lo mismo no puede recibir de los hombres ni progreso ni perfección.

No falta quien en su impiedad se atreva á afirmar que el Cristianismo, si bien es un inmenso hecho histórico, no deja de ser un compuesto, una reunión de mytos, de símbolos y de alegorías; y si tal es, yo sostengo que no hay historia: en este caso niego la realidad de las historias griega y romana; no hay certeza moral entre los hombres, y el Escepticismo será una necesidad lógica.

La razón humana hace esfuerzos para someterlo todo á su vasto imperio, hasta aquello que es inaccesible á su acción, porque es superior á su dominio, como la fe y los dogmas religiosos, ó la revelación divina: esta razón humana, celosa y orgullosa soberana que no quiere provenir ni creer sino en ella misma, se hace adorar en algún modo con el nombre de ciencia; y el culto que exige de sus devotos no es nada menos que el homenaje de sus luces, de sus conocimientos y de sus talentos: pero siendo esta reina decaída impotente por sí misma para elevar y ennoblecer verdaderamente al hombre, se deja este subyugar por los sentidos; sujeta á su imperio la inteligencia, y se acostumbra á no juzgar sino según su capricho. ¿Y qué resulta? Que en este tiempo de *intuitismo* y de *positivismo* el hombre ya no cree mas que lo que coge y comprende, y no admite sino lo que ve y palpa: necesita de lo positivo, es decir, de lo material, porque se halla hambriento de goces materiales; y de ahí el gusto dominante y el estudio de las ciencias naturales: fastidiado y cansado el espíritu humano de las grandes

verdades intelectuales y morales, no se ejercita ya sino sobre las ciencias físicas, no tiene casi otro *pasto* que la potencia del vapor, la combinación del gas y de los flúidos imponderables; en una palabra, busca el modo de materializarlo todo, hasta su mismo ser y sus mas nobles facultades. Y sino ¿qué es lo que hoy inspira á la juventud esta aversión, este horror hasta para los estudios de alta filosofía, de metafísica y de todo lo que cree abstracto, sino la torpeza y la pereza del espíritu, unidas á una sed inmensa de placeres físicos?

Otra clase de hombres, que forma la grande mayoría de la sociedad, tiene un respeto comun y mas ó menos estúpido para todos los cultos, hasta para los mas diferentes y opuestos entre sí, ó mas bien afecta una indiferencia igual para todos ellos, con el fin de confundirlos todos en un comun desprecio: así se verifica hoy la palabra profética de Bossuet: Llegará dia en que todo será indiferente, menos los placeres y los negocios; llegó pues este reinado del indiferentismo religioso y filosófico.

Todavía se cuentan entre los plebeyos y en la clase ínfima, no diré ya entre los esquimales ó los hurones, sino en Europa, en el centro de la civilización francesa, un gran número de seres humanos tristemente embrutecidos por los sentidos: estas criaturas degradadas no tienen de humano, por decirlo así, sino la figura y la palabra, ninguna idea que les eleve sobre la materia; ningún pensamiento, ningún sentimiento religioso ni moral; están, en una palabra, dominadas por sus apetitos carnales, y entregadas vergonzosamente á todas las pasiones animales. ¡Este es el hombre! ¡Á esto viene á parar el rey de la creación, sin la lumbrera de la fe religiosa, y abandonado á la luz pálida de su débil y sola razón!

Esta triste y profunda degradación moral é intelectual es uno de los frutos de muerte que la filosofía materialista ha producido en el seno de la Francia, en la nación mas civilizada de todo el universo; ¡y se dirá todavía que no hay Materialismo!

Finalmente, hay aun algunos hombres soberbios, quienes por libertinaje de espíritu y de corazón afectan desdeñosamente no dar crédito casi á ninguna verdad, sobre todo á las que les importunan, les trastornan y condenan. El primer principio de estos filósofos escépticos es el desprecio de todos los principios: según

ellos, no hay de cierto ni de rigurosamente probado mas que las ciencias físicas, las llamadas exactas, las matemáticas y la geometría; todo el resto es dudoso: en su delirio insensato quieren que se pruebe, que se demuestre matemáticamente la verdad de los principios de la filosofía, de la moral, de la religion, de la educacion, de la sociedad, etc. No dudan sino porque no quieren creer, y no creen porque no quieren practicar. Si para las pasiones humanas hubiese algun interés en negar ó disputar los axiomas de la geometría, habría gentes que los negarian: así que la incredulidad filosófica crea la incredulidad absoluta, la incredulidad religiosa, moral y social, es decir, en último análisis, la abolicion de todos los deberes del hombre hácia Dios y hácia la sociedad.

Tal es el término fatal y necesario de estas teorías de la muerte y de la nada: no se necesita gran penetracion para conocer que el principio de todos estos errores, de esta anarquía filosófica, intelectual, moral, política y social, proviene evidentemente del Protestantismo, que es el padre de la filosofía moderna, de esta filosofía del siglo XIX, que bajo el nombre de Eclectismo se ha proclamado superior á todos los sistemas filosóficos: el Protestantismo ha sido, como se sabe, el primero que levantó el estandarte de la rebelion contra la autoridad espiritual y temporal; el que ha opuesto la razon individual á la autoridad de la Iglesia y de la tradicion religiosa, es decir, la razon humana á la razon divina, ó el hombre á Dios. De ahí el principio de la anarquía universal que hoy produce el malestar y las inquietudes que trabajan y atormentan mas ó menos á todos los pueblos de la Europa.

Espíritus de orgullo y de error, hombres sin entrañas ni amor, no amais sino á vosotros mismos; no queréis la verdad, porque es contraria á vuestras obras; odiais la luz, porque siendo malas aquellas, queréis ocultarlas en la sombra; pero las malas obras proceden de malos principios; luego vuestra filosofía es mala, falsa, embustera, pues que produce malos frutos; porque en la naturaleza del error y de la mentira está el concebir el pensamiento del mal y el procrear la iniquidad.

Ved ahí el abismo que se abren estos espíritus que no creen y que no admiten sino las verdades matemáticas. Poderosos lógicos que no teneis fe sino por los axiomas y por los teoremas de la geo-

metría, ¿quién os ha revelado esta certeza infalible de la geometría, este pretendido *criterio* de certidumbre y de verdad?

Sabed que los primeros principios de las matemáticas y de la geometría no están mejor probados que los principios universales de la filosofía y de la moral, y aun me atreveré á asegurar, que muchos lo son menos que las nociones mas sencillas que tenemos sobre la actividad de la inteligencia ó del alma humana, y sobre la pasividad, la inercia y la extension de la materia; sobre las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc.; ó mas bien, estas últimas verdades de un orden superior no se prueban; se justifican porque se presentan al espíritu evidentes y luminosas como hechos, como principios, y como verdades primitivas: por esto es que la existencia de Dios, de los hombres, de los cuerpos y de la materia no se prueba, sino que se justifica.

Si negais estas verdades, con mayor razon debeis negar las verdades matemáticas; es menester negar la razon humana, negar el hombre: y entonces con los ojos cerrados, y sentados encima de un sepulcro vacío, reinaréis en el silencio de la muerte sobre el imperio vasto de la nada.

¿Quién será capaz de encontrar un remedio para esta herida incurable, para este mal desesperado? ¿Qué soplo será bastante fuerte para reanimar y dar vida á esta osamenta árida? ¿Cómo hacer oír la voz de la verdad y de la razon á hombres que no tienen mas regla de toda verdad que su propia razon, «y que semejantes á estos fariseos presuntuosos de quienes nos habla san Juan, nos dicen fria y dogmáticamente: Somos sábios porque «lo somos, y vemos porque vemos, *quia videmus*»¹»

No escribimos para estas almas secas y manchadas con la impiedad, para estos hombres gangrenados y enterrados ya en las tinieblas de la muerte: sería necesaria una voz fuerte, la voz que rompe los cedros, la voz que hace levantar á Lázaro de las entrañas del sepulcro; en fin, sería menester el soplo vivificante de arriba para reanimar estos cadáveres ya fétidos, y sacarles de las sombras de la muerte; ¡Dios les haga por su gran misericordia este milagro!

Y porque se habla mucho de movimiento, de reaccion religio-

¹ Carta pastoral del obispo de Troyes.

sa, ¡se atreverán á decir que ya no hay Materialismo! Mejor seria decir que no hay fraude en los negocios, porque se habla mucho de probidad: mas volvamos al Racionalismo, *nuevo sistema religioso* que el supuesto movimiento de retroceso creará ignominiosamente, y que conducirá por necesidad al *Naturalismo* y al *Panteísmo*¹. No digo Ateísmo, porque esta palabra no puede tener aceptación en el siglo del bello-espíritu, en el que ha llegado á ser calificada de bárbara, desacreditada, gastada y destruida. Ahora es necesario inventar nuevos términos para explicar en el fondo las mismas cosas; tan cierto es que los cambios no existen sino en la forma y en el lenguaje, y que la reaccion religiosa no existe sino en los huecos racionios de nuestros utopistas modernos. Hay mas; pensamos, y no tenemos inconveniente en decirlo, que no es posible una regeneracion religiosa y social con la enseñanza universitaria actual, y que no puede progresar la sociedad en el sentido religioso, moral y social, sino con una educacion religiosa, una enseñanza y un cuerpo instructor, animados del espíritu vivificante del Catolicismo, que es una potencia eminentemente social y civilizadora.

Ya en la época de la restauracion en 1818, el Sr. de Bonald habia escrito: «Es preciso decirlo; el Gobierno quiere establecer un sistema general de *instruccion* pública fundado sobre los preceptos de la religion cristiana, y sobre la moral que ella enseña, y que solamente ella puede sancionar; pero al lado de estos medios de instruccion hase levantado hace ya tiempo un sistema combinado de *destruccion*, cuya enseñanza tiene por base las máximas de una filosofía, que de la materia forma á Dios, la religion de la historia natural, y la moral de la fisiología².»

No parece sino que estamos dominados todos mas ó menos, y sin que lo sospechemos, por la maligna influencia de la filosofía ecléctica y *doctrinaria*, es decir, por el Protestantismo, en el sentido que los hombres se abandonan generalmente á su razon particular, y cada inteligencia se retira en la soledad y en el indivi-

¹ Estamos ya en ellos, como nos lo demuestran una porcion de nuevos escritos panteísticos.

² *Reflexiones filosóficas sobre los principales objetos de los conocimientos morales*, tomo II, pág. 339.

dualismo: este es el motivo de la ausencia de unidad en las doctrinas, de la disidencia y de las incesantes fluctuaciones en las ideas y en las opiniones sobre todas las cuestiones vitales de la humanidad y de la sociedad; quiero decir, la filosofía, la religion, la moral, la educacion, la política, la legislacion, la jurisprudencia, la teología, etc. Yo no puedo sino indicar aquí el remedio á tamaño mal.

Segun mi sentir, no podrá encontrarse mas que en la union intelectual y moral; porque solo en la union se halla la fuerza y la verdad, mientras que en el individualismo ó en la soledad no se halla sino debilidad y error. Al gran poder del Catolicismo toca, pues, eminentemente el regenerar el mundo intelectual, moral y social; y yo no dudo que uno de sus mas poderosos medios de accion no sea el espíritu de asociacion para la enseñanza, junto con la unidad en las doctrinas.

Creemos á mas que llegó ya el tiempo de ensanchar y de emancipar la instruccion clerical postergada, sentándola para en adelante sobre bases ámpliamente científicas. El clero debe ser hoy lo que fue siempre, la lumbrera de las inteligencias y la luz del mundo, *lux mundi*: el clero es en efecto llamado para ejercer en la sociedad una influencia inmensa de luces, de saber, y sobre todo de virtud: es necesario, pues, que se apodere de la mayor parte de las altas ciencias modernas, especialmente de las naturales y fisiológicas, para que vuelvan en favor de la Religion, y derramen nuevas claridades propias á la vez para revelar plenamente el hombre moral, y para disipar las tinieblas que los siglos han acumulado sobre ciertas cuestiones de ética ó de teología moral.

Que derrame, pues, el alto clero la ciencia y la verdad en las inteligencias jóvenes y robustas; que las haga marchar con el siglo y seguir los progresos del espíritu humano; porque es preciso confesarlo, ha llegado á ser una necesidad social y de la época, que estamos mas ó menos obligados y condenados á llevar.

Al cuerpo episcopal toca especialmente y le está encargada la noble tarea de trabajar en esta santa y grande obra de la regeneracion clerical; á él le incumbe el escoger, entre los jóvenes levitas que se le tienen confiados, los individuos mas distinguidos pa-

ra lanzarlos en las regiones altas de la ciencia, y entregarles un día la pública enseñanza... Y ¿quién sabe si por este medio no se llegará á crear una verdadera universidad católica, y á hacer con la alta instrucción científica lo que practican por la educación religiosa estos modestos y virtuosos apóstoles de la moral nacional, los humildes Hermanos de las Escuelas cristianas? Tenemos la confianza que la fuerza de las cosas, la fuerza de la verdad y de las convicciones católicas sabrá triunfar de la mentira y del error, y abrirse paso tarde ó temprano al través de todos los obstáculos.

Creemos haber bosquejado, en el sentido filosófico y religioso los matices principales de la sociedad de la época actual; y de las reflexiones que arrojan se ve con evidencia la grande necesidad de sembrar en los corazones las semillas de las verdades y de las convicciones, para predisponerlos á las virtudes religiosas, morales y sociales. Con este solo objeto ofrecemos á la juventud algunas consideraciones capaces de nutrir las inteligencias con su noble alimento, la verdad; de elevar á las almas á la altura de su naturaleza, y en fin, de inclinar los corazones al amor del orden, de lo honesto, del bien y de la felicidad.

Busquemos, pues, esta verdad con todas nuestras fuerzas, y nada más que la verdad; todo lo demás pasa, desaparece, nos escapa; la misma tierra huye bajo de nuestros piés; solo la verdad se queda inmóvil y en pié en medio de las ruinas de todo lo humano.

Ó interesante juventud, esperanza noble de la patria, que todavía estás libre del error y de las doctrinas de la nada; no te dejes seducir por las ilusiones de la mentira y de la filosofía falsa; que no te ciegue el encanto de los placeres frívolos, ni el amor de los bienes de esta tierra; puede que corras tras de una sombra, tras de un fantasma de felicidad que juega y huye sin cesar de tí, para irse á disipar en la noche del sepulcro... No creas, no, en las dichas ilusorias, en las falaces promesas de las pasiones, porque estas no cumplen jamás lo que prometen, antes por el contrario, bajo seductivos exteriores ocultan la amargura, el trastorno y el remordimiento... Tu corazón no puede satisfacerse con lo que es pasajero: alza más arriba tus miradas, y nunca te olvides de que el corazón del hombre tiene apetitos y deseos que nada de

terrestre podrá jamás saciar: Dios solo, que lo ha creado para sí, y que es su centro y su fin, puede satisfacerle y llenarle.

Juventud generosa á quien animan sentimientos elevados, á quien inflama un noble instinto, y á quien un amor inmenso encanta y transporta hácia todo lo hermoso, lo grande y lo sublime, sabe que no hay nada grande y hermoso sino la verdad: solo la verdad es digna de tí; ella nutrirá y engrandecerá tu alma pura y virginal; este noble alimento le encontrarás en la filosofía cristiana; en este manantial puro hallarás las fuerzas que te faltan para combatir á todos los errores, y convicciones aun más fuertes que todos los errores juntos. Acuérdate de estas palabras del filósofo ilustre que he citado ya, del Sr. de Bonald: «Todo lo debemos á «la Religión: fuerza, virtud, razón, luces; y al preferir á ella una «filosofía que por la ciencia de sus opiniones y la molición de sus «máximas conduce los hombres á la rebelión, y obliga á los Go- «biernos á emplear el despotismo, somos unos insensatos y unos «desagradecidos, pues que abandonamos á una esposa que hace «nuestro bien, para correr en pos de una cortesana que nos ar- «ruina ¹.»

La filosofía cristiana te mostrará el camino de la vida y de la ventura; te hará apreciar en su valor todas las ocupaciones de la vida humana; te enseñará á juzgar sanamente de los hombres y de las cosas; á no confiarte demasiado en los unos, y á no hacer depender de las otras tu felicidad, y sobre todo te enseñará lo que tan difícil es de aprender, á convencerte á tí mismo.

Esta filosofía te dará reglas fijas y seguras para llenar como verdadero sabio tu destino en esta tierra; te comunicará la fuerza de poner un freno á tus pasiones; te inspirará la moderación en los deseos, el amor de los deberes, y el valor de la virtud; finalmente, esta doctrina celestial te conducirá con seguridad por el camino del tiempo, y al través de las agitaciones de esta vida pasajera, para que entres en otra mejor, en la morada de la paz, en el reposo de la patria eterna y verdadera.

Nos proponemos echar una ojeada rápida sobre las formas principales del Materialismo moderno, y la haremos preceder por una nueva manera de considerar la universalidad de los seres terrestres

¹ Reflexiones filosóficas, tomo II, pág. 335.

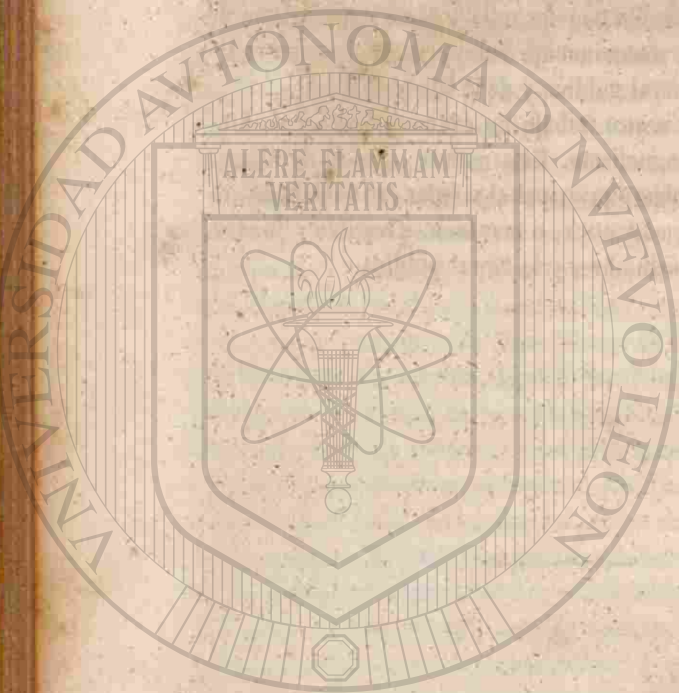
y las leyes que los rigen. Clasificamos estos seres en cuatro secciones ó reinos, que corresponden á las cuatro grandes leyes primordiales, que creemos que gobiernan á toda la creacion, y son: 1.º el reino mineralógico, que crece; 2.º el reino fitológico, que crece y vive; 3.º el reino zoológico, que crece, vive y siente; 4.º el reino antropológico, que crece, vive, siente y piensa. Las cuatro grandes leyes primordiales que los dominan y los rigen son: 1.ª la fuerza atractiva ó la atraccion; 2.ª la fuerza vital vegetal; 3.ª la fuerza vital sensitiva; 4.ª la fuerza ó la potencia inteligente.

Expondremos brevemente el Sensualismo de Locke, de Condillac y de Destutt de Tracy, al que añadiremos una nota crítica sobre la parte filosófica ó psicológica de la fisiología de Richerand. Señalaremos el Eclectismo anticatólico y el Panteísmo moderno. Luego pasaremos al Materialismo de Cabanis, de Georget y de Broussais. En seguida, dejando este laberinto de errores, entraremos en el dominio de la verdadera filosofía. Indicaremos un sistema de ideología conforme á los principios de la sana filosofía, ó mas bien presentaremos un resumen analítico y razonado del sistema filosófico del Sr. Laromiguière, sobre las causas y los orígenes de las ideas. Diremos algo de la teoria hermosa del ilustre señor de Bonald, y haremos ver que esta doctrina admirable se halla en perfecta armonía con la historia de nuestros primeros padres, tal como la tenemos de los autores sagrados; y con el objeto de esclarecer este punto difícil de metafísica ó de psicología, añadiremos un corto exámen de fisiología ideológica, que terminaremos por la exposicion de algunos argumentos que establecen invenciblemente la espiritualidad del alma humana, y de algunas reflexiones morales y religiosas.

Concluido este exámen general se encontrarán muchas noticias sobre asuntos que se refieren al Materialismo: 1.º una sobre el alma de las bestias; 2.º un exámen de frenología, en el que diremos algo sobre la relacion que atribuyen los frenólogos con la filosofía, la religion, la moral, la legislacion, la jurisprudencia criminal, la educacion, la política, etc.; pero nos dedicaremos con mas particularidad en hacer resaltar sus tendencias marcadas hácia el Materialismo. Presentaremos un capítulo especial sobre la frenología nueva y toda materialista de Broussais; 3.º una memoria sobre el

suicidio y el duelo, en la que creemos haber tratado de este asunto vasto y grave bajo un nuevo punto de vista, que parecerá algo singular en el siglo en que vivimos y á presencia de nuestras ideas actuales. Sin embargo, cuanto hemos dicho de este punto importante es la expresion de profundas convicciones y de un sincero deseo de contribuir al manten y sostenimiento de los principios conservadores del orden, de la moral pública y de la felicidad social.

En fin, terminará nuestro trabajo un exámen fisiológico, filosófico y moral del Magnetismo. Esta noticia, que es de alguna extension, tiene por objeto principal el señalar las tendencias inmorales de la ciencia magnética, ó mas bien su terrible y funesta influencia sobre las costumbres y la moral pública.



CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL MATERIALISMO MODERNO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

Todos los seres creados en este mundo son regidos por cuatro grandes leyes primordiales independientemente de la acción de los flúidos imponderables. Estas cuatro leyes, que dominan toda la creación, son la fuerza ó la potencia inteligente, la fuerza vital sensitiva, la fuerza vital vegetativa, y la fuerza atractiva ó la atracción y las otras leyes físicas.

Obedece á esta última toda la materia bruta é inorgánica.

El reino vegetal está bajo el imperio inmediato de la fuerza vital vegetal.

La fuerza vital sensitiva anima á todo el reino zoológico, y preside á la vida de todos los animales, excepto el hombre.

Estas fuerzas, como causas segundas, dan á la materia inerte y pasiva el movimiento y la vida; y como lo que da el movimiento y la vida es activo, y lo activo nada tiene de comun con lo que es pasivo como la materia, se sigue que estas fuerzas vitales son independientes de la materia, ó inmateriales.

Hé aquí una prueba de observacion que establece invenciblemente esta independencia de la fuerza vital: Se sabe que un huevo no fecundado es una especie de organizacion cuando menos rudimental; en él se descubren, con el auxilio del microscopio, todos los lineamentos del ser que del mismo debe salir. Someted este huevo á la incubacion y á la influencia del calor animal, y ¿qué es lo que obtendréis? Únicamente la putrefaccion. Si, persuadidos que el flúido eléctrico es el principio vital, haceis pasar sobre este huevo una corriente eléctrica ó galvánica, en vez de sacar de él la chispa de la vida, no lograréis sino precipitar el trabajo de la fermentacion pútrida. ¿Qué le falta, pues, á este huevo? Le falta la excitacion, la fuerza vital, esta potencia plástica de la vida, sin la cual toda organizacion cae por necesidad bajo el imperio de las leyes físicas. Añadirémos que, segun el Dr. Virey, los huevos fecundados no se hielan al mismo grado de frio que los que no lo son.

Resulta, pues, de estos hechos, que puede nacer la organizacion sin poseer el principio vital, y que el calor animal y el flúido eléctrico no son la fuerza vital¹.

La existencia de estas fuerzas vital y atractiva no podemos justificarla sino por sus efectos ó manifestaciones fenomenales; su modo de accion nos es desconocido. Estas fuerzas en el rigor filosófico no deben considerarse sino como leyes secundarias emanadas de la voluntad de Dios, ó como medios de accion de la omnipotencia divina, mas accesibles y comprensibles para la debilidad de la inteligencia humana.

Finalmente aparece radiante de luz y de esplendor el rey de la creacion, el ser razonable, el hombre. Esta criatura noble, hecha á imágen de su divino Criador, es un ser doble, porque es regido por la doble potencia del alma, la facultad inteligente, y la facultad sensitiva. El hombre reune, pues, la vida intelectual y la vida material. Por su facultad inteligente el alma humana rige

¹ «La organizacion, dice el célebre Hunter, uno de los mejores anatómicos del siglo próximo pasado, nada tiene con la vida de comun: no es mas que un instrumento, una máquina improductiva hasta en mecánica, si no tiene algo que responda á un principio vital, á saber: una fuerza.» Esta es, dice el señor de Maistre, una verdad de primer orden y de la mayor evidencia.

el cerebro para el cumplimiento de las funciones intelectuales y morales, y por su facultad sensitiva preside á todo el resto del sistema nervioso, para con su accion próxima é inmediata reglar las operaciones de un orden inferior, como las funciones sensorias, la sensibilidad externa y general y el movimiento; y por su accion lejana la sensibilidad interna, electiva, orgánica, nutritiva, la irritabilidad, la contractibilidad del tejido, etc.

La facultad sensitiva del alma obra muchas veces sola é independiente de la facultad inteligente, bien sea por su accion próxima é inmediata, como cuando el hombre experimenta sensaciones, se mueve, anda, come, bebe, en una palabra, cuando ejecuta físicamente todo lo que hacen los seres privados de inteligencia, como los idiotas y los animales; bien por su accion lejana sobre las funciones orgánicas internas, como la digestion, la circulacion, la absorcion, la nutricion, etc., que se realizan en todo tiempo, hasta durante el sueño, y cuando se hallan sin accion las facultades intelectuales: mas sucede con frecuencia que el alma hace concurrir para sus fines estas dos facultades á un tiempo mismo, como cuando el hombre hace acciones que nos revelan alguna combinacion intelectual, de la cual son incapaces los seres sin inteligencia; por ejemplo, en la accion de expresar el pensamiento por escrito, ó de ejecutar un cuadro histórico, etc. En todos estos casos hay concurso necesario de las dos facultades del alma. Los miembros están puestos en movimiento por orden del principio espiritual, los órganos sirven de inteligencia, la facultad sensitiva obedece á la facultad inteligente, como al ama la criada. Esta facultad sensitiva del alma está representada en los animales por la fuerza vital sensitiva, que se llama en las escuelas *alma de las bestias*. Esta fuerza vital por su calidad sensitiva y sensoria gobierna el cerebro, y por él regla todos los fenómenos del instinto de los animales; y por su calidad puramente sensitiva preside á la sensibilidad general y externa, y á la sensibilidad interna, orgánica, nutritiva, á la irritabilidad y á la contractibilidad. Creemos que sin estos principios metafísico-fisiológicos no es posible explicar filosófica y racionalmente no solamente el hombre, pero ni aun los animales, como lo veremos en el curso de esta obra.

Si algunos médicos ó algunos fisiólogos no aprueban estos prin-

éipios, es necesario recordar que un gran número de aquellos, sobre todo los modernos, son materialistas, ó á lo menos sensualistas, y que puede ser que los que se creen espiritualistas no dejen de resentirse mas ó menos, y sin que lo sospechen ellos mismos, de la influencia materialista del siglo XVIII.

ORDEN JERÁRQUICO DE LA UNIVERSALIDAD DE LOS SERES TERRESTRES.

REINO MINERALÓGICO, que crece por juxta-posición inorgánica. Regido por la fuerza atractiva ó la atracción y los flúidos imponderables: es la materia bruta é inorgánica, probada por la observación.

REINO FITOLÓGICO, que crece y vive por intus-suscepcion orgánica. Regido por la fuerza vital vegetal y los flúidos imponderables: todos los vegetales, probados por la observación.

REINO ZOOLÓGICO, que crece, vive y siente. Regido por la fuerza vital sensitiva y los flúidos imponderables. Este reino contiene todos los seres sensibles ininteligentes, no libres, imperfectibles é incapaces de suicidio. Son los animales, probados por la observación.

NOTA. La fuerza vital sensitiva es lo que se llama en filosofía el alma de las bestias. Es inmaterial, capaz de sensaciones, y de recibir imágenes. Está sujeta á la materia, y perece con el cuerpo al que está unida, y por el cual existe únicamente.

REINO ANTROPOLÓGICO, que crece, vive, siente y piensa. Regido por la fuerza inteligente ó por la doble potencia del alma, la facultad inteligente y la facultad sensitiva, y los flúidos imponderables en cuanto á la vida física y material. Estos seres son á la vez inteligentes y sensibles, capaces de sensaciones, de ideas intelectuales, morales, abstractas, generales; de pensamiento, de juicio, de memoria, de reflexion; libres y perfectibles; capaces de suicidio: es el alma razonable é inmortal, es el hombre, cuya alma inteligente y sensitiva está probada por la observación.

Si se quiere, se puede prolongar esta escala filosófica de los seres hasta Dios, y se hallará inmediatamente sobre el hombre otro orden de criaturas ó de sustancias inteligentes, incorpóreas, ó inmatrimales é inmortales, que son los Angeles probados por revelacion divina. Estas inteligencias sublimes tienen la plenitud del pensamiento creado y finido. Finalmente se llega á Dios, principio de todos los seres, EL SER necesario de quien dimana el pensamiento increado é infinito, manifestado por la palabra ó el Verbo eterno encarnado.

Si se nos pregunta ahora con qué derecho hemos dividido en dos reinos la

Para hacer resaltar mejor las aplicaciones de estas diversas leyes á los seres respectivos que gobiernan, consideremos un instante, ó resumamos á su estado normal é individual, el mineral, la planta, el animal y el hombre. Estos seres en su estado natural se hallan cada uno bajo el imperio inmediato de su ley ó de su fuerza respectiva. El mineral obedece á la atracción y á las otras leyes físicas; el vegetal á la fuerza vital vegetal; el animal á la fuerza vital sensitiva, y el hombre á la fuerza inteligente, ó mas bien á las dos facultades del alma, la facultad inteligente y la sensitiva. Pero en vez de tomar el hombre adulto y fisiológico, tomémosle por un momento en el estado irracional, y pongamos un niño de dos ó tres meses ó un idiota, y á los cuales, si se quiere, puede añadirse un animal, por ejemplo, un perro (perdónesenos la singularidad de la semejanza ó de la paridad, porque no pretendemos por ella comparar el bruto con el hombre, aun el mas degradado). El idiota ha perdido la inteligencia, ó nunca la ha tenido; el niño todavía no la tiene; el perro no la tendrá jamás: en una palabra, los tres están privados de ella.

La vida animal, material, orgánica y sensitiva se cumple en estos tres individuos: son sensibles, tienen sensaciones, y físicamente gozan de robustez y están bien, aunque los tres carezcan de vida intelectual. ¿Qué es, pues, lo que anima á estos tres seres? En el niño y en el idiota el alma, por su facultad sensitiva, ó bien la fuerza vital sensitiva: por necesidad ha de ser uno de estos dos

gran série de seres, que todo el mundo ha llamado siempre el reino animal, preguntáremos á nuestra vez con qué derecho se han separado los vegetales de los animales, pues que aquellos son mas parecidos á estos, que estos lo son al hombre, como se ve por los zoófitos. Y esto es tan cierto, que ha sido preciso crear un nuevo término para designar un ser que es á un tiempo animal y planta, y es la palabra zoófito, que significa animal-planta. Siendo inmensa la distancia que separa al mono del hombre, no se ha necesitado de un nombre nuevo que designase el hombre animal, así es que no existe la palabra antropo-zooto, porque es imposible; pero la razon esencial, fundamental, proviene de un orden superior. El hombre hecho á imagen de Dios, es el único que posee un alma inmortal, la inteligencia, la razon, la libertad moral, y no reina sobre toda la creacion, ni domina sobre todo lo que respira, sino porque, como dice el Sr. Maistre, es semejante á Dios. Una distancia inmensa é infinita separa, pues, el animal del hombre, y hé aqui la grande, la principal razon de nuestra nueva clasificacion.

principios inmatrimales. Si se afirma que es la fuerza vital sensitiva sola, independientemente del alma, se seguirá que hay dos principios inmatrimales ó dos almas en el hombre; que existen dos causas inmatrimales para producir un efecto al que una sola basta, y finalmente que una de estas causas inmatrimales, á saber, la fuerza vital sensitiva, será destruida á la muerte del individuo. Todo esto es opuesto á la sabiduria del Criador, y repugna á la razon, porque en filosofia no se admite el *mas* cuando lo *menos* basta para explicar los fenómenos. Es forzoso, pues, el admitir que el alma por su facultad sensitiva anima y vivifica físicamente estos dos seres humanos. Por lo que hace al perro, como está absolutamente en la misma condicion material, orgánica y sensitiva que los otros dos seres ó sujetos, y que no es posible que tenga como ellos un alma inmortal, es de necesidad que esté animado por la fuerza vital sensitiva, como lo hemos dicho, que se llama en filosofia el *alma de las bestias*.

Añadirémos que todo ser inteligente es sensible, pero que todo ser sensible no es necesaria y actualmente inteligente, como lo prueban los sujetos en la especie, que aunque ininteligentes, sienten y experimentan sensaciones; sin exceptuar el niño, quien ciertamente da menos señas de inteligencia que un perro medianamente instruido. Los cartesianos deberán no echar en olvido estas reflexiones, cuando hablaremos del alma de las bestias.

Aun cuando esta nueva teoría de las propiedades vitales nos parezca racional y á propósito para obtener el asentimiento de los filósofos espiritualistas, no la creemos sin embargo al abrigo de todos los ataques; porque en tal materia ¿cuál es la doctrina que pueda librarse absolutamente de la critica? Así nos ha reconvenido un critico porque hacíamos depender del alma humana todas las propiedades vitales; y en efecto toda nuestra teoría se apoya en este fundamento sólido, porque por este principio inmortal e inteligente y sensible (el alma) se explica perfectamente toda la economía de las leyes vitales de la fisiología, y al propio tiempo se está maravillosamente de acuerdo con los intereses del Espiritualismo, es decir, con la filosofia cristiana. Por lo demás le es imposible al filósofo y al fisiólogo el mas escéptico el negar la doble facultad del alma humana. El alma es inteligente y sensible;

esta es una verdad de experiencia y de puro sentido comun; diríamos aun que es una verdad de fe religiosa, si á ejemplo de nuestro critico, quien, aunque médico, cita en apoyo de su opinion las palabras de la Escritura, quisiésemos invocar las verdades de otro orden de cosas, y decir que en la otra vida experimentará el alma criminal la pena del *sentido*, es decir la sensible, por la cual padecerá en su facultad sensitiva, y la pena de daño, ó la pena moral é intelectual, por la cual será afectada en su facultad inteligente.

Tal vez se nos objetará aun (en favor de la fuerza vital, ó del principio vital, aparte de la acción ó de la influencia del alma) que alguna vez se ha observado cierto movimiento de nutrición orgánica manifestado por la crecida de la barba despues de la muerte; mas esto no es mas que un débil resto del movimiento molecular, que no prueba mas la vida real de lo que lo probaria la irritabilidad ó la contractibilidad muscular que se nota por la potencia del galvanismo en todos los cadáveres: por otra parte en estos casos muy raros de crecer el pelo de la barba, ¿era la muerte real y efectiva? Aun advirtiéndolo esta realidad, puede sostenerse todavía que este fenómeno no es sino un puro efecto de la imbibición cadavérica, de la porosidad, ó de la atracción capilar.

Sobre todo si nuestra teoría no es una traducción fiel del hecho real, tampoco es absurda; nadie podrá probar que sea falsa ó imposible; á lo menos está fundada en la unidad, en el sentido que un solo principio inmaterial, de facultad doble, explica todos los fenómenos vitales, tanto físicos como morales; y se halla establecida sobre la certeza invencible que todos estos fenómenos cesan indudablemente así que este principio inmaterial é inmortal, es decir el alma, se separa del cuerpo. Todo está, pues, en último análisis subordinado al alma; la inteligencia, las facultades y hasta el principio y fuerza vital, pues que con ella desaparece todo; entonces ¿por qué no hacerlo todo dimanar del alma?

Toda nuestra teoría queda resumida á esta célebre palabra de san Agustin: «El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma: *Vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te.*»

Acabábamos este trabajo cuando hemos conocido el *Materialis-*

mo frenológico por Moreau, 1843. En él hemos leído estos pasajes muy notables, que vienen perfectamente en apoyo de nuestra teoría psicológica, cuyos principios publicamos en 1839: «La única psicología verdadera, la del Cristianismo, hace del alma el principio vital del cuerpo, principio motor y director que le llena, le contiene, le mueve y le gobierna, como inteligencia, como verbo mental, ocupando un sitio distinto y eminente, como fuerza viva, todo entero y por todo derramado, y entero igualmente en cada parte: así el alma es al cuerpo, como Dios es á la creación, excepto la distancia inmensa que existe de lo finito á lo infinito... En cuanto á la realidad y á la universalidad de la acción del alma sobre el cuerpo, la antigua hipótesis, la hipótesis de la escuela profesada por santo Tomás, y mucho tiempo antes por san Agustín y por la mayor parte de los Padres de la Iglesia; esta hipótesis que no es contraria á la razón ni al sentido íntimo, nos parece á mas en perfecto acuerdo con la revelación, que nos representa el espíritu, el agente espiritual, como el principio de la vivificación general del cuerpo ya formado, *spiraculum vite*, y con el dogma de la resurrección de la carne; no mirando la doctrina cristiana á la persona humana como completa en caso de ausencia de una de las dos sustancias que la constituyen. Y como vemos que á la partida del huésped invisible, el cuerpo se descompone, cesan sus funciones, sus lazos se disuelven, sus elementos se disipan y se desprenden, estamos naturalmente autorizados para creer en la influencia dueña y soberana de aquel de los dos agentes, cuya desaparición produce una tal ruina, cuando sobre todo, al momento de la separación, no presenta la economía sino condiciones de vida y de duración; y se puede creer aun mucho mas, cuando á la inversa se ve en un cuerpo enfermo, extenuado, casi destruido, que la vida sobrevive, por decirlo así, al cuerpo, y que la energía espiritual retiene en la unidad los órganos que tienden con todo el poder que les deja su debilidad á una disolución completa: lo que sucede con frecuencia en los hombres de meditación y de oración, en quienes ha sabido el espíritu reducir literalmente á servitud el cuerpo, y según la ley primitiva restablecer entre uno y otro estas relaciones de autoridad y dependencia, trastornadas é invertidas por el pe-

«cado.» Bossuet miraba también el alma como principio de la vivificación general del hombre; así se lee en su *Tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*.

El hombre es, pues, un compuesto de dos sustancias: una esencialmente espiritual, inteligente, activa, capaz de pensamiento, de sentimiento, de voluntad, y de libertad moral que se llama comúnmente alma ó espíritu; y la otra que de su naturaleza es material, incapaz de pensamiento y de sentimiento, y que se llama cuerpo.

Esta última no es mas que la materia organizada, y no puede recibir el movimiento y la vida sino de un poder inmaterial, es decir, de la facultad sensitiva del alma: esta parte grosera de nosotros mismos, resultado de partículas divisibles, está por lo mismo sujeta á alteraciones, á cambios, y finalmente á una disolución completa.

No sucede lo mismo con esta otra parte que constituye nuestro ser, con esta alma viva que, según la Escritura, es el soplo del espíritu divino. Simple como el Ser de quien deriva, no tiene en sí ningún principio de destrucción, ni podría ser anonadada sino por la voluntad omnipotente del Criador: el alma sigue viviendo siempre aun después de destruido el cuerpo por la muerte; el lazo que los unía se ha roto, pero nada pierde por eso de lo que tenía antes de esta destrucción orgánica, antes queda mas libre: desprendida de la materia que la envolvía, y hecha independiente de la organización, se engrandecen sus facultades, se dilatan, y se ejercen en adelante sin obstáculo y en toda su plenitud.

Así, esta hija del cielo, si no ha degenerado acá bajo de su divino origen, no encuentra en la muerte ó en la ruina del cuerpo sino el principio de la verdadera vida: libre de los lazos que la sujetaban á los objetos corpóreos, se lanza y eleva á las regiones de las inteligencias, para gozar allí sin interrupción ni fin, en la sociedad inmortal de los espíritus, de la felicidad eterna.

Hé aquí una de estas verdades fundamentales consignadas en los Libros santos, y conservadas en todos los pueblos por la tradición universal. La razón viene en apoyo de la autoridad para establecer y consagrar invenciblemente este dogma consolador. Todos los filósofos dignos de este nombre con una voz unánime,

desde Platon y Aristóteles hasta Leibnitz y Bonald, le han proclamado. Todos sabemos la bella definicion que dió del hombre el último de aquellos: *Una inteligencia servida por los órganos.*

¿Por qué este dogma tan dulce como evidente, verdadero cordial del alma en las miserias de esta vida, ha tenido como los demás contradictores y enemigos? ¡Ah! los fastos de la historia no nos permiten dudarlo. Siempre ha habido sofistas que se han hecho una triste gloria de combatir las creencias mas generalmente recibidas; pero es preciso confesarlo en vergüenza de nuestra época, nunca fueron tantos como en nuestros dias los partidarios del Materialismo, de esta doctrina monstruosa que señala á la inteligencia humana como el resultado de las funciones de los órganos: es, pues, el Materialismo este sistema insensato de los que desechan el alma humana, ó que niegan cuando menos la sencillez y la inmortalidad de esta sustancia inteligente y espiritual, de este principio que en nosotros siente, piensa y juzga; pretendiendo que estas operaciones diversas é intelectuales que no pueden negar, son resultado del organismo, es decir, de la accion del sistema cerebral.

Y el Materialismo ¿no es por ventura en sus consecuencias esta corrupcion moral, este desorden social que hiere todos los espíritus, alarma profundamente á los buenos, y prepara á la sociedad el mas espantoso porvenir? Este mal deplorable se disfraza y reviste de todas las formas, toma todos los lenguajes, se nutre de todas las pasiones; sube al trono con los reyes, entra en el gobierno de todos los Estados, en la administracion de los negocios públicos; se sienta en las asambleas legislativas para pervertir las leyes desde su origen, se sienta con los jueces en el tribunal para corromper sus intereses; con su soplo pestilencial y helado envenena las doctrinas de la instruccion pública, y finalmente zapa y destruye la sociedad en sus cimientos, ahogando en la familia el germen de todas las verdades y de todas las virtudes. ¡Cómo, pues, un sistema tan degradante para el hombre como funesto á la sociedad puede conciliar en nuestros filósofos materialistas este deseo tan activo de pasar por espíritus sublimes, por genios superiores, con estos sentimientos de bajeza que les llevan á bajarse hasta al nivel del bruto! Aun cuando estas teorías no menos falsas que

abyectas descansaran sobre pruebas suficientes á contrapesar los argumentos invencibles de los espiritualistas, ¿cómo no adoptan el principio que conviene á la dignidad del hombre, que ennoblece su especie, que le asocia á las inteligencias celestiales, y le hace en algun modo partcipe de la naturaleza divina?

Tal vez no seria imposible el explicar este misterio de envilecimiento. La inmortalidad del alma y la vida futura son consecuencias evidentes del Espiritualismo; pero si hay otra vida de la cual esta no es sino la vida de la fe y de las pruebas, siendo Dios soberanamente sábio y justo, debe tener reservado en este mundo venidero castigos terribles para los infractores de su ley: esta idea no puede menos de fatigar y trastornar en sus viles goces al que quiere vivir sin temor y sin regla alguna. ¿Qué es lo que hace para libertarse de su remordimiento importuno? Busca persuadirse que el hombre está encerrado en sus órganos, que muere con el cuerpo, que su muerte en nada difiere de la de la bestia, y entre tanto vive como si jamás debiese morir, y morirá como si no debiese jamás vivir.

«¿De dónde viene, pues, dice el Sr. Frayssinous, la obstinacion de los materialistas en defender la materialidad del alma? «¿para concluir que es mortal, que acaba con el cuerpo, que no «hay nada que esperar ni que temer mas allá de los sepulcros? «Bien, yo quiero por un momento que pudiese realizarse el pensamiento inconsiderado é imprudente de Locke, que fuese posible «que por la omnipotencia de Dios llegara la materia á poder pensar; ¿tendrian por esto de qué asegurarse contra el porvenir? «No; tomemos el pensamiento de Locke enteramente. Establece «él mismo, que no es posible concebir que la materia pueda sacar el sentimiento de su seno, ni la percepcion, ni el conocimiento; pero tambien por un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á pronunciar que Dios no puede hacer pensar á la materia. Mas si, como Locke lo quiere, Dios es tal vez «tan poderoso para hacer pensante á la materia, hacer de ella un «ser inteligente, libre, capaz de bien y de mal, de mérito y de demérito, ¿por qué no seria Dios bastante poderoso para conservar «de algun modo este ser material, transportarle á otro orden de «cosas, y hacerle en él capaz por el sentimiento de recibir recom-

«pensas y castigos? Esta reflexion ha sido hecha por metafísicos célebres, entre otros por Carlos Bonnet. Por los mismos escritos de Locke, por su vida y por sus últimos momentos se sabe que creía en la inmortalidad del alma; y hé aquí, pues, que en su misma hipótesis, el incrédulo no estaria cierto de esta nada á la que aspira, y que como dice Bossuet, no le seria asegurada esta parte miserable.»

El lazo que une el alma con el cuerpo, la dependencia recíproca de estas dos sustancias, para sus funciones respectivas, el modo de accion y de reaccion alternativa de una sobre otra, es el secreto del Criador, el misterio impenetrable para el espíritu humano. ¿Cómo no se despedazaria contra estos escollos la orgullosa razon del libertino!

Por otra parte, despues de su degradacion, el hombre sujeto á sus sentidos, se acostumbra á no juzgar sino por ellos: creciendo el embrutecimiento del espíritu en razon directa con la depravacion del corazon, se llega á no creer sino lo que se ve y se palpa; y para hombres hasta cierto punto embrutecidos, lo que sobrepaja á sus sentidos ya no es nada, pues que lo tratan de pura abstraccion: negarian hasta su mismo pensamiento si lo tuvieran menos presente; y no pudiéndolo negar enteramente, lo anonadan tanto como pueden, haciendo de él un resultado de la organizacion, y materializándolo.

Segun nuestros doctores materialistas, el hombre no es mas que un simple agregado de moléculas, una masa organizada para sentir, pensar y gozar; no es el mas inteligente de todos los animales, sino porque está mejor organizado: así que no debe sorprendernos este menosprecio brutal y feroz de la vida humana, de esta fanática y vergonzosa sujecion á la preocupacion y al ídolo del falso honor, quiero decir del furor insensato del desafio ó duelo, de este bárbaro frenesí que coloca, como dice Rousseau, todas las virtudes en la punta de una espada, y que no sirve sino para hacer valientes malvados: y de ahí esta manía epidémica siempre en aumento, estremecimiento de la sociedad, crimen execrable é irremisible, porque no cabe arrepentimiento, ¡el horrendo suicidio!

¿Qué harán nuestros sábios materialistas de la sustancia inte-

¹ Conferencias sobre la Religion, tomo III, pág. 208.

ligente? Sustrayéndose á sus investigaciones anatómicas, no está sometida á la accion del escalpelo; luego no existe. ¡Así racionan estos lógicos insensatos! Cuando en su horror para todo principio espiritual se hacen de este modo, segun la expresion de Protágoras, *el límite y la medida del universo*, no conocen que les falta un sentido, y este sentido de que están privados no es sino el sentido comun ó el buen sentido, verdadera luz de las inteligencias que alumbra á los hombres que no se ciegan voluntariamente. Estos genios sublimes que no quieren creer mas que lo que es visible y tangible, ¿no creen con el vulgo en los fenómenos de la vida? Que nos digan, pues, qué es el principio vital. Si por acaso se ponen á racionar, podrán muy bien, al ejemplo de ciertos sofistas griegos, probar á los hombres que no existen.

¿Es preciso limitarse á entregar al ridículo tan extraña sinrazon? ¿no habria remedio para esta enfermedad epidémica de los espíritus, que va creciendo siempre y en especial en ciertas clases de la sociedad? ¿No se podria cuando menos prevenir de los peligros del contagio á algunos jóvenes obligados á ir á respirar el aire demasiado generalmente corrompido de nuestras escuelas de medicina? Nos atrevemos á esperarlo.

CAPÍTULO II.

SENSUALISMO DE LOCKE, DE CONDILLAC, DE DESTUTT DE TRACY; NOTA CRÍTICA SOBRE LA PARTE FILOSÓFICA Ó PSICOLÓGICA DE LA FISIOLÓGIA DE RICHERAND. ECLECTISMO ANTICATÓLICO, PANTEISMO MODERNO.

§ I.

ALGUN tiempo antes de la época desastrosa de la gran revolución francesa, en la que fueron completamente trastornadas todas las doctrinas políticas y morales, hubo hombres que se aplicaron á ostentar el Materialismo con argumentos sacados de todas las clases de conocimientos: filosofía, cronología, cosmogonía, astronomía, geología, fisiología, patología, arqueología, etnografía, lingüística, etc., todo se puso á contribucion para desmentir la revelacion y las creencias del género humano. Se registraron con un ardor infatigable los archivos de la filosofía, los fastos de la historia, el seno de la tierra y el interior de los cadáveres, etc. ¡ Vanos é inútiles esfuerzos! Los filósofos orgullosos se han desvanecido en sus pensamientos soberbios y estériles. Mas no es de nuestro objeto el seguir aquí todas las diversas modificaciones del Materialismo; nos limitaremos á manifestar lo que este debe á los fisiólogos y á los ideólogos modernos.

Segun una gran parte de ellos, el cerebro, el encéfalo, ó el *sensorium commune*, es el origen único de todas las percepciones: él engendra todas las ideas, y ha tomado el lugar del alma en los fenómenos de la inteligencia: no será difícil mostrar los diversos grados por donde han bajado á este abismo, al cual con la razon vendria á engullirse la sociedad entera.

Comenzaron por la ideología *sensualista*. Todos nuestros profesores de materialismo están de acuerdo para reivindicar al demasiado célebre Locke, y hasta para mirarle como el padre de la secta. Hay

en la turba de los discípulos de la incredulidad tanta ligereza é ignorancia, que la mayor parte de ellos se quedarian sorprendidos al saber que Locke no solamente creia en la espiritualidad de Dios y del alma, sino tambien en Jesucristo, y que sus últimas palabras en el lecho de la muerte fueron estas: *Muerto persuadido que no pude salvarme sino por los méritos de Jesucristo.*

De este filósofo han tomado nuestros incrédulos este principio, del que tanto han abusado: que todas nuestras ideas nos son transmitidas por los sentidos; y han deducido de ahí, que todas nuestras ideas no son sino sensaciones, y que el alma, los sentidos y las funciones cerebrales ó el cerebro, cuando obran, no son sino una sola y misma cosa. Cuando proclamaba el filósofo inglés el famoso axioma, *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, estaba léjos de interpretarle como los que tan mal sentido le han dado en sus obras.

Observaremos con Laromiguière, que este axioma tan célebre de los Peripatéticos, á mas de su falsedad, contiene tres vicios de expresion que permiten interpretarlo muy diferentemente.

Á mas de su falsedad: Aristóteles y su escuela hacian provenir todas nuestras ideas de la sensacion, como si fuese su principio único. Locke, invocando el axioma de Aristóteles, admite dos orígenes de nuestras ideas, la sensacion y la reflexion aplicada á las operaciones del entendimiento, es decir, en último análisis, la sensacion y las operaciones del entendimiento; pero las operaciones del entendimiento, ó mas bien sus facultades consideradas en sus actos, no pueden en este sistema sino separar ó combinar los datos de la sensacion: de ellos se sigue que Locke queda reducido á no admitir en realidad sino un solo origen ó un solo principio de nuestras ideas, la sensacion.

Condillac ha llegado á atribuirle no solo nuestras ideas, sino tambien todas nuestras facultades, como lo veremos luego.

Nosotros mostramos en los capítulos IV, V y VI los diversos orígenes de nuestras ideas, y juzgamos allí sobre este punto la doctrina de Locke y Condillac.

Contiene tres vicios de expresion. *Nihil, nada.* Con mayor frecuencia se hace significar á esta palabra *ninguna de nuestras ideas, ninguno de nuestros conocimientos.* Condillac le hace significar á mas,

ninguna de las facultades de nuestra alma. ¿Quién es el que mejor ha comprendido el sentido de este pretendido axioma?

In intellectu, en el entendimiento. ¿Se trata del alma, ó de una facultad del alma? ¿de la reunión de todas las ideas? no se sabe, porque la palabra *intellectus, entendimiento*, tiene todas estas significaciones en el lenguaje de los filósofos.

In sensu, en el sentido. ¿Se quiere hablar de los sentidos, órganos del cuerpo, ó de las sensaciones, que son modificaciones del alma? esto no se determina. ¿Quién estará seguro de haber comprendido bien el sentido de este axioma, no considerándolo sino por él mismo?

Los autores que le han empleado y desarrollado tenían en la imaginación su sentido bien determinado: lo sabemos por las especies de profesiones de fe que han formulado en sus escritos sobre el origen de las ideas; pero el axioma, considerado independientemente de las fórmulas de los filósofos, no es por esto menos vicioso.

Segun este axioma se podría creer que las ideas existen todas hechas en los sentidos, y que pasan en seguida á la inteligencia; y si no se ven en los sentidos, como muchos sofistas, sino los órganos del cuerpo, se cae por esto en el Materialismo.

Bien distante Locke de pretender que se deba dar todo á la materia y á los sentidos, no ha querido mas que despojarlos de lo que falsamente se les atribuía. El objeto de todo el libro que él ha titulado: *Del entendimiento humano*, es precisamente demostrar que este entendimiento es *espíritu*, es decir, de una naturaleza diferente de la materia. Ha establecido en efecto por las pruebas mas luminosas, y de que no puede dudar nadie que tenga un buen sentido, que todas nuestras sensaciones, el color, el olor, el sabor, el calor y el frío, no existen ni en los cuerpos, que son su ocasion, ni en nuestros sentidos, que son sus vehiculos, sino en el alma, que sola ella las percibe.

Sin embargo es necesario convenir que Locke se ha equivocado de una manera extraña. Leibnitz le ha reprobado, y con razon, el que sensualizase demasiado las concepciones del entendimiento; efectivamente es una exageracion monstruosa el deducir todas nuestras ideas del hecho único de la sensacion: el peor desvario

de Locke es sin contradiccion su famosa *Duda*, mas religiosa de su parte que filosófica, y de la que se ha apoderado la impiedad con tanta avidéz: no se atreve á asegurar que no pueda Dios hacer á la materia susceptible de pensamiento. Esta inconcebible ausencia de espíritu en Locke, que no es nada menos que un completo olvido de cuanto habia dicho en su libro, no puede razonablemente atribuirse sino á un respeto mal entendido, y sin embargo profundo, á la omnipotencia divina, á la que temió ponerla límites: esta duda en el fondo no es mas que un abuso de palabras: Dios no puede cambiar la esencia de las cosas, es decir, no puede hacer que una cosa no sea lo que es y lo que ha querido que fuese; y si la materia llegase á poder pensar, dejaría de ser materia. Esta duda, no obstante, es el verdadero título de Locke para granjearse la estima y el aprecio de los materialistas; es lo único que hayan visto estos en su libro, siendo así que es una retractacion de eso mismo.

No se conoce autor que mas se haya levantado contra Locke que el Sr. de Maistre en sus *Veladas*, y todo el mundo sabe que Maistre es un talento superior, un escritor filosófico de primer orden; así dice:

«¿Cuánto no debieron alegrarse los conjurados de ver que un hombre como Locke ponía los principios que ellos necesitaban, y favorecía el Materialismo por delicadeza de conciencia! Así fue que se precipitaron sobre su malhadado *Tratado*, y le dieron un valor del que no se tiene idea, cuando no se ha juzgado muy particularmente. Acuérdomé que me estremecí un día al ver uno de estos ateos mas endurecidos que jamás hayan existido, que recomendaba á algunos jóvenes la lectura de Locke abreviado, ó por decir mejor, concentrado por una pluma italiana que habría podido ejercitarse mejor, y de una manera mas conforme á su vocacion. *Leedle*, les decía con entusiasmo, *volvedle á leer, aprendedle de memoria*. Habría querido, como decía madama Sevigné, *dárselo á comer*. Hay una regla muy segura para juzgar de los libros así como de los hombres; basta saber *quiénes los ensalzan y quiénes los reprueban*. Esta regla nunca engaña...»

«... Si Locke, que fue un hombre de bien, volviese al mundo,

¹ *Veladas de San Petersburgo*, tomo 1, pág. 436 y sig.

«lloraria amargamente de ver que sus errores, aguzados y exagerados por el método francés, habían llegado á ser la vergüenza y hecho la desgracia de una generacion entera.

«... Dia vendrá, y tal vez no tarde, en que Locke será unánimemente clasificado en el número de los escritores que mas daños hayan causado á los hombres...» (Pág. 442).

«En la 452 dice el autor, que el desprecio de Locke en el estudio de filosofía, es el principio de la sabiduría.»

El excelente y sabio crítico Bergier dice sobre la obra de Locke:

«La teoría sublime que todo lo hace depender de las sensaciones no se ha imaginado sino para abrir paso al Materialismo: ahora vemos por qué ha sido tan bien acogida la filosofía de Locke, así como los efectos que ha causado: con muchísima razón la censuró (la Sorbona) como falsa, mal razonada y capaz de conducir á perniciosísimas consecuencias¹.»

«Nada mas justo, añade el Sr. Maistre, que esta observacion, pues que por su sistema grosero desencadenó Locke el Materialismo. Condillac ha hecho despues de moda y en el país de la moda este sistema, por su pretendida claridad, que no es en el fondo mas que la sencillez de la nada; y de esto el vicio ha venido á sacar máximas que ha sabido poner al alcance hasta de la extrema futilidad. En las cartas de madama de Defant se podrá ver todo el partido que sacaba esta ciega de la máxima tan ridícula como falsa, que todas nuestras ideas nos vienen por los sentidos, y qué edificio edificó sobre esta base aérea.» (En 8.º tomo IV, pág. 559).

§ II.

El mas distinguido discípulo de Locke, Condillac, no sospechando, lo mismo que su maestro, los frutos de muerte que su comun doctrina debia producir, ha sobrepujado aun á este último; porque dió un paso mas en el camino del error que su maestro le abrió, atribuyendo á la sensacion no solamente nuestras ideas y nuestros juicios, sino tambien hasta las facultades intelectuales mismas.

¹ Bergier, *Tratado hist. y dog. de la Religion*, tomo III, pág. 518.

Por grande y funesta que haya sido la influencia de la filosofía de Condillac á las teorías y opiniones del siglo XVIII, mas sensible se hizo aun para la Religion.

«No pudiendo conducir á ella las circunstancias físicas del hombre, era imposible atarla con los lazos del racionio á las ideas sensuales: pronto se llegó á negarlo todo, y la incredulidad habia rechazado la providencia divina de la revelacion, y abjurado los deberes y los recuerdos cristianos: entonces se vió levantar al Ateismo una frente mas osada, y proclamar que todo sentimiento religioso era un sueño, y un desorden del espíritu humano¹.»

«Condillac, dice un filósofo distinguido, era uno de los corifeos de esta secta de filosofistas que querian destronar á Dios.»

«Si se quiere que no seamos, como dice Condillac, sino un instrumento que se toca y que se hace vibrar; si no somos mas que una mecánica, cuyo juego depende de circunstancias accidentales, en este caso es preciso reconocer que ya no hay en nosotros espontaneidad, sociabilidad, libertad moral, ni responsabilidad, ni virtud alguna; entonces en vez de dar al crimen el nombre de crimen, démosle el nombre de error; en lugar de remordimiento tengamos tristeza ó afliccion; entonces ya no habrá mas derecho natural que el de la fuerza, otra moral que el placer, otra política que la del éxito, ni otra ciencia que la de Barema, de Apicio y de Maquiavelo².»

Muchos han acusado de materialismo la filosofía de Condillac; nosotros no queremos admitir esta acusacion para prevalernos de ella en contra del autor, ni aun dirémos, como otros, que su doctrina, si se aprecian bien las consecuencias, conduce directamente al Materialismo: nos contentaremos con observar que el sistema de Condillac reduce, casi y contra la intencion de su autor, el alma humana á la inmaterialidad del principio que anima á los animales, es decir, á la fuerza vital sensitiva, ó al alma de las bestias. Segun Condillac, no solo nuestras ideas, sino todas nuestras facultades intelectuales no son mas que sensaciones transformadas: así priva al alma toda actividad, y lo mas extraño es que

¹ *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVIII*, por el Sr. de Barante.

² *Curso de filosofía*, por Caro, tomo II, pág. 302.

después de haber establecido que todo en el hombre, ideas y facultades, es sensación, se le ve proclamar con mucha frecuencia en sus obras la actividad del alma humana. «Veremos, dice, «como adquiere el alma de un momento á otro más actividad, y «como se eleva de conocimiento en conocimiento.» (*Tratado de las Sensaciones*, pág. 22).

«El espíritu es puramente pasivo en la producción de las ideas «simples; y por el contrario, es activo en la generación de las «ideas complejas.» (*Arte de pensar*, pág. 169).

«Se puede considerar el alma como activa ó como pasiva.» (*Id.* pág. 110).

¿Cómo explicaremos estas inconcebibles contradicciones? Condillac ha creído que la sensación podía llegar á ser actividad y facultades; ha creído en transformaciones imposibles de la sensación: era enemigo del Materialismo, le combatía; pero ha razonado mal para combatirlo, y sus buenas intenciones no podrán jamás justificar su doctrina falsa y funesta.

Produciendo, ó como dice Voltaire, envolviendo la sensación todas nuestras facultades, el hombre no está, por decirlo así, animado sino por el principio inmaterial que rige los animales, y produce en estos la sensación y el instinto; y efectivamente, teniendo el animal sensaciones como el hombre, y sacando también todas sus facultades de las sensaciones, se sigue que la naturaleza del principio inmaterial es la misma en el uno y en el otro.

En otra parte haremos ver que no hay más que tres maneras posibles de explicar la animación ó la vida de las bestias: 1.^a el Cartesianoismo; 2.^a el Materialismo; 3.^a el Inmaterialismo. El primero está generalmente abandonado; el segundo es inadmisiblemente y repugna á la razón, porque no se puede concebir la sensación sin principio inmaterial; el tercero es el único racional, y explica perfectamente los animales. (Véase el *Cuadro jerárquico de los seres*, pág. 24).

De todo cuanto precede se puede deducir que el Sensualismo de Condillac y el Materialismo tienden en el fondo al mismo fin, que es la negación del alma espiritual é inmortal; y que esta filosofía sensualista quita al hombre su nobleza y su dignidad para

degradarle y rebajarle al nivel del bruto ó de la bestia; ¡pobre filosofía! Mas abajo daremos una noticia breve de los sistemas de Locke y de Condillac.

La reconvencción dirigida á la doctrina de Condillac se puede igualmente aplicar á la de Destutt de Tracy: este ideólogo no difiere de sus dos célebres antecesores sino por la nueva forma y por el desarrollo que da á sus principios; no ve en la facultad de pensar sino la de sentir ó de experimentar sensaciones propiamente dichas; así que comparar, juzgar, y querer es siempre sentir, y nada más. ¿Se puede en menos palabras acumular mayor número de absurdos? Lo ridículo de esta opinión salta á los ojos. ¿Quién no ve, por ejemplo, una diferencia esencial entre la sensación y la voluntad? El principio pensante ó el *yo*, que puede quedar pasivo en la sensación, no puede serlo nunca en la voluntad ni en el juicio. Muy poca filosofía hay en sostener que pensar y sentir son una misma cosa, cuando es forzoso emplear dos términos diferentes: ninguna persona de buen sentido, como lo observa el Sr. Bonald, dirá que siente el cuadrado de la hipotenusa para expresar que piensa en él, así como dirá que siente el frío y el calor cuando experimenta alguna de estas sensaciones.

La mayor parte de los otros ideólogos y de los fisiólogos no hacen más que seguir la huella de los que acabamos de citar; con poca diferencia las doctrinas son iguales: por esto nos limitaremos á señalar aquí la fisiología de Richerand, por hallarse en manos de casi todos los estudiantes de medicina de Francia: es bueno que se sepa que esta fisiología, buena como simple fisiología material, es viciosa bajo el punto de vista filosófico, es decir, que está esencial y radicalmente manchada de sensualismo y hasta de materialismo; copiaremos algunos trozos extraídos textualmente de la décima edición, revista, corregida y aumentada por Berard mayor:

«El cerebro, como ha dicho muy bien (es decir, muy mal) Cabanis, obra sobre las impresiones que los nervios le transmiten, «como el estómago sobre los alimentos que el esófago le vierte; «los digiere á su manera; agitado por el movimiento que se le «comunica, reacciona, y de esta reacción nace la *sensación perceptiva* ó la *percepción*: desde este momento llega la impresión

«á ser una idea; entra como elemento en el pensamiento, y puede prestarse á las varias y diversas combinaciones que exigen los fenómenos del entendimiento.» (Tomo II, pág. 406).

En otra parte: «Hay en el cerebro partes que pueden entrar en acción, y hacer nacer ideas á las que quedan extraños los sentidos; tales son las nociones de lo justo y de lo injusto; tal es la facultad de formar juicios generales.» (Tomo II, pág. 409). Mas adelante se lee: «Todos los fenómenos del entendimiento derivan de la sensibilidad física.» (Tomo II, pág. 412). En otra parte: «El entendimiento se mide por el número y por la perfección de los órganos de los sentidos.» (Pág. 419)... «Una idea no es otra cosa que una sensación transformada ó percibida por la acción del órgano cerebral.» (Pág. 422) ¹.

Hé aquí la psicología puramente fisiológica y material: las palabras *alma* y *espíritu* ni tan solo se mencionan. Sin embargo, es positivo que hay en el entendimiento humano algo mas que la impresión, la sensación y la acción cerebral: que no se diga que los fisiólogos no consideran mas que los fenómenos materiales y accesibles á los sentidos; yo respondería que en esto está su mal, porque el objeto de la fisiología humana es el conocimiento de la vida del hombre normal, y no de la vida del idiota ó del mono; siendo, pues, la vida del hombre normal y fisiológico, material é intelectual á un mismo tiempo, es cierto que de la sola acción cerebral no puede resultar ningún fenómeno, ningún acto intelectual; para esto sería necesario que la materia pudiese dar lo que no tiene, y crear la inteligencia y el pensamiento, lo que es un absurdo. El lector podrá juzgar mejor del valor de esta doctrina cuando haya leído nuestro extracto razonado y analítico de la filosofía de Laromiguière, y nuestra noticia de la fisiología ideológica.

Hace cerca de treinta años que la alta y solemne enseñanza filosófica ha dotado á la Francia con el Eclectismo, que se ha calificado de filosofía del siglo XIX. Según el sentido gramatical el Eclectismo es una doctrina filosófica que adopta las mejores opi-

¹ Es justo decir que si Richerand se ha apoyado en la doctrina ideológica de Cabanis, estaba muy distante de pensar y de ser materialista como Cabanis, Georget y Broussais; pues creía en la espiritualidad y en la inmortalidad del alma, y Dios le concedió una muerte edificante y cristiana.

niones de cada sistema, sin declararse por ninguno; pero las tendencias ó mas bien el espíritu panteístico y anticatólico del Eclectismo moderno le ha hecho perder esta acepción, y le hace tomar constantemente en mala parte y en un sentido heterodoxo. Esta nueva filosofía está dando sus frutos. Hé aquí la opinión de un escritor de quien nadie puede sospechar, del Sr. de Cormenin: «La escuela ecléctica gobierna la juventud, de cuyos instintos generosos abusa, y cuya inteligencia pura y viva embrolla; hasta aquí no ha engendrado sino espíritus falsos, corazones sin fe, sin llama y sin amor por la patria; corazones que no han removido nunca los grandes sentimientos, á quienes devora la sed de los placeres egoístas y brutales, á quienes el esplín de la duda mata; corazones apagados y moribundos.»

Las doctrinas eclécticas conducen necesariamente al Panteísmo, ó mas bien el Eclectismo no es mas que el Panteísmo disfrazado. Esta concepción extraña, esta increíble y monstruosa aberración del espíritu humano no es otra cosa en realidad sino la doctrina y el culto del orgullo, y de todas las pasiones que este engendra. Esta es la definición moral del Panteísmo; por lo que toca á la definición lógica, es en último análisis el Materialismo y hasta el Ateísmo, es decir, la negación de todas las verdades morales y sociales.

El Panteísmo es un viejo y extravagante error de los filósofos paganos, y que los sofistas modernos quieren rejuvenecer con un esfuerzo último de su genio decrepito y casi cadavérico. Según nuestros incrédulos escritores, es una sustancia única de la cual el hombre y el mundo no son sino los atributos, ó mas bien partes emanantes é integrantes; ó de otra manera: Dios es todo, y todo es Dios; Dios es el gran todo, el mundo y el universo. Todas las criaturas emanan de Dios, hacen parte de su ser, de su sustancia, y por consecuencia son todas divinas; sus tendencias son esencialmente buenas y necesarias, porque son la manifestación necesaria del Ser necesario: luego todas las criaturas tienen una existencia necesaria y eterna, y por consiguiente, están dotadas de todas las perfecciones; proposición que sale y está fuera de los límites del sentido común, y en contra del testimonio y de la experiencia del género humano.

De lo que precede resulta que si todo es Dios los hombres son impecables, todas sus acciones son divinas, y por necesidad buenas y santas: entonces ya no hay crímenes sobre la tierra, ya no se necesita de religion ni de moral, de leyes ni de civilizacion, de gobiernos ni de sociedad, y al fin ¿qué vendremos á tener? Tendremos cosas admirables, superiores á la edad de oro de los poetas; ¡tendremos la hermosa y virginal naturaleza de Rousseau! Los hombres no serán ya *animales depravados*; serán regenerados y perfeccionados por sus nuevos maestros, los señores panteistas, si aquellos les dejan tiempo, y no se vuelven contra sus *regeneradores* para tratarlos con toda la amabilidad y toda la dulzura de costumbres de los habitantes de los bosques de la América ó de la Oceania.

En dos palabras queda resumida toda la moral del Panteismo: Haced lo que querais, todo está necesariamente bien hecho. Pasemos ahora al Materialismo directo y formal.

CAPÍTULO III.

MATERIALISMO DE CABANIS, DE GEORGET, Y DE BROUSSAIS.

§ I.

Tuvo Cabanis la osadía de anunciar altamente « que no hay alma, y que el espíritu no es sino el efecto del cerebro ó el *cerebro agente...* » Dice mas: « El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen de él con cualidades nuevas. El estómago digiere: así llegan las impresiones al cerebro por medio de los nervios; esta víscera entra en accion, y obra sobre aquellas, remitiéndolas ó devolviéndolas luego metamorfoseadas en ideas: de lo cual podemos con la misma certeza concluir que el cerebro digiere en algun modo las impresiones, y hace orgánicamente la secrecion del pensamiento ¹. »

Hé aquí el Materialismo mas atrevido y mas repugnante. Aun cuando no sea aquí su lugar, es difícil contener la indignacion que en todo hombre de bien y sensato debe excitar esta singular filosofia. ¿Es posible que así se ultraje la humanidad entera en lo que ella tiene de mas noble, ó mejor dicho, en lo que forma toda su nobleza? ¿Cómo burlarse así y hasta este punto del sentido comun, é insultar con tanta sangre fria á la conciencia del género humano! En verdad que si alguna cosa pudiese hacer dudosas las pruebas sin réplica de la espiritualidad del alma, ¿no serian los completos desvarios de los escritores materialistas?

El Materialismo por sí mismo es tan extraño y tan absurdo, que bastaria exponer y declarar francamente sus consecuencias, para inspirar horror á toda alma recta y sincera. Sin utilidad pa-

¹ Cabanis, *Relaciones del fisico y del moral del hombre*, tomo I, pág. 152.

De lo que precede resulta que si todo es Dios los hombres son impecables, todas sus acciones son divinas, y por necesidad buenas y santas: entonces ya no hay crímenes sobre la tierra, ya no se necesita de religion ni de moral, de leyes ni de civilizacion, de gobiernos ni de sociedad, y al fin ¿qué vendremos á tener? Tendremos cosas admirables, superiores á la edad de oro de los poetas; ¡tendremos la hermosa y virginal naturaleza de Rousseau! Los hombres no serán ya *animales depravados*; serán regenerados y perfeccionados por sus nuevos maestros, los señores panteistas, si aquellos les dejan tiempo, y no se vuelven contra sus *regeneradores* para tratarlos con toda la amabilidad y toda la dulzura de costumbres de los habitantes de los bosques de la América ó de la Oceania.

En dos palabras queda resumida toda la moral del Panteismo: Haced lo que querais, todo está necesariamente bien hecho. Pasemos ahora al Materialismo directo y formal.

CAPÍTULO III.

MATERIALISMO DE CABANIS, DE GEORGET, Y DE BROUSSAIS.

§ I.

Tuvo Cabanis la osadía de anunciar altamente « que no hay alma, y que el espíritu no es sino el efecto del cerebro ó el *cerebro agente...* » Dice mas: « El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen de él con cualidades nuevas. El estómago digiere: así llegan las impresiones al cerebro por medio de los nervios; esta víscera entra en accion, y obra sobre aquellas, remitiéndolas ó devolviéndolas luego metamorfoseadas en ideas: de lo cual podemos con la misma certeza concluir que el cerebro digiere en algun modo las impresiones, y hace orgánicamente la secrecion del pensamiento ¹. »

Hé aquí el Materialismo mas atrevido y mas repugnante. Aun cuando no sea aquí su lugar, es difícil contener la indignacion que en todo hombre de bien y sensato debe excitar esta singular filosofia. ¿Es posible que así se ultraje la humanidad entera en lo que ella tiene de mas noble, ó mejor dicho, en lo que forma toda su nobleza? ¿Cómo burlarse así y hasta este punto del sentido comun, é insultar con tanta sangre fria á la conciencia del género humano! En verdad que si alguna cosa pudiese hacer dudosas las pruebas sin réplica de la espiritualidad del alma, ¿no serian los completos desvarios de los escritores materialistas?

El Materialismo por sí mismo es tan extraño y tan absurdo, que bastaria exponer y declarar francamente sus consecuencias, para inspirar horror á toda alma recta y sincera. Sin utilidad pa-

¹ Cabanis, *Relaciones del fisico y del moral del hombre*, tomo I, pág. 152.

ra la fisiología, pues no explica los fenómenos de la vida, arruina la moral, y no sirve sino al libertinaje y al Ateísmo. Aun cuando las pasiones se sirvan de él, y que el corazón depravado guste de esta doctrina infame, se niega el espíritu á darla asenso, y la reniega el sentimiento íntimo.

«Hacer del cerebro una fábrica de pensamientos, ¿se ha visto nunca cosa mas extraordinaria? exclama el Sr. de Frayssinous en sus *Conferencias*¹. En efecto, me decís que el cerebro digiere las impresiones que se le transmiten; pero impresiones hechas sobre los órganos no pueden ser sino impresiones, dilataciones, vibraciones, cambios de partes materiales, en una palabra, movimientos. Así decir que el cerebro digiere impresiones, es decir que digiere movimientos; ¿hubo jamás una manera mas bárbara de pensar y de expresarse? Añadís que el cerebro es con respecto á las impresiones como el estómago respecto de las sustancias alimenticias; sed consecuente y llevad al cabo la comparacion. ¿Qué hace la acción del estómago? Transforma los alimentos que recibe; pero las cualidades que les da no son incompatibles con un ser material, y no impiden que conserven la naturaleza de las sustancias materiales: sería menester decir que la acción del cerebro, al cambiar y al modificar los movimientos que á él le llegan, les deja siempre en su estado de movimiento; luego no resultaría nunca sino movimiento, y es cierto que el movimiento no puede ser nunca el pensamiento.»

En esta época de memoria dolorosa, en que reinaba la anarquía, se mostró Cabanis, uno de los mas fanáticos partidarios del Ateísmo, y contribuyó tal vez mas que todos los filósofos de este tiempo á darle lugar entre las instituciones políticas de la nación francesa.

De ello se podrá juzgar por el siguiente pasaje de la vida de Bernardino de Saint-Pierre, por Aimé Martin. El autor ilustre de los *Estudios de la Naturaleza*, encargado en el Instituto de una relación de las memorias que habian concurrido para la solución de una cuestión moral, se atrevió á hablar de Dios, guardando sin embargo todas las consideraciones que debia á los compañeros que no pensaban como él.

¹ Tomo I, pág. 204.

«El análisis de las memorias, dice Aimé Martin, fue escuchado con bastante tranquilidad; pero á las primeras líneas de la declaración solemne de sus principios religiosos, se levantó un grito de furor en todas las partes del salón: unos le silbaban y preguntaban en dónde habia visto á Dios y la cara que tenia; otros se indignaban de su credulidad; los mas pacíficos le dirigian palabras de desprecio. De los dicterios se pasó á los insultos; ultrajaron su edad, le trataron de débil y de supersticioso, amenazáronle con que se le echaria del cuerpo del cual se hacia indigno, y llegó la demencia hasta á desafiarle, para probarle con la espada que no habia Dios. En vano quiso en medio del tumulto pronunciar una palabra; se rehusó el oírle, y el ideólogo Cabanis (único que nombraremos) llevado por la cólera, exclama y jura que no hay Dios, y pide que su nombre no sea pronunciado mas en aquel sitio. Bernardino de Saint-Pierre ya no quiere oír mas; cesa desde este momento en su relación, y volviéndose á su nuevo adversario, le dice friamente: *Vuestro maestro Mirabeau se habria avergonzado de las palabras que acabais de pronunciar*. Y al decir estas palabras se retira sin aguardar respuesta, y la reunion continúa deliberando, no si hay un Dios, sino si permitiria ó no pronunciar su nombre¹»

«Tal era la filosofía de Cabanis en una época en que todas las ideas de orden y moral habian tomado parte en la suerte de las instituciones políticas. No era posible que meditaciones mas profundas sobre el mundo físico y moral y el silencio de las pasiones no le trajesen luego á una doctrina mas sana y mas lógica; esto es lo que sucedió. No hacia aun cuatro años que habia publicado su obra sobre las relaciones del físico y del moral del hombre, cuando reconoció en una carta (publicada en 1824), que escribió á un amigo suyo sobre las causas primeras, un ser superior, inteligente, libre, activo, soberanamente poderoso, justo, bueno, remunerador y vengador, y causa de

¹ Bernardino de Saint-Pierre, obras completas, en 8.º, 1818, tomo I, página 245 del *Tratado sobre su vida y sus obras*, por Aimé Martin. Un discurso que pronunció aquel algun tiempo despues en el Instituto prueba que la mayoría de esta reunion estaba lejos de ser de la opinion de Cabanis, pero que se dejó intimidar y dominar por algunos miembros, poderosos en aquella época.

«todo lo que existe en el mundo, así como un principio particular (yo), causa de los fenómenos morales del hombre, dotado de voluntad y de inteligencia, y como debiendo subsistir después de la disolución del cuerpo. Pero, por una contradicción inexplicable, el Dios de Cabanis es un *Dios-materia*; es el universo inteligente, pensante, queriendo y obrando; su alma es también material; es un elemento sensible y primitivo, análogo á los primeros principios de la organización. En esto se reconoce la opinión de un gran número de filósofos de la antigüedad, y particularmente de Pitágoras, de Zenon y de Epicuro¹.»

§ II.

Desde Cabanis la mayor parte de los médicos que han escrito sobre la ideología han adoptado, de una manera más ó menos abierta, la doctrina del tratado de las relaciones del físico y del moral. Uno de ellos sobre todo, hombre de talento y autor de un tratado voluminoso sobre el sistema nervioso, merece ser citado: Georget, cuya vida filosófica ofrece exactamente las dos fases ó conceptos que hemos notado en la de Cabanis, Georget se levantó con un entusiasmo extraordinario, con una especie de furor contra la admisión de una sustancia espiritual ó de un alma; mas no tardó en reconocer que se había engañado; y dos años antes de morir consignó en su testamento la retractación de sus opiniones, á la cual quiso que se diera toda la publicidad posible.

Copiarémos esta retractación, tal como se insertó en el diario cuyo redactor principal era su mismo autor².

«En mi obra sobre la fisiología del sistema nervioso, en 1821, he profesado altamente el *Materialismo*: ya en el año anterior había publicado un tratado sobre la locura, en el que emití principios contrarios, ó á lo menos expuse ideas que se referían á las creencias generales (pág. 48, 51, 52 y 44); y apenas había manifestado la fisiología del sistema nervioso, cuando meditaciones nuevas sobre un fenómeno bien extraordinario, el *somnambulismo*, no me permitieron más dudas sobre la exis-

¹ *Revista medical*, 1828, octubre, pág. 176.

² *Archivos generales de medicina*, tomo XVII, pág. 135.

tencia en nosotros y fuera de nosotros de un principio inteligente, y distinto en todo de las existencias materiales. Será si se quiere, el alma y Dios. Tengo sobre este particular una convicción profunda, fundada en hechos que creo incontestables.

«¿Estaba yo bien convencido de lo que escribía en 1821? Yo lo creía. Acuérdomé, no obstante, que fui agitado más de una vez de una grande incertidumbre, y de haberme repetido muchas veces á mí mismo, que no podían formarse sino conjeturas si nos fiáramos en los hechos y en el juicio de los sentidos; mas luego volvía á esta idea favorita, de que no hay efecto sin causa, y de que lo que no es materia no es nada. Como si el hombre no hubiese tentado ya mil veces, pero siempre inútilmente, el poner límites á lo posible. Me hallaría sin duda dominado del deseo de singularizarme y de engrandecerme en algún modo, atacando tan brutalmente las creencias generales y de tan grande importancia á los ojos de casi todo el mundo. Querria dar una prueba evidente de valor, combatiendo así la opinión pública. Á esto citaré el siguiente pasaje de una obra del Sr. de Chateaubriand: «Es efectivamente la opinión íntima de su conciencia (el Ateísmo) lo que publicaban los enciclopédicos? Los hombres son tan vanos y tan débiles, que muchas veces el deseo de darse importancia les hace afirmar cosas que no creen, ó á lo menos de las que no están completamente convencidos.» (*Tratado de las Revoluciones*, tomo II, pág. 251, edic. 1826).

«Esta declaración se tendrá reservada hasta que no pueda dudarse de su sinceridad, ni sospecharse de mis intenciones. Si no la puedo publicar yo mismo, suplico á los que la encontrarán al abrir mi testamento, es decir, después de mi fallecimiento, que la den toda la publicidad posible.» (1.º de marzo 1826).

Esta famosa retractación no necesita comentarios: bastante dice por sí misma.

§ III.

El célebre Broussais, después de haber abrazado la doctrina de Cabanis y de Georget, pareció haber sucedido al primero de estos en el empleo de presidente ó corifeo de la secta materialista,

y defendió la doctrina de su demasiado célebre predecesor casi con los mismos argumentos.

Profesor que habia sido de la Facultad de medicina de París, y miembro de la Academia de ciencias *morales*, Broussais, pues, sostenia que no hay en el hombre ninguna sustancia espiritual; que el alma no existe; que la percepcion, las ideas, el juicio, la memoria, la voluntad, las afecciones morales, son resultado inmediato de la accion del cerebro, ó mas bien de los diferentes modos de excitacion del sistema nervioso. Las virtudes y los vicios, segun él, no son otra cosa que el resultado de la lucha que se establece entre el órgano cerebral y las principales visceras, cuyas diversas modificaciones, percibidas por el encéfalo, forman todas nuestras pasiones.

«1.º De dos cosas una, dice él, ó cedemos á una necesidad instintiva (visceral), ú obedecemos á una necesidad intelectual (cerebral); y siempre que esta última es bastante fuerte y poderosa para impedirnos el que cedamos á la otra, debe esta ventaja á lo que produce en las mismas visceras, á las cuales agita en la necesidad instintiva una excitacion distinta de la suya.

«El cultivo del intelecto puede crear un tropel de pasiones artificiales. A fuerza de despreciar los movimientos instintivos, cae el hombre en la pasion del espiritualismo, y se deja martirizar para complacer y agradar á la divinidad que él mismo se ha formado... Lo que mas le importa son los intereses pretendidos del cielo, y sobre todo la certeza de una felicidad eterna conforme á sus deseos y á sus hábitos¹.»

Luego veremos que estos principios son tan absurdos como subversivos de la moral y de la sociedad. Contentémonos con observar que Broussais destruye el libre albedrío, ó la libertad moral del hombre, haciendo depender la virtud y el vicio de las leyes de la organizacion, ó de la lucha que se establece entre el encéfalo y los principales órganos viscerales. Así, pues, segun esta doctrina, el hombre no es libre; está como las bestias bajo el imperio del organismo ó de la necesidad. Nosotros cedemos á una necesidad instintiva (visceral), es decir, á la pasion, si la necesidad intelectual (cerebral) no es bastante fuerte para impe-

¹ De la Irritacion y de la locura, pág. 246.

dir que cedamos á la otra. Si, por el contrario, la organizacion cerebral es mas poderosa que la influencia visceral, se hace el bien, se es virtuoso; ó mas bien, no habria en ambos casos virtud ni vicio, ni mérito ni demérito, porque no hay mas libertad moral que en los animales. Con esto podrá bien concebirse lo que importan los intereses del cielo y la felicidad eterna, y que fácilmente *se cede á todas las necesidades viscerales* cuando no se ve en el hombre sino una masa de materia orgánica, así como el caballo y el mulo que no tienen inteligencia. Con estos principios de Fatalismo, el crimen será inocente, la virtud no tendrá mérito, y la moral humana y toda la responsabilidad de nuestras acciones quedarán anonadadas: finalmente, esta filosofia abyecta y animal es digna de los materialistas y de su moral epicuriana: este es el motivo porque nunca se hayan visto filósofos materialistas castos, dulces y humildes de corazón; este seria un fenómeno moral inexplicable, aunque no les faltará medio de explicarlo. Puede decirse en cierto modo de los materialistas lo que mas particularmente ha dicho La Bruyère de los ateos: «Yo desearia encontrar un hombre sóbrio, moderado, casto y equitativo que negase la existencia de Dios ó la del alma inmortal; á lo menos hablaria imparcialmente; pero este hombre no existe¹.»

Hé aquí, pues, segun Broussais, que el hombre no es libre; así lo dice positivamente en las páginas 215, 217, etc. Sin embargo, esto no le impide el decir que *á fuerza de menospreciar los movimientos instintivos, cae el hombre en la pasion del espiritualismo*. Pero si despreciando el hombre los movimientos instintivos que le dominan, llega á hacerse dueño de ellos, se sigue que es libre, segun el mismo autor: el hombre hace, pues, lo que no pueden las bestias; manda á su organismo ó á sus *necesidades viscerales*; las domina cuando quiere; hasta puede, á pesar del instinto conservador de todos los animales, despedazar, romper y destruir su organizacion, es decir, suicidarse. Mas este acto de desesperacion, tan frecuente en el hombre, es absolutamente sin ejemplo en el animal, que languidece, decae y muere sin destruirse él mismo; prueba, como dice el Sr. de Bonald, que en este no hay nada que le haga conocer su estado, y que le mande sus-

¹ *Caractères*, cap. XVI, de los espíritus fuertes.

traerse de él. Hay, pues, en el hombre un principio libre é inteligente, un poder soberano, dueño de la materia y de la organización; y es evidentísimo que en los animales no se encuentra este principio. Volveremos á este asunto.

Segun Broussais, todo cuanto no es conforme á su sistema es ilusion, y todo lo que es ilusion es excitacion cerebral anormal, irritacion; es decir, enfermedad; por esto es que pone entre los que están próximos á la locura á los que tienen la sencillez de admitir un alma: «No se crea que es por espíritu de crítica, sino por la fuerza de las cosas que coloco á los hipocondriacos y á todos los nevropáticos que se acercan á la locura, al lado de «los metafísicos.» (Pág. 240).

2.º En sentir del autor, todo lo que no es cuerpo ó materia no es nada. Admite, sin embargo, un primer motor, concesion inmensa que destruye completamente su proposicion: por mas que haga ó diga, será preciso que este primer motor sea otra cosa que cuerpo, en una palabra, que sea inmaterial. Veamos lo que dice nuestro filósofo, porque Broussais al fin de su carrera, y despues de la demolicion de su edificio medical, se hizo filósofo y hasta frenólogo, como lo veremos en otra parte. «El hombre no puede figurarse nunca otra cosa que cuerpos, y es una sensacion enfermiza la que hace que piense que tiene idea de algo «mas que de los objetos sensibles, etc., etc.»

Es cierto que la inercia es el estado natural de la materia, y que esta no puede ser movida sino por un impulso extraño; luego el movimiento no es esencial á la materia, porque si le fuese esencial, estaria la materia en un movimiento eterno y necesario, y el reposo la seria un estado imposible. La materia no puede, pues, recibir el movimiento sino de un motor que necesariamente no sea materia; porque si el motor fuese materia, él mismo no tendria sino un movimiento comunicado por un principio ó un primer motor inmaterial, al que necesariamente es preciso remontar. Si el motor material tuviese el movimiento por sí mismo, lo poseeria esencial y necesariamente, lo que está demostrado como falso por la experiencia de todos los hombres: el hombre puede, pues, concebir otra cosa que cuerpos, y no es sensacion enfermiza la que hace pensar al hombre que tiene idea de algo mas

que de los objetos sensibles: quitad éste algo de mas incorporal, y toda la naturaleza creada está herida de muerte y de inercia. El autor se ha engañado groseramente al decir que el hombre no puede concebir sino los cuerpos y los objetos sensibles.

3.º Vaya otra objecion que tiene con la precedente mucha analogía: «La dependencia entre el aparato cerebral y los fenómenos no podria explicarse con la hipótesis de una causa inteligente no nerviosa, porque el modelo de esta causa no existe en ninguna parte, y porque no es posible admitir que lo que no es «cuerpo pueda ejercer accion sobre lo que es cuerpo.» (Pág. 178).

Á esto responderemos con un corto extracto de la contestacion del baron Massias ¹.

«Broussais cree en Dios, á quien llama el motor supremo (página 355); le mira, pues, como origen del movimiento y de la accion, y como en su obra nada nos puede hacer pensar que «haya admitido un Dios material, no le achacaremos una idea «tan absurda; pero le diremos que reconocer un Dios es reconocer «una causa cuyo modelo no existe en ninguna parte; es reconocer «que lo que no es cuerpo puede ejercer accion sobre lo que es cuerpo: «luego Broussais se contradice al negar que sea posible el que «una sustancia espiritual obre sobre una sustancia material...»

El baron Massias se encoleriza contra el pasaje en que Broussais anuncia que *la idea de la libertad no es mas que una fórmula*; entonces, dice, la virtud que no puede existir sin libertad no será mas que una fórmula. Indignado y con razon de semejantes principios, el autor responde á Broussais con el trozo siguiente de J. J. Rousseau:

«Es cierto que el hombre es el rey de la naturaleza, á lo menos en la tierra donde habita, porque no solamente doma todos «los animales, no solo dispone por su industria de los elementos, «sino que él solo en la tierra sabe hacerlo, y todavía se atribuye «por la contemplacion los astros mismos á los que no se puede «aproximar. Que me enseñen un animal en la tierra que sepa «emplear el fuego y admirar el sol. ¡Que! Yo puedo observar,

¹ Observaciones sobre los ataques dirigidos contra el Espiritualismo, por el Dr. Broussais en su libro de la Irritacion y de la locura, por el baron Massias, en 8.º, de 38 páginas.

«conocer los seres y sus relaciones; puedo sentir lo que es orden, belleza, virtud; puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo gobierna; puedo amar el bien, hacerlo, y ¡me compararia á las bestias! Alma abyecta, tu triste filosofía te hace igual á aquellas, ó mas bien, quieres envilecerte inútilmente; tu genio depone contra tus principios, tu corazón benéfico desmiente tu doctrina, y en despique ó á pesar tuyo, el abuso que haces de tus facultades, prueba su excelencia¹.»

4.º Broussais cree en Dios, en el motor supremo. No puede haber Dios sin justicia, ni justicia sin recompensa para la virtud, y castigo para el vicio; este orden de cosas falta muchas veces en la tierra; al contrario, muy á menudo se ve en esta prosperar á los malvados, y los hombres de bien toda su vida desgraciados. Un impío, un malvado cubierto de crímenes y de iniquidades, á fuerza de hacer mal se le ha endurecido el corazón; el remordimiento y el grito de la conciencia están ahogados bajo el peso de sus crímenes acumulados; el vicio, la virtud, la esperanza de la otra vida las trata de quimeras y de supersticiones de la educación; lleva la demencia hasta negar la existencia de Dios, ó bien blasfema contra su providencia: á este hombre todo le sonríe, fortuna, riquezas, bienes inmensos, y por consiguiente, grandeza, gloria, honores, amigos; dícese feliz y cree serlo; despues de una vida prolongada y pasada en toda clase de delicias, le sorprende una muerte pronta y repentina; y como es pronta é imprevista, le ahorra todas las agonías de los últimos momentos. ¿En dónde estará el castigo que merecia este impío, este despreciador de Dios y de su ley?

Por otro lado, observo un hombre justo y virtuoso, bienhechor de la humanidad, sosten de los pobres, consuelo de afligidos: el celo que le inflama por la gloria de Dios excita la rabia de la impiedad, le suscita una porcion de enemigos: perseguido por todas partes, está reducido á la mas dura condicion; se encuentra sin recursos ni apoyo; agobiado de disgustos y de todas las amarguras de una vida pobre y miserable, lleno de enfermedades y abandonado de todo el mundo, sin amigos, sin consuelo alguno humano; sometido siempre con respeto á la voluntad de Dios,

¹ Emilio, lib. IV.

bendice, como Job, el santo nombre del Señor; sin embargo, le condena la voz pública, le trata de pícaro y de hipócrita, que, bajo la capa seductiva de un celo religioso, abriga los designios mas malvados; se le arrastra ante jueces inicuos, donde es echado un grito de sangre y de furor; se le condena á la pena capital, *reus est mortis*. Cubierto de oprobio y de ignominia, y cargado con las maldiciones públicas, marcha con paso firme al suplicio; la calma de la inocencia, el ánimo tranquilo y sublime de la virtud la mas heroica pasa todavía y se reputa por un refinamiento de hipocresía y de fanatismo; finalmente, la víctima se prepara, perdona á sus asesinos, ora por sus verdugos, á los que da un abrazo, se ofrece, y es inmolado: estos no son hechos imaginarios, no son una invencion; la revolucion francesa, tan fecunda en cosas inauditas, nos ha ofrecido el contraste de esta especie de espectáculos. Á los ojos de la razon, ¿cuál deberá ser la suerte de estas dos personas tan diferentes de carácter y de conducta? ¿No habrá, pues, entre ellas alguna diferencia á los ojos de la justicia soberana? ¿La misma suerte se reserva á los Vicentes de Paul, á los Marats, á los Lacenaires, á los que alimentan á los hombres, y á los que los asesinan? Imposible. Si nada hay mas allá de esta vida, si el sepulcro encierra al hombre entero, Dios es injusto, ó no existe, lo que no es posible. El orden debe establecerse una vez. Hace tres mil años que pronunció el Sábio estas palabras graves: *He visto debajo del sol á la impiedad en lugar del juicio; y á la iniquidad en lugar de la justicia, y he dicho en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío, y entonces será el tiempo del restablecimiento de todas las cosas¹.*

«Aun cuando no tuviese otra prueba de la inmortalidad del alma, dice Rousseau, que el triunfo del malo, y la opresion del justo en este mundo, esto solo me privaria de dudar de ella. «Una disonancia tan chocante en la armonía universal me haria desear el resolverla, y me diria: Para mi no acaba todo con la vida; á la muerte todo vuelve á entrar en el orden.» Luego hay un alma que sobrevive á la disolucion de los órganos. Esta prueba aunque indirecta, tiene, segun nuestra opinion, una fuerza inmensa é irresistible. «Ella sola ha devuelto á muchos filó-

¹ Eccles., III, 16 y 17.

«sofos al Espiritualismo; ya habia hecho una grande impresion á «Cabanis, que la emplea y se sirve de ella en su carta sobre las «causas primeras¹.» (*Revista medical*, octubre 1828).

Citarémos algunos pasajes sacados de la profesion de fe de Broussais, intitulada: *Desarrollo de mi opinion y expresion de mi fe*: esta pieza póstuma ha sido insertada en la noticia histórica de Broussais publicada por el Sr. Montegre.

«Yo siento, como otros muchos, que todo está coordinado por «una inteligencia; yo busco si puedo encontrar y concluir que «ha creado; mas no puedo, porque la experiencia no me da la re- «presentacion de una creacion absoluta; yo no las concibo sino «relativas, que no son sino modificaciones de lo que existe, cu- «ya sola causa apreciable para mí está en las moléculas ó átomos, «y en los flúidos imponderables que hacen variar sus activida- «des; pero yo no sé lo que son los imponderables, ni en qué di- «fieren los átomos de estos, porque la última palabra sobre estas «cosas está aun por decir por los físicos y por los químicos, y «temo, por consiguiente, no representarme sino quimeras.

«Así, confieso que sobre todos estos puntos no tengo sino co- «nocimientos incompletos en mis facultades intelectuales ó en mi «intelecto, y me quedo con el sentimiento de una inteligencia «coordinadora que no me atrevo á llamar creadora, aun cuando «deba serlo; pero no veo necesidad de dirigirla otro culto exte- «rior que el de ejercitar, por la observacion y el raciocinio, á la «inteligencia para enriquecerla con nuevos hechos, y los senti-

¹ Broussais no profesó el Materialismo hasta despues de haber publicado su libro *de la Irritacion y de la locura*, como se verá por la exclamacion pinto- resca del Dr. Virey. (*Revista medical*, 1829, marzo, pág. 423).

«Es muy curioso el ver en el siglo XIX que un profesor sábio asegure á sus discípulos que carecen de alma y de espíritu, y que solo tienen un cerebro que lucha con el calórico y la electricidad; y sus admiradores inocentes exclaman por todo y con entusiasmo: ¡No, no tenemos ni espíritu ni alma, etc.! La doc- trina de nuestro maestro es irrefragable; lo dice él, aunque hace pocos años que decia todo lo contrario. Confesaba un principio intelectual distinto; medio muy cómodo para tener siempre razon. ¿El alma del Dr. Broussais le habria sin duda abandonado, cuando trataba en su *Fisiologia* de la irritacion y de la lo- cura? (*Tratado de Fisiologia*, tomo I, pág. 131 y 133). Es espiritualista, como lo ha observado muy bien el baron Massias, y lo niega hoy como si fuese un pecado.»

«mientos superiores, porque van á parar al grande bien del hom- «bre obligado á vivir con sus semejantes, es decir, al bien so- «cial.

«Yo no temo ni espero nada para la otra vida, porque no pue- «do representármela.

«Tampoco temo expresar mi opinion ni exponer mi profesion «de fe, porque estoy convencido que no destruirá la felicidad de «nadie. Solo aquellos que se hallan organizados para tenerlas «adoptarán mis opiniones.

«Por mas que se me diga, la naturaleza no puede haberse he- «cho ella misma: luego la ha hecho una potencia inteligente. — «Yo respondia: Sí; pero no puedo formarme una idea de esta po- «tencia. — Desde que supe por la cirugia que el pus acumulado «á la superficie del cerebro destruia nuestras facultades, y que «la evacuacion de este pus las permitia su reaparicion, ya no «fui dueño de concebirlas de otro modo, que como actos de un «cerebro vivo, aunque ignorase lo que es un cerebro, y lo que «es la vida. Así los estudios anatómicos, físicos y químicos no me «han hecho ni mas ni menos crédulo, es decir, capaz de figurar- «me con conviccion á un Dios obrando como un hombre multi- «plicado, y un alma haciendo mover á un hombre, porque esta «alma me parecia un cerebro agente y nada mas, sin que pudie- «se decir cómo agenciaba ú obraba.»

Broussais reconoce una inteligencia coordinadora, y no se atre- ve á llamarla creatriz, aunque debe serlo: niega, pues, lo que afir- ma que es necesario, es decir, lo que debe ser. — No cree sino lo que puede representarse. Ha creído en una infinidad de contin- gentes que ha podido representarse, y rehusa creer en la inteli- gencia creatriz, es decir, el Ser necesario.

Broussais nada teme ni espera para la otra vida, porque no pue- de representársela.

Negar otra vida es desmentir al género humano, y ponerse en oposicion con todo el universo, querer en tal materia combatir orgullosamente la creencia constante y universal del mundo en- tero, es, segun mi modo de pensar, una gran locura ó una tor- peza estúpida dimanada de un orgullo inconcebible.

Broussais no cree en otra vida, porque no puede representarse-

la, es decir, porque no la conoce; ¿no ha creído en la vida presente que dice igualmente que no conoce? Si sin conocerla creyó en esta vida, ¿por qué no cree en la otra con todo el género humano? y si no ha creído en la primera, ¿por qué ha escrito y hablado tanto sobre ella? Entonces ha escrito y hablado sobre lo que ignoraba, es decir, que no ha sabido ni lo que ha dicho, ni lo que ha escrito, y que se ha engañado á sí mismo, y ha engañado á sus semejantes. Sin embargo, concibe los actos de un cerebro vivo; esto no le impide de decir inmediatamente despues, que no sabe lo que es un cerebro, aunque pueda sin duda representárselo, y no obstante asegura que el alma, que él no conoce, no es otra cosa que el cerebro agente, que no conoce nada mas. No conoce un *Dios operante*, no conoce la vida, no conoce la potencia inteligente que ha hecho la naturaleza, no conoce los átomos ni los imponderables, y ¡cosa admirable! de todos estos desconocimientos ó ignorancias, Broussais compone lo que él llama su profesion de fe. ¡Y qué profesion de fe, que consiste en no conocer ni creer nada!

Ya es tiempo de que salgamos de este laberinto de errores. Entremos por un momento en el dominio de la verdadera filosofía; veamos brevemente á nuestros mas ilustres autores, quienes atropellando con el peso de su dialéctica la ideología sensualista, han contribuido mas á derribar este promontorio de materialismo.

Descartes habia proclamado la espiritualidad del alma, pero mezclando en ella algunos errores.

Leibnitz, el filósofo mas profundo del gran siglo, es el que mas terribles golpes ha dado al Materialismo, demostrando que el alma no está limitada á la simple capacidad de sentir, sino que es tambien dotada de una actividad original é inherente á su naturaleza.

El Sr. Laromiguière ha combatido con una lógica victoriosa la doctrina sensualista; segun nosotros es el ideólogo que ha escrito de la manera mas satisfactoria sobre el origen de las ideas; y por esto creemos que debemos dar un extracto de su doctrina sobre un punto tan importante.

CAPÍTULO IV.

EXTRACTO ANALÍTICO Y RAZONADO DEL SISTEMA FILOSÓFICO DE LAROMIGUIÈRE SOBRE LAS CAUSAS Y LOS ORÍGENES DE LAS IDEAS.

Yo tomo el alma humana como un hecho justificado, y en ella veo dos atributos inseparables de su ser: la sensibilidad y la actividad. Por la primera el alma es susceptible de ser modificada; por la actividad puede modificarse ella misma. La actividad es una *potencia*, una *facultad*; la sensibilidad no es *facultad*, ni *potencia*, es simple *capacidad*.

El Sr. Jouffroy y otros filósofos piensan y dicen que por la palabra *facultad* deben entenderse las diferentes capacidades naturales del alma humana: segun estos filósofos, la memoria es una facultad, porque naturalmente tenemos la *capacidad* de acordarnos. La sensibilidad lo es tambien, porque tenemos naturalmente la *capacidad* de sentir. La materia tiene capacidades naturales: así el fuego tiene la capacidad de arder, los árboles la de producir frutos; sin embargo, las capacidades del hombre y las de las cosas no llevan el mismo nombre: las del hombre son *facultades*, y las de las cosas son *propiedades*. Esta diferencia proviene de que el hombre puede gobernar sus capacidades, mientras que las cosas no tienen el mismo poder.

Laromiguière no admite facultades sin actividad, y lo que es pasivo en el alma humana no puede, en la opinion de este autor, tener mas que capacidades.

En cuanto á nosotros, decimos que sin libertad no hay facultades. Quien dice facultad, dice actividad ó entendimiento y voluntad¹. Las facultades suponen, pues, la libertad. Esta las aplica ó las desvia de su objeto, las gobierna y las dirige. Quien dice sensibilidad, dice capacidad. Solo el hombre intelectual tiene fa-

¹ La palabra *facultad* viene de *facere ultro*.

la, es decir, porque no la conoce; ¿no ha creído en la vida presente que dice igualmente que no conoce? Si sin conocerla creyó en esta vida, ¿por qué no cree en la otra con todo el género humano? y si no ha creído en la primera, ¿por qué ha escrito y hablado tanto sobre ella? Entonces ha escrito y hablado sobre lo que ignoraba, es decir, que no ha sabido ni lo que ha dicho, ni lo que ha escrito, y que se ha engañado á sí mismo, y ha engañado á sus semejantes. Sin embargo, concibe los actos de un cerebro vivo; esto no le impide de decir inmediatamente despues, que no sabe lo que es un cerebro, aunque pueda sin duda representárselo, y no obstante asegura que el alma, que él no conoce, no es otra cosa que el cerebro agente, que no conoce nada mas. No conoce un *Dios operante*, no conoce la vida, no conoce la potencia inteligente que ha hecho la naturaleza, no conoce los átomos ni los imponderables, y ¡cosa admirable! de todos estos desconocimientos ó ignorancias, Broussais compone lo que él llama su profesion de fe. ¡Y qué profesion de fe, que consiste en no conocer ni creer nada!

Ya es tiempo de que salgamos de este laberinto de errores. Entremos por un momento en el dominio de la verdadera filosofía; veamos brevemente á nuestros mas ilustres autores, quienes atropellando con el peso de su dialéctica la ideología sensualista, han contribuido mas á derribar este promontorio de materialismo.

Descartes habia proclamado la espiritualidad del alma, pero mezclando en ella algunos errores.

Leibnitz, el filósofo mas profundo del gran siglo, es el que mas terribles golpes ha dado al Materialismo, demostrando que el alma no está limitada á la simple capacidad de sentir, sino que es tambien dotada de una actividad original é inherente á su naturaleza.

El Sr. Laromiguière ha combatido con una lógica victoriosa la doctrina sensualista; segun nosotros es el ideólogo que ha escrito de la manera mas satisfactoria sobre el origen de las ideas; y por esto creemos que debemos dar un extracto de su doctrina sobre un punto tan importante.

CAPÍTULO IV.

EXTRACTO ANALÍTICO Y RAZONADO DEL SISTEMA FILOSÓFICO DE LAROMIGUIÈRE SOBRE LAS CAUSAS Y LOS ORÍGENES DE LAS IDEAS.

Yo tomo el alma humana como un hecho justificado, y en ella veo dos atributos inseparables de su ser: la sensibilidad y la actividad. Por la primera el alma es susceptible de ser modificada; por la actividad puede modificarse ella misma. La actividad es una *potencia*, una *facultad*; la sensibilidad no es *facultad*, ni *potencia*, es simple *capacidad*.

El Sr. Jouffroy y otros filósofos piensan y dicen que por la palabra *facultad* deben entenderse las diferentes capacidades naturales del alma humana: segun estos filósofos, la memoria es una facultad, porque naturalmente tenemos la *capacidad* de acordarnos. La sensibilidad lo es tambien, porque tenemos naturalmente la *capacidad* de sentir. La materia tiene capacidades naturales: así el fuego tiene la capacidad de arder, los árboles la de producir frutos; sin embargo, las capacidades del hombre y las de las cosas no llevan el mismo nombre: las del hombre son *facultades*, y las de las cosas son *propiedades*. Esta diferencia proviene de que el hombre puede gobernar sus capacidades, mientras que las cosas no tienen el mismo poder.

Laromiguière no admite facultades sin actividad, y lo que es pasivo en el alma humana no puede, en la opinion de este autor, tener mas que capacidades.

En cuanto á nosotros, decimos que sin libertad no hay facultades. Quien dice facultad, dice actividad ó entendimiento y voluntad¹. Las facultades suponen, pues, la libertad. Esta las aplica ó las desvia de su objeto, las gobierna y las dirige. Quien dice sensibilidad, dice capacidad. Solo el hombre intelectual tiene fa-

¹ La palabra *facultad* viene de *facere ultro*.

cultades. Considerado el hombre como un ser puramente sensible, es decir, regido por la sola facultad sensible de su alma, no tiene sino capacidades así como los animales. La materia en general tiene solo propiedades; sin embargo, cuando necesitemos de una grande precision, emplearemos algunas veces la palabra *facultad* en el sentido que el Sr. Joffroy la emplea.

La sensibilidad del alma ofrece á la observacion fenómenos dignos de nuestra atencion toda: los rayos de luz dan contra nuestros ojos; la impresion que causan á la retina es comunicada al cerebro; el movimiento de este es seguido al punto de un sentimiento del alma, y este sentimiento es el que se llama sensacion de color: hasta aquí el alma está pasiva, está modificada, ve, pero no mira, porque no obra, y lo mismo sucede con los demás sentidos.

Así que el alma siente, se halla bien ó mal; experimenta placer ó dolor, está modificada; mas no puede continuar ociosa: quiere retener el sentimiento-placer, ó dejar y separarse del sentimiento-dolor; es activa, se modifica ella misma: hay mas, comunica un movimiento al cerebro, este lo transmite al órgano, que se lleva hácia el objeto exterior, ó tiende á alejarse de él.

Distinguiremos, pues, dos series de hechos en sentido inverso: 1.º accion sobre el órgano del objeto exterior, del órgano sobre el cerebro, y del cerebro sobre el alma; 2.º accion ó reaccion del alma sobre el cerebro, accion de este sobre el órgano que huye del objeto, ó tiende hácia él. (*Vease nuestro Tratado de Fisiología ideológica que está mas adelante*).

El alma humana está dotada de actividad, como lo prueba la experiencia; es activa, porque piensa; piensa porque entiende y quiere. Si nos detenemos aquí á las solas ideas que tienen su principio incontestable en las sensaciones (y estableceremos que hay mucho mayor número de los que desean otros principios), todo en el alma humana se refiere á tres cosas: á las sensaciones, al trabajo del espíritu sobre las sensaciones, y á las ideas ó conocimientos que resultan de este trabajo.

El primer desarrollo de la inteligencia, las primeras ideas que se manifiestan son el producto de una accion del alma, que se ejerce inmediatamente sobre las sensaciones. Para conseguir un

segundo desarrollo de la inteligencia, ó sean nuevos conocimientos, se necesitan tres condiciones: ideas adquiridas por un primer trabajo, nuevo trabajo sobre estas primeras ideas, nuevas ideas resultantes de este trabajo nuevo; de suerte que siempre se trata de partir de un *sentido* ó de un *conocido*, y de obrar sobre este sentido ó conocido para llegar á las primeras ideas, ó para adquirir de nuevas.

Todos nuestros conocimientos son producidos por un trabajo del espíritu ó de la accion de sus facultades; pero; cuántas facultades debe emplear el hombre para elevarse de un estado puramente sensitivo hasta los conocimientos mas sublimes!

Tres condiciones bastan á todos nuestros conocimientos, tanto á la mas vasta ciencia, como al sistema mas sencillo. Primeramente es necesario formarse ideas exactas de todas las cualidades del objeto que se estudia: la atencion nos dará estas ideas; pero nunca formarán una ciencia si no profundizamos sus relaciones; y estas últimas las veremos acercando y comparando los hechos: la comparacion nos será, pues, indispensable. Pero aun no existe la ciencia; es necesario coger antes la relacion por donde todo comienza, y despues de haber cogido ó alcanzado el principio, descender por grados ó de consecuencia en consecuencia hasta la mas lejana de estas: el raciocinio ejecutará este trabajo, y él mismo reducirá los hechos á sistema. Atencion, comparacion, raciocinio: tres facultades que ha recibido de la munificencia infinita del Autor de su ser la criatura la mas inteligente. Con una de menos, y no podria ser otra que la del raciocinio, cesáramos de ser lo que somos, es decir, seres racionales. Una mas no podemos imaginarla. Estas son las tres facultades que comprende el entendimiento humano. Pero digámoslo y nunca lo olvidemos: las palabras que designan las facultades del alma se emplean al mismo tiempo para designar el producto de las mismas, y así tienen doble acepcion. Dominados por la costumbre, cuidamos de no ver, como muchos filósofos, en el entendimiento humano sino el conjunto de las ideas adquiridas ó la simple capacidad de recibirlas; porque en esta opinion, á pesar de su sencillez, este sistema llegaria á ser incomprensible.

El hombre no se contenta con solo conocer, sino que quiere ser

feliz, y es imposible que deje de quererlo. Antes estaba en los goces, ahora se ve desgraciado; primero es un malestar que le advierte vagamente el cambiar de estado; luego le atormenta la inquietud, concéntrase la atención sobre su idea, la comparación que hace de su situación primitiva con su privación actual le hace aun mas desgraciado; quiere procurarse el objeto que echa menos, y el raciocinio busca los medios de encontrarle: este es el deseo. El deseo no es, pues, sino la dirección de las facultades del entendimiento hacia el objeto cuya necesidad sentimos. En el malestar no hay sino sentimiento, en la inquietud comienza á manifestarse la actividad; ya esta hace esfuerzos; pero en el deseo tal como lo tomamos y que nos autoriza la naturaleza á entenderlo, la actividad se despliega con energía.

Cuando el alma desea, juzga que uno solo ó muchos objetos pueden satisfacerla. En el último caso se determina muchas veces, y la acción de las facultades del entendimiento que se repartían en muchos objetos, se dirige á uno solo, le prefiere: esta es la preferencia, que nace del deseo, y da á su vez nacimiento á la libertad. El hombre prefiere ciertas sensaciones á otras. De muchas maneras de estar que él conoce, busca las unas, y desecha las otras; muchas veces prefiere ó escoge mal, es decir, que comparando lo que escogió y lo que desechó, sufre por haber obrado de este modo, y se arrepiente. Así el hombre tiene el poder de preferir, de escoger ó de determinarse, y algunas veces le sucede el arrepentirse.

El arrepentimiento es un estado penoso, el hombre hace naturalmente esfuerzos para evitarlo; instruido por la experiencia, se acuerda que se ha arrepentido ya de haberse determinado de tal manera; se le ofrece un goce, se siente atraído hacia él; querría determinarse á poseerlo, pero hecho mas prudente por la experiencia, concentra sobre el objeto su atención, compara los dos estados, el del goce y el de la privación; procura prever los resultados, delibera, raciocina; no le basta ya, como en otras ocasiones, que un estado le parezca agradable, es necesario que lo sea por largo tiempo, y que no pueda ser causa de arrepentimiento. Si á este estado le debe seguir una pena viva y prolongada, sucederá con frecuencia que el hombre se determinará por

el estado opuesto, porque tiene la conciencia íntima que puede escoger este ó aquel. Una prudente experiencia le hará sacrificar lo presente á lo venidero; y el determinarse así despues de deliberación, es una manera de preferir que toma el nombre de libertad. Así, pues, en la voluntad hay deseo, preferencia y libertad.

«Por medio del deseo el alma dirige el empleo de sus fuerzas hacia un solo objeto; por la preferencia se modera para elegir entre muchos objetos, y por la libertad suspende en algun modo la acción de sus fuerzas, para darse cuenta, á fin de escoger mejor cuando lo habrá examinado, balanceado y pesado todo¹.»

Acabamos de considerar el alma humana en todas sus facultades; hemos considerado estas en si mismas; quedánnos ahora por examinar sus efectos. Mas, presentemos antes sumariamente las diversas afecciones del alma comprendidas bajo la palabra *sentir*, pues que *todas* son sentimientos ó afecciones del alma. Estos diversos sentimientos se reducen á cuatro especies: sentimiento-sensación, sentimiento de la acción de las facultades del alma, sentimiento de relación, sentimiento moral. Á estas cuatro especies de sentimientos corresponden cuatro suertes de ideas ó de efectos de nuestras facultades: ideas sensibles, ideas de la acción de las facultades ó ideas de las facultades del alma, ideas de relación, ideas morales.

Rayos de luz vienen á dar contra la retina; la impresión causada por el objeto exterior, ó el movimiento del órgano, es comunicada al cerebro: al punto sigue en el alma un sentimiento; esta es la primera manera de sentir, es el sentimiento-sensación ó simplemente la sensación. Nosotros sentimos por la vista, por el oído, por el gusto, el olfato y el tacto.

Las sensaciones que resultan de las impresiones causadas por los objetos exteriores se llaman sensaciones externas; las que proceden de la influencia de los estimulantes interiores, que obran en el seno de las cavidades y en la profundidad de las vísceras, ó emanan del sistema nervioso ganglional, son llamadas sensa-

¹ Ferreol Pérard, abogado en el tribunal real de París, *Lógica clásica*, tomo I.

ciones internas: tales son las que se levantan de los aparatos digestivo y reproductor, etc.

Las diversas maneras de sentir, según el dictamen de un gran número de filósofos, se reducen á las sensaciones; sin embargo, la experiencia nos demuestra que aun hay otras: por de pronto, y como lo vamos luego á demostrar, no pudiendo el alma obtener ideas sensibles, sino en tanto que obra sobre las sensaciones, debe por necesidad tener el sentido de su accion; porque el alma no puede obrar sin que sienta que obra; ahora bien, este sentimiento no parece tener nada de comun con el sentimiento-sensacion. No es posible confundir lo que experimenta el alma por el ejercicio de sus facultades con lo que experimenta con ocasion de la impresion de los objetos exteriores sobre nuestros órganos. Este sentimiento de la accion de las facultades varía como las facultades mismas: se exalta cuando se exaltan estas; se para y descansa cuando las mismas se hallan en estado de reposo. Parece muy raro el que nos abandone este sentimiento, porque es de presumir que en nuestra alma no hay jamás cesacion de sensacion; obra en tanto que desea, ¿y acaso la vida no es un continuo deseo?

Hemos ya hablado y aun hablamos con anticipacion de las ideas. Nos atestigua la experiencia que sucede que tengamos muchas ideas á la vez; entonces un sentimiento particular se produce en nosotros. En estas ideas sentimos semejanzas, diferencias, relaciones; y á esta manera de sentir la llamamos sentimiento de relacion, ó sentimiento-relacion: que son infinitamente mas numerosos que los sentimientos-sensaciones y que los sentimientos de las facultades. Ellos resultan de la aproximacion de las ideas, y esta aproximacion puede ser infinita; para convencerse de ello basta conocer la teoría de las combinaciones.

Una cuarta manera hay de sentir que parece diferir mas de las tres que acabamos de considerar, que lo que difieren estos sentimientos entre sí.

La vista de un semejante que gime bajo el peso de los males excita la compasion de un hombre de bien. Este hombre depone de repente toda repugnancia de la naturaleza ó mas bien su movimiento y simpatía, se inclina con respeto ante la humanidad do-

liente, consuela al desgraciado, enjuga sus lágrimas, y le da parte de sus bienes. Vemos este hecho, y experimentamos una satisfaccion deliciosa que penetra toda nuestra alma. Al sentimiento-sensacion que experimentamos á la vista de este espectáculo sensible suceden al momento otros sentimientos que difieren notablemente de aquel. Todo lo que hay de generoso y de humano en esta accion nos hace una impresion repentina y profunda, y excita nuestra benevolencia y hasta nuestra veneracion. Este hombre benéfico merece ser feliz, y la felicidad no es para él un hecho arbitrario, sino un derecho adquirido. Si comprendéis bien esta justicia de la recompensa, habeis experimentado antes el sentimiento de lo justo; porque ¿cómo tener idea de lo que en ninguna manera se ha sentido? Todas estas maneras de sentir, tan nobles, tan sublimes, tan eminentemente diferentes de la sensacion, las llamamos sentimientos morales, porque son producidos ó ocasionados en nosotros por un agente moral. Entiéndase por agente moral una inteligencia que obra sobre sí misma ó sobre sus semejantes, que hace bien ó mal con intencion y con una voluntad libre. Estamos fundados, en efecto, á juzgar que hay moralidad en un acto, cuando está hecho con voluntad libre; porque en donde hay libertad hay imputabilidad, hay mérito y demérito, y por consiguiente, moralidad. Desde este momento nacen en el fondo del corazon del hombre los sentimientos de lo justo y de lo honrado, los sentimientos de generosidad, de delicadeza, y sus contrarios. (Laromiguière, *Lecciones de Filosofia*).

Acabamos de ver las cuatro maneras de sentir del alma humana, fáltanos ahora considerar las cuatro especies de ideas que sacan su origen de estos cuatro sentimientos: ideas sensibles, ideas de la accion de las facultades, ideas de relacion, ideas morales.

Primeramente ideas sensibles. El hombre por su cuerpo recibe una infinidad de impresiones, y por su alma una infinidad de sensaciones. El alma no puede sentir y permanecer ociosa; porque el sentimiento, por la manera agradable ó penosa con que la afecta, provoca necesariamente su accion. No puede indiferentemente recibir modificaciones que hacen su bien ó su mal; está inte-

reñada en estudiarlas, en examinarlas, en sustraerse de las unas y entregarse á las otras: ahora bien, concentrándose al pronto toda entera en la atencion, no es posible que no concentre al mismo tiempo la sensibilidad. Entonces de en medio de las sensaciones, cuyo conjunto desordenado presentaba la imágen del caos, se eleva una sensacion que domina todas las demás, el alma la apercibe, la estudia; aprende á conocerla y á reconocerla: ya no la afecta una simple sensacion, sino que la ilumina una idea sensible. Un segundo acto de atencion hace nacer una segunda idea, un tercero todavía otra; y la inteligencia, ó mas bien, esta porcion de la inteligencia que deriva de las sensaciones, irá siempre en incremento, mientras que no se agote el origen de las sensaciones, y mientras no se cansen las fuerzas del espíritu. Cuando el alma por su actividad y por la atencion llega á distinguir las sensaciones que experimenta, adquiere ideas sensibles. *Las ideas sensibles tienen su origen en el sentimiento-sensacion, y su causa en la atencion que se ejerce por medio de los órganos.* Algunas veces para obtener ideas sensibles son necesarias la comparacion y el racionio; así en la geometria, si quisiese formarse la idea de la figura que, bajo un contorno dado, tiene la mayor superficie, no se conseguiría por la sola intencion y sin el auxilio de la comparacion y del racionio. Cuando decimos: La atencion es la causa de las ideas sensibles, no hablamos sino de las que son comunes á todo el mundo, ó en las cuales domina esta facultad.

Pero las ideas sensibles no son nuestras únicas ideas; la sensacion no es la única fuente de donde mana nuestra inteligencia. Hay otras tres especies de sentimientos, que todos son orígenes de ideas. Hemos hecho conocer el sentimiento de la accion de las facultades; hemos manifestado que es raro el que se extinga totalmente; mas no basta tener el sentimiento de las facultades para conocerlas, distinguir las unas de las otras para tener ideas de ellas; es necesario que la actividad del alma entre en ejercicio, que se aplique á este sentimiento para observarle, estudiarle; es menester aplicar la atencion al sentimiento de la atencion, y el alma al alma. *Las ideas de las facultades del alma tienen su origen en el sentimiento de la accion que se ejerce independientemente de los órganos.*

Nuestra alma puede obrar sobre el sentimiento-relacion que es-

tudiábamos ahora poco; puede aplicar su actividad á su tercera manera de sentir, así como á las dos primeras; mas en vez que para obtener las ideas sensibles y las ideas de sus facultades le basta ordinariamente la atencion, necesitará de la comparacion y del racionio para conseguir las ideas de relacion; de la sola comparacion para las primeras y las mas simples ideas de relacion, y del racionio para las ideas de relacion que serán derivadas ó compuestas. *Las ideas de relacion tienen su origen en el sentimiento de relacion, y su causa en la comparacion y en el racionio.*

Hemos presentado la teoría de los sentimientos morales: los hombres deben experimentarlos viviendo en sociedad y obrando los unos sobre los otros; pero no es fácil el distinguirlos siempre y formarse ideas de ellos. Si basta algunas veces con un solo acto de atencion, mas frecuentemente son necesarias las comparaciones, los racionios, y hasta racionios muy multiplicados y muy extendidos, si bien muy rápidos. Por lo general, para conocer el corazon humano se necesitan largas observaciones, una grande experiencia y mucha finura de talento. La aplicacion de las facultades del alma á los sentimientos morales, su distincion clara, la comparacion y el racionio son lo que constituye las ideas morales. *Ellas tienen su origen en el sentimiento moral, y su causa en la accion de todas las facultades del entendimiento.* (Lecciones de Filosofia).

RESÚMEN.

Sensibilidad y actividad: hé aquí dos atributos inseparables del alma humana que la experiencia nos ha dado á conocer. Por la primera nuestra alma es susceptible de ser modificada, y por la segunda puede conocer, obrar y modificarse ella misma.

La actividad es pensamiento, es decir, segun el lenguaje de los filósofos, facultad de pensar. El pensamiento es el entendimiento y la voluntad reunidos. El entendimiento es la reunion de tres facultades: la atencion, facultad fundamental, despues la comparacion y el racionio. El entendimiento no es una facultad real, no es sino una facultad nominal y sin realidad, una expresion cómoda para significar tres cosas que existen. No hay de real



sino las tres facultades elementales que le constituyen; sin embargo, cuando no necesitamos de una grande precision, llamamos al entendimiento facultad. La voluntad es el deseo, la preferencia y la libertad reunidas. La voluntad que no fuese ni deseo, ni preferencia, ni libertad no seria nada. La voluntad, así como el entendimiento, no es tampoco sino una facultad nominal; conserva el nombre de facultad, cuando no necesitamos de una grande precision. El pensamiento es entendimiento y voluntad; y el pensamiento que no fuese ni entendimiento ni voluntad no seria nada. Se llama razon al buen empleo del pensamiento. Esto en cuanto á las facultades del entendimiento y de la voluntad; vamos ahora al origen de las ideas.

En la sensibilidad hay cuatro especies de sentimientos: sentimiento-sensacion, sentimiento de la accion de las facultades, sentimiento de relacion, sentimientos morales. Á estas cuatro especies de sentimientos corresponden cuatro suertes de ideas: ideas sensibles, ideas de las facultades del alma, ideas de relacion, é ideas morales. La actividad es la que produce todas estas ideas. «Las ideas sensibles, dice Laromignière, tienen su origen en el sentimiento-sensacion, y su causa en la atencion que se ejerce por medio de los órganos. Las ideas de facultades del alma tienen su origen en el sentimiento de la accion de las facultades, y su causa en la atencion que se ejerce independientemente de los órganos. Las ideas de relacion tienen su origen en el sentimiento de relacion, y su causa en la comparacion y en el raciocinio. Las ideas morales tienen su origen en el sentimiento moral, y su causa en la accion separada ó reunida de la atencion, de la comparacion y del raciocinio.» Todas nuestras ideas son producto y resultado de la accion de nuestras facultades.

OBSERVACION. La memoria es un producto de las tres facultades elementales del entendimiento: á su accion dividida ó reunida debemos todas nuestras ideas, y por consiguiente, la memoria. Por la memoria goza el alma de la propiedad de conservar sus ideas y de recordárselas. Por la percepcion del sentimiento de lo presente, y por la memoria podemos apereibir nuestra existencia pasada en nuestra existencia actual. (*Lecciones de Filosofia*).



CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: SOLUCION DE ALGUNAS DIFICULTADES, ETC.

¿PUEDE la atencion separarse de la sensacion? Esta cuestion ha sido objeto de muchas meditaciones, y no se ha resuelto aun del mismo modo por todos los talentos. Algunos filósofos han opinado que la atencion es inseparable de la sensacion, sosteniendo que es la sensacion *transformada*. Nosotros creemos que la atencion puede separarse de la sensacion; y efectivamente, ¡cuántas sensaciones experimentamos sin que las apereibamos, y que se mantienen extrañas á los actos de la atencion! Si se nos presenta una página de un libro escrito en el idioma de los árabes ó de los chinos, las letras nos hacen diferentes impresiones sobre el órgano de la vista, y ocasionan en nuestra alma sensaciones diversas, pero tan confusas, que ofrecen la imágen de un caos. La atencion se concentra sobre una letra, sobre una palabra entre todas las demás; este punto es distinto, mientras que las letras y las palabras que le rodean permanecen en la oscuridad y en la confusion. Digámoslo altamente, la sensacion y la atencion no son inseparables; y aunque lo fuesen, no habria por esto identidad en su naturaleza ni unidad de fenómeno. La sensacion continuaria siendo lo que es esencialmente, una modificacion pasiva del alma, y la atencion una facultad del entendimiento.

Puede admitirse por otra parte, si se quiere, que una luz ó reaccion instintiva nos muestra nuestras sensaciones, y nos advierte suficientemente su presencia: así es como los niños estarían advertidos de las que experimentan; pero estamos fundados para creer que la atencion propiamente dicha no acompaña siempre á la sensacion, y que la una es absolutamente separable de la otra.

sino las tres facultades elementales que le constituyen; sin embargo, cuando no necesitamos de una grande precision, llamamos al entendimiento facultad. La voluntad es el deseo, la preferencia y la libertad reunidas. La voluntad que no fuese ni deseo, ni preferencia, ni libertad no seria nada. La voluntad, así como el entendimiento, no es tampoco sino una facultad nominal; conserva el nombre de facultad, cuando no necesitamos de una grande precision. El pensamiento es entendimiento y voluntad; y el pensamiento que no fuese ni entendimiento ni voluntad no seria nada. Se llama razon al buen empleo del pensamiento. Esto en cuanto á las facultades del entendimiento y de la voluntad; vamos ahora al origen de las ideas.

En la sensibilidad hay cuatro especies de sentimientos: sentimiento-sensacion, sentimiento de la accion de las facultades, sentimiento de relacion, sentimientos morales. Á estas cuatro especies de sentimientos corresponden cuatro suertes de ideas: ideas sensibles, ideas de las facultades del alma, ideas de relacion, é ideas morales. La actividad es la que produce todas estas ideas. «Las ideas sensibles, dice Laromignière, tienen su origen en el sentimiento-sensacion, y su causa en la atencion que se ejerce por medio de los órganos. Las ideas de facultades del alma tienen su origen en el sentimiento de la accion de las facultades, y su causa en la atencion que se ejerce independientemente de los órganos. Las ideas de relacion tienen su origen en el sentimiento de relacion, y su causa en la comparacion y en el raciocinio. Las ideas morales tienen su origen en el sentimiento moral, y su causa en la accion separada ó reunida de la atencion, de la comparacion y del raciocinio.» Todas nuestras ideas son producto y resultado de la accion de nuestras facultades.

OBSERVACION. La memoria es un producto de las tres facultades elementales del entendimiento: á su accion dividida ó reunida debemos todas nuestras ideas, y por consiguiente, la memoria. Por la memoria goza el alma de la propiedad de conservar sus ideas y de recordárselas. Por la percepcion del sentimiento de lo presente, y por la memoria podemos apereibir nuestra existencia pasada en nuestra existencia actual. (*Lecciones de Filosofia*).



CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: SOLUCION DE ALGUNAS DIFICULTADES, ETC.

¿PUEDE la atencion separarse de la sensacion? Esta cuestion ha sido objeto de muchas meditaciones, y no se ha resuelto aun del mismo modo por todos los talentos. Algunos filósofos han opinado que la atencion es inseparable de la sensacion, sosteniendo que es la sensacion *transformada*. Nosotros creemos que la atencion puede separarse de la sensacion; y efectivamente, ¡cuántas sensaciones experimentamos sin que las apereibamos, y que se mantienen extrañas á los actos de la atencion! Si se nos presenta una página de un libro escrito en el idioma de los árabes ó de los chinos, las letras nos hacen diferentes impresiones sobre el órgano de la vista, y ocasionan en nuestra alma sensaciones diversas, pero tan confusas, que ofrecen la imágen de un caos. La atencion se concentra sobre una letra, sobre una palabra entre todas las demás; este punto es distinto, mientras que las letras y las palabras que le rodean permanecen en la oscuridad y en la confusion. Digámoslo altamente, la sensacion y la atencion no son inseparables; y aunque lo fuesen, no habria por esto identidad en su naturaleza ni unidad de fenómeno. La sensacion continuaria siendo lo que es esencialmente, una modificacion pasiva del alma, y la atencion una facultad del entendimiento.

Puede admitirse por otra parte, si se quiere, que una luz ó reaccion instintiva nos muestra nuestras sensaciones, y nos advierte suficientemente su presencia: así es como los niños estarían advertidos de las que experimentan; pero estamos fundados para creer que la atencion propiamente dicha no acompaña siempre á la sensacion, y que la una es absolutamente separable de la otra.

El Sr. Cousin pretende que el autor del sistema que meditamos no tiene derecho de dar un nombre comun á las sensaciones, y á los otros sentimientos que de ellas difieren, ni para llamar sentimientos á todas estas modificaciones pasivas del alma.

Laromiguière, en sus *Lecciones de Filosofía*, responde, segun nuestro parecer, de una manera muy plausible: «Un nombre comun, dice, dado á muchas cosas está léjos de probar la identidad de su naturaleza; segun esta cuenta todo lo que existe seria de la misma naturaleza, pues que todas las cosas llevan el nombre comun de ser. Dios, el alma, el cuerpo son llamados con el nombre comun de sustancia; ¿y por esto se dice que la sustancia divina sea la misma que la del alma y del cuerpo?» Las denominaciones comunes explican lo que las cosas tienen de comun; su naturaleza se determina por lo que tienen de especial, por la diferencia.

Laromiguière á los ojos de un pensador poco astuto parece confundir las ideas con los sentimientos; os dirá: La idea es un sentimiento, la idea es sentimiento; y luego despues: La idea no es un sentimiento, no es sentimiento. Estas maneras de hablar de un filósofo se representan bastante á menudo en cuanto al fondo, y algunas veces tambien para la expresion. Las ideas tienen su origen en el sentimiento, primeramente han sido sentimiento, y nada mas que sentimiento. Luego despues y á renglon seguido, nos previene el autor, que no confundamos las ideas con los sentimientos diversos que las corresponden; de suerte que estaríamos tentados á creer que la inteligencia no es en último análisis sino la sensibilidad.

Reflexionemos un poco, y veremos que esta dificultad no es sino aparente: empecemos por fijar el sentido de muchos términos. En el lenguaje de muchos filósofos, sentir ó experimentar sensaciones, sentimiento ó sensación, son la misma cosa. En el lenguaje de Laromiguière no es así. Toda sensación es sentimiento, pero no todo sentimiento es sensación. Toda sensación nace en el alma de resultas de una impresion causada al cuerpo por objetos exteriores; pero hay otros modos de sentir. Yo percibo distintamente que la santidad, la justicia soberana, y la omnipotencia convienen á Dios; luego he percibido relaciones de semejanza y

de conveniencia, mas yo no he podido percibir las ni afirmarlas sin haberlas sentido anteriormente, pero con un sentimiento intelectual superior á las leyes del organismo. La idea de la santidad y la idea de Dios, la idea de la omnipotencia y la de Dios están simultáneamente presentes en el alma. Á la presencia simultánea de estas ideas nace en el alma un sentimiento de una especie particular, un sentimiento-relacion que no tarda en determinar la accion de las facultades intelectuales para producir el juicio. He sido afectado pasivamente, pero de otra manera que en la sensación, pues que ningun objeto exterior y físico me hacia impresion: se ve en este lenguaje que los términos *sentir*, *sentimiento* no deben causar temores ni excitar susceptibilidades. Yo puedo decir sin demasiado atrevimiento que juzgar es sentir.

Es, pues, necesario observar que sentir, en mi lenguaje, no es siempre experimentar una sensación. El hombre siente una multitud infinitamente variada de relaciones¹; siente muchas mas que las que percibe: no pasan, pues, todas á la inteligencia, un gran número de ellas se quedan, para no salir nunca, en la sensibilidad; hé aquí porque el hombre es ignorante. Los sentimientos-relaciones que pasan á la inteligencia, los percibe; pero afirma muchos mas de los que percibe, y por esto está sujeto al error.

Sentir las relaciones, percibir las, afirmar las, son tres maneras de juzgar que se desarrollan sucesivamente; no se percibe lo que de ninguna manera se ha sentido, no puede afirmarse una verdadera relacion sin haberla sentido y percibido antes.

La distincion de estas tres maneras de juzgar, estando fundada en la naturaleza, se sigue que la palabra juicio debe explicar tres cosas reales, y por consecuencia que debe tener tres acepciones reales.

Los sentimientos-sensaciones y los otros sentimientos, en tanto que no lo son, y que la actividad los ha modificado, permanecen en la oscuridad y en la confusion, y ofrecen la imágen de un caos. Sin embargo, como lo hemos observado al considerar la atencion en su relacion de union con la sensación, se puede admitir, si se quiere, que una luz ó reaccion instintiva acompaña siempre nuestros sentimientos.

¹ Laromiguière, quinta leccion, segunda parte.

De otra parte no es necesario, para tener una existencia real, que nuestros sentimientos hagan en el alma una impresion profunda, y que puedan ser conservados en la memoria. El niño que llora en su cuna tiene el sentimiento de su debilidad, y dirá luego: estoy débil. El leon que se precipita sobre su presa y la despedaza con furor, tiene el sentimiento de la fuerza; pero no dirá nunca: yo soy fuerte¹. En ambos casos hay sentimiento de relacion, porque la debilidad y la fuerza son cosas relativas, y por tanto estos sentimientos no están confiados con precision á la memoria como los que experimentamos, y que la inteligencia reconoce y modifica.

No es posible el mirar siempre los sentimientos del alma como no existentes para nosotros, aun cuando no hayan pasado, propiamente hablando, á la inteligencia.

Esto sentido, digo, que el sentimiento de relacion puro y simple es juicio, y que esta acepcion de la palabra juicio está fundada sobre la naturaleza: hay efectivamente una relacion íntima entre el juicio y el sentimiento-relacion, y hay en este dos términos de relacion que se confunden con el sentimiento. Sin embargo, como todos los sentimientos, mientras que no salen de la simple naturaleza de sentimientos, permanecen en la oscuridad y en la confusion, ó no son acompañados sino de una luz débil, ó mas bien, de una especie de instinto, no llamaré juicio al sentimiento-relacion; porque un juicio tan confuso, ó que no se halla fundado sino en una luz instintiva que no afirma una relacion, no es juicio en su sentido propio y rigoroso. El sentimiento que nos ocupa conservará, pues, en nuestra filosofia, el nombre de sentimiento de relacion. En la percepcion de relaciones se tienen dos ideas ó dos términos, cuya relacion se percibe, se queda como en contemplacion delante los objetos, y así se forma un juicio de una especie particular. Pero vamos mas léjos; muchas veces pronunciamos, afirmamos que se convienen ó no, juzgamos por afirmacion, y descansamos luego en la idea de relacion afirmada. Sea una verdad juzgada: Dios es Criador, por ejemplo: yo veo como una cadena cuyo primer eslabon es el sentimiento-relacion. El primer eslabon no está modificado por un pre-

¹ Laromiguière, *Lecciones de filosofia*.

cedente; el segundo lo está por el primero, y el tercero por el segundo. El sentimiento-relacion es el juicio en su principio, ó mas bien, no es un juicio; la percepcion ó la idea de relacion es el juicio en su principio menos lejano¹; la afirmacion de la relacion es el juicio propiamente dicho.

Los filósofos, no viendo por la mayor parte sino la sensacion en el sentimiento, no han querido llamar juicio al sentimiento-relacion. Tampoco le llamaremos así nosotros, pero será por las razones que hemos alegado. La percepcion de relacion es llamada comunmente juicio por los filósofos; es el juicio en su principio menos lejano ó próximo. La afirmacion de una relacion es el juicio considerado en sí y no en un principio mas ó menos lejano; ahora vemos que la objecion no tiene fuerza.

La idea es un sentimiento: sí, si la considero en su principio: la idea no es un sentimiento, no, si la considero en ella misma, es decir, como producto de la actividad de una ó de muchas facultades del entendimiento.

Dícese aun que la idea, si se consulta su etimología, es una imagen; así la mayor parte de los filósofos antiguos y modernos y toda la escuela entera definen la idea, *imago, repraesentatio objecti in mente existens*. Hé aquí con poca diferencia las respuestas de Laromiguière: Las modificaciones del alma, sus maneras de ser activas y pasivas no pueden ser extendidas ni figuradas. El raciocinio es mas compuesto que la comparacion, pero no es mas largo ni mas ancho, un sentimiento cualquiera no es mas extendido que un otro, y no es figurado. Las ideas-imágenes no tienen relacion

¹ Concebir, discernir, distinguir, conocer, tener idea, es decir distinguir un objeto entre otros muchos, apereibir una ó muchas diferencias; una ó muchas relaciones, todas estas palabras son sinónimas, y dicen la misma cosa. La idea sin embargo no es la percepcion de relacion ó el juicio. En la idea no hay sino un término que sea determinado; un solo término significa un número indefinido de términos: así la idea de flor difiere de la idea de árbol, de ciudad ó de sitio, y de animal, etc.; la idea de flor en la especie está determinada; el resto es indeterminado. En la percepcion de relacion, el asunto y el atributo, las dos ideas son determinadas, la idea es, si se puede hablar así, un cierto juicio; no obstante le dejaremos el nombre de idea; pero la percepcion de la relacion es uno de un género todo especial y diferente de la idea, como lo hemos dicho.

sino con los objetos exteriores. La idea-imágen, la idea-representacion no tiene lugar sino en tanto que los objetos de nuestras sensaciones son extendidos y figurables: se aprecian los sonidos, pero no se imaginan; solamente dando extension á las palabras se habla de representarse sonidos, olores, como un raciocinio.

Hay verdades que todo el mundo admite porque su evidencia coge de repente al espíritu; tales son los primeros principios de las ciencias para los que las cultivan; tal es aun el dogma de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, y de otra vida para todo el género humano. Los buenos filósofos están acordes en la simplicidad y la espiritualidad del alma, pero muchas veces dejan de estarlo cuando se trata de determinar sus facultades, su número, la parte precisa que se ha de atribuir á cada una en la produccion de las ideas, y en los diversos actos del entendimiento ó de la voluntad. Los infinitos sistemas de ideología inventados por los filósofos son mas ó menos ingeniosos, mas ó menos probables, pero no son verdaderas demostraciones; no están acompañados de esta luz viva y de este carácter de verdad que impone invenciblemente la conviccion. La unanimidad de los filósofos sobre las verdades primeras, y sus perpétuas divisiones sobre la ideología, prueban la verdad de estas aserciones. El sistema de Laromiguière no es, pues, una demostracion rigurosa; la damos solamente como una teoria ingeniosa, que da cuenta de la causa y del origen de nuestras ideas de una manera muy conforme á la unidad, á la simplicidad del alma, y á la dignidad del hombre.

El sentimiento-sensacion y los otros sentimientos pertenecen á la sensibilidad, á la pasividad del alma. Todos nuestros conocimientos, todas las ideas sensibles, intelectuales y morales, toda la inteligencia, en una palabra, está en la actividad del alma; todos nuestros conocimientos son producto de las facultades del entendimiento. Nos explicaremos.

Entendamos ante todo, y entendamos bien la significacion de las palabras *principio*, *origen* y *causa*. Principio y causa son dos ideas relativas, dice Laromiguière (15.^a leccion, 1.^a parte); la primera á consecuencia, y la segunda á efecto. El principio de los movimientos de un reloj está en el resorte; la causa en el relojero.

El fenómeno por donde todo comienza y del cual todo deriva en un sistema, es el principio: puede decirse en algun modo que es el primer eslabon de una cadena. En este sistema empleamos la palabra origen como sinónimo de principio.

Hablemos ahora de la idea. ¿Podrá creerse que, para expresar esta sola cosa que llamaremos idea¹, tengan los filósofos mas de veinte nombres diferentes? Primeramente *idea*, *representacion*, *imágen*, *imaginacion*, *forma*, *especie*, *percepcion*, *apercibimiento*, *concepto*, *concepcion*, *aprehension*, *impresion*, *sensacion*, *sentimiento*, *conciencia*, *intuicion*, *memoria*, *pensamiento*, *nocion*, *conocimiento*, etc.; dejamos el término bárbaro *cognicion* y otros muchos.

«¿Qué habia de suceder con tantas expresiones diversas para expresar una sola y misma cosa?

. . . «La imposibilidad de entenderse.»

. . . Es fácil conocer «que las disputas no acabarian nunca, y que durarian hasta despues de haberse perdido de vista el «objeto.»

Algunos filósofos han merecido justas reconvenciones por haber tenido la temeridad de no admitir como principio de todas las ideas sino la sensacion, ó bien las han confundido con esta; otros porque las han visto estúpidamente en las impresiones del cerebro: estos no han visto en el hombre sino la materia, y le han degradado; aquellos tienen demasiada sensualidad, es decir, han atribuido demasiado á la sensacion. Locke y sus discípulos la han extendido demasiado, haciéndola el principio de todas las ideas; Condillac y sus adeptos la han transportado á donde no está, viéndola en ella todas las ideas y hasta las facultades. Todos han asimilado demasiado el hombre intelectual á la sensacion, á los órganos de los sentidos y á la materia, y han desconocido su dignidad. (Véase la pág. 79 y sig.).

Platon, san Agustin, Malebranche y otros autores respetables ven las ideas del mundo y de todas sus partes en la esencia misma de la Divinidad. Respetamos nombres tan grandes, respetamos tambien los nobles sentimientos que han concebido de la dignidad del hombre; mas sin faltar ni á estos grandes genios ni á la dignidad del hombre, pensamos y afirmamos poder conocer las obras

¹ Segunda leccion de filosofia, segunda parte.

de Dios, cuando nos las manifiesta, sin que él mismo se nos muestre inmediatamente: el sistema de Platon ha sido generalmente abandonado.

Otros filósofos han dicho: El hacer venir las ideas de los sentidos es de una filosofía grosera; el verlas en el seno de la Divinidad es un sueño de una imaginación brillante; luego, pues, son innatas. Pero existiendo las ideas en nuestra alma desde nuestra más tierna infancia sin manifestarse al momento, y borrándose á menudo, aunque grabadas en nosotros por la mano de la naturaleza, son en nuestra opinión cosa difícil de comprender. Si se entiende que tenemos en nosotros mismos la facultad de producir las ideas, en este sentido todo el mundo debe admitir las ideas innatas. Hemos visto algunos filósofos que desconocen la dignidad del hombre, que no ven en él sino la materia organizada, y esto porque profesaban malas doctrinas sobre los principios de las ideas ó de la inteligencia humana. Esta cuestión es verdaderamente difícil, pero las dificultades de las opiniones que hace nacer no deben dejarnos indiferentes sobre el origen de nuestros conocimientos. Esta cuestión es de una gravedad inmensa, pues que ha habido escuelas famosas que se han extraviado con tal motivo, y han dado golpes terribles á la moral.

Segun Laromiguière, todas las ideas, bien sean sensibles, ó bien intelectuales y morales, tienen su principio en algun sentimiento: las sensibles en uno que depende de las leyes del organismo sensitivo, en el sentimiento-sensacion; las otras en sentimientos superiores á las leyes del organismo sensitivo. Quien dice sentimiento dice pasividad, y quien dice pasividad no puede decir idea: quien dice sentimiento puede decir solamente principio de idea; quien dice idea dice producto de la actividad, porque «la idea (7.^a leccion de filosofia, 2.^a parte) es producto de una operacion ó de un acto del entendimiento, producto del ejercicio de alguna de sus facultades: no es ni una facultad, ni una operacion, ni un acto.» Esto sentido, digo, no lo que es idea, lo que se entiende, lo que se debe entender, sino lo que entendemos por esta palabra. «La idea (segun Laromiguière, 2.^a leccion, 2.^a parte) no es otra cosa que un sentimiento distinto de otros sentimientos.» Ferreol Pérard expresa lo mismo de la ma-

nera siguiente: — «Si se quiere, dice, la idea es el primer rayo de «Luz que sigue al ejercicio de la actividad del alma, el primer conocimiento que resulta de la facultad de pensar, ó si se quiere «mejor, la idea es un hecho intelectual, cuya conciencia tenemos, «sea que nuestra alma note una sensacion, sea que obre sobre el «sentimiento de una de sus facultades, sea que distinga un sentimiento de relacion, sea finalmente que la accion de nuestras «facultades intelectuales sea llevada hácia un sentimiento natural «ó moral'.» Si se admite esta definicion se sabrá lo que es la idea, ó lo que por esta palabra se deberá entender.

Dicen que la idea es una luz del espíritu, una vista luminosa de los objetos, propia del entendimiento; admitamos estas locuciones metafóricas. Así como la claridad de un sol que brilla nos hace distinguir fácilmente los objetos, de la misma manera la presencia de las ideas nos hace distinguir los seres. Pero una comparación ó una metáfora no prueban que la idea sea, hablando propiamente, una luz espiritual. Hé aquí lo que sobre el particular nos ha hecho descubrir la reflexion. En circunstancias dadas entran en accion una ó muchas facultades; en seguida es distinguido un sentimiento de otros sentimientos, y esto es una idea. (Acordarse aquí de la teoría de las cuatro especies de sentimientos, de los que derivan las cuatro suertes de ideas.) La naturaleza no nos ofrece otra cosa, cualesquiera que sean los nombres con que decoramos nuestro descubrimiento.

La causa única de todas las ideas es la actividad, esto es, las facultades del entendimiento. En esto no hay nada que no sea noble para el hombre, y digno de su grandeza. El entendimiento se sirve de la sensibilidad para formar la inteligencia; pero sabe separarse á propósito de los objetos de los órganos de los sentidos, de la sensacion, para elevarse á una region mas pura, á sentimientos de un orden superior, origen fecundo de las mas grandes verdades y de las luces las mas sublimes. Tampoco se ve en esto nada que deje de satisfacer el espíritu, y que no sea eminentemente digno del hombre.

Hemos adoptado el sistema de Laromiguière, porque independientemente de su ortodoxia moral y religiosa universalmente ad-

¹ *Lógica clásica*, segun los principios de Laromiguière, tomo I.

mitida, nos ha parecido el mas racional y el mas filosófico de todos los sistemas ideológicos. Es, dice un fisiólogo distinguido, el que presenta mas claridad y mas exactitud; y á pesar de la preocupacion general de los fisiólogos contra los metafísicos, el mismo autor afirma altamente que Laromiguière «es tan buen fisiólogo como metafísico.»

Se sabe que el Sr. de Fontanes, antiguo gran maestro de la Universidad, honró tambien con su voto y opinion la filosofía del sábio profesor de la facultad de letras de la Academia de París.

CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

AUN cuando la ortodoxia filosófica de Laromiguière esté perfectamente establecida, este filósofo ha sido no obstante acusado de sensualismo por algunos criticos que le juzgaron sin oírle, ó cuando mas sin comprenderle: veamos ahora si puede ser razonablemente apoyada esta acusacion, y si Laromiguière pertenece realmente á la escuela de Locke y de Condillac.

Locke ha dicho: *Todas las ideas vienen de la sensacion ó de la reflexion del espíritu sobre sus propias operaciones*: esto expresa muy claro que vienen de la sensacion ó de las operaciones del entendimiento. Digo operaciones del entendimiento, porque la reflexion se limita á hacernos conocer estas operaciones tales como son; y son la atencion, la comparacion y el racionio, considerados en sus actos. Estas tres facultades elementales pueden separar ó combinar los datos de la sensacion, pero no añaden á ella un segundo principio, un segundo origen de ideas: la sensacion en último análisis, y cualquiera que sea la intencion del autor, es en este sistema el único origen de los conocimientos humanos. Lo que dice Locke es, pues, inexacto, y no puede satisfacer el espíritu. Locke sin embargo ha hecho un gran servicio á la filosofía, reconociendo y proclamando de este modo la insuficiencia de la sensacion como origen único de nuestras ideas. Tal es la doctrina de Locke sobre el origen de los conocimientos humanos.

Condillac fue el primero que introdujo en Francia las doctrinas filosóficas de Locke: da á los conocimientos humanos el mismo origen que la filosofía inglesa, excepto algunas variaciones en la forma y en la manera de explicar. «Segun los objetos exteriores obran sobre nosotros, dice él¹, recibimos por los sentidos ideas

¹ *Tratado sobre el origen de los conocimientos humanos*, sect. I, cap. I, § 4.

«diferentes; y según reflexionamos sobre las operaciones que ocasionan en nuestra alma las sensaciones, adquirimos todas las ideas que no habríamos podido recibir de las cosas exteriores.»

Es pues evidente que reconoce dos especies de orígenes, la sensación y la reflexión. El origen de las ideas es, pues, el mismo que admite el célebre maestro Condillac. Esto es lo que tiene de común con Locke nuestro filósofo francés; pero hace más que aquel, porque analiza, sistematiza las operaciones del alma. Parte de la percepción, que es á su juicio una impresión ocasionada en el alma por la acción de los sentidos. Esta percepción ó impresión sensible del alma es la primera operación de la cual deduce todas las demás. Las facultades ocasionadas inmediatamente por la sensación son: 1.º la percepción; 2.º la atención; 3.º la reminiscencia.

En otra parte añade: «La percepción y la conciencia no son sino una operación con dos nombres¹.»

La atención² es la conciencia que aumenta tan vivamente respecto de ciertas percepciones, que estas parecen ser las únicas de que tengamos conocimiento.

Este autor define la reminiscencia, algo que se recuerda, resultado de la atención dada á una impresión. Ya hemos visto que la percepción ó la conciencia es una impresión; que la atención no es sino la conciencia aumentada, y la reminiscencia (la memoria, según nosotros) un resultado de la atención. En otras obras cambia Condillac las expresiones que había empleado en el *Tratado del origen de los conocimientos humanos*. En su *Lógica* (1.ª parte, cap. vii) habla todavía de una manera más decisiva en favor de la sensación. «Es necesario, dice, descubrir todas las facultades de que el alma es capaz, mas, ¿dónde las descubriremos sino en la facultad de sentir?... La atención que damos á un objeto no es de parte del alma sino la sensación que nos hace este objeto... La comparación no es más que una doble atención, y consiste en dos sensaciones que se experimentan. El juicio tampoco es otra cosa que sensación... En la reflexión tampoco hay

¹ *Tratado sobre el origen de los conocimientos humanos*, sect. II, cap. I, § 13.

² *Id.*, sect. I, cap. I, § 3.

«mas que sensaciones... Si consideramos nuestras sensaciones como agradables ó desagradables, veremos nacer de ellas todas las facultades que se hacen referir á la voluntad.»

«Hemos explicado (dice, 1.ª parte, lección 9.ª) cómo nacen sucesivamente las facultades del alma de la sensación, y se ve que no son sino la sensación que se *transforma* para llegarlo á ser cada una de ellas¹.»

Según Condillac todas las ideas no son sino *sensaciones transformadas*. Pero en todo esto no vemos más que impresiones sensibles, como lo entiende Condillac; y no se ve nada de activo. En su sistema las facultades están heridas de nulidad y de muerte, y no pueden obrar: el entendimiento humano y la voluntad no podrán nunca conocer ni ejecutar.

Hé aquí una idea de la doctrina de los dos filósofos más famosos de la escuela *sensualista*. Oír esta doctrina es oír el *Sensualismo*. Veamos ahora si Laromiguière pertenecía á la misma.

Dice este: «No todas las ideas tienen su origen en la sensación, pues que ni aun lo tienen en la reunión de la sensación con la reflexión del espíritu, sobre sus propias operaciones; y hemos abandonado á Condillac y á Locke.» (*Lecciones de Filosofía*, 2.ª parte, lección 13.ª).

«La sensación envuelve todas nuestras facultades,» ha dicho Voltaire. Laromiguière contesta: «sobre esto harémos muchas observaciones:

«1.º La sensación envuelve todas nuestras facultades; la sensación contiene todas nuestras facultades; todas nuestras facultades están en la sensación; todas derivan de la sensación; todas son modificaciones, transmutaciones, transformaciones de la sensación, etc. Todo dice la misma cosa, y todo es falso.

«La sensación no envuelve todas las facultades del alma; no envuelve ninguna facultad; no contiene ninguna, y no es verdad que las facultades sean diversas transformaciones de la sensación.

«La sensación por su naturaleza será eternamente una propiedad pasiva, la cual es verdad que solicitará siempre la ac-

¹ Condillac solo ve en el entendimiento humano sensaciones transformadas que tienen la propiedad de llegar á ser facultades y actividad. ¡Sensaciones transformadas! como si pudiese cambiar de forma lo que no tiene forma.

«cion de las facultades, pero no se confundirá jamás con estas.

«Adoptando Voltaire la opinion de Condillac, y sosteniendo igualmente que la sensacion envuelve todas nuestras facultades, que todas nuestras facultades son maneras diferentes de sentir, adopta un error.

«2.º Este error le ha presentado el carácter de la verdad, y se ha apoderado de él con avidez: Condillac ha sido un gran filósofo porque ha dicho una cosa que ha parecido apoyar la opinion favorita de Voltaire, que la materia piensa ó puede á lo menos pensar.» (*Lecciones de Filosofia*, 1.ª parte, leccion 15.ª).

Al final de la 7.ª leccion, 2.ª parte, dice Laromiguière: «¿Difieren las ideas de las sensaciones?» Y responde: «Las ideas no difieren solamente de las sensaciones, de los sentimientos-sensaciones, sino que difieren de toda especie de sentimientos.» Y añade: «¿Setiene idea de todo lo que se siente?» Contesta: «Esto es preguntar si sigue el conocimiento todos los grados y todos los matices del sentimiento, y si la inteligencia se confunde con la sensibilidad... Es preguntar si puede ser uno instruido, sin haber hecho nada para instruirse.» Al último de la leccion, dice todavía: «Que el germen de todos nuestros conocimientos se encuentra en el sentimiento (acordémonos que sentimiento no es sinónimo de sensacion), y que este germen habria siempre sido estéril, si no hubiese sido fecundado por un principio activo.»

Por las explicaciones y extractos que hemos hecho se ve que Laromiguière distingue en el alma humana dos atributos esenciales; la sensibilidad y la actividad. Por la primera el alma es puramente pasiva, y solo puede sentir, es decir, experimentar sentimientos-sensaciones, sentimientos de la accion de sus facultades, sentimientos de relacion, sentimientos morales; por la segunda puede modificarse ella misma, estar atenta, comparar, raciocinar, crearse ideas que correspondan á sus sentimientos, ideas sensibles, ideas de las facultades, ideas de relacion, ideas morales; por la misma actividad puede tambien manifestar su voluntad por el deseo, por la preferencia y por la libertad. Léanse los volúmenes ó las 28 lecciones con que desenvuelve su sistema con precision y claridad, y se verá casi en cada página una nueva prueba de la ortodoxia de su doctrina, totalmente diferente de la de los sen-

sualistas ó de la de Locke y Condillac. Justifica á este último de la acusacion que se le habia hecho de ser materialista, estableciendo que, léjos de esto combate este filósofo el Materialismo. No pretende decir que Condillac haya raciocinado bien, que no haya cometido errores al hablar de la espiritualidad ó de la actividad del alma. Condillac, dice, ¿es espiritualista? ¿Niega al alma su actividad? Á estas dos preguntas de hecho he querido únicamente responder, y pienso haber dicho lo bastante para convencer. (9.ª leccion de filosofia, 1.ª parte).

Laromiguière afirma que no siendo el sistema de Condillac un sistema de Materialismo, sus consecuencias no pueden apoyar las doctrinas de los materialistas, á menos que estos no abusen de ellas, como lo han hecho algunos.

Por lo que á nosotros hace, hemos señalado los peligros del sistema de Condillac, cap. II, § II. Si Laromiguière hubiese hecho otro tanto, su critica, en su objeto, habria valido mucho mas segun nuestra manera de ver; pero todo lo que dice en su ventaja, no es una razon para afirmar que adopta sus doctrinas sensualistas. (Véase nuestro *Tratado de la Fisiología humana*).

CAPÍTULO VII.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA FILOSOFÍA DEL SEÑOR DE DONALD.

Uno de los filósofos mas célebres de nuestra época, el Sr. de Bonald, ha derramado luces muy vivas sobre la ciencia del entendimiento humano, y desecha como la mayor parte de los ideólogos modernos las ideas innatas, no reconociendo en el alma sino una capacidad ó sean facultades innatas, que no entran en ejercicio sino por medio de los órganos del cuerpo. Segun la doctrina de este filósofo, el alma toma en los sentidos los sentimientos-sensaciones, y en razon de la sociedad, y por medio del lenguaje, todas las ideas intelectuales y morales. Puramente pasiva en su origen y reducida á simples sensaciones, es necesario que la palabra venga á revelar su pensamiento, asi casi como un hombre para contemplar su rostro necesita de un espejo que le refleje sus facciones. Asi todas las ideas le vienen de la educacion social, por el canal de la vista ó del oido, por medio de la palabra ó de las señas, expresiones y vehiculos del pensamiento. En el momento que salió el hombre de manos de su Criador recibió de su munificencia infinita todo lo que era necesario para vivir y perpetuarse como ser inteligente, así como ser fisico. Recibió, pues, la verdad, que es el alimento de su inteligencia, y con la verdad las ideas, el pensamiento y la palabra, la cual es la expresion del pensamiento y el medio ordinario para comunicarlo. Asi las ideas y las palabras, el pensamiento y el lenguaje han sido simultáneamente revelados, y se transmiten igualmente. Basta para convencerse de ello el mirar á nuestro alrededor: asi como habló Dios al primer hombre, habla el padre al hijo, y la razon de este nace en algun modo en la inteligencia que en él se desenvuelve, á medida que se perfecciona su lenguaje. Asi, y siempre segun la misma ley y por los mismos medios, se forma la razon del niño, la

razon de la familia, la razon de los pueblos y de todo el género humano. Las ideas ó las verdades generales que forman como el fondo de la razon social, son el origen de donde dimana el entendimiento de cada particular. La razon individual, que no es sino la participacion en este fondo de ideas primitivas, entra en seguida en ejercicio, y por la actividad inherente á su naturaleza combina las ideas fundamentales que ha recibido, las compara, y deduce consecuencias; de ahí nacen otras ideas subordinadas, que juzga la razon falsas ó verdaderas, segun la relacion que apercebe entre ellas y las verdades primitivas. Asi juzgar no es otra cosa que comparar nuevas ideas con ideas ya existentes en nosotros, y pronunciar sobre su conexion; y la lógica no es mas que el arte de hacer con método este discernimiento.

Esta ingeniosa teoría se encuentra en perfecta armonia con la historia de nuestros primeros padres, tal como nos la han dejado los escritores sagrados. Esta historia, la mas antigua incontestablemente y la mas auténtica, y por consiguiente la mas digna de fe no considerándola sino como una historia ordinaria, nos muestra el primer hombre y la primera mujer, luego despues de su formacion, conversando ya entre sí, ya con Dios y con los Ángeles, que se les aparecian con formas sensibles.

«Dios no ha podido hablar al hombre sin entrar en sociedad con él, y sin revelar su ser; porque el lenguaje mismo no es sino la expresion general del ser, ó del Ser universal, y no es posible hablar sin nombrar á Dios, porque no se podria hablar sin pronunciar ó sin concebir la palabra *est*; esta palabra maravillosa, el verbo, es la razon del lenguaje, asi como el Verbo sustancial es la razon del ser infinito...

«Así el hombre no ha podido existir como ser inteligente, ni ha podido hablar sin conocer á Dios, y no le ha podido conocer sino por la palabra. Luego no es posible que la palabra sea invento del hombre.» (*Tratado sobre la indiferencia en materia de religion*, tomo II, pág. 82).

Á este pasaje tan hermoso añadiremos, que la palabra es una necesidad fisiológica, es decir, una necesidad que deriva de la naturaleza del hombre, y que constituye un carácter esencial de la humanidad.

«La palabra, dice el Sr. de Bonald, es la expresión natural del pensamiento, necesaria no solamente para comunicar su conocimiento á los otros, sino para tener el conocimiento íntimo de sí mismo.»

«El pensamiento se manifiesta, pues, al hombre ó se revela con la expresión y por la expresión, como el sol se nos muestra por la luz y con la luz. Es necesario, pues, que el hombre sepa la palabra antes de hablar; proposición evidente, y que excluye toda idea de invención humana¹.»

El verbo es la palabra por excelencia, porque es la expresión exacta del ser *inteligente*; porque en sus diversas modificaciones expresa todas sus maneras de ser, de pensamiento, de sentimiento y de acción: *yo soy, yo quiero, yo amo, yo obro*. Se puede hablar sin sustantivo, porque el gesto expresa el objeto presente, y el dibujo el ausente; pero no se puede hablar *sin verbo*: esta es la observación del Sr. de Bonald.

«Las lenguas han empezado, dice el Sr. de Maistre, mas la palabra nunca, ni aun con el hombre: la una ha precedido necesariamente al otro; la palabra no es posible sino con el verbo. El hombre ha hablado siempre, y por esto los hebreos le han llamado con una razón sublime *alma parlante*².»

Se ve manifestamente que el Sr. de Maistre hace aquí alusión al Verbo eterno, sobre todo si se considera lo que dice en otra parte. «Ninguna lengua ha podido inventarse ni por un hombre, que no habría podido hacerse obedecer, ni por muchos, que no habrían podido entenderse. Lo que mejor se puede decir sobre la palabra es lo que se ha dicho del que se llama Palabra: *Se ha lanzado antes de los tiempos del seno de su principio; es tan antiguo como la eternidad... ¿Quién podrá contar su origen?*³»

Estos pasajes no pueden entenderse sino del Verbo, que era al principio. *In principio erat Verbum*, la eterna Sabiduría, el origen de toda verdad, la verdad misma: *Ego sum veritas*. Todo ser y toda verdad descienden del que posee la plenitud del ser, ó mas bien

¹ Filosofía de Flotte.

² Veladas de San Petersburgo, tomo I, pág. 120.

³ *Egressus ejus ab initio à diebus aeternitatis... Generationem ejus quis enarrabit?* (*Mich.* v, 2; *Isai.* LIII, 8).

que es el mismo ser, según dice hablando á Moisés: «Soy el que soy, *Ego sum qui sum*;» palabra sublime que solamente el Ser necesario podía proferir.

En el orden actual, por un resultado de su naturaleza, el hombre no puede pensar mas sin palabras que ver sin luz. El pensamiento solo marcha con la ayuda del discurso, y es menester pensar la palabra antes de hablar su pensamiento, lo que todos pueden observar probando de traducir una lengua.

Si la palabra fuese de invención humana, se seguiría que no es necesaria á la sociedad, y que no hay verdades morales necesarias, pues que todas estas no son conocidas sino por la palabra, es decir, que la palabra y las verdades morales no serian sino contingentes, y habrían podido no ser inventadas, como tan innecesarias á la sociedad como el arte de imprimir.

«La sociedad no ha podido existir, dice el Sr. de Bonald, en ningún tiempo sin el lenguaje, lo mismo que no ha podido existir el hombre fuera de la sociedad. El hombre no ha inventado, pues, el lenguaje; porque si el hombre hubiese podido inventar alguna cosa necesaria á la sociedad, habría podido dejarla de inventar, y la existencia de la sociedad habría dependido de la casualidad de las invenciones humanas.» En otra parte añade el mismo autor: «El hombre no inventa lo necesario por el cual él es, y que existe antes que él y fuera de él.»

«Decir que el hombre ha podido inventar la palabra y crear las lenguas, es una gran locura, si es que no es una impiedad.» (Ballanche, *Tratado sobre las Instituciones sociales*).

El hombre habla porque piensa, y puede aun decirse que piensa porque habla. El pensamiento es una palabra interior, y la palabra es un pensamiento exterior.

Se puede afirmar, como lo hemos dicho mas arriba, que la palabra es el carácter esencial de la humanidad, es decir, que el hombre es esencialmente hombre por el pensamiento, cuya condición es la palabra. Finalmente la palabra ó el lenguaje articulado es para el hombre no solo una necesidad social, sino una necesidad fisiológica y psicológica.

Luego es de imposibilidad absoluta que el hombre haya podido inventar el lenguaje; porque esta invención supone ideas preexis-

tentes con sus expresiones. De ahí estas palabras de Rousseau: «La palabra me parece haber sido necesaria para inventar la palabra.»

Parece, pues, al fin demostrado, que el hombre ha recibido á un tiempo mismo y primitivamente las ideas y los términos, la palabra y la inteligencia con máximas de creencia y reglas de conducta, ó sean leyes para sus pensamientos y para sus acciones.

Esta doctrina se confirma por otra parte con las observaciones hechas con los sordo-mudos de nacimiento, así como con los niños privados desde muy temprano de todo comercio con la sociedad. Se sabe que para los sordo-mudos las señas y la escritura suplen la palabra, y no son en efecto mas que una palabra escrita ó significada: ven la palabra y no la oyen.

Si el hombre no trae al nacer sino facultades y aptitudes, como así parece demostrado, y hoy es generalmente recibido, ¿á qué viene á reducirse la teoría filosófica de las ideas innatas? ¿Y qué es de las ideas innatas, si el hombre lo ha recibido todo de Dios, las ideas y los términos, la palabra, el lenguaje, la inteligencia; es

«El corto número de seres humanos encontrados en los bosques fuera de todo comercio con los hombres, así que han sabido hablar, interrogados sobre su primer estado, nada han podido decir de Dios, del alma, ni de la otra vida.» (El Sr. de Bonald). ¿Estos hechos acaso no destruyen el sistema de las ideas innatas? ¿Cómo, por otro lado, dice el mismo, llega el hombre á borrar las ideas de su espíritu si Dios se las ha impreso? Estos niños, añade, abandonados en los bosques, lo mismo que los sordo-mudos sin ninguna conversacion con hombres que hablan, no pensarían, ni explicarían nada, ni por el gesto ni por la palabra. Tendrían algunos movimientos determinados para sus necesidades físicas, pero no harían acciones deliberadas, y de consiguiente no tendrían el gesto, que es la expresion de las acciones, como la palabra es la expresion del pensamiento; tendrían el ser sin el haber, y por consiguiente serían inferiores á los brutos.

El idiotismo, dice Pinel, quita al hombre la palabra, y le conduce al mutismo. Prueba evidente de la correspondencia necesaria del pensamiento y de la palabra es, que el hombre que no ha recibido ninguna palabra ni oral, ni del gesto, es un idiota, y que cuando es idiota pierde la palabra que había recibido. Igualmente degradado de la humanidad, sea que ignore el arte de hablar, ó sea que le falte la facultad de pensar. (Flotte). (Véase la historia del sordo-mudo de Chartres, en el artículo de la frenología, y la joven salvaje de Racine, poema de la Religión).

decir, si todo nos viene por la tradicion, y por la educacion intelectual y moral?

Hay un hecho cierto, y es que los sordo-mudos y los niños abandonados en los bosques, privados de toda comunicacion con hombres que usen de la palabra y del gesto, no tienen idea alguna, ni intelectual ni moral, ó á lo menos no se encuentra en ellos la señal cierta de la presencia del pensamiento, es decir, la palabra ó el gesto. ¿Qué serán, pues, sus ideas innatas si permanecen hasta la muerte en este estado verdaderamente salvaje? ¿Cuáles son estas ideas innatas que dicen que ignoran, ó que no tienen recuerdo de su sentimiento al punto que reciben el beneficio de la educacion social, intelectual, moral y religiosa? Educad ó criad fuera de toda sociedad una porcion de niños sin dirigirles jamás una palabra, ni hacer ninguna seña, ni presentar ninguna imágen; en una palabra, limitaos á procurarles la sola vida, material, física é instintiva; ¿qué desarrollo, qué progreso intelectual y moral producirán las ideas innatas en esta reunion de seres humanos, ó en esta sociedad salvaje? Ninguno probablemente, porque la luz de la palabra, sobre todo la luz del Verbo, que es la palabra por excelencia, no ha iluminado aun estos espíritus desde que entraron en el mundo. Estas criaturas humanas, impotentes para crearse un lenguaje, cualquiera que sea la expresion del pensamiento, no se entenderán jamás, ó si se entienden será como los animales, para sus necesidades puramente físicas; serán aun inferiores á los brutos, porque estos á lo menos tendrán la regla infalible de su instinto, del cual estarán privados los primeros. ¿Qué se necesita, pues, para que sean hombres verdaderamente razonables? Revelarles el misterio de la palabra, y con esta las ideas y el pensamiento.

Cuando ve ó entiende el alma el pensamiento, es decir, la señal del pensamiento, la palabra ó el gesto excitada, por su estímulo natural, la coge poco á poco, despliega su actividad, y ejerce finalmente todas sus facultades. Ved lo que una madre hace respecto de su niño: primero se dirige á la facultad sensitiva de su alma; enseña al niño objetos sensibles y agradables, se los nombra muchas veces, le habla sin cesar, conversa con esta criatura como si la entendiese, le pregunta, le interroga, responde, replica,

ella sola hace con una gracia toda maternal los gestos del diálogo; le regaña, le amenaza, le besa, le acaricia, llora, rie, habla; luego vuelve á los primeros objetos cuyos nombres y cualidades articula. Removido vivamente el niño por todas estas sensaciones confusas, concluye al fin por repetir bien ó mal las palabras que oye, y que le recuerda el atractivo del placer; su alma se despierta, se modifica, reacciona sobre sus sensaciones, y comienza á adquirir poco á poco ideas sensibles; y luego con los progresos del organismo y con el auxilio de la educacion, se preparará á producir insensiblemente ideas de un orden superior, intelectuales y morales.

En vano se objeta que no podria enseñarse nada á los niños sin la preexistencia en su espiritu de ciertas ideas (innatas); es evidente que esta objecion no puede tener ningun valor, pues que precisamente se da por prueba lo que está en cuestion, y se trata de probar.

Resulta de lo que precede: 1.º que no es posible el probar filosóficamente, psicológicamente y fisiológicamente la existencia de las ideas innatas; 2.º que sin la educacion intelectual y moral, y con la ayuda del lenguaje articulado, oral, escrito ó significado, ó sin la enseñanza de las verdades tradicionales, el hombre con todas sus ideas innatas permanecerá en una eterna infancia, privado á la vez de la palabra y del pensamiento, y reducido á la condicion triste de los brutos.

Concluyo con un pasaje que viene de molde, en apoyo de la última conclusion, y que tomo prestado de una grande autoridad, el señor obispo de Hermópolis, el célebre autor de las *Conferencias sobre la Religion*. «Lo que el primer hombre habia recibido de Dios mismo, lo que sabia, lo transmitió á sus hijos, quienes á su vez lo dejaron á las generaciones futuras: la tradicion se conservó, se extendió con la especie humana, y hé aquí como de familia en familia, de edad en edad, de país en país se han conservado las nociones primitivas mas ó menos puras en el género humano. Así todas las creencias religiosas y morales tienen un origen comun; pero son arroyos cuya pureza de aguas han servido para conservar los unos, al paso que los otros la han alterado mas ó menos al través de la corrupcion de los siglos. De allí han venido estos

«principios, comunes á todos los hombres, que la ignorancia ó las pasiones debilitan, pero no anonadan; de allí esta luz que se ha oscurecido para muchos pueblos con nubes de mentiras, pero que deja escapar algunos rayos. Estas reglas universales, invariables, cuyo sentimiento se encuentra en todas partes, estas nociones comunes del bien y del mal que gobiernan á la especie humana, y son como la legislacion secreta del mundo moral, hé aquí lo que se llama *ley natural*, denominacion muy legitima; porque está fundada en la naturaleza de las cosas, en las relaciones primitivas entre Dios y el hombre, entre este y sus semejantes; natural, porque se encuentran vestigios en donde se encuentra la naturaleza humana, lo que ha hecho decir que está grabada en el corazon.» (Tomo I, pág. 244).

CAPÍTULO VIII.

NOTICIA DE LA FISIOLÓGIA IDEOLÓGICA.

La fisiología es la ciencia de la vida, ó mas bien el conocimiento de los fenómenos cuyo conjunto constituye la vida.

Veamos ahora lo que nos dirá la fisiología. Lo que hay de cierto é incontestable es, que las funciones del sistema nervioso son todavía muy poco y muy mal conocidas, y que no se sabe nada de positivo de las del cerebro. Cuvier va hasta á decir, que se está muy distante de poder asignar alguna relacion segura entre esta viscera y sus funciones puramente físicas ú orgánicas. Y tambien es cierto que la fisiología separada de la psicología es insuficiente para esclarecernos sobre la naturaleza del entendimiento humano. Todos los ideólogos que se han apoyado únicamente sobre la fisiología han errado dando vueltas en un círculo vicioso inevitable.

En fin, puede decirse que el conocimiento de muchos fenómenos importantes de la vida continúa envuelto en misterios que hasta hoy no han podido penetrar los fisiólogos mas sábios; y añadiremos sin gran temeridad, que no penetrarán probablemente nunca. A lo menos mientras que la fisiología con el escalpelo en la mano no nos haya descubierto estos misterios, nos será permitido el creer, con el viejo buen sentido, que toda nuestra alma es espiritual, y que no son nuestros pensamientos resultado de una secrecion cualquiera del cerebro; se nos permitirá conservar con el vulgo la tan dulce esperanza de sobrevivir á la disolucion de nuestros órganos; y puesto que este es el lote que nos dejan los ideólogos materialistas, le aceptamos gustosos, y sin que les envidiemos ni las digestiones, ni las secreciones nobles de Cabanis y de Broussais.

Hé aquí á lo que se reduce, á nuestro parecer, lo que puede establecerse de incontestable sobre el mecanismo de la sensacion.

Para que haya sensacion es necesario, 1.º que un agente exterior cualquiera ejerza una accion sobre los órganos de los sentidos; 2.º que esta accion ó impresion sea transmitida á un punto del sistema cerebral por medio de los nervios; 3.º que esta impresion sea percibida ó sentida en este centro ó paradero general. Esta doctrina fundamental está aprobada por todos los fisiólogos é ideólogos. Hémos ahora al punto en donde se dividen, y en donde la fisiología llega al dominio de la moral, y se hace filosófica.

Admítase, pues, universalmente la cooperacion del cerebro para la realizacion de las sensaciones, de las ideas, de los pensamientos, etc.; mas los unos pretenden que el cerebro es la causa productiva del pensamiento; los otros sostienen que el encéfalo no es para esta realizacion sensoria ó intelectual sino el medio operatorio del alma, su órgano, su instrumento.

Segun los de la primera opinion, llamados por esto *materialistas*, el hombre no es sino una masa organizada para sentir y para pensar; la inteligencia con todos estos fenómenos, el resultado material del organismo cerebral ó del cerebro. Los otros órganos dan los elementos ó materiales del pensamiento, transmitiendo al sistema cerebral las impresiones recibidas por los objetos exteriores; el cerebro los percibe, los convierte en sensaciones que elabora y digiere, para de ellos hacer el pensamiento por secrecion, precisamente como los órganos digestivos reciben los alimentos, los digieren, y hacen con ellos el quilo y la sangre: en consecuencia llaman al cerebro *digeridor* especial, órgano secretor del pensamiento. «Así, como dice el Sr. de Bonald, lo que en el hombre se ha llamado siempre el moral, no es á sus ojos sino el físico, observado bajo una relacion particular.» En esta hipótesis absurda, «el hombre no es el ser mas inteligente, sino porque es el mejor organizado; y si tiene mayor inteligencia que el bruto, no es una inteligencia de diferente especie.»

En la doctrina opuesta, en la de los espiritualistas, que es la única verdadera como será fácil demostrarlo, el hombre es doble, es decir, compuesto de dos sustancias esencialmente distintas, aunque íntimamente unidas, á saber: la sustancia espiritual, y la sustancia orgánica y material. Segun esta doctrina, que es la expresion de la verdad, existe en toda sensacion la aplicacion

de un estímulo cualquiera á un órgano de los sentidos, y por consiguiente impresion que el nervio recibe y transmite al cerebro; y este movimiento del cerebro está seguido de un sentimiento del alma. Así hay, 1.º acción del objeto exterior sobre el órgano del sentido, del nervio sobre el cerebro, y del cerebro sobre el alma: esta es la sensación pura y simple; pero no pudiendo el alma sentir y permanecer ociosa, hay, 2.º acción ó reaccion del alma sobre el cerebro, comunicacion del movimiento recibido por el cerebro, por medio del nervio, al órgano que huye del objeto ó se dirige á él, y finalmente comunicacion de la impresion no solamente al sistema nervioso cerebro-espinal, sino aun indirectamente al sistema nervioso ganglional. Así en el primer caso, hay acción de fuera hacia adentro, y es el alma pasiva; y en el segundo hay acción de dentro afuera, y es el alma activa.

Se ve por lo dicho que lo que hace esencialmente la sensación, es la modificación del alma. De pasiva que antes era se hace activa; conoce, discierne las sensaciones, las juzga, las compara, y opera sobre ellas para producir las ideas sensibles.

Este principio que piensa en nosotros mismos, el alma ó el yo que conoce, juzga y compara, es por su naturaleza distinto del organismo, porque es simple, indivisible, activo, inteligente y libre: se sirve de los órganos para sentir y pensar, y el mismo cerebro no es sino como su primer ministro. El alma piensa por medio ó por el ministerio del cerebro, así como ve por medio de los ojos, y oye por medio de los oídos.

Esta doctrina reúne con todos los verdaderos filósofos, como Descartes, Leibnitz y Malebranche, á los mas célebres fisiólogos, Stahl, Haller, Bonnet, etc., etc. Se puede decir que es la creencia incontestable del género humano; y la prueba se encuentra en todas las locuciones que leemos en todas las lenguas. Por todas partes se distingue y se nombra diversamente el principio que piensa y el órgano del pensamiento; por todas partes se dice en términos equivalentes el espíritu, el alma ó el yo pensante, etc., el cerebro órgano, instrumento, medio ó ministro del pensamiento. (Véase el *Extracto analítico*).

¿Cuál es ahora el sitio donde todos los nervios coinciden y parecen reunirse como á un origen comun, ó como á su paradero

general, ó mas bien cuál es el punto que se debe juzgar como un centro positivo, tal como han de representárselo los fisiólogos?

Es evidente, segun un gran número de experiencias fisiológicas, de observaciones medicas y de comparaciones zoológicas, que se halla en la base del encéfalo, que nos ofrece la protuberancia annular ó la médula ablongata. Los mejores naturalistas ponen este centro sensitivo en la protuberancia annular, y Gall la fija en la medula oblongata. Legallois pretende que corresponde precisamente á la parte de esta medula, de donde nacen los nervios pneumo-gástricos.

Dice Magendie: «Es positivo que las sensaciones no tienen su asiento en los lóbulos cerebrales ó cerebólicos (del cerebro ó del cerebello)»; lo que es decir equivalentemente que *este sitio*, «hablando el lenguaje de los fisiólogos, está en la base del cerebro.» (*Fisiología de Magendie*, tomo I, pág. 244; 1836).

Sin embargo, por lo que hace á la vista, resulta de las experiencias de Rolando y de Flourens, que la vision es abolida por la substraccion de los lóbulos cerebrales (subsistiendo los otros sentidos). Si se quita el lóbulo derecho, el ojo izquierdo no obra ya, y *vice versa*. Magendie ha verificado muchas veces este hecho: la herida de la capa óptica produce el mismo efecto en los mamíferos.

CAPÍTULO IX.

PRUEBAS DE LA INMATERIALIDAD, DE LA SIMPLICIDAD, Ó DE LA
ESPIRITUALIDAD DEL ALMA HUMANA.

Hemos prometido establecer la inmaterialidad del alma por un número de pruebas sólidas, y ciertamente que no nos faltan: perteneciendo la doctrina que combatimos á la filosofía, ó mas bien al Filosofismo de Hobbe, de Spinoza, y de sus discípulos Diderot, Helvecio, Lametrie, etc., escogerémos argumentos fundamentales que puedan igualmente servir contra estos sofistas.

§ I.

Entre la materia y el pensamiento hay igual distancia que de la materia á la nada.

La materia es esencialmente compuesta; el pensamiento es esencialmente simple: el pensamiento no puede pues ser el efecto de la materia, porque lo que hay en un efecto debe encontrarse en su causa; lo que es simple y no compuesto no puede encontrarse en lo que es compuesto, como el sí en el no, ó la luz en las tinieblas.

Los mismos materialistas confiesan la composicion de la materia. Uno de los mas fogosos entre ellos dice: «Cuando decimos que los átomos son entes simples, queremos significar que son puros y sin mezcla, pero no obstante que tienen extension, y

¹ Esta palabra *filosofismo* es precisamente el opuesto de filosofía. Las dos de origen griego, significan, este amor de la sabiduría, amor de lo verdadero; aquella amor del sofismo, amor de lo falso. Como en el combate que han dado los filosofistas á las creencias del género humano hay de su parte no solo error y falsedad, sino tambien amor de lo falso y amor del mal, ha sido necesario para evitar la equivocacion el adoptar este término técnico.

«por consiguiente partes separables por el pensamiento, aunque ningun agente las pueda separar ¹.»

«La extension es una propiedad esencial de la materia. Una materia inextendida presenta una contradiccion en los términos. Las partículas mas exiguas del cuerpo son necesariamente compuestas. Imaginaos, si lo podeis, una reunion de sustancias inextendidas, y jamás formaréis de ellas una sustancia extendida: el todo no puede tener diferente naturaleza que las partes: estas no pueden dar al todo que componen una propiedad de que carecen. La inextension no puede ser elemento de extension. Toda sustancia material tiene extension, tiene partes; luego es compuesta.

«No solo toda materia es extendida por su naturaleza, sino que todas sus propiedades participan de su extension; todas suponen partes, todas son divisibles, todas son susceptibles de mas ó de menos. La grandeza, la solidez, la configuracion, la situacion, el movimiento y los demás atributos que conocemos no pueden existir sino en una sustancia compuesta y extendida; todas las modificaciones del ser material no son sino modificaciones de sus diversas partes.

«En segundo lugar, el pensamiento es una cosa esencial y absolutamente simple, y basta exponer esta proposicion para que se sienta su verdad. No pienso que haya aun existido ningun materialista bastante atrevido para decir la mitad ó el cuarto de una negacion ó de una afirmacion, una pulgada ó un pié de percepcion, el lado derecho ó el lado izquierdo de un deseo ².»

Resulta, pues, que el pensamiento no puede ser efecto de la materia: me abstengo de mas amplios detalles sobre un punto tan evidente y de puro sentido comun. Por otra parte los materialistas modernos convienen todos en que la materia inorgánica es incapaz de pensamiento y de sentimiento. No traeré aquí todos los argumentos escolásticos por los que se prueba invenciblemente que por su naturaleza la materia no es capaz de pensar, ni de sentir: me contentaré con una sola cita del Sr. Frayssinous.

¹ *Sistema de la naturaleza*, tomo I, cap. VII.

² *Disertacion sobre la espiritualidad del alma*, por el Sr. La Luzerne, página 43.

«Nada mas sencillo ni mas luminoso que el siguiente principio: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos contrarios, de suerte que de lo que de la una se afirma deba negarse de la otra, decimos que estas dos cosas difieren en especie y en naturaleza. Por esta única regla se distinguen los objetos. Si preguntamos por qué una piedra no es un árbol, por qué el agua no es fuego; no se me puede dar otra razón sino la de que sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son enteramente diferentes. Recorramos las calidades mas comunes y mas constantes de la materia; veamos sino están en oposición con el pensamiento, y si es así, concluyamos, que lo que piensa no es materia. Entremos en este examen.

«La materia es extendida, compuesta de partes colocadas las unas fuera de las otras; luego ¿quién no piensa y siente que el pensamiento es simple y sin partes distintas? Los objetos corpóreos del pensamiento pueden muy bien ser de volumen y de grandor desigual; pero la percepción que se tiene de ellos no se mide por sus dimensiones. El pensamiento del sol no es mas largo ni mas ancho que el de una flor. ¿Quién es el que no se reiría al oír hablar de pensamientos de una línea de largo y del espesor de un dedo grueso de una pulgada?...

«La materia es figurada; tiene forma y colores; ahora, ¿qué figura le daremos al pensamiento? ¿Es redondo ó cuadrado, cúbico ó triangular? El pensamiento ¿es de color azul celeste, ó rojo escarlata? Que se pregunte al aldeano mas sencillo, si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa; esta pregunta le parecerá ridícula é impertinente, creará que se burlan de su ignorancia; tanto repugna al sentido común esta pregunta.

«La materia es divisible: puede ser distribuida en partes distintas las unas de las otras; el pensamiento, por el contrario, es indivisible, ó es entero ó no existe: es inaudito que pueda tomarse la mitad, el tercio ó el cuarto del pensamiento...

«No se diga que no se sabe si Dios con su omnipotencia no podría hacer emanar el pensamiento de una sustancia material. No es poner límites á la Omnipotencia el decir que no puede hacer lo que implica contradicción; sería insultar á su sabiduría el creer-

«la capaz de formar un designio absurdo. Así no puede hacer el Todopoderoso que haya dejado de ser lo que ha sido, que un cuadrado sea circular, ó que un círculo sea cuadrado. El pensamiento y la extensión son de un género opuesto, como el sonido y los colores; no se puede dar color al sonido de una trompeta, ni hacer sonoro el perfume de una flor; del mismo modo lo material y lo inmaterial, la extensión y la inextensión, no pueden identificarse en una misma cosa. Un ser no existe sin sus calidades esenciales, ni con calidades que necesariamente se excluyen: si es extendido está privado de pensamiento; si recibe el pensamiento pierde la extensión. Tales son las nociones que la sana razón nos da, y si fuese permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas prudente sería dudar de todo; sin embargo, este partido sería el colmo de la locura humana.» (Véase la excelente Conferencia sobre la espiritualidad del alma, por el Sr. Frayssinous ¹).

§ II.

El recurso grande, ó mas bien el único, de los materialistas de nuestra época, consiste en decir que no se debe confundir la materia bruta, pasiva, inerte ó inorgánica con la materia organizada. Recurren á la organización como á sus últimas trincheras; y este es el fuerte que creen inexpugnable.

Ya hemos dicho que nuestros adversarios nos conceden que la materia inorgánica es incapaz de pensar y de sentir. Es, pues, de la materia organizada que sacan los materialistas su grande y formidable argumento. Veamos cómo resistirán á un ataque algo regular.

Nada hay en la organización que no provenga de lo que la compone, excepto ciertas calidades accidentales, como la forma, el orden y el arreglo simétrico de los órganos: estos son nuevos modos, nuevas relaciones entre las sustancias materiales, mas nunca pasa de ser materia extendida, figurada y divisible. Para que el pensamiento pueda resultar de las diversas combinaciones de la

¹ Defensa del Cristianismo, ó conferencias sobre la Religión, tomo I, página 195.

materia organizada, sería necesario que bajo el dominio de las leyes orgánicas ó de la fuerza vital, pudiese la materia llegar á ser capaz de experimentar la sensación, y de crear el pensamiento. Ahora es imposible que la aptitud de pensar se halle en lo que es extendido, figurado y divisible; esto sería lo extendido con lo inextendido, lo compuesto y lo incompuesto en una misma cosa; esto es incompatible, contradictorio y absurdo; otro tanto valdría el decir que el color puede ser sonoro en ciertas circunstancias, y que pueden pintarse los sonidos de un instrumento de música: aquí podríamos detenernos limitándonos á estas pruebas, y á las cuales nada se puede oponer: no obstante continuaremos.

Es, pues, constante que la organización humana por sí misma es incapaz de pensamiento, y con mayor razón todavía debe serlo la de los animales: por lo que hace á la materia vegetal, no pienso que los materialistas se atrevan á atribuirle el pensamiento; sin embargo la organización vegetal en algunas especies de plantas está dotada de una gran potencia de elaboración, pues que nos da productos que superan en actividad tóxica á todos los del reino animal. ¿Por qué, pues, no se encontrarían en seres tan perfectamente organizados algunas huellas de pensamiento, pues que según los materialistas, la organización es la razón y la condición única del pensamiento? Si admiten el pensamiento en los animales, será forzoso dar ó atribuir una porción de aquel á los zoófitos.

Podríamos concederles que la materia organizada es capaz de experimentar sensación, y que hasta puede pensar. Hay mas; aun cuando se atribuyesen estas facultades, no solamente á la organización humana, sino también á la de los animales, á la de los vegetales, á la materia inorgánica cristalizable, que sometida á leyes especiales, parece asimilarse á organización por sus formas regulares, y finalmente á la materia bruta é inorgánica; cuando concediésemos todo esto, decimos, los materialistas no estarían por ello mas adelantados para poder explicar el conjunto de las funciones intelectuales, ó la razón humana; porque bajo la relación de la organización elemental, no hacemos diferencia entre la humilde planta ó la legumbre innoble que crece en nuestros huertos, y el cerebro vasto de un hombre de un gran genio;

el análisis químico nos demuestra que uno y otro están compuestos de los mismos elementos constitutivos, á saber: el oxígeno, el hidrógeno, el carbonato y el ázoe. Así, se puede decir que el cerebro de Newton ó de Bossuet está compuesto en último análisis de los elementos mismos que una cabeza de... col, es decir, de oxígeno, de hidrógeno, de carbonato y de ázoe.

Concedemos, pues, por un momento que la materia organizada siente y piensa; pero siempre será imposible á la organización, al cerebro, el experimentar muchas sensaciones á la vez. Reasumamos lo que hemos sentado en otra parte.

Los órganos de los sentidos son diferentes; por los ojos se ven los colores, se oyen los sonidos por los oídos, etc. Cada sensación de estos es diferente de la otra, y todas entre sí son mas diversas que los órganos que forman su canal; todas se reúnen, sin embargo, en un mismo individuo que las compara y las distingue reuniéndolas. Yo puedo á un mismo tiempo oír un concierto, ver un hermoso jardín, comer sus frutas, sentir el olor de las flores, y tener frío ó calor; puedo comparar estas diversas sensaciones, preferir una á la otra, juzgar agradable ésta, é incómoda aquella; pero es claro que esto no me es posible, sino en tanto que estas impresiones son recibidas en un objeto indivisible muy diferente de la materia, sin lo cual cada sensación iría á parar á un punto particular, y sería tan imposible hacer la comparación y juzgar por ella, como imposible es al ojo el juzgar de los sonidos, y al oído juzgar de los colores.

Todos los ideólogos materialistas y espiritualistas convienen en un punto, que es la necesidad de un centro único de percepción; porque sin esta unidad de principio sintiente y percibiente no puede haber juicio ni comparación. Según los espiritualistas, este centro es simple é inmaterial; en la opinión de los materialistas es material y compuesto. Es cierto que un centro material, extendido, compuesto de partes, no puede ser un verdadero punto céntrico por ser divisible y compuesto de partes juxta-puestas, y porque estas partes en sí mismas también son divisibles, y así en seguida; luego es imposible que la materia pueda tener un centro único de percepción, condición indispensable de las operaciones intelectuales, la comparación y el juicio. Hay, pues, por necesidad

en el sistema de los materialistas pluralidad de centros que sienten y perciben, y de consiguiente, nulidad de las funciones intelectuales, como el juicio y la comparacion.

Hé aqui ahora las cosas bajo una forma algebraica, y tal vez mas demostrativa para algunos.

Si es el cerebro el que experimenta la sensacion, es preciso que sea en alguna parte, porque es compuesto. En A sentirá la impresion de la vista, en B la del oido, y en C la del olfato, etc. Por aproximados que se hallen estos tres puntos, no dejan de ser distintos; son tres puntos siempre. ¿Cómo conciliar esta pluralidad de sensaciones simultáneas y diferentes con la unidad de un principio sintiente, pero compuesto y material? ¿Dónde encontrar este principio? Cada uno de estos tres puntos materiales no puede sentir sino su sensacion respectiva, y nada mas; el punto A no siente lo que los puntos B y C, y lo mismo estos últimos. ¿Cómo se hará, pues, la comparacion y el juicio? Porque para comparar y juzgar es necesario conocer, es necesario un *Comparador* y un juez único, y esto es reconocido imposible en la especie. Luego un centro material percibiendo al mismo tiempo muchas sensaciones en el mismo punto es cosa imposible y repugna á la razon.

Mas admitamos por un momento, como posible, un centro material fisico, anatómico. En este caso las impresiones simultáneas, pero opuestas, como del frio y del calor, no podrán ser distinguidas, ni comparadas, ni juzgadas por el *yo* material; se confundirán por necesidad, y se neutralizarán reciprocamente. Efectivamente, dos impresiones contrarias que van á parar á un punto material del cerebro no son en último análisis mas que movimientos; porque las impresiones hechas sobre los órganos no pueden ser sino vibraciones, dilataciones, mudanzas de partes materiales, en una palabra, movimientos ó modificaciones de la materia. Son, pues, dos movimientos contrarios que van á confundirse y á neutralizarse en un cuerpo ó en un punto material. ¿Qué resulta? Nada. Imprimid dos movimientos iguales, pero en sentido opuesto, á un cuerpo inmóvil, ¿qué conseguiréis? El equilibrio, el reposo, nada. Dos impresiones contrarias, parando á un punto material, producen, pues, equilibrio de sensacion, es de-

cir, sensacion nula. Luego no hay mas que un principio simple, inmaterial, inextendido, indivisible, en una palabra, espiritual é inteligente, que pueda percibir limpia, distintamente y sin confusion impresiones contrarias, y por consiguiente, que pueda compararlas y juzgarlas; luego el centro único de percepcion de los materialistas es cosa imposible, un ente de razon, una quimera.

§ III.

Prueba el Sr. de Bonald la espiritualidad del alma con el solo hecho del suicidio, fruto demasiado comun de estas teorías materialistas tan desconsoladoras como absurdas. Segun este autor ilustre y el mismo buen sentido, no es el organismo la causa del suicidio. En los agentes fisicos del cuerpo humano todo tiende á la conservacion; hay evidentemente mas que simples resortes allí donde todos los resortes se despedazan voluntariamente; hay, pues, en nosotros otra cosa que órganos fisicos, pues que todo el fisico del hombre puede ser sacrificado libremente.

«Si el hombre todo entero, dice el Sr. de Bonald, no es sino una organización material, si no es en todo mas que un ser y un solo ser, le es imposible el querer dejar de ser, atentar él mismo á su ser, y no temo decir que en esta hipótesis, no solamente el suicidio, sino la pérdida voluntaria de un solo órgano, seria un acto imposible á nuestra organización.»

Podria robustecerse este argumento con todas las victorias frecuentes sobre el temperamento y las pasiones. ¡Desgraciado del que en sí mismo no encuentra esta prueba honorifica ó este glorioso testimonio de su superioridad sobre el organismo!

Á pesar de la corrupcion de las costumbres actuales, se ven aun en honor de la humanidad, de estas almas nobles y generosas acostumbradas á triunfar, cuando el deber lo exige, de todas las inclinaciones y de todas las repugnancias de la naturaleza: mil experiencias nos desmienten diariamente este axioma del Materialismo: *Que las costumbres siguen el temperamento*. Se le podria contestar con tantos hombres inclinados vivamente á la cólera, hechos modelos de amenidad y de dulzura; la mas imperiosa inclinacion á los placeres reemplazada, en el vigor de la edad y

de las pasiones, por el amor de la virtud llevado hasta al heroísmo. ¿Es, pues, un autómeta, tan perfectamente organizado como se le quiera suponer, que pueda mostrarse voluntario y libre hasta este punto?

«Para domar al cuerpo, dice el Sr. Virey, se necesita una causa superior al cuerpo. Cabanis y los otros modernos fisiólogos de la escuela actual quieren que el sistema cerebral reaccione por su influencia sobre nuestros órganos internos, hasta para desnaturalizarles sus funciones; pero ¿quién le hace obrar en un sentido tan contrario á sus atribuciones naturales? ¿Cómo un bofetón aplicado á la mejilla de Epicteto no producirá ninguna emoción en este seso estóico, al paso que á la mejilla del más pequeño espadachín este bofetón excitará un furor que no podrá apaciguarse sino con la sangre vertida en un duelo? ¿Ciertamente que es forzoso que una fuerza superior contenga al primero para que no venga este insulto, mientras que en el segundo la fuerza natural del sentimiento se rebela contra el ultraje, y se manifiesta de repente. Si hay poder para resistir á la sensibilidad, á la contractibilidad, no son, pues, estas propiedades vitales las que se niegan contra su propia esencia á obrar cuando se las estimula; luego hay en nosotros una fuerza que puede combatir los impulsos de los órganos: así reina una ley en los miembros, y otra en el espíritu. Por esta vuelve Régulo á Cartago, cierto de morir allí en un suplicio, y se presenta á la muerte con frente serena tantos hombres generosos.

«Que se hagan después, en vista de esto, jugar las fibras del cerebro por no sabemos qué potencias, y se verá aquí siempre una fuerza directamente opuesta á las leyes de sensibilidad y de contractibilidad animales ú orgánicas. Cuando Mutius Scevola hundía su mano en un brasero ardiente delante de Porsenna, ¿ciertamente que la contractibilidad debió ser bastante violentamente excitada, así como la sensibilidad, y no obstante no retiró el héroe su brazo: *Facere et pati fortia romanum est*. Entusiasmo, fanatismo, orgullo, exclamaréis; pero ¿no es menester un alma fuerte y elevada para hacer tamaños sacrificios? y ¿cómo me probaréis que estas acciones derivan de la sensibilidad física, mientras que, al contrario, la conmueven tan dolorosamente

«te? Un médico no se expondría jamás con gusto á asistir á los apesados; huiría como Galeno si no fuese sostenido por algún valor noble de la humanidad, y más de una vez esta audacia intrépida se hizo, por decirlo así, respetar del contagio. Todo esto ¿no prueba que existe en nosotros un principio superior á la materia, que nos ennoblece, nos eleva y nos fortifica contra los males de la tierra?

«Quiero que sea la excitación del sistema nervioso cerebral la que llene este acrecentamiento de energía; pero ¿de dónde sale este impulso extraordinario del sistema? ¿Cómo una simple idea de gloria, que nada tiene de corpóreo, va á imprimir este vigor sublime al cuerpo de un aldeano para elevarle de repente al rango de un héroe entre los fuegos de una batalla? ¿Qué ceguera el no reconocer en nosotros un principio que nos eleva ó que nos abate, que hiere la imaginación tan pronto de un modo horroroso, y tan pronto la anima con un valor brillante, ante el cual no hay ya dolores! Este principio tan dueño de nosotros, que juega con nuestro cuerpo, que tanto le atormenta y que le transforma según su capricho, no es el cuerpo mismo.»

Otra prueba aun, que parece de la última evidencia: No puede haber lucha sino entre elementos diferentes; así, si en el hombre no hubiese dualidad, si no fuese sino un puro resultado de la organización, jamás podría formar juicios contrarios á las impresiones que los órganos le transmiten; porque ¿dónde tomaría nociones opuestas á las nociones transmitidas y recibidas por el organismo? Cuando el agua tuerce un palo, mi razón le endereza, dice un poeta. Pero, como dice el Sr. Bonald, ¿podría la organización juzgar derecho lo que los mismos órganos ven torcido, en movimiento lo que ven fijo, próximo lo que está distante, y grande lo que ven pequeño?... Para el hombre considerado así todo sería verdad, nada sería error é ilusión; todo realidad, nada apariencias, pues que no tendría medio alguno ni en él ni fuera de él para distinguir la ilusión de la verdad, la realidad de las apariencias.» Y es de hecho que nuestros sentidos nos engañan con frecuencia, y que poseemos la facultad de corregir sus errores. Limitémonos á un ejemplo tan fuerte como incontestable: Á no consultar más que nuestros órganos, el sol da-

ria vuelta al rededor del globo; y nadie conoce ya tan poco la astronomía que no esté persuadido de lo contrario; y ha sido solamente el raciocinio ó la induccion lo que ha desmentido á nuestros sentidos, demostrando la proposicion inversa. Luego existe en nosotros un principio esencialmente diferente del organismo, pues que le contradice tan formalmente haciéndonos conocer precisamente lo opuesto de lo que nuestros sentidos nos muestran tan imperiosamente.

Esta prueba tan importante no se le habia escapado al genio de Bossuet en su *Tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*. «Las ilusiones de los sentidos, dice, muestran bastante que necesitan ser rectificadas, y que hay otra facultad que nos enseña la verdad, y por la que discernimos la falsedad; y esta facultad es el entendimiento¹.»

Los limites que nos hemos prescrito nos obligan á pasar en silencio otros muchos y no menos sólidos argumentos; los expuestos son mas que suficientes para convencer á todo el que busque la verdad. Si quedase alguna duda en los espíritus, digo mas, si la balanza estuviere igual entre las dos teorías, para hacerla caer de parte de los espiritualistas, no seria menester mas que el peso inmenso del sentido comun, y el del consentimiento unánime del género humano.

El mas grande genio de la antigua Roma, Ciceron, miraba este asentimiento general á las verdades fundamentales de la moral como la prueba mas sensible y decisiva de estas mismas verdades. Nada hay mas universalmente proclamado en todos los pueblos, que esta creencia inmemorial de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma. ¿No es acaso sobre esta creencia que fueron fundados primitivamente los dogmas de todas las religiones, las leyes de todas las sociedades, y las relaciones mútuas de los hombres? En donde no hay mas que cuerpos no hay re-

¹ En todas estas ilusiones de los sentidos, que desipa al momento la razon, hay evidentemente comparacion, juicio y conclusion, es decir, diversas operaciones intelectuales, que son por necesidad el fruto de un principio simple é inteligente, y no de los sentidos y del organismo, como lo hemos probado mas arriba.

² Véanse las *Reflexiones filosóficas*, del Sr. Bonald.

ligion, moral, ni sociedad posibles. Luego, pues, el Materialismo es eminentemente antisocial, y no tiende á nada menos que á romper todos los vinculos que unen á los hombres.

¡Ojalá que los partidarios de esta doctrina desoladora abran una vez los ojos sobre sus desastrosas consecuencias! que escuchen, no á un teólogo, ni á un Padre de la Iglesia, sino á una mujer filósofa: «La inmortalidad del alma y el sentimiento del deber, dice madama Staël, son suposiciones del todo gratuitas en el sistema que funda todas nuestras ideas sobre nuestras sensaciones... Si los objetos exteriores son los que han formado nuestra conciencia, desde la nodriza que nos recibió en sus brazos hasta los actos últimos de una avanzada edad, todas las impresiones se encadenan de tal modo una con otra, que no es posible de ningun modo acusar la pretendida ó supuesta voluntad, la que no es sino una fatalidad mas.»

CAPÍTULO X.

ALGUNAS REFLEXIONES MORALES.

«Es muy notable que considerando necesariamente la organización como un automatismo sin alma, todos los materialistas no pueden admitir la libertad sin la voluntad; la ven domada, encadenada, tiranizada por el cuerpo, el temperamento y las enfermedades, de suerte que somos esclavos viles de nuestros órganos sexuales, digestivos, sensitivos, verdaderas máquinas sin autocracia, ni libre albedrío. Esta teoría completa de la servitud física y moral es tan complaciente, que todos los despotismos favorecen efectivamente la sensualidad para enervar las almas, al paso que el Espiritualismo recomienda la pureza moral, como conservadora del vigor y de la libertad.

«Estableciendo de esta manera la dominación del físico, miran los materialistas como una ilusión romanesca la verdadera libertad de espíritu que resiste á los dolores y á los golpes del infortunio. Solo los espiritualistas admiten la supremacía del intelecto sobre los miembros, ó una verdadera independencia tan bien fundada por los estoicos, los platónicos de la antigüedad, ó los únicos hombres libres y en pie, como Catón, en la servitud universal.

«La adopción del Materialismo presenta á los pueblos manifestamente un síntoma triste de desorganización social, de degradación intelectual y moral, ó de envilecimiento de los caracteres. Armado el Materialismo con la varita mágica de Circe, transforma á los hombres en animales sometidos á sus sensualidades. (*Epicuri de grege porcos*). Para ellos, á la verdad, el cuerpo siéndolo todo, lo esencial es procurarse los goces físicos, sea por *fas* sea por *nefas*, especialmente el que es rico y poderoso: es, pues, muy fácil ver el prodromo inevitable de toda clase de

«despotismo y de bajeza, y como el germen de putrefacción de las sociedades políticas. Preguntad, por prueba de esto, á la clase mas hedionda y la mas innoble, interrogad á los malvados y á los facinerosos mismos de los presidios y de los calabozos, á cuál prefieren de las dos doctrinas, y veréis qué amigos sostienen á los Materialistas ¹.»

Si no somos mas que agregados de moléculas, el bien y el mal moral, la libertad y la sociedad desaparecen enteramente; si todo el hombre resulta de los resortes físicos de los órganos, no es sino un puro autómatas tan incapaz de elección y de acción como un reloj ú otra máquina cualquiera puramente mecánica. No podría serle impuesta ninguna ley divina ni humana, lo mismo que al bruto. Y hé aquí entonces inocente al crimen, y la virtud sin mérito, anonadadas la moralidad humana y toda responsabilidad de nuestras acciones. Las propiedades mas legítimas de la fortuna, de la vida, del honor, no serán mas que una posesión precaria y siempre disputada. La tierra entera ofrecerá el espectáculo de un bosque poblado de animales con rostro humano, mas temibles los unos á los otros que las bestias mas feroces. Y, sin embargo, oírémolos á los autores materialistas que hablan con énfasis de la virtud y de los sagrados derechos del hombre y de la sociedad, y que declaman contra el vicio y los desórdenes de la humanidad. Pero ¿cómo osan decir tan gravemente estas inepticias inconcebibles? ¿Cómo nombrar seriamente el vicio y la virtud, pues que se trata de una masa organizada, la cual ciertamente no es mas capaz de bien y de mal moral en el *todo* llamado hombre, que en el *todo* llamado árbol ó caballo? Se ve que estas frases no están en sus bocas sino en locuciones obligadas, y que temen, suprimiéndolas, revolver demasiado el mundo contra ellos. Sea lo que fuere, es evidente para el que entiende la fuerza y el valor de las palabras, que nada puede imputarse á mérito ni á demérito en individuos sometidos al imperio del organismo. Un hombre-máquina que mate á su semejante, obedeciendo inclinaciones irresistibles, no es mas culpable de su acción, que una encina que desarraiga á otra al caer encima de esta; finalmente, en todo proceso no habria ya mas justicia para tratar con

¹ *Revista médica*, 1829, tomo I, pág. 439, art. de J. J. Virey.

rigor al malhechor y al homicida, que para castigar á un loco por su demencia, ó por su instinto á un tigre.

Si los fisiólogos materialistas de nuestra época retroceden ante estas consecuencias, que abjuren el principio de donde dimanen evidentemente; que no manchen mas sus obras, por otro lado recomendables, con estas doctrinas no menos absurdas que odiosas; que cesen de ultrajar la nobleza de nuestra especie, arrastrándola en el fango y en el lodo: esto es abusar demasiado de sí mismos, y engañar á sus semejantes; el error no tiene mas que un tiempo, el placer del orgullo pasa, y pasa pronto; pero la verdad subsiste eternamente. ¡Desgraciado, sí, desgraciado el que la habrá desconocido y ultrajado con obstinacion hasta el fin!

Aun cuando un código no pueda improvisarse, sería fácil horronear el del Materialismo. Para un materialista el bien consiste en el goce de los placeres de los sentidos, y el mal está en la privacion de estos goces. Para él la virtud está en conservar su organismo á fin de poder gozar mas tiempo; el vicio en destruir el organismo y en incapacitarle de gozar. Así, para un partidario de esta doctrina, la sabiduría, la verdadera filosofía será el hacerse el centro del universo, referirlo todo á sí, procurar al *yo* destructible toda suerte de placeres, y por toda suerte de medios, con la condicion, no obstante, de no exponerse demasiado á llevar su agregado á un calabozo, y al cadalso su encefalo con todas sus protuberancias intelectuales: este sería, efectivamente, el soberano mal y una *condena* verdadera para un materialista. Que el discípulo de la secta sea, pues, prudente; porque si llegase á emanciparse demasiado de las *ideas* recibidas por la sociedad; si, por ejemplo, se determinase á matar filosóficamente á su vecino para *gozar* de su bolsillo, aun cuando no estén todavía bien decididos los grados de la escala animal, nuestra jurisprudencia criminal podría tal vez confundirle con el mono en la aplicacion de nuestro código antiguo. Ya hemos visto el del materialista: la cárcel y la horca, hé aquí toda la sancion; el carcelero y el verdugo son sus únicos moralistas. ¡Y no se avergonzarán de abrazar estos principios, apoyarlos en contra del buen sentido, y propagarlos para la desgracia de la sociedad!

Aquí me quedaria que hacer una corta pregunta al materialis-

ta, y quisiera poder leer la respuesta en el fondo de su corazon: le preguntaria si confiaria voluntariamente, no digo su vida, ni su fortuna, sino una módica parte de esta á un cofrade de filosofía, que, hallando su conveniencia en perjudicarle, pudiese hacerlo impunemente. Le preguntaria tambien, siempre en la suposicion de un grande interés, unido á la certeza de la impunidad de parte de un médico su compañero en materialismo, si veria tranquilamente á la merced de este último la vida de un padre ó de un hijo querido, ó el honor de una hija ó de una esposa? Si en este caso la vista del peligro que corria todo aquello que tiene de mas interesante, ¿no vendria á trastornar algo su sueño? «En cuanto á mí, dice el Sr. de Maistre en sus *Veladas*, tomo I, «pág. 68, declaro preferir al médico impío un facineroso, contra quien á lo menos es permitido defenderse, y que por otra parte no deja de ser ahorcado alguna que otra vez.»

Por lo que hace al público, á él le toca juzgar de la garantía que le puede ofrecer en el ejercicio de sus importantes funciones un médico imbuido de estos principios inmorales y subversivos de la sociedad. Los que no reconocen entre él y el animal mas vil otra diferencia que el *vestido*¹, ó á lo peor el mayor ó menor volumen de la masa encefálica, ¿respetarán bastante al hombre para no comprometer nunca en la práctica su arte, la salud, la vida y el honor de sus semejantes?

Que los médicos mismos no se equivoquen; si quieren honrar su profesion, merecer la confianza pública, establecer su reputacion sobre una base sólida, y por decirlo en una palabra, hacerse verdaderamente útiles á la humanidad, que reunan á la ciencia y á la práctica asidua de su arte la creencia sincera y la profesion alta y pública de las verdades religiosas, morales y sociales².

¹ Los filósofos no se han avergonzado de sostener que entre el hombre y el animal no hay mas diferencia real que la de los vestidos. (*Tratado sobre los reinados de Claudio y de Neron*, tomo II, pág. 140, por Diderot).

² Lo que generalmente falta á los médicos, es la creencia religiosa, la fe, y sobre todo, por una consecuencia necesaria, la práctica de la Religion. Los que no creéis debéis saber que no seréis justificados con decir: Yo quisiera creer, pero no puedo. No queréis creer porque no queréis practicar. Deponed ante todo ese orgullo que os domina mas ó menos, que domina la gran masa de los mortales; amad la verdad con todo vuestro corazon, buscadla con todas

En fin, cualesquiera que seais, filósofos, sábios, físicos, médicos, grandes y pequeños, pueblos y reyes, todos, finalmente, desechad con indignacion el frio Materialismo y las teorías de la muerte y de la nada; horrorizaos de esta doctrina desoladora que enseña al hombre que todo concluye con la muerte, así para él, como para el bruto el mas vil, pues que esta filosofía animal deja sin fin á nuestras mas nobles facultades, deja á Dios sin providencia, á la Religion sin objeto, sin fuerza ni sancion á la moral y á las leyes, á la sociedad humana sin apoyo y sin garantía, sin freno al poder, sin temor ni remordimientos al malvado, y al desgraciado sin consuelo y sin esperanza.

vuestras fuerzas, con un gran deseo de encontrarla, y la encontraréis, y obtendréis infaliblemente los dones de la fe. Imitad á La Harpe: «He examinado, dice, y he creído: examinad, y creeréis como yo.» (Yo aconsejo que se comience este examen por la lectura bien atenta de las conferencias del Sr. de Frayssinous). ¿Sobre qué descansa muchas veces la incredulidad y el escepticismo de nuestros médicos espíritus fuertes? Sobre un *puede ser, un yo no sé qué es, un yo no sé nada*, como podrá verse por este ejemplo tan fuerte de Barthez. «Este médico célebre estaba ya agonizando (murió en 1806): una persona muy recomendable que tenía con él relaciones fué á verle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su posición debía hacerle tan necesarios; hallóle tal como se lo había presumido, triste, sombrío e inquieto. A cada instante se le notaban una angustia y un trastorno que en vano pretendía disimular. Conmovidó al verle así, le habló su amigo de la Religion, sola capaz de tranquilizarle; pero la duda se había apoderado demasiado de esta alma para que pudiese entrar en ella ninguna creencia. ¿Crear! dijo Barthez, solamente los tontos creen en algo.—¿Y la materia, los cuerpos? —Yo no sé lo que se entiende por eso.—¿Y la conciencia? —Esa es fruto de las preocupaciones: si en mi infancia me hubiesen inspirado otras, ella creería bien lo que ahora cree mal, y no me ocasionaría ningún trastorno.—¿Pues qué ¿no hay nada de cierto? Por ejemplo, ¿no vale mas alimentar á su padre que asesinarle? — Señor, contesta el enfermo, hablándoos francamente yo no sé sobre qué principio se puede uno apoyar en filosofía para decidirlo.—¿En fin, ¿no tienen las matemáticas alguna certeza á vuestro sentir? —Yo veo en las matemáticas una porción de consecuencias perfectamente enlazadas; pero no sé cuál es su base.—¿Estais cierto de no tener nada que temer? —No lo sé. Algunos días despues Barthez no existía. No creer cuando se querría creer, cuando se sienten la necesidad y la ventaja de creer, es el castigo de no haber creído por una resistencia criminal de la voluntad, cuando la razón nos empuja hácia la verdad manifiesta. Rehusándose el entendimiento pervertido á toda convicción, no queda ya por única doctrina sino el Escepticismo absoluto.» (De la Indiferencia en materia de religion, tomo I, p. 301).

CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

DIVERSOS PUNTOS.

NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.

El imperio del hombre sobre los animales es legitimo, no hay revolucion que lo pueda destruir; porque es el imperio del espíritu sobre la materia. El hombre reina y domina por superioridad de naturaleza; piensa, y por consiguiente es dueño de los que no piensan.

(Buffon, *Hist. nat.* t. VII, edic. en 12.º).

Las bestias ¿son puros autómatas desposeidos de toda sensación, simples máquinas montadas de antemano para todos los movimientos que han de ejecutar, ó bien tienen en sí mismas un principio que anima sus órganos, que experimenta sensaciones, y que forma voluntades? Este principio ¿es material ó inmaterial, inteligente ó solamente sensitivo, es decir, clasificado como intermediario entre la materia y la inteligencia?

Podría tal vez extrañarse la importancia que creemos deber dar al exámen de estas preguntas, si no se supiese que esta parte de la filosofía, ó si se quiere, de la fisiología comparada, que ha sido por tanto tiempo en las escuelas un objeto de curiosidad, propio para ejercitar el espíritu, no hubiese llegado á ser, ó no se hubiese convertido en una arma peligrosa puesta en manos de los sofistas modernos; lo que hace que sea un deber para el ver-

En fin, cualesquiera que seais, filósofos, sábios, físicos, médicos, grandes y pequeños, pueblos y reyes, todos, finalmente, desechad con indignacion el frio Materialismo y las teorías de la muerte y de la nada; horrorizaos de esta doctrina desoladora que enseña al hombre que todo concluye con la muerte, así para él, como para el bruto el mas vil, pues que esta filosofía animal deja sin fin á nuestras mas nobles facultades, deja á Dios sin providencia, á la Religion sin objeto, sin fuerza ni sancion á la moral y á las leyes, á la sociedad humana sin apoyo y sin garantía, sin freno al poder, sin temor ni remordimientos al malvado, y al desgraciado sin consuelo y sin esperanza.

vuestras fuerzas, con un gran deseo de encontrarla, y la encontraréis, y obtendréis infaliblemente los dones de la fe. Imitad á La Harpe: «He examinado, dice, y he creído: examinad, y creeréis como yo.» (Yo aconsejo que se comience este examen por la lectura bien atenta de las conferencias del Sr. de Frayssinous). ¿Sobre qué descansa muchas veces la incredulidad y el escepticismo de nuestros médicos espíritus fuertes? Sobre un *puede ser, un yo no sé qué es, un yo no sé nada*, como podrá verse por este ejemplo tan fuerte de Barthez. «Este médico célebre estaba ya agonizando (murió en 1806): una persona muy recomendable que tenía con él relaciones fué á verle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su posición debía hacerle tan necesarios; hallóte tal como se lo había presumido, triste, sombrío e inquieto. A cada instante se le notaban una angustia y un trastorno que en vano pretendía disimular. Conmovidó al verle así, le habló su amigo de la Religion, sola capaz de tranquilizarle; pero la duda se había apoderado demasiado de esta alma para que pudiese entrar en ella ninguna creencia. ¡Crear! dijo Barthez, solamente los tontos creen en algo.—¿Y la materia, los cuerpos? —Yo no sé lo que se entiende por eso.—¿Y la conciencia? —Esa es fruto de las preocupaciones: si en mi infancia me hubiesen inspirado otras, ella creería bien lo que ahora cree mal, y no me ocasionaría ningún trastorno.—¿Pues qué ¿no hay nada de cierto? Por ejemplo, ¿no vale mas alimentar á su padre que asesinarle? — Señor, contesta el enfermo, hablándoos francamente yo no sé sobre qué principio se puede uno apoyar en filosofía para decidirlo.—¿En fin, ¿no tienen las matemáticas alguna certeza á vuestro sentir? —Yo veo en las matemáticas una porción de consecuencias perfectamente enlazadas; pero no sé cuál es su base.—¿Estais cierto de no tener nada que temer? —No lo sé. Algunos días despues Barthez no existía. No creer cuando se querría creer, cuando se sienten la necesidad y la ventaja de creer, es el castigo de no haber creído por una resistencia criminal de la voluntad, cuando la razón nos empuja hácia la verdad manifiesta. Rehusándose el entendimiento pervertido á toda convicción, no queda ya por única doctrina sino el Escepticismo absoluto.» (De la Indiferencia en materia de religion, tomo I, p. 301).

CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

DIVERSOS PUNTOS.

NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.

El imperio del hombre sobre los animales es legitimo, no hay revolucion que lo pueda destruir; porque es el imperio del espíritu sobre la materia. El hombre reina y domina por superioridad de naturaleza; piensa, y por consiguiente es dueño de los que no piensan.

(Buffon, *Hist. nat.* t. VII, edic. en 12.º).

Las bestias ¿son puros autómatas desposeidos de toda sensación, simples máquinas montadas de antemano para todos los movimientos que han de ejecutar, ó bien tienen en sí mismas un principio que anima sus órganos, que experimenta sensaciones, y que forma voluntades? Este principio ¿es material ó inmaterial, inteligente ó solamente sensitivo, es decir, clasificado como intermediario entre la materia y la inteligencia?

Podría tal vez extrañarse la importancia que creemos deber dar al exámen de estas preguntas, si no se supiese que esta parte de la filosofía, ó si se quiere, de la fisiología comparada, que ha sido por tanto tiempo en las escuelas un objeto de curiosidad, propio para ejercitar el espíritu, no hubiese llegado á ser, ó no se hubiese convertido en una arma peligrosa puesta en manos de los sofistas modernos; lo que hace que sea un deber para el ver-

dadero filósofo el apoderarse de esta materia, profundizarla, y arrancar por este medio de los enemigos de las sanas doctrinas esta arma fatal, con la cual no se proponen nada menos que trastornar todo el dominio de la moral.

¿Por qué, pues, afectan nuestros pretendidos filósofos comparar la bestia con el hombre, sino para quitarle á este toda idea de su semejanza con Dios y de los deberes que le impone? «Desde que han sentado, dice el Sr. de Bonald, que nuestra facultad de pensar estaba enteramente en la organizacion, consecuentes en sí mismos, han supuesto una inteligencia, si no igual, á lo menos semejante á la nuestra; en todo han visto una organizacion semejante á la del hombre, y todos los seres animados han sido clasificados en una serie de términos semejantes, cuyos extremos son el hombre y el gusano ¹.»

«Así, dice el gran Bossuet, el hombre se chancea, al defender contra él mismo la causa de las bestias.» Condillac ha llegado hasta atribuirles la funcion mas elevada de la inteligencia, á saber, la facultad de formarse ideas generales ².

¹ Reflexiones filosóficas sobre los primeros objetos de los conocimientos morales, tomo II, pág. 234.

² Véase Bossuet, Buffon, el Sr. de Bonald y Flotte, en cuyas opiniones nos apoyamos, y que son muy buenas en estos autores: sin embargo, no me agrada la del último, porque no las encuentro de un lenguaje bastante exacto y bastante severo; no me gustan las expresiones: «La razon de los brutos obra débilmente... Su alma es una sustancia que piensa... Su inteligencia es limitada... Los animales reflexionan poco, racionan poco... etc.» Es verdad que sus desarrollos ó explicaciones ulteriores llenos de luz y de razon prueban suficientemente que estas afirmaciones son mas bien del lenguaje que del pensamiento del autor. Prefiero, no obstante, decir limpiamente con Bossuet, Buffon y el Sr. de Bonald, que los animales carecen de razon, de inteligencia y de pensamiento propiamente dicho. «El alma de las bestias, dice el Sr. de Maistre, no es mas que un *asymptote* de la razon, que podrá muy bien acercarse á ella, pero sin tocarla jamás.» (*Veladas de San Petersburgo*, tomo I, pág. 301).

La inteligencia es activa y libre; la materia esclava y pasiva; donde hay inteligencia hay libertad moral ó libre albedrío. Siendo cierto que los animales están privados de libertad moral, no pueden tener inteligencia.

No hay mas que el ser inteligente, que piensa y raciona, es decir el ser racional ó el hombre, que está hecho, á imágen de Dios. «Todo lo que no es inteligente, dice Bossuet, no es ni imágen de Dios ni capaz de Dios.» Si conce-

«No es extraño que el hombre, que tan poco se conoce á sí mismo, que confunde tantas veces sus sensaciones y sus ideas, que tan poco distingue el producto de su alma del de su cerebro, se compare á los animales, y no admita entre estos y él sino un matiz dependiente de un poco mas ó de un poco menos de perfeccion en los órganos; no es extraño que les haga racionar, entenderse y determinarse como él, y que les atribuya no solo las cualidades que él tiene, sino aun las que le faltan. Pero que el hombre se examine, se analice y se profundice, y luego reconocerá la nobleza de su ser, sentirá la existencia de su alma,

deis á las bestias algun grado de inteligencia ó de razon, estaréis por lo mismo obligado á reconocer que tienen algun grado de semejanza con Dios, lo que sería absurdo y ridiculo.

Por otro lado el instinto tan decantado de los animales y sus sensaciones tan vivas y tan seguras bastan para explicar la imágen de inteligencia y de razon que se observa en alguno de los mas perfectos, tales como el perro y el mono: no es su instinto el que raciona, él mismo es el razonado y preordenado para llegar á su fin.

Resulta de lo que precede que si se llega á conceder al bruto algun grado de inteligencia ó de razon, seremos naturalmente llevados á concluir, que no debe el hombre su extrema superioridad sino á una organizacion infinitamente mas perfecta que la de los animales; que su inteligencia, fruto de esta organizacion, aunque muy superior á la de las bestias, no es sin embargo de distinta naturaleza; y finalmente que si hay entre el hombre y los animales diferencia de facultades y de aptitudes, hay identidad de naturaleza y de destino, lo que es un absurdo.

Se objeta que «no es posible negar á los animales algunos pensamientos y cierto matiz de racionio. Vemos, dicen, á un perro persiguiendo á una liebre, que deja la huella y corre recto encima de ella en línea diagonal si la liebre se desvia. Haciendo el perro la aplicacion del primer principio de la geometría, ¿no muestra en esto una suerte de reflexion y una eleccion deliberada?» Esta circunstancia, que parece ser resultado de la reflexion y del racionio, entra naturalmente en las previsiones instintivas del animal, y es su efecto manifiesto. ¿Qué tiene de extraño el ver al perro cambiar de direccion en su carrera para correr derecho al objeto que persigue y que tiene á la vista? La primera línea no la ha dejado sino porque no veia ya en ella á la liebre desviada á derecha ó á izquierda, y marcha sobre otra línea recta en la cual la percibe; en esto no hace mas que todos los animales cazadores, hasta los menos inteligentes; corre instintivamente sobre lo que atisba, y esto es todo. «El ciervo, dicen que embrolla y confunde sus huellas con el fin de engañar á los perros que le persiguen, y hasta hace levantar á otro ciervo para engañarles mejor. Yo confieso que en estos movimientos no veo sino el embarazo de un

«cesará de envilecerse, y verá de una ojeada la infinita distancia que ha puesto el Ser supremo entre las bestias y él¹.»

Descartes, con los defensores rígidos de la espiritualidad exclusiva del alma humana, hace de los animales puras máquinas con toda la fuerza de la expresión; «máquinas montadas de antemano, dice el Sr. Bonald, para todos los movimientos que la conservación de los individuos y la propagación de la especie necesitan, y que nosotros podemos en seguida, en algún modo, y sirviéndonos de su instinto, montar nosotros mismos para nuestras necesidades, y doblegar u obligar á ciertos movimientos y á ciertas hábitos. Una vez admitida la omnipotencia del Criador, no les parece á estos filósofos mas contrario á la razón el suponer las máquinas naturales organizadas para una sucesión de movimientos que tienden todos á un fin determinado, que el explicar, en la potencia dada al hombre, el mecanismo de las máquinas artificiales organizadas por el hombre para una sucesión de movimientos que tienden á un resultado cualquiera.»

Entre la opinión que hace puras máquinas de las bestias, y la que les atribuye una inteligencia, hay otra media que nos parece la única verosímil, la sola que dé razón de todos los fenómenos, y resuelva todas las dificultades. En esta hipótesis el alma de las bestias

«animal temeroso que retrocede, porque no sabe dónde esconderse, y el miedo que comunica huyendo á otro animal de su especie. Si ratiocinase el ciervo hasta por el gran motivo de su conservación, se alejaría de los sitios habitados por el hombre, y no bramaria en la época de sus amores por no advertir al hombre su presencia.» (El Sr. Bonald, obra ya citada, pág. 274).

Por otro lado, aun cuando concediésemos á los animales mas perfectos un débil grado de inteligencia y de reflexión, no por eso dejaría de quedar una gran distancia entre el orangutan, el mas inteligente de todos, y el hombre mas estúpido, á pesar de la semejanza grande de organización. Efectivamente este por su inteligencia domina á lo menos á todos los animales; á mas sabe producir el fuego, y servirse de él, lo que no podrán hacer jamás todos los animales juntos. Este terrible y poderoso agente de destrucción no ha sido confiado sino á la inteligencia, porque solo esta puede reglar su empleo. Además, si en algunos casos raros ofrecen los animales la apariencia de alguna combinación intelectual, esto no acontece sino de una manera relativa á su conservación, á su fin y á su destino para el servicio del hombre.

¹ Buffon, *Hist. nat.*, tomo III, pág. 83.

podría definirse: una sustancia intermedia entre la materia y la inteligencia; esta sustancia es capaz de recibir sensaciones é imágenes que no son, como dice Bossuet, sino sensaciones continuadas, y es lo que la separa de la materia; pero es incapaz de idea, de pensamiento, de ratiocinio y de reflexión, y es lo que la distingue esencialmente de la inteligencia humana. (Véase el *Orden jerárquico de la universalidad de los seres terrestres*, pág. 24).

Tal vez en esta cuestión, como en otras muchas, no disputan los filósofos espiritualistas sino porque no se entienden. El término de alma alarma á los unos, al paso que el de máquina choca á los otros; pero no disputemos sobre palabras. No se trata precisamente de saber si son máquinas las bestias, ó si tienen una alma cualquiera. Primeramente, todo ser animado, y el hombre mismo en un sentido y en una parte de su ser es una máquina, es decir, una porción de materia organizada para un fin determinado, lo que conviene igualmente á las máquinas artificiales que son obra del hombre. En segundo lugar, «todas las mecánicas, dice el Sr. Bonald, son movidas por un motor general y material que da el impulso primero á todos los movimientos secundarios; el aire, el agua, el fuego, un resorte que se suelta, un peso que baja, la oscilación de un péndulo... Este motor es el alma de la máquina, y aun lleva este nombre en algunas de ellas...» «La cuestión está en saber, dice en otra parte el Sr. Bonald, si esta mecánica de los brutos tiene dentro ó fuera de ella el principio de su movimiento, y de qué naturaleza es este principio.»

Veamos en qué se parece el animal al hombre. Luego nos será fácil probar que hay todavía, á pesar de esta conformidad, lo infinito del uno al otro.

Órganos tiene la bestia como el hombre, y muchos superiores en energía á los de este último; así que él ve, oye, toca, huele, siente; en una palabra, por medio de sus órganos percibe sensaciones á su manera, y recibe imágenes. Debe, pues, admitirse en el animal un principio interior ó cierta facultad capaz de sentir y de imaginar; por consiguiente, es negarse á todas las pruebas de analogía y de experiencia el suponer con Descartes que los animales son puramente máquinas privadas de sensacio-

nes. ¿Para qué, en efecto, este aparato orgánico tan uniforme? ¿Por qué órganos tan semejantes dejarían de tener alguna relación en su destino? ¿Por qué ojos, oídos, etc., en la bestia lo mismo que en el hombre? ¿No gritaría el simple buen sentido, que así en el uno como en el otro los ojos son hechos para ver, y los oídos para oír? No, no, nunca se podrá persuadir que estos diversos órganos de los brutos no estén destinados por el Autor de la naturaleza para los usos que la experiencia y la analogía indican; por otra parte, así el hombre como el animal dan exteriormente las mismas señales de imágenes y de sensaciones internas, las mismas muestras, por ejemplo, de hambre, de sed, de dolor y de placer, etc. Así somos llevados por una inclinación irresistible á atribuirles estas sensaciones y estas imágenes; y este juicio que formamos universal y anteriormente á toda reflexión, ¿no parece pertenecer al sentido común, no es la voz de la naturaleza? y el suponerle erróneo, ¿no sería hacerle recaer sobre el mismo Autor de la naturaleza? En los pueblos mas civilizados lo mismo que en los mas salvajes, no podría un defensor de la opinión cartesiana sino excitar la risa queriendo probar á fuerza de sutilezas que un perro, por ejemplo, herido de una bala de fusil, ó hambriento, no experimente en realidad otras sensaciones que un árbol cuando se le corta el tronco ó cuando se riegan sus raíces.

Los cartesianos no establecen ninguna diferencia entre un animal y un reloj, pues que al uno y al otro les niegan la sensibilidad y las sensaciones. Sin embargo todos los pueblos de la tierra tacharán de crueldad al hombre que tendrá el placer bárbaro de atormentar sin razón ni utilidad á los animales, mientras que á ningún hombre del mundo le ocurrirá el considerar cruel al que rompa su reloj ó le eche á la lumbre. Por un sentimiento universal é invencible, todos los hombres juzgan que un animal es sensible, y que un reloj no lo es; esta es una ley de la naturaleza anterior á toda reflexión y á todo raciocinio.

«Dios nos engañaría, dice Flotte, si no fuesen las bestias sino puras máquinas, porque pondría á nuestra vista una multitud de fenómenos de que resulta y debe resultar en el espíritu de los hombres la idea de una causa que no existiría.»

¿Pensais en ello, diría un cartesiano? Si le concedéis al animal

sensaciones propiamente dichas, será preciso para ser consecuente que le atribuyais un principio inmaterial¹, único capaz de percibir la sensación, y ¿no es esto apoyar al Materialismo, y merecer la reconvencción de asimilar en algun modo el hombre al bruto?

No tiene duda que admitiendo sensaciones en el animal no se le supone un principio inmaterial, pues que, como lo hemos probado hasta la evidencia, la materia, organizada ó inorgánica, no es menos incapaz de sensación que de inteligencia. Pero que se tranquilicen los espiritualistas sobre las consecuencias que se temen de esta confesión; de la sensación á la inteligencia, que hace el carácter propio del alma humana, hay tanta distancia como de la materia á la sensación. Así, limitando, como debe hacerse, el instinto de la bestia á la sensación ó á la percepción, como dicen los fisiólogos, y á la reminiscencia de las imágenes, nos quedará todavía lo infinito desde el instinto animal hasta la inteligencia del hombre. Sobre esto estamos de acuerdo con Buffon, que dice: «que los animales tienen sensaciones, mas no ideas;» y Bossuet dice: «parece que lo mas que puede hacerse para los animales, es concederles sensaciones².»

¹ Este principio inmaterial ó lo que se llama el alma de las bestias, no es segun nosotros otra cosa que la fuerza vital sensitiva. (Véase el desarrollo de este principio en la pág. 21, 22 y 23).

² Los animales no tienen la memoria propiamente dicha, la memoria humana, que, como dice Buffon, es la huella de nuestras ideas. Emanada de la potencia de reflexionar ó del alma; es el recuerdo de todas las ideas intelectuales, morales y sensibles. Los animales no pueden tener una memoria de esta naturaleza, porque están privados de ideas intelectuales y morales; no poseen sino ideas sensibles, ó mas bien imágenes de los objetos sensibles, porque no son propiamente capaces mas que de sensaciones, y no de ideas propiamente dichas. La especie de memoria que muestran los animales no es sino la renovación de sus sensaciones, ó mas bien movimientos del sentido interior; es la reminiscencia. «La única que se pueda, como Buffon dice, conceder al animal ó al hombre imbecil, que son seres, cuyos resultados y operaciones son los mismos bajo todos los conceptos, porque el uno no tiene alma (espiritual) y el otro no se sirve de ella; ambos á dos carecen de la potencia de reflexionar, y no tienen por consiguiente ni entendimiento, ni espíritu, ni memoria; pero á los dos tienen sensaciones, sentimiento y movimiento. Sus sensaciones anteriores son renovadas por las actuales; se despiertan con todas las circunstancias que las acompañaban; la imagen principal y presente llama las imá-

Sea lo que fuere, nos parece absurdo el atribuir la sensación de los brutos á un mecanismo que no muestra su enlace con ninguno de sus efectos, y que no da por sí mismo razon de ninguna de las apariencias, mientras que nosotros encontramos una causa que reúne naturalmente, y que explica con perfeccion todas estas apariencias y todos estos efectos.

En buena filosofía, la ligazon ó el enlace de un gran número de apariencias y de una sucesion de efectos reunidos á una causa que los explica prueba evidentemente la existencia de esta causa, cuando la causa supuesta puede solamente dar razon de todos los fenómenos. Yo no conozco otra manera de filosofar. Ahora pues, en la máquina de los animales descubrimos un fin muy sábio, un fin verificado por la experiencia en casos semejantes, que es el estar unida con un principio inmaterial, y llegar por medio de este á ser un instrumento de accion y de sensación. Quitad este destino al que se refiere esta prodigiosa combinacion de resortes orgánicos que componen el cuerpo del animal; negad el principio inmaterial, que siente y obra por medio de la máquina, para la conservacion del todo; no se ve ya ningun objeto en esta obra admirable. Hay, pues, en las bestias un principio inmaterial unido á su máquina, hecho para esta, asi como ella está hecha para aquel, y que por su medio ó por su ministerio recibe sensaciones e imágenes.

Léjos de prestar armas al Materialismo, nuestra opinion es por el contrario la mas capaz para desarmarle. Apoyada en el sentido

«genes antiguas y accesorias; sienten como han sentido, obran, pues, como han obrado; ven juntamente lo presente y lo pasado, pero sin distinguirlos, sin «compararlos, y por consiguiente sin conocerlos. No tienen conocimiento alguno de lo pasado, ninguna idea del tiempo, y por consiguiente no tienen «memoria.» (Buffon, *Hist. nat.*, tomo III, en 8.º, pág. 40 y 41).

Otra prueba que las bestias no tienen ni entendimiento, ni espíritu, etc., es que no están como el hombre sujetas á la enajenacion mental ó mas bien al idiotismo, por la razon de que no se pierde lo que no se tiene. Sin embargo, nuestros animales domésticos no están exentos de enfermedades corpóreas y físicas. Solo el hombre puede volverse loco é idiota. El idiotismo le hace igual al bruto. Pierde la inteligencia, la razon y el pensamiento; y la prueba de que no piensa es que pierde la señal del pensamiento, la palabra; y se vuelve mudo como los animales.

comun de todos los pueblos, esta doctrina triunfa fácilmente de todas las argucias de los sofistas, estableciendo invenciblemente la diferencia esencial é inmensa que hay entre el hombre y la bestia, entre el destino del uno y el destino de la otra. No sucede lo mismo, á nuestro modo de ver, con el sistema cartesiano, que no nos parece sino un simulacro de racionio, y el que los materialistas podrian invocar con ventaja en favor de sus sistemas odiosos. Si la filosofía estableciese en efecto en principio que debe negarse á las bestias toda causa interior de sensación, á pesar de todas las pruebas evidentes que se les ve dar de un motor interno y sensitivo, y contra el sentido comun, que por todo y en todo tiempo les atribuye las sensaciones mas reales, ¿no seria autorizar á los materialistas á pasar mas adelante, y á concluir por las mismas razones en la ausencia de toda inteligencia en el hombre; y á no reconocer en él sino una organizacion mas perfecta por la sola causa de su superioridad sobre el bruto¹?

¹ Nos ha objetado un filósofo cartesiano que la sensación no puede ser separada del pensamiento, y que por consiguiente no podemos dársela á los animales cuando les negamos la inteligencia y el pensamiento.

Á esto respondemos que la sensación puede existir independientemente del pensamiento, y daremos por prueba el estado de un niño que todavía no habla y el de un idiota en el último grado de idiotismo, y que no habla ya. Estos dos seres humanos tienen ciertamente sensaciones, sienten, ven y oyen, y sin embargo no piensan; y la prueba que no piensan es que no manifiestan ninguna señal cierta de la presencia del pensamiento; á saber, la palabra ó el gesto. Podrán bien expresar el dolor, algunas pasiones y algunas necesidades físicas; pero estas manifestaciones instintivas que les son comunes con los animales, nunca serán la expresion del pensamiento ni de acto alguno intelectual. Si se objeta aun que la falta de organizacion en el niño se opone al lenguaje articulado, á esto diremos que el idiota adulto que ha dejado de hablar, aunque bien organizado, ha hablado antes que perdiese la inteligencia, y que ha pensado porque ha hablado; pues no se comienza á pensar sino con la ayuda de la palabra ó del gesto (señas); y esto es hoy una verdad demostrada. Así que segun nuestro criterio, siendo el pensamiento inseparable de la sensación, se sigue que el niño y el idiota de los que acabamos de hablar, no pensando, no tienen sensaciones, es decir que no sienten, ni ven, ni oyen, lo que es contrario á la experiencia, y es un absurdo manifiesto; porque la sensación puede existir sin el pensamiento; luego finalmente la objecion ó la proposicion que se nos opone no prueba que los animales estén privados de la facultad de experimentar sensaciones, de sentir, de ver y de oír.

«Y si el alma de las bestias es inmaterial, ¿será inmortal?

«Niego la consecuencia. La certidumbre que tenemos de la inmortalidad de nuestras almas se funda únicamente sobre la idea que de Dios tenemos.

«Ya hemos dicho que sucede muchas veces que el hombre de bien padece y es desgraciado en la tierra. ¿En dónde está la justicia de Dios, si no es recompensado en otro mundo mejor?

«Cuando sufre sus desgracias en este, está sostenido por la esperanza de una recompensa futura; si espera en vano, ¿dónde está la providencia del Señor?

«El hombre por su naturaleza suspira por la luz y por la felicidad, lo que no encuentra en la tierra. Si no lo consigue después de su muerte, ¿en dónde se hallará la sabiduría de Dios?

«Si algunos animales padecen en la tierra y son desgraciados, no es la virtud á quien lo deben, porque no teniendo conocimiento de la ley, no les es posible conformar á esta su conducta. — No teniendo idea de recompensa futura, no la desean ni la esperan. Limitados por su naturaleza á las solas necesidades del cuerpo, les ofrece la tierra con que satisfacerlas.

«Por consiguiente la justicia, la providencia y la sabiduría de Dios no exigen que sean recompensados en un mundo mejor como el hombre de bien.¹»

Pero, se nos dirá aun, si definis el bruto, un ser dotado de sensibilidad, ¿qué medio habrá para distinguir la planta del animal? La sensitiva vendrá á clasificarse en la especie animal.

Pretendiendo que las bestias sienten, tomamos la sensibilidad por la percepción de la sensación y de las imágenes; pero aquí la percepción no indica ninguna idea de inteligencia. La tomo en el sentido que la emplean los fisiólogos, es decir, en un sentido puramente sensitivo. Es un hecho que no se puede razonablemente disputar esta facultad al animal ó ser que presenta los caracteres esenciales de la animalidad, los cuales consisten en la cavidad digestiva y el sistema nervioso, ó á lo menos algunas huellas rudimentales de este sistema, en vez de que ninguna experiencia ha probado que no hay planta que goce de esta facultad ni ofrezca muestras de estos dos caracteres de la animalidad: los movimientos de

¹ *Filosofía de Flotte, tomo I, pág. 311.*

una planta ocasionados por un contacto, un choque ó una resistencia de parte de un cuerpo extraño, no son pruebas de sensibilidad, y no será nunca permitido el confundir con tales movimientos la sensación propiamente dicha.

Si los naturalistas atribuyen alguna vez sensaciones á las plantas, es en sentido figurado ó poético, mas nunca en el verdadero, propio y filosófico.

Hay quien supone á los animales facultades intelectuales, juicios y raciocinios; pero esta suposición es muy gratuita, por no decir otra cosa: para fijarla serian necesarias las pruebas de inteligencia interior que dan los animales, y demostrar que es de su naturaleza imposible una sustancia intermedia, es decir, igualmente distinta de la materia que del espíritu; ó en otros términos, que implica contradicción.

Primeramente, ¿por qué el Autor de la naturaleza que ha podido crear sustancias dotadas á la vez de la inteligencia y de la facultad de experimentar sensaciones, y sustancias materiales privadas de una y otra de estas facultades; por qué este Ser todopoderoso no podria producir sustancias intermedias tales como suponemos, privadas de inteligencia, pero capaces de sensación? Y ¿en dónde y en qué estaria la imposibilidad y la contradicción? De que carezcamos de ideas bien distintas sobre la naturaleza de esta sustancia intermedia, ¿se ha de concluir que no hay medio posible entre la materia y el espíritu? ¿Acaso no se encuentra el hombre entre las criaturas angélicas y los animales, en el sentido que es un ser inteligente y sensible servido por los órganos? Grandes filósofos que comprenden claro todas las sustancias existentes y posibles, ¿que nos expliquen la esencia de una sustancia cualquiera! ¿Ignoran por ventura lo que es en filosofía universalmente admitido, que no se conoce el fondo de las diversas naturalezas, sino por los efectos que se observan? Si vemos, pues, en los brutos operaciones que superan la capacidad ó mas bien las propiedades de la materia, pero que de ningun modo suponen la inteligencia, estamos autorizados á concluir de aquí la existencia de esta sustancia intermedia, que es necesaria y basta para darnos cuenta de las operaciones del animal.

«Cuando, dice Bossuet (*Conocimiento de Dios y de si mismo*, pá-
9.

«gina 270) se habrán dado las sensaciones á los animales, parece «que no se les habrá concedido nada espiritual. Su alma será de «igual naturaleza que sus operaciones, las cuales en nosotros mis- «mos, aun cuando vengan de un principio que no es un cuerpo, «pasan no obstante por carnales y corpóreas por su total sujecion «á las disposiciones del cuerpo.

«Por eso los que dan á las bestias, sensaciones y una alma ca- «paz de estas, preguntados si esta alma es espíritu ó cuerpo, res- «ponden que no es ni lo uno ni lo otro: es una naturaleza media «que no es cuerpo, porque no tiene extension en longitud, latitud «y profundidad; y no es espíritu, porque carece de inteligencia, «y es incapaz de poseer á Dios y de ser feliz.

«Por el mismo principio resolverán la objecion de la inmortalidad; porque aunque el alma de las bestias sea distinta del cuerpo, no hay apariencia que pueda conservarse separadamente, «porque no tiene operacion que no esté totalmente absorbida por «el cuerpo y por la materia.»

San Agustin dice positivamente que las bestias tienen un alma, haciendo consistir la principal diferencia entre ellos y el hombre, en que el hombre es inteligente y sabe discernir el bien del mal ¹.

Tres especies de almas distingue san Gregorio el Grande: la del Ángel, que no tiene cuerpo; la del hombre, que está unida á un cuerpo al que sobrevive, y la de las bestias, que perece con sus cuerpos ². Nos queda que establecer que todas las operaciones de los brutos son puramente instintivas en el sentido que hemos expuesto.

¹ Anima humana habet aliquid quod non habet anima pecorum. Nam et pecora animam habent, et animalia vocantur. Non enim vocarentur animalia nisi ab anima; et videmus quia et ipsa vivunt; sed quid habet amplius homo? Unde factus est ad imaginem Dei? Quia intelligit et sapit, quia discernit bonum à malo; in hoc factus est ad imaginem Dei. Habet ergo aliquid quod non habent pecora. (S. Aug., *enar. II in Ps. xxix, num. 2*).

² Tres quippe vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum, qui carne non tegitur; alium, qui carne tegitur, sed non cum carne moritur; tertium, qui carne tegitur, et cum carne moritur. Spiritus namque est qui carne non tegitur, angelorum; spiritus qui carne tegitur, sed cum carne non moritur, hominum; spiritus qui carne tegitur et cum carne moritur, jumentorum, omniumque brutorum animalium. Homo itaque sicut in medio creatus est, ut esset inferior angelo, superior jumento. (S. Gregorius Mag., *Dial.*, lib. IV, cap. III).

Ciertamente que los que tan liberalmente conceden á los animales las facultades intelectuales, no se atreverán á atribuirles ninguna moralidad, ninguna idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc. Esto es muy bueno para la ficcion y la fábula; mas en filosofia no podria menos de excitar la risa. Una prueba sensible de la ausencia de toda idea moral en las bestias es, que se las ve seguir sin ningun pudor ni remordimiento todos los movimientos de sus apetitos, ó si se quiere de sus pasiones. «Los «religiosos del Monte San Bernardo, como lo observa el Sr. Bonald, van en busca de los desgraciados extraviados en la nieve; «sus perros les acompañan, y los descubren aun mejor que sus «amos.» ¿Habrá quién se atreva á decir que en esta accion los hombres y los perros están determinados por los motivos mismos? Ciertamente que no. El buen sentido repugna en reconocer en un animal moralidad alguna. «Pero una inteligencia sin moralidad sería una inteligencia sin conocimiento de motivos que la determinan á un partido antes que á otro; por consiguiente una inteligencia sin razon,» es decir, una inteligencia sin inteligencia, un puro instinto.

Si fuese necesario, dice Condillac, atribuir á los brutos la facultad de concebir ideas generales, la funcion mas alta de la inteligencia, seria preciso igualmente concederles la reflexion, y á lo menos algun conocimiento de su estado, y alguna facultad para compararle con el nuestro. «Deberian, pues, dice Bonald, tener «la conciencia de lo que les hacemos padecer y el deseo de sustraerse de estos padecimientos; el imperio que sobre ellos ejerceremos les pareceria una odiosa tiranía, y lejos de venir como por «sí mismos vienen al establo que les encierra, y á acariciar la mano que les oprime, emplearian sus fuerzas y su agilidad, y hasta «se servirian de su número en las especies débiles para escapar «de nuestro dominio, y volverse á los bosques á gozar de la independencia.» Sin embargo continuamos ejerciendo nuestro imperio de la manera mas despótica, y de su parte solo encontramos la obediencia mas servil: no solo los domamos, los atamos y les prescribimos á nuestro placer el trabajo y el reposo, sino que los acostumbamos á dejarse llevar y conducir hasta por un niño.

Ya lo hemos dicho en otra parte; el suicidio es un acto de des-

esperacion absolutamente imposible al animal; por su organismo es invenciblemente empujado, impulsado á tender á su conservacion, por *desgraciado* que nos parezca; ningun movimiento instintivo contrario puede oponerse á esta ley de conservacion orgánica; prueba evidente que no tiene la bestia ningun principio libre é inteligente capaz de conocer su estado, y de mandar á su cuerpo que se sustraiga de él.

«Separemos de nosotros todo lo que pertenece al alma: quitémonos el entendimiento, el espíritu y la memoria; lo que nos quedará será la parte material, por la cual somos animales: todavía tendremos necesidades, sensaciones y apetitos; experimentaremos el dolor y el placer; tendremos hasta pasiones, por que una pasión no es más que una sensación más fuerte que las otras, y que se renueva todos los instantes.» (Buffon, *Historia natural*, tomo III, pág. 55).

En su calidad de ser inteligente y como propietario universal del mundo físico, el hombre dispone en algun modo de toda la naturaleza; emplea hasta los elementos, el agua, el aire¹, el fuego, como primeros agentes de los procederes mecánicos. Todo esto es verdad que sirve también al animal para su conservacion, pero se los apropia directamente y sin ningun proceder. «El hombre solo, de todos los seres animados, dice el Sr. Bonald, ha recibido la potencia de producir el fuego (del cual experimentan los animales una agradable sensación), el fuego, poderoso y terrible agente de creacion ó de destruccion, cuya disposicion no ha entregado el supremo Ordenador sino á la inteligencia que puede arreglar su destino y empleo, secreto de Estado que el Monarca de los mundos no ha confiado sino á su primer ministro.»

«El perro y el mono, dice el Sr. de Maistre en sus *Veladas de San Petersburgo*, (tomo I, pag. 294), se acercarán al fuego y se calentarán con placer como nosotros; pero no aprenderán jamás á echar un tizon sobre el ascua, porque el fuego no les pertenece; de lo contrario seria el dominio del hombre destruido.»

¹ Modo de hablar filosófico. Todos saben hoy que el agua y el aire no son elementos, sino cuerpos compuestos; el agua, de hidrógeno y oxígeno, y el aire atmosférico, de ázoe y de oxígeno.

Pero en fin, dicen, ¿en ciertas acciones de los animales no se ostentan el arte y la industria? ¿Se podrá negar que haya arte, y un arte admirable, por ejemplo, en el nido de los pájaros, en las colmenas de las abejas, etc.? Sin duda que brilla el arte en muchas operaciones instintivas de las bestias, y sin esto no podrian llenar su objeto; sus diversos movimientos no producirian resultado: pero este arte maravilloso les es enteramente extraño, y ni aun lo conocen. Las bestias ejecutan ciegamente los movimientos que necesita la conservacion del individuo y de la especie, así como anda un niño sin que conozca la ley del equilibrio. «Así, dice aun Bossuet, la razon nos persuade que lo que los animales hacen de más industrioso, se hace de la misma manera que las flores, los árboles, y los animales mismos; es decir, con arte de parte de Dios, y sin arte que resida en ellos.» Y «en efecto, observa el Sr. de Bonald, la uniformidad constante de sus operaciones, aun cuando la necesidad exigiria que se cambiase, ó que circunstancias particulares hacen inútil, prueba bastante el impulso ciego de un instinto desnudo de toda inteligencia.»

Todas las operaciones de las bestias no son seguras sino en lo que entra directamente en la esfera y en el orden predeterminado de su instinto. Oponed un obstáculo extraordinario, extraño á sus hábitos mecánicos y superior á sus previsiones instintivas, al momento las desorientais, trastornais el plan de sus trabajos, y las veréis obrar sin fin, sin prevision; ninguna combinacion intelectual, ninguna luz interior, ninguna reflexion les vendrá para vencer aquel obstáculo. Poned en la sazón que la naturaleza fija á una hembra de pájaro encerrada en una jaula los materiales convenientes, y la veréis aunque sola fabricar su nido, y sobre todo guarnecerle de lo más fino y suave para los pajarillos que no tendrá jamás; ¿en dónde hallais, pues, la reflexion y la prevision?

Cita Gall como una prueba de la inteligencia de los animales el siguiente hecho: «Dos golondrinas venian á criar todos los años en la casa de mi amigo Streicher en Viena. Durante su ausencia se colocó una campanilla cuya cuerda pasaba precisamente por el sitio donde estaba su nido. Á su vuelta en la primavera hicieron aquel en su lugar acostumbrado, y tuvieron buen cuidado de hacer una abertura para la cuerda, de manera que

«pudiese jugar libremente sin tocar ni á sus huevos ni á sus hijos¹.» Gall pretende probar con este hecho la inteligencia y la prevision de los animales en circunstancias extraordinarias é imprevistas; y nosotros opinamos que no prueba sino su estupidez. Efectivamente, si estos pájaros hubiesen sido capaces de cierto grado de inteligencia, de prevision y reflexion, ¿no habrian mas bien escogido otro sitio vecino para fabricar su nido, en vez de volver al antiguo hecho ya impropio para el objeto, á causa ó por el riesgo de trastornar ó de incomodar á su pequeña familia con el ruido y con la agitacion ó movimiento de la cuerda de la campanilla, y con el frio que habia de ocasionar la corriente del aire establecida con las aberturas opuestas? Todo esto prueba con evidencia que los animales son siempre ciega y fatalmente impedidos por su instinto, y que todo lo hacen por un puro mecanismo orgánico y fisiológico, sin muestra ninguna de inteligencia, de prevision ni de libertad.

Si hacen los animales movimientos razonados, es bien cierto que no raciocinan sus movimientos por sí solos; pero como calculamos nosotros nuestras acciones, tendemos naturalmente á creer que les sucede á ellos otro tanto, sin considerar que al lado de estos movimientos, que se nos figuran ser el producto de una combinacion inteligente ó de la reflexion, se les observan otros en los cuales aparece toda la estupidez del bruto. «Sin duda, añade Bossuet, que los animales lo hacen todo convenientemente, pero sin que conozcan la conveniencia: lo primero no solamente conviene á los animales, sino á todo lo que existe en la universo; lo segundo es efecto del raciocinio y de la inteligencia.»

¡Nada tan maravilloso como la industria de que se vale la hormiga-leon (hormiga cazadora) para coger su presa en la red! Este animal, privado de cerebro, describe perfectamente sin compás círculos, espirales y volutas, y abre en la arena con un arte admirable un cono vuelto que presenta un vasto precipicio al que se le acerca imprudentemente. Oculto este animalito en una emboscada en el fondo de su tolva ó madriguera, lanza granos de arena, con lo que hace y logra que caigan los insectos en aquel abismo: se echa sobre ellos, los devora, y lleva léjos de su cueva

¹ Sobre las funciones del cerebro, tomo IV, pág. 395.

los restos ensangrentados, temiendo que la vista de tal carnicería espante y aleje de su morada las víctimas que se propone hacer de nuevo. Esto es maña é industria, y en la cual se descubre á mas la mas perfecta geometría. Si esto es inteligencia, la hormiga-leon la tiene mayor que nuestros geómetras: mas no, sino que es arrastrada fatalmente, impulsada por un instinto ciego, sin sentimiento de prevision ni de conveniencia; está obligada á repetir los mismos actos sin conocimiento alguno de la relacion de la causa con el efecto, ó del medio con el fin. Así es que abrirá igualmente su cono en la arena debajo una campana de vidrio, á donde no podrá penetrar ningun insecto, y donde será inútil por consiguiente el fabricar emboscadas, porque no habrá nada que coger.

«La diferencia entre el instinto y la inteligencia está bien marcada, dice Virey. El instinto puro obra siempre sin raciocinar; es movido, impulsado por la necesidad, por los deseos, los sentimientos, las pasiones, y por toda especie de incitacion interior é involuntaria; no tiende sino á un objeto, y lo halla siempre por secretas relaciones. En los animales no existe aprendizaje alguno, ninguna perfeccion, ninguna variedad en la práctica, ninguna invencion aumentada, modificada ó añadida; todo está de antemano dispuesto con sabiduría por una accion necesaria, y toda natural. Si el niño y el aldeano inhábil se instruyen y estudian con la ayuda de las experiencias, primeramente lo hacen mal, y luego mejor; el insecto no ha menester de andar á tientas; la Sabiduría suprema le ha dispensado de este trabajo, aun cuando nazca muchas veces solitario, secuestrado, ó huérfano de padre y madre. No le cuesta meditar ni reflexionar; le vemos marchar y dirigirse en seguida á su objeto y á su fin invariablemente, por una iluminacion interna, superior á nuestra débil luz de raciocinio. Si no se perfecciona, si no llega á ningun descubrimiento nuevo, como la razon humana, no tiene á lo menos tiempo de ignorancia ó de degeneracion, como sucede en nuestra especie; y si carecen las abejas y las hormigas de siglos de gloria y de esplendor literario, tampoco tienen épocas de torpeza, de barbarie ni de oscuridad: finalmente, si el animal instintivo nada inventa, tampoco copia nada; todos sus actos son originales, nadie los imita: la golondrina no ha aprendido de nuestros archi-

«tectos el fabricar su nido; las avispas y los abejones forman celdas regulares sin necesidad de regla ni compás, las dirige un geómetra mas sublime; un arquitecto mas sábio levanta los edificios de las termitas y de las hormigas. ¿Hay maravilla mas extraña que el obrar con toda razon y toda industria sin poseer ni la una ni la otra? Casi se diria que la hormiga conoce las consecuencias de lo que hace.»

Algunos animales acaban obras que la industria humana no podrá nunca alcanzar; pero esta especie de talentos les son naturales é instintivos, y no los deben ni á la experiencia ni á la reflexion. El animal nada crea, nada inventa ni perfecciona, ni aun á si mismo puede perfeccionarse; es hoy lo que fue al principio, y lo que será al fin de los siglos. Sus trabajos poseen la perfeccion, pero es siempre la misma, como la que se consigue con la mecánica de los telares; las telas de las arañas, las celdas exáedras de las abejas son las mismas que al principio del mundo.

Se nos dirá, si los animales están privados de toda inteligencia, si no tienen otras facultades que las de los sentidos, ¿de dónde les viene la prevision que en algunos de ellos se observa? ¿Á qué esta prevision de víveres en las hormigas, en las abejas y en los turones para su subsistencia durante el invierno? ¿No supone esto por ventura una noeion del tiempo y un cierto conocimiento del porvenir? Á esto responde Buffon¹: «La prevision de las hormigas era un fanatismo que se las habia concedido observándolas, pero que se las ha retirado observándolas mejor; porque estos animalitos están entorpecidos todo el invierno, sus provisiones no son sino montones supérfluos, acumulados sin idea ni conocimiento del porvenir, pues que á tenerlo conocerian y prevenirian su inutilidad. ¿No parece natural que animales que tienen la morada fija á la cual están acostumbrados á transportar los alimentos que necesitan, y que halagan su paladar, transporten muchos mas de los que necesitan, determinados por el solo sentimiento, por el placer del olfato ó de algunos otros de sus sentidos, y guiados por el hábito que han tomado de llevarse los víveres para comerlos en reposo? Y esto mismo ¿no nos demuestra que solo tienen sentimiento y nada de raciocinio? Por igual razon

¹ Hist. nat., tomo III, pág. 81 y sig.

«recogen las abejas mucha mas miel y cera de la que necesitan; y nosotros nos aprovechamos no tanto del producto de su inteligencia como de los efectos de su estupidez; porque la inteligencia las llevaria necesariamente á no recoger sino lo que necesitaran, y se ahorrarian la pena del resto, especialmente cuando la triste experiencia les ha demostrado que este trabajo es inútil, pues que se les quita lo que tienen de demasiado; y que esta abundancia es la causa única de la guerra que se las hace, y origen de la desolacion y del trastorno de su sociedad. Y es tan cierto que no trabajan sino por un sentimiento ciego, que puede obligárselas á trabajar, por decirlo así, tanto como se quiera, haciendo de modo que no les falten flores.

« Por lo que toca á los turones, cuando ellos mismos hacen sus agujeros procuran no hacerlos grandes, y entonces no pueden almacenar sino una corta cantidad de granos; pero cuando encuentran debajo de un tronco de árbol un grande espacio, se alojan allí, y lo llenan tanto como pueden de trigo, de nueces, de avellanas, de bellotas... de suerte que la provision en vez de ser proporcionada á la necesidad del animal, no lo es sino á la capacidad del sitio.

«Lo mismo sucede con la prevision de los pájaros.
« No solamente ignoran los animales lo que ha de suceder, sino hasta lo sucedido. Una gallina no distingue sus huevos de los de otro pájaro; no ve que las pequeñas ánades que acaban de salir de la cáscara no le pertenecen: empolla los huevos no fecundados, de los que nada ha de resultar, con tanta atención y cuidado como los suyos propios; no conoce ni lo pasado ni lo que ha de venir, y aun se engaña sobre lo presente.»

El autor dice mas arriba estas palabras, que están llenas de razon y de verdad: «Por una inteligencia igual á la nuestra no pueden los animales tener conocimiento del porvenir, pues que nosotros mismos no tenemos de este sino nociones muy dudosas é imperfectas; ¿por qué, pues, darles con tanta ligereza una tan sublime calidad? ¿por qué degradarnos tan fuera de propósito? ¿No sería por ventura mas razonable, puesto que no puede dudarse de los hechos, el atribuir la causa á las leyes mecánicas, establecidas como todas las demás de la naturaleza por la voluntad

«del Criador? La seguridad misma con que se supone que obran los animales, la certeza de su determinacion, bastaria para concluir que todo es efecto de un puro mecanismo. La duda es el carácter mas manifesto de la razon, pues que es la deliberacion y la comparacion; pero los movimientos y las acciones que no anuncian mas que la decision y la certidumbre, prueban la estupidez, á la par que el mecanismo.» Es decir, la inteligencia del autor de este mecanismo infalible, y la estupidez del ser donde se encuentra.

«Solo Dios conoce lo pasado, el presente y el porvenir; es de todos los tiempos, y ve en todos los tiempos. El hombre, cuya duracion es de pocos instantes, no ve mas que estos instantes; una potencia viva é inmortal los compara, los distingue y los ordena; y por esta conoce lo presente, juzga de lo pasado y previene el porvenir: quitese al hombre esta luz divina, y se borra y oscurece todo su ser; no quedará sino el animal; ignorará lo pasado, no sospechará el porvenir, y no sabrá ni aun lo que es presente.»

La mayor prueba de la diferencia esencial que separa al hombre del bruto, y que no permite asimilar al animal mas industrioso con el hombre el mas limitado es, que «el hombre, dice el Sr. Bonald, nace con la ignorancia de todo lo que debe saber, pero con la facultad de aprender de sus semejantes lo que ignora, de conocerlo todo y de conocerse á sí mismo; el bruto al contrario, nace instruido de todo lo que debe hacer, pero incapaz de ir mas allá. La razon del hombre es incierta. . . . porque no llega al conocimiento de la verdad sino por grados y con el auxilio del raciocinio. El instinto de la bestia es seguro, porque no teniendo nada que aprender, debe haberlo todo recibido para el fin que le es propio. . . .

Lo repito, el animal nace perfecto ó acabado; el hombre nace perfectible é infinito, me atrevo á decirlo; porque dice Bossuet, que puede encontrar hasta lo infinito. . . . Para el bruto la perfeccion relativa está en el individuo, y la imperfectibilidad en la especie; para el hombre al contrario, la imperfectcion está en el individuo, y la perfectibilidad en la sociedad ó en la especie. La

«especie bruta vuelve siempre á empezar; da vueltas incesantemente dentro de un círculo del que no puede salir; la especie humana no se detiene nunca, porque sigue una línea recta cuyo término no puede alcanzar.»

El hombre, añade el Sr. Bonald, puede dirigir y aun formar hasta cierto punto el instinto del animal, darle algunos hábitos, enseñarle á imitar algunos movimientos; pero lo que así le enseñamos al animal prueba solamente nuestra inteligencia y no la suya, «pues que el animal mejor instruido hace siempre estas acciones artificiales con una regularidad de autómeta, y muchas veces fuera de tiempo.»

No cabe duda que el pensamiento solo se hace conocer con una expresion articulada ó figurada, es decir, con la palabra ó con el gesto; no teniendo, pues, los animales ninguna de estas expresiones, es preciso convenir que carecen ó están privados de la facultad de pensar y de raciocinar. «Los antiguos, dice Bonald, llamaban á los animales privados de razon *muta animalia*, los animales mudos; y cuando la credulidad popular buscaba presagios de grandes calamidades, contaba en el número de las mas siniestras, que las bestias habian hablado, *pecudesque locutae, infandum!* Y nosotros mismos, á pesar de nuestros sistemas, ¿no seriamos cogidos de sorpresa y casi de terror, si sorprendiésemos á un animal, no digo hablando, sino solamente haciendo un gesto que fuese la expresion reflexionada de un pensamiento, y no la seña involuntaria de una sensacion ó de una necesidad?»

Hé aquí lo que dice Buffon sobre el orangutan, en la asimilacion que de él hace con el hombre:

«Todas las partes del cuerpo, de la cabeza y de los miembros, tanto exteriores como interiores, son perfectamente semejantes á las del hombre, que no puede comparárselas sin admiracion y sin sorprenderse de que de una conformacion tan semejante, y de una organizacion tan igual ó absolutamente la misma, no resulten idénticos efectos. La lengua, por ejemplo, y todos los órganos de la voz son los mismos que los del hombre, y no obstante el orangutan no habla; el cerebro es de la misma forma y de la misma proporcion, y sin embargo no pien-

«sa¹. ¿Hay una prueba mas evidente de que la materia sola, aunque perfectamente organizada, no es capaz de producir ni el pensamiento ni la palabra, que es su señal, á menos que no esté animada con un principio superior?»

Si el orangutan no habla, si no tiene como nosotros el lenguaje articulado, no es porque á ello pongan obstáculo ninguno los sacos hyo-thyroides, como lo pretenden Virey y Richerand, además de Camper, sino únicamente porque no piensa². Quitad este obstáculo supuesto á la palabra, y el orangutan por esto no quedará menos mudo; haced mas, suponed estos órganos vocales absolutamente semejantes á los del hombre, el animal tampoco hablará, ni aun podrá emitir espontáneamente sonidos articulados; y si los produjese seria el lenguaje del papagayo, compuesto de puros sonidos mecánicos, incapaces de ser seña ni vehiculo de ningun pensamiento. Así, aunque el perro, el elefante y el orangutan tuviesen los órganos de la palabra y de la voz hechos como los del hombre, jamás hablarían, porque no les ha dado Dios la palabra, es decir, les ha negado el pensamiento, que es la razon y la condicion del lenguaje articulado ó de la palabra.

En otra parte hemos visto que no ha podido inventar el hombre la palabra, y que la ha necesariamente recibido de Dios con

¹ Es cierto que la inteligencia no está siempre en proporcion directa y racional con el volumen del cerebro, pues que muchos animales tienen este órgano relativamente mas voluminoso que el hombre. Bajo de esta proporcion relativa, segun la observacion de Haller y Cuvier, el hombre se halla colocado entre el mirlo y el pitirojo, y la primera clase pertenece al canario. Virey dice que bajo la proporcion de la extension relativa del cerebro, el hombre es igualado por el ratón, y sobrepujado por el gorrion. El asno tiene mas cerebro á proporeion que el caballo.

Todos los anatomistas han convenido en que era necesaria una *potencia especifica radical* para presidir á las organizaciones tan parecidas del hombre y del orangutan, y que sin embargo producen efectos tan eminente y tan prodigiosamente desiguales.

² Buffon, *Hist. nat.*, tomo VI, en 8.º, pág. 163.

³ Este pasaje está suprimido en las últimas ediciones de la obra de Richerand que no habíamos visto, y está reemplazado por el que sigue: «El mono, en quien estas partes son conformes con las del hombre, hablaría como este, si «su inteligencia fuese bastante desarrollada.» Es decir, que si el mono fuese hombre hablaría como él.

las ideas, con el pensamiento y con la razon. Pero ¿los salvajes, se me dirá tal vez, no tienen acaso el uso de la palabra? ¿De dónde les viene el lenguaje? Los salvajes no son verdaderamente salvajes, sino restos de civilizaciones antiguas, y sus lenguas restos igualmente de antiguas lenguas *perdidas*, como dice el Sr. de Mais-tre. Si no hubiesen recibido de la sociedad el uso de la palabra, tampoco hablarían mas que los orangutanes. Así la sola inteligencia ó el hombre ha recibido del Criador el don sublime de la palabra, y ha dejado al bruto la sensacion, el instinto y el silencio.

Si los animales no tienen ninguna expresion de pensamiento y de raciocinio, se les ve no obstante expresar sus *pasiones* y sus necesidades con gritos ó con movimientos involuntarios; y por estas expresiones ó manifestaciones exteriores se entienden entre ellos, porque todos tienen sobre poco mas ó menos las mismas necesidades y los mismos apetitos, que forman parte de su instinto. La palabra que les dirige el hombre no puede ser para ellos una seña de pensamiento, solamente la entienden como un puro sonido; y lo que lo prueba es, que si se sustituye una perifrasis á las palabras ó sonidos, *busca, trae*, el perro ya no obedece. No persuadiréis jamás á los aldeanos mas estúpidos, que el papagayo de la anécdota que voy á contar expresase con gritos articulados un pensamiento de peligro unido á la esperanza de un próximo socorro. En el mes de octubre último han traído los diarios una escena cómica ocurrida en el boulevard de París.

«Se pavoneaba un loro magnífico delante un grande almacén, «divirtiéndose con su charla una gran porcion de ociosos, cuando «de repente un perro de caza, curioso indudablemente por conocer la causa de este concurso, atraviesa por entre la multitud, «salta sobre el papagayo, y se lo lleva corriendo. El pobre loro «echa gritos de angustia, mas en vano; entonces se pone á gritar «; *socorro! ¡la guardia! ¡la guardia!* Asustado su ladrón al oír una «voz que cree humana que sale de aquel gáznate, suelta al pobre «loro, y huye con el rabo entre las piernas, como si en efecto «fuese perseguido por la guardia.»

Referirémos para terminar esta noticia algunos pasajes extraídos textualmente de la obra ya citada del Sr. Bonald; y estas ci-

tas que contienen reflexiones morales de grande interés, podrán considerarse como un resumen de lo que acabamos de decir de las costumbres, del alma ó del instinto de los animales.

«Tal vez no sea imposible el sacar de esta diferencia entre el alma del hombre y el instinto del bruto algunas inducciones, aunque lejanas, sobre la inmortalidad de la una y la mortalidad de la otra. Las ideas de orden, de razon y de justicia; etc., son eternas como Dios, que es su tipo: el alma que concibe estas ideas es inmortal, pues que es la facultad de contemplar un objeto eterno; pero la que tienen los brutos de recibir imágenes y sensaciones, teniendo por objeto este mundo material y perecedero, se puede creer que cesa esta facultad cuando ya no hay razon para que exista, y que desapareció el objeto con la descomposicion de los sentidos destinados á recibirla.»

Nos preguntarán tal vez los partidarios de la opinion cartesiána, cómo se puede conciliar, en nuestra hipótesis, con la justicia y la bondad de Dios el estado de sufrimiento al que el bruto está expuesto, porque bajo un Dios justo, ninguna criatura puede ser desgraciada sin haberlo merecido.

Esta objecion podria tal vez detener á los que reconocen en el animal un principio inteligente; mas á nosotros no nos embaraza. Recorramos nuevamente á la poderosa razon del Sr. de Bonald.

«El animal no hay duda que padece, mas no es mas desgraciado padeciendo que feliz gozando; porque el dolor y el placer son sensaciones que puede todo ser organizado y animado experimentar; y la dicha ó la desgracia son sentimientos de los que es susceptible solamente el ser inteligente y moral.»

«La razon dice que solo es feliz el ser que tiene idea del soberano Bien y un destino natural hácia la felicidad suprema, cuya aplicacion hace á los objetos que le ofrecen algunos rasgos del bien ó de lo bueno que conoce, y de lo que espera; y solamente desgraciado el que puede comparar su estado presente de pena con el sentimiento de su dignidad y la grandeza de sus esperanzas; que solo es feliz el que en el placer ve ó cree ver en algun modo la plenitud de su existencia, y el complemento de sus altos destinos; y solo desgraciado el que considera el dolor como

«un castigo, como una degradacion de su ser y una decadencia del dominio que tiene derecho de ejercer sobre los seres sensibles y sobre sí mismo; y que el animal que está privado de estas ideas, de estos deseos, de este destino y de esta esperanza, que no puede hacer ninguna comparacion de su estado actual con otro estado, bien sea que padezca ó bien que goce, no es en el fondo mas feliz ni mas desgraciado que la planta que se riega, y la madera ó leña que se quema; y si bien no debemos atormentarle por capricho, ni hacerle trabajar sin necesidad, la razon nos permite que usemos de él como de todos los demás objetos sensibles, esto es, con moderacion y segun lo exigen nuestras necesidades.

«Por otro lado, hablando exactamente, la pena es menos que la destruccion, cuyo anuncio y principio es el dolor; y el gozar, que es un bien, es menos que la vida, cuyo completo ejercicio está en el placer; mas la vida y la muerte no son un bien ó un mal sino para el ser que las conoce, que las juzga, y que algunas veces, á pesar de la naturaleza, huye de la vida como de un mal, y busca la muerte como un bien. Mas asi para el bruto como para el vegetal, la vida y la muerte no les son nada; nada sino el movimiento y el reposo; nada sino un estado que el uno comienza y que el otro concluye, y en el que la muerte no es mas que la condicion necesaria de la vida.»

«Si el animal no hubiese debido ser en manos del hombre sino un instrumento ó un medio puramente pasivo, como la madera, la piedra, los metales, etc., no habria tenido con el hombre otras relaciones que las relaciones materiales que tienen estas sustancias inanimadas con el cuerpo humano; esto es, relaciones de distancia, de extension, de peso, de adherencia ó de divisibilidad de partes; relaciones que tienen todos los cuerpos entre sí, y que hacen propios á los que sirven á nuestras necesidades para trabajar para nuestra industria; pero los animales debian ser para el hombre instrumentos animados, medios activos, y no únicamente materiales; debian ayudarle en los trabajos, ser los compañeros de sus placeres, ó enemigos por su valor; les eran necesarias relaciones con nosotros de una especie diferente. Era pre-

«ciso que el animal nos viese para conocernos, nos conociese para encontrarnos, nos oyese para obedecernos, y se nos inclinase para vivir entre nosotros; y estas mismas facultades que acostumbra con el hombre á los animales útiles, le eran necesarias para librarle de las fieras, que se multiplican por todo en donde el hombre no está, que aparecen en donde este no reside; pero que le cedon el imperio de la tierra, y se alejan de la residencia de este dominador del universo.

«Era pues necesaria á los animales una organizacion humana, si me atrevo á decirlo, para poder servir al hombre, una facultad de imaginar para que les pudiésemos transmitir imágenes, una facultad de sentir para que les pudiésemos dar costumbres y hábitos; y destinados á reproducirse para durar en la tierra tanto como el hombre, necesitaban afecciones domésticas, ó algo parecido á ellas, para buscarse y unirse entre si, y tomar de su progenitura el cuidado que nosotros no podemos darla, es decir, que á los brutos les era necesario todo lo que tienen, y nada más que lo que tienen; porque la inteligencia, el conocimiento, y por consiguiente la razon que gratuitamente se les atribuye, serian tan importunas al hombre como inútiles al animal, incómodas á nuestra superioridad, y superfluas á su dependencia: si fuesen inteligentes serian menos sumisos, y tal vez demasiado semejantes al hombre, razonarian en vez de obedecer.

«No pueden los animales tener facultad para razonar sino para nuestra utilidad ó la suya: si se les ha dado para servirnos, no son mas que nuestros esclavos, y la preeminencia del hombre es incontestable; si les ha sido dada para instruirse ellos mismos, ¿qué uso hacen de esta luz interior? ¿les sirve acaso para su ventura y para mejorar su condicion?... Mil generaciones de animales se han sucedido desde Aristóteles, y nada han añadido para perfeccionar sus especies.

«El servicio de los animales (inteligentes y pensantes) pierde para mí todos sus encantos, y yo pierdo con ellos mi seguridad. En ellos veia un instinto maravilloso que bastaba á sus necesidades y á las mias; y ya no veo en ellos sino una inteligencia degradada... Habiendo sido instrumentos útiles, han venido á

«ser comensales peligrosos. Este perro fiel que reposa á mi lado mientras duermo, este caballo dócil que me lleva con su paso seguro al través de los torrentes y de los precipicios, si piensan, si reflexionan, si ratiocinan, ¿no harán acaso nunca uso de su razon sino para obedecer? Y si los pensamientos del hombre desconocido, de mi semejante, á quien encuentro solo en sitios solitarios me inspiran algunos temores justos, ¿no me sorprenderá el terror, si me encuentro débil y desarmado en medio de estos rebaños de esclavos, que tienen iguales pensamientos que los niños, y medios de ataque tan superiores á mis medios de defensa?

«Resumámonos. La facultad interior que conduce á los brutos y da impulso á sus movimientos está limitada en cada especie por su organizacion particular; luego esta facultad es un instinto, y no una inteligencia, una razon; pues que lo propio de la razon y de la inteligencia es ser servida y no limitada hasta por sus órganos, y no conocer término á sus ideas y á sus progresos.

«La facultad interior que anima al hombre, gobierna y dirige sus acciones no está limitada por su organizacion, pues que el hombre inventa todos los dias nuevos medios de extender la fuerza de sus órganos ó de suplir á su debilidad, y de hacer, en una palabra, con órganos artificiales lo que los naturales le rehúsan. Así boga encima de las olas, se eleva á los aires, recorre la tierra, mide los cielos, lo mismo que conoce lo pasado, juzga de lo presente, prevé el porvenir, y somete todo lo que es y hasta lo que no es aun á la accion de su pensamiento ó de su industria; luego esta facultad es una inteligencia. Si es necesario para su conservacion y para el destino que han recibido el que los animales tomen algunas inducciones de las imágenes que ven, que contraigan algunos hábitos por la frecuente repeticion de los mismos actos, estas inducciones, ó mas bien estas consecuciones, que no salen de los limites de su instinto, y hacen parte de él, no son ratiocinios; y si se quiere llamar á este instinto con sus inducciones y sus hábitos una razon, no se hace sino cambiar la acepcion de las palabras; y una razon limitada á los solos objetos materiales y circunscrita en un círculo de in-

«ducciones simples y de hábitos involuntarios no es lo que han
«entendido los hombres en todo tiempo por la palabra *razon*: en
«este caso no se disputan sino las palabras, y si se quiere conve-
«nir de buena fe, se concluirá en que el instinto de los brutos no
«es la inteligencia del hombre, y que no tiene ni el mismo uso
«ni el mismo destino; atrevámonos á decirlo, en el fondo no se da
«mayor importancia á la inteligencia de los brutos que á la del
«hombre; pero se quiere hacer que el hombre dude de su pro-
«pia razon, y de todo lo que esta le prescribe y le inspira; se quie-
«re, prodigando de este modo la inteligencia, quitar todo su valor
«á una facultad comun á todos los seres, y que incierto el hom-
«bre entre tantas inteligencias, no crea ya en ninguna, y no se re-
«conozca en sí sino un instinto; se quiere sobre todo, atribuyen-
«do á las bestias la inteligencia, echar á los partidarios de la in-
«mortalidad del alma humana en la incertidumbre de saber si el
«alma del hombre es mortal como la de las bestias, ó si la de es-
«tas es inmortal como la del hombre.

«Hay, pues, lo infinito entre el hombre y el bruto respecto de la
«inteligencia. Los animales tienen una facultad de recibir imáge-
«nes, y no inteligencia de las ideas: sensaciones y no sentimien-
«tos, hábitos y no reflexiones, hacen movimientos exigidos por
«un instinto ó por un impulso, y no acciones dirigidas por una vo-
«luntad. Para estas especies sin poder, sin deberes, sin digni-
«dad, sin propiedad y sin libertad no hay felicidad ni desgracia;
«masas organizadas para reproducirse, vivir y morir en el servi-
«cio del hombre, y de las que puede servirse como de todo lo so-
«metido á su imperio y permitido á sus necesidades. Indudable-
«mente que su propio interés, y aun mas el de la sociedad, le
«prescriben el emplearlos con moderacion, y su misma razon le
«prohibe entregarse hácia ellos á movimientos de violencia y de
«ferocidad ó de capricho; mas los sentimientos de respeto y de
«afecto no los debe sino al ser que le es semejante, y sin pueri-
«lidad y aun sin profanacion no puede extenderlos hasta los se-
«res desposeidos de razon y de sentimiento, que nunca sabrian
«apreciarlo ni corresponderlo.

«Me atrevo á decir que estas consideraciones morales son mas
«decisivas para probar la inteligencia de la especie humana y la

«espiritualidad de su principio pensante, exclusivo de todas las
«especies de seres animados ó inanimados, que estas supuestas
«observaciones fisiológicas, que colocando en los órganos el pen-
«samiento, concluyen la identidad del principio de algunas se-
«mejanzas imperfectas en los instrumentos, no elevan al animal
«sino para degradar al hombre, no nos dan estos rivales sino pa-
«ra darnos dueños, y por una blasfemia execrable hacen del rey
«de la naturaleza un orangutan degenerado.»

SISTEMA FRENOLÓGICO.

Lo que se llama hoy frenología, antes craneología, organología ó craneoscopia, no es otra cosa que el sistema de Gall, con el cual se pretende conocer á la vista de los bultos, de las prominencias, ó de las depresiones del cráneo, las diversas facultades ó aptitudes del hombre con sus inclinaciones y pasiones; ó si se quiere es la doctrina de la pluralidad de los órganos cerebrales y de la localización de las facultades intelectuales y morales.

No entraremos en largos detalles relativamente á todas estas pretendidas protuberancias craneánicas, ó si se quiere órganos encefálicos, porque la craneoscopia, habiendo por la confesion misma de los frenólogos llegado á ser insuficiente, se ha adoptado el método de la cerebroscopia ó sea el estudio de las circunvoluciones cerebrales. Pero en el estado actual de la ciencia los frenólogos no parece que tengan mayor creencia en la cerebroscopia que en la craneoscopia; no trataremos, pues, aquí directamente ni de la una ni de la otra.

Nos limitaremos solamente á algunas reflexiones contra la doctrina de la pluralidad de los órganos, ó de la localización de las funciones intelectuales y morales, porque en esto estriba toda la frenología. Sin pluralidad orgánica y sin localización no hay frenología. Probarémos á mas que la ciencia frenológica conduce directamente al Materialismo, si ya no es una doctrina todo materialista ó la teoría de la nada.

Pongamos algunos principios: Dios está presente en todos los seres, tanto espirituales como materiales. En estos últimos se extiende á todas sus partes su presencia. El alma humana, que es espíritu como Dios, y hecha á la imagen de Dios, está presente de la misma manera á todo el cuerpo que anima, y de una manera

especial al cerebro y á todas sus partes. (No entendemos aquí por cerebro sino sus dos hemisferios, que solos constituyen el órgano de la inteligencia, como lo veremos mas adelante). Obra sobre este órgano y sobre todas sus partes por su inteligencia y su voluntad, así como obra sobre todo el cuerpo por su facultad sensitiva, ó la fuerza vital y la sensibilidad de los fisiólogos.

No pudiendo obrar el alma sino segun su naturaleza, que es la unidad y la sencillez, se sigue que el principio de acción es uno y simple ó sencillo; que la actividad es una y no múltiple, idéntica y no diversa; en fin, que es simple, inextendida, indivisible, inmaterial y espiritual; luego la pluralidad de los órganos y la localización de las funciones intelectuales y morales son una hipótesis puramente gratuita é inútil, que desmienten los hechos y la observación, y que el buen sentido y la razón reprueban. Esta pluralidad no existe sino para las operaciones sensitivas ó para las sensaciones que nos son comunes con los animales, y de ahí la pluralidad de los sentidos, como de la vista, del oído, etc. Así el hombre, que es el solo que posee la inteligencia y el libre albedrío, ó en otros términos, que es el solo capaz de ideas intelectuales y morales, no tiene ni órganos múltiples, ni localización, por consiguiente, funciones intelectuales y morales.

Hé aquí lo que apoya estos principios: Siempre que nos entregamos con exceso á trabajos intelectuales, cualesquiera que sean estos, atención, reflexión, meditación, contención de espíritu, en una palabra todos los géneros de aplicación, se experimenta constantemente en medio de la frente un sentimiento de incómodo, de pesadez, de embarazo, de tensión, ó mas bien un dolor verdadero que algunas veces es muy vivo: este es un hecho universalmente admitido. ¿Por qué siempre este dolor en la región frontal y no en otra parte, ni en el occipucio ni en el vértice? ¿Por qué el matemático, entregado á un trabajo excesivo del espíritu, no padece detrás del ángulo externo del ojo, donde se halla, segun Gall, el órgano del cálculo y de las matemáticas? ¿Por qué el poeta, llevado demasiado lejos por su númen impetuoso, no sufre encima de las sienes, á donde corresponde el pretendido órgano de la poesía, y así los demás? ¿Por qué segun la ley general que todo órgano que se ejercita demasiado se resiente mas

ó menos, el matemático y el poeta sienten esta fatiga ó este dolor directamente en la frente, como los otros hombres, mientras que no deberían sentirlo sino en la region de sus órganos respectivos?

Estos son hechos constantes que prueban primero é invenciblemente que el cerebro es el órgano de la inteligencia, y á mas que este instrumento del pensamiento concurre al complemento de las funciones intelectuales de una manera general, absoluta é integral; es decir que obra en masa bajo la inmediata influencia del alma: todo lo cual prueba la existencia del cerebro como órgano del pensamiento, y la unidad orgánica para las funciones intelectuales y morales.

Ahora, en cuanto á las pasiones, ¿tienen estas el sitio en el cerebro, y es este sitio múltiple? Segun la opinion de Bichat, de Cabanis, de Virey y de Broussais mismo antes que fuese frenólogo, y finalmente, dice Gall, de la casi totalidad de los médicos, las afecciones y las pasiones tienen su sitio en los órganos de la vida interna, en las vísceras ó mas bien en el sistema nervioso ganglional.

Si estos órganos de las pasiones existiesen en el encéfalo, seria preciso que sus funciones respectivas nos revelasen su presencia, del mismo modo que nos prueban las funciones intelectuales la existencia del cerebro. A mas dice el Dr. Virey, si naciesen en el cerebro las pasiones, ¿cómo, por ejemplo, un gran miedo le quitaría á este órgano toda su fuerza, le paralizaría en algun modo hasta ocasionarle un síncope? Luego es fuerza que vengan de otra parte. Verdaderamente existe una estrecha ligazon entre el sistema nervioso ganglional y el cerebrospinal ó el cerebro, y aun este último es de ordinario la causa ocasional de las pasiones, en el sentido que da el conocimiento de su objeto. Otra prueba que las pasiones existen independientemente del cerebro está en que se las observa, segun Virey, en los animales sin cerebro, como los zoófitos, los gusanos, etc., que sienten el miedo, el amor, etc. ¹

¹ Se nos objetará tal vez la opinion de Gall y de algunos otros fisiólogos, que pretenden que el sitio del amor físico es el cerebelo, para deducir de esto que el de las otras pasiones está en el cerebro.

Mas es necesario acordarse que el cerebelo ha sido considerado como órgano de la música, de la memoria y de la sensibilidad; y los filósofos mas céle-

No puede, pues, decirse que las pasiones residan propiamente en el cerebro, porque nada prueba allí la existencia de sus órganos; ni aun se le descubre la existencia colectiva en virtud de la condicion de unidad orgánica; porque si esto fuese, estas pasiones exageradas y llevadas al último exceso deberían afectar dolorosamente á lo menos la parte posterior de la cabeza ó del cerebro, en donde coloca Gall la mayor parte de sus órganos, como los trabajos excesivos del espíritu nos hacen realmente sufrir á la parte anterior del cerebro: se sabe que no es así; luego no hay pluralidad de órganos para las pasiones y para las afecciones, y nada prueba con evidencia su unidad orgánica en el cerebro. Todo esto nos lleva naturalmente á sacar esta conclusion negativa contra el sistema frenológico: interinamente y hasta que no nos sean mejor evidenciadas desechamos la organología, la craneoscopia, la cerebroscopia, en una palabra, la frenología. Solo admitimos la inatividad de las facultades, de las aptitudes y de las inclinaciones, y es lo que en todos tiempos ha sido reconocido, como el talento natural del cálculo, de las matemáticas, de la poesia, etc.; pero ninguna señal craneoscópica puede hacernos conocer *à priori* estas aptitudes y estas facultades. Luego finalmente la doctrina frenológica no existe como ciencia, ó no existe para nosotros hasta ahora sino como título de decepcion y de burla, lo mismo que el mesmerismo ó el magnetismo animal, la megalantropogenesia, y la homeopatía. «Añadamos dice la *Revista médica*, que los doctores craneoscópicos no están aun de acuerdo sobre el número de

bres de nuestros días le han atribuido los movimientos, la estacion, la progression, etc. Esta multiplicidad de opiniones nos prueba ya que el uso y las funciones del cerebelo no son muy conocidas, y que este órgano no es mas indispensable á una funcion que á otra; por otra parte hay animales privados de cerebelo, como los reptiles y los pescados, y que sin embargo sienten, se mueven, y se reproducen perfectamente.

Además todos los pueblos de tiempo inmemorial han mirado el cerebro como el órgano de la inteligencia, al paso que las afecciones y las pasiones han sido atribuidas al *corazon*, es decir al sistema nervioso ganglional; porque la palabra *corazon* no es aquí sino una expresion puramente metafórica. Esta unanimidad de sentimiento, esta conformidad universal ¿no puede llamarse *sentido comun*? Y este sentido comun, que podemos llamar instintivo y natural, ¿puede acaso engañar en las cosas inherentes y esenciales á la naturaleza del hombre intelectual y moral?

«los órganos: el uno descubre treinta y cuatro, el otro cuenta hasta setenta, un tercero mas de ciento, y todos se acusan uno á otro de tener un concepto falso, un cráneo estrecho ó un encéfalo defectuoso. Y despues, ¿cómo el yo, este ser uno é indivisible, inextendido, punto convergente de todas las facultades, parte esencial de todo acto mental, lógico, podria existir con esta indefinida pluralidad de órganos? En esto hay la contradiccion mas notoria, digamos mejor, el mas formal absurdo; lo repetimos, no se puede dividir el yo, que no es sino él, que es él ni mas ni menos; y decir al dividirlo, hé aquí que vive por tal órgano y hé aquí que vive por tal otro; no se presta la personalidad á ser fraccionada de este modo; es forzoso negarla ó reconocerla en su integridad completa. La unidad material, la unidad orgánica en particular es un compuesto, una agregacion de partes; mas la unidad espiritual no es lo mismo, porque es simplemente unidad¹.»

Aceptemos sin embargo por un momento la frenología, y admitamos la pluralidad de los órganos que destruye y mata evidentemente la unidad del yo², y nunca será menos verdad que es-

¹ Revista médica, cuaderno de junio 1838, pág. 463.

² Afirma Gall que «la libertad moral no podria existir sino con la pluralidad de los órganos. (Sobre la fisiología del cerebro, tomo I, pág. 307).

Si la libertad moral depende de la pluralidad de los órganos, se acabará por concluir tal vez que los animales, en quienes, segun Gall, se encuentra la misma condicion orgánica, están así como el hombre dotados del libre albedrío ó sea de la libertad moral.

«Al instante en que se preconiza el libre albedrío, dice Gall, el hombre ¿no se encuentra por ventura en los bordes resbaladizos del abismo? Se dice, y yo también lo digo, que abusa el hombre de su libertad; pero ¿qué motivo tiene para abusar de ella si nada le mueve en su interior, ni le excita á acciones ilegales?» (Fisiología del cerebro, tomo I, pág. 253).

«En el sistema frenológico, dice el Dr. Cerise, el hombre es una pasividad; no se mueve sino en virtud de algunos impulsos orgánicos: es una multiplicidad, porque si duda ó lucha, no es él el que lucha y duda, sino uno ó muchos órganos que le impulsan con energía; él no existe; es una abstraccion que debe hacer reir á los frenólogos. La voluntad humana es una palabra vacía de sentido, porque segun este sistema no debe haber en el hombre voluntad real, libre, así como no la hay en un molino de viento, en un reloj, en un navío que hiende el mar segun el viento y las olas, ni en un animal, cuya condicion es obedecer á las excitaciones de su organismo.» (Exámen crítico del sistema frenológico, pág. 9).

tos diversos órganos cerebrales sufrirán necesariamente la condicion de pasividad comun á todos los instrumentos materiales. Sin embargo la frenología, como mas adelante lo veremos, proclama que estos órganos son independientes, y tienen una actividad propia, de donde necesaria é inmediatamente emanan todas las funciones intelectuales y morales del hombre, y de ahí emana también al mismo tiempo el sistema odioso del Materialismo.

Es, pues, importante el saber con qué muestra infalible se reconoce el Espiritualismo.

El único carácter serio, el *criterium* del Espiritualismo, es la unidad de actividad, es decir de un principio simple, incompuesto, inextendido, indivisible, inmaterial, que siente y percibe; lo que, en una palabra, constituye el alma espiritual.

Hé aquí un argumento que prueba invenciblemente esta unidad de principio simple, que siente y percibe: «Es cierto que puedo yo á un tiempo mismo experimentar muchas sensaciones; algunas veces me las procura el mismo objeto; veo, huelo y gusto un guisado, oigo, y toco un instrumento. Otras veces diferentes objetos chocan á mis diversos sentidos: oigo una música al tiempo que veo gente, que siento el calor de la lumbre, que percibo un olor, y que como una fruta. Discierno perfectamente estas diversas sensaciones: las comparo, juzgo cuál de ellas me afecta mas y con mas agrado, prefirióla una á la otra, y la elijo. Ahora bien este yo que compara las diversas sensaciones es inevitablemente un ser simple; porque si es compuesto recibirá por sus diversas partes las diversas impresiones que le transmitirá cada sentido: los nervios del ojo llevarán á una parte las impresiones de la vista; los del oído harán pasar á otra parte las impresiones de este sentido, y así lo demás. Pero si son las diversas partes del órgano físico, del cerebro por ejemplo, las que reciben cada una por su lado la sensacion, ¿cómo se hará la comparacion? La comparacion supone un comparador, el juicio supone un juez único. Estas operaciones no pueden hacerse sin que las sensaciones diferentes vengán á parar á un ser simple.» Un escritor que no debe ser sospechoso á los incrédulos (Bayle) refiriéndose á este raciocinio se expresa en estos términos: «Puede decirse sin hi-

«pérbole que esta es una demostracion tan segura como las de la «geometría¹.»

Vése, pues, por lo que precede que no es posible que haya mas que un solo principio que sienta y perciba, inmaterial, simple, indivisible, que es el alma espiritual ó el alma humana; porque siendo el cerebro una materia, es esencialmente incapaz de experimentar sensaciones, de sentir, de pensar, de comparar y de juzgar; funciones que pertenecen noblemente al alma racional, como lo hemos ya demostrado. Si me preguntan ahora cuál es el sitio del alma, contestaré que no fijo lugar determinado á una sustancia espiritual², y que me contento con decir que el alma está unida al cuerpo y al sistema cerebral de una manera incomprendible é inexplicable, pero real; que reacciona sobre el cerebro, experimenta una modificacion, y realiza y produce la sensacion, y aun esto de una manera que se escapará ú ocultará eternamente á todas las investigaciones psicológicas y fisiológicas.

El hombre es una inteligencia, ó si se quiere una actividad servida por una organismo, ó como dice el Dr. Cerise: «Una actividad que se manifiesta con la ayuda de instrumentos carnales: «el origen de esta actividad no puede provenir de estos instrumentos mismos, que no se mueven nunca espontáneamente, y «que necesitan ser excitados para ser movidos, y cuyo carácter es

¹ Véase el Sr. de Luzerne, *Disertacion sobre la espiritualidad del alma*, página 83 y sig.

² El alma es un ser simple, un espíritu hecho á imagen de Dios. Entre Dios y el alma humana debe haber la misma naturaleza de relaciones respecto de las sustancias corpóreas, es decir que el alma, segun piensa el Sr. de Luzerne, está presente á todo el cuerpo á quien anima, de la misma manera que Dios está presente á todos los seres.

Así, si se le quisiese al alma señalar un sitio, el cerebro por ejemplo, ú otro cualquiera órgano, ó decir simplemente que el alma está en el cuerpo, yo podría contestar que no está el alma en el cuerpo, sino que al contrario el cuerpo está en el alma, como todos los seres están en Dios. La Escritura santa nos dice positivamente que estamos y nos movemos en Dios. *In ipso vivimus, movemur et sumus* (Act. xvii, 28). No atino lo que se me podría á esto replicar. Que se concluya, pues, de querer hacer preguntas impropias é insolubles, y de querer asignar un sitio al alma, á una sustancia espiritual, la cual por su naturaleza es incapaz de localidad á la manera de los seres materiales. Dios es el lugar de los espíritus, dice Malebranche, y el lugar de los cuerpos es el espacio.

«una absoluta pasibilidad. Esta afirmacion es rigurosamente positiva psicológica y fisiológicamente.

«La frenología proclama por el contrario, que la actividad de «los órganos es el origen de todas las determinaciones, y de todas las operaciones morales é intelectuales del hombre, y proclama á mas, que siendo estos órganos múltiples, diversos é independientes con actividad propia, todas las manifestaciones humanas son una consecuencia de estas actividades diversas. Así «la actividad del hombre, que es una é idéntica, sería al contrario una sucesion de actividades diversas y contradictorias, ya «despiertas, ya en reposo, bien dominantes, bien dominadas. Este «principio que afirma la diversidad de las fuerzas impulsivas, y «que niega la unidad de impulsión, es la base en que descansa «y se apoya el método y la coordinacion de los frenólogos: en este «principio cogemos incontestable y flagrante la solucion materialista de que hemos hablado, y que preside al sistema¹.»

Segun los frenólogos, pues, todas las nobles facultades del hombre dependen de la espontaneidad y de la actividad orgánicas. A los que les acusan de materialistas responden que los órganos cerebrales son los instrumentos indispensables del alma. Pero cuando en el sistema de la predestinacion orgánica, se considera el alma «como no teniendo por sí misma ninguna potencia, como «sin la facultad de impulsar *à priori* sus instrumentos y de imprimirles su actividad, se la reduce á un papel muy miserable, y «no se hace de ella mas que una fórmula sin realidad, ó mas «bien será una palabra vacía de sentido, una preocupacion, una «mentira².»

Los frenólogos confunden la actividad humana con la pasividad orgánica, y por medio de esta confusion pretenden poder ser indiferentemente espiritualista ó materialista al mismo tiempo que frenólogo; es decir, que puede afirmarse que una misma cosa es á la vez simple y compuesta, que una sustancia espiritual es material, activa y pasiva, que el *si* es sinónimo del *no*. Broussais es mas franco, porque se limita á negar simplemente el alma, abandonándola á la creencia de los espíritus débiles, como lo veremos luego.

¹ *Exámen crítico del sistema frenológico*, por el Dr. L. Cerise, pág. 8.

² La misma obra, pág. 43.

Segun el autor del artículo *Sentido* del gran Diccionario de ciencias médicas, el Dr. Montfalcon, las palabras *alma é inteligencia* en el libro de Gall carecen de sentido. «El cerebro, dice este último, es la fuente de toda percepción, el sitio de todo instinto, de toda inclinación, de toda fuerza moral, é intelectual¹.» Y en otra parte añade²: «es el origen de todas las ideas y de todos los sentimientos.» Las afirmaciones siguientes deben bastarnos para justificar las acusaciones de tendencia al fatalismo, hechas contra el sistema frenológico: «El hombre como animal (segun el sistema de Gall el hombre es la continuación de la cadena de los animales) ¿seria un ser aislado de la naturaleza viviente? ¿estaria gobernado por leyes orgánicas contrarias á las que presiden á las facultades del perro, del caballo ó del mono?» (*Id.* página 48). Tambien asimila Gall las facultades de las bestias á las del hombre, y va hasta decir que los animales hacen abstracciones. (*Id.* pág. 56). Esto es dar gratuitamente talento á las bestias. En la página siguiente añade, que muchas veces denotan sus acciones un sentimiento de moral, de lo justo, y de lo injusto, etc. he aquí seres sin libre albedrio y sin deberes, hechos capaces de moralidad y por consiguiente de mérito y de demérito; ¡vaya un progreso!

«Las cualidades y los talentos particularmente distinguidos (es decir propios del hombre) son debidos al mismo origen: siempre es un desarrollo muy favorable de un órgano, una energía no acostumbrada de sus funciones lo que produce la inclinación á la benevolencia (el sentido moral de Gall), las ideas, y los sentimientos religiosos, etc.» (*Id.* pág. 264).

En la pág. 283 afirma que «el hombre posee órganos interiores para la moral, y la religion, y para conocer y honrar un ser eterno é independiente.»

Mas adelante probarémos que el órgano de la religion no existia sino en la cabeza de Gall, sin que por ello este patriarca de la frenologia haya sido mas religioso que los otros.

Segun Spurzheim, el doctor mas sinceramente religioso y mas

¹ Sobre las funciones del cerebro, y de cada una de sus partes, tomo I, página 25.

² La misma obra, tomo V, pág. 440.

espiritualista de los frenólogos, y el mas frecuentemente despreciado con este motivo por sus hermanos, como dice Cerise, segun Spurzheim decimos, «la educacion nada crea, toda su influencia «se limita á cultivar las facultades, y á dirigir sus acciones.» Luego si el órgano del sentido moral no está desarrollado ó se queda inactivo, es nula la educacion ó la instruccion moral; ó si el hombre es vicioso ó criminal, no se debe acusar sino á su organismo.

Puede decirse que la moral de los frenólogos es el fatalismo; á lo menos esta es la conclusion que deduce rigurosamente el doctor Cerise de su doctrina. La base de su sistema de penalidad es la indulgencia mútua deducida de la tolerancia, que segun los frenólogos, es el primer precepto de la moral.

«Limitanse los mismos á hablar del imperio fatal de algunas organizaciones, y á reproducir todas las sandeces á que los abogados hace algunos años han habituado á los jueces, no cesando de invocarlas en favor de bandidos miserables que no profesan mas doctrina que la del asesinato. ¡Pobres gentes, que reservan toda su misericordia y toda su piedad para los ladrones y los facinerosos, y no tienen ninguna en favor de las víctimas y de la sociedad! Todo lo acusarán los frenólogos menos al culpable, todo excepto la educacion que ha recibido; porque segun ellos nada crea la educacion, y la juzgan importante para contener las tendencias fatales del organismo.

«Nosotros pretendemos que la educacion crea el sentimiento de la lucha del bien y del mal, el del deber, el de la lucha contra los impulsos animales; y si tuviésemos que quejarnos de los decretos de la justicia seria, porque excepto el catecismo, no recibe hoy el hombre de la sociedad ninguna educacion social, comun é igual para todos... Esta apelacion á la indulgencia, que proviene de que el sistema no admite principio alguno de certidumbre moral, nos parece encerrar una singular contradiccion; porque parece efectivamente que es pedir á la justicia que tenga consideracion, en las aplicaciones de las penas, el carácter humano de un ser, del que en la teoría se hace una máquina.

«Supongamos, si es necesario, que esta indulgencia, reclamada con tanta benevolencia en favor de los criminales, no sea la negacion de toda educacion social y de toda certidumbre moral,

«supongamos que no haya previsto el legislador los casos en que pueda ser legítima. ¿De qué servirá la intervención del sistema en los decretos de la justicia? ¿Se atreverán los frenólogos en medio de los debates solemnes que preceden á la sentencia ó en el exámen minucioso que precede á los debates, se atreverán á venir á enseñar en el cráneo del acusado la fatal seña que pronuncia su absolución ó su condena? ¿Se atreverán á llevar á la vez al santuario de la justicia los principios que niegan la libertad humana y las charlatanerías craneoscópicas que expresan tan dignamente estos principios?... Francamente; les creemos bastante honrados, ó demasiado hábiles para atreverse á mentir hasta este extremo¹.» Dice un célebre frenólogo, el doctor Baylli (de Blois): «No deberá nunca la frenología entrar para nada en la legislación como medio de absolución ó de condena; los jueces que reclamasen tal socorro, y los médicos que consintiesen en darlo, ni los unos ni los otros comprenderían su verdadera misión.»

Todo esto por lo que hace á la moral y á la educación. Digamos ahora una palabra de la religión como la entienden los doctores frenólogos, según Cerise.

«Según Gall, ¿qué es la religión? Es un modo de acción más ó menos enérgico del órgano de la teosofía, ayudado del órgano de lo maravilloso y probablemente también del del espíritu de metafísica. ¿Qué es la religión, según Spurzheim? Es un modo de acción más ó menos enérgico del órgano de la veneración (órgano de la teosofía de Gall) asistido de los órganos de los sentidos, de la causalidad, de la idealidad, de lo maravilloso, ayudado algunas veces de los de la benevolencia, del deber, etc.» Oigamos ahora á Broussais: «La abstracción-religión es un código formulado por hombres injustos y ávidos que explotan en provecho suyo el sentimiento de la veneración de que nos dotó naturaleza para otros fines; hombres que se conciertan para impedir el desarrollo de los órganos del juicio y de la causalidad; hombres que se oponen á la adquisición de hechos con el objeto de dar preponderancia al órgano de lo maravilloso².» (Véase

¹ Exámen crítico, pág. 125, 130, 131.

² Exámen crítico, pág. 90.

el discurso pronunciado en la sesión anual de la sociedad frenológica de París, 22 agosto 1835, y reproducido en el número de octubre del Diario de esta sociedad, pág. 401). En el capítulo siguiente, donde hablaremos de la frenología materialista de Broussais, entraremos en más amplios detalles sobre la cuestión religiosa y moral, y haremos resaltar más las graves y terribles consecuencias de su sistema fatalista y antisocial.

Nos limitamos aquí á estas cortas citas de la obra del Dr. Cerise, que no deja de ser una muy buena producción: debemos no obstante decirlo, no nos es posible el aceptar todos sus principios, especialmente los que ha comprendido el autor en el capítulo de las aplicaciones del sistema frenológico á las instituciones sociales y políticas.

Vamos á dar algunos textos que, según nosotros, expresan y formulan algunas teorías más ó menos especiosas y seductivas, pero cuya aplicación nos parece á propósito para causar tal vez las más graves perturbaciones sociales.

«Miramos como una obligación sagrada, el rechazar, combatir, y anonadar toda doctrina que tienda á legitimar una aristocracia natural, en virtud de una predestinación orgánica y por consiguiente hereditaria, toda doctrina que conduzca á una oligarquía intelectual ó guerrera; toda doctrina que tienda á constituir razas, transmitiéndose fatalmente por vía de generación las condiciones orgánicas de su superioridad ó de su inferioridad social; toda doctrina finalmente que tienda á poner á las sociedades en manos del más hábil ó del más fuerte.» (Página 155).

«La dirección de las sociedades no pertenece á los más hábiles ni á los más fuertes, sino á los más adictos, á aquellos que con más perseverancia y energía consagran sus aptitudes naturales, su inteligencia y sus fuerzas á la conquista de la fraternidad.» (Pág. 159).

El autor condena «las máximas que durante muchos miles de años han servido para afirmar la dominación de algunas dinastías privilegiadas, y la sumisión de la inmensa mayoría: que vengán (los fuertes y los hábiles) á formular su ininte-

«ligente desprecio para la religion del pobre y del oprimido... Es-
«los últimos reinarán un día, sabrán donde encontrar á sus ene-
«migos, y les reconocerán en sus doctrinas y en sus obras.» (Pá-
«gina 140).

No entra en mi asunto ni en mi voluntad el discutir estas cues-
tiones graves; pero, pues que invoca el autor en casi todas las
páginas de su libro la fe, la unidad y la fraternidad cristianas, di-
rremos que en materia política, en la aplicacion de los principios
del Cristianismo, no discute la Iglesia el derecho; considera el he-
cho realizado para aceptarle y someterse; para *reglar su conducta*
no examina de dónde el poder viene, ni cómo se ha establecido;
se somete á toda potencia temporal que halla establecida, cual-
quiera que sea la forma gubernamental; porque el Evangelio no
consagra ni ordena ninguna. Sobre este punto no tenemos reve-
lacion expresa. La Religion obedece á todo lo que no ofende la
ley de Dios, ni los principios del Cristianismo. Si el poder tem-
poral manda á la Iglesia cosas incompatibles con la santidad de
sus deberes y sus máximas inmutables, dice como los Apóstoles:
Mas vale obedecer á Dios que á los hombres; jamás transige con
ninguna potencia temporal en perjuicio de los intereses espiritua-
les, la fe, la moral, los derechos y la santa libertad evangélicas
que recibió de su fundador divino. Su reino, que es puramente es-
piritual, nada tiene de comun con los reinos de la tierra; se de-
fiende principalmente y ante todo con armas espirituales, la pa-
ciencia, la dulzura, la oracion, la caridad, etc. La Religion no
se subleva nunca contra la autoridad, y nunca aprueba ninguna
rebelion. Pueden crueles tiranos perseguir á los Cristianos, dester-
rarlos, condenarlos al suplicio; pero su rabia impía será siempre
impotente para vencer á los verdaderos Cristianos, testigos los
Apóstoles y millones de Mártires.

Hé aquí el resumen de las doctrinas políticas del antiguo Cris-
tianismo.

El Cristianismo actual que el Dr. Cerise llama moderno, ¿pro-
fesaría acaso una doctrina nueva, una doctrina moderna, en una
palabra, una doctrina de progreso?

¹ En la página 18 de la Carta á los estudiantes de la escuela de Medicina
dice el Dr. Cerise: «Que la Iglesia no ha comprendido la revelacion entera-

No es esto lo que prueba el medio siglo que acabamos de atra-
vesar, antes bien que el espíritu del Cristianismo es siempre el
mismo, y tal como existía en los primeros tiempos de nuestra era.
Los cincuenta últimos años que ha visto pasar la Francia con fa-
ses tan diversas y terribles lo comprueban, justificando que la con-
ducta política de la Iglesia es invariable, constante y universal.
Mas volvamos á la frenología. Terminaremos este párrafo por otra
cita del Dr. Cerise: «Si debiésemos responder á esta pregunta:
«¿Qué es la frenología? diríamos que es un sistema frenológico
«que niega virtual y realmente todas las verdades, en virtud de
«las cuales se distingue el hombre de los animales; que este sis-
«tema es hostil á la moral, contrario á todos los datos generales
«de la fisiología, que es por consiguiente malo y falso, y una in-
«moralidad á la par que un error; y que el trabajar en combatir-
«lo y anonadarle es á la vez una obra de fe, y una obra de cien-
«cia¹.»

Considerando que es hoy el sistema frenológico ensalzado sin-
gularmente por ciertas personas, y por razones conocidas de es-
tas, me he preguntado muchas veces, si no se podría invocar el
principio del Sr. de Maistre para juzgar á la frenología y á los
frenólogos, cuando menos bajo la relacion filosófica, moral y re-
ligiosa; hé aquí las palabras de este escritor célebre: «Hay una
«regla segura para juzgar de los libros, lo mismo que de los hom-
«bres, aun sin conocerlos: basta saber quién los celebra y quién
«los detesta; esta regla nunca engaña².»

No es de nuestro asunto el detallar aquí el valor científico de

«mente cristiana del progreso, aunque escrita en el Génesis y en la historia,
«y destinada á fundar un sistema completo de filosofía cristiana.» Nosotros
responderemos á esto que el Cristianismo, como institucion divina y conside-
rado en sus dogmas y en su moral, es incapaz de perfeccion y de progreso.
Siendo divina como es la religion cristiana católica, es perfecta por natura-
leza y desde su origen. Si se impone la Iglesia algunas ligeras variaciones, es-
tos cambios, ó, si se quiere, estos progresos, son de pura disciplina, y no
pueden causar el menor trastorno á la inmutabilidad de la doctrina universal
de la Iglesia cristiana. Segun esto se ve ya lo que podremos pensar de la reve-
lacion del progreso.

¹ *Exámen crítico*, pág. 12.

² *Veladas de San Petersburgo*, tomo I, pág. 436.

la frenología: nos contentaremos con hacer una observacion general sobre un punto que pertenece ó que mas particularmente se refiere á la materia de que tratamos.

Observa Gall con mucha razon «que el hombre siempre y en todas partes siente la necesidad de recurrir á Dios y de rendirle homenaje... La creencia en Dios es tan antigua como el espíritu humano¹.»

He aquí, pues, la Religion: todos saben que Gall admite un órgano para la Religion, que llama órgano de la *teosofía*. En este caso es forzoso que todos los hombres sin excepcion estén dotados de este órgano de la religion, pues que todos deben rendir á Dios homenaje, ó ser religiosos². Es á mas forzoso que este órgano despliegue tarde ó temprano su actividad, tan independiente y tan infaliblemente como los órganos de la reproduccion ó de la propagacion física, lo cual es contrario á la observacion.

Ningun sentimiento religioso ni moral se encuentra en los sordo-mudos de nacimiento³: lo mismo sucede en los niños á quie-

¹ Sobre las funciones del cerebro, tomo V, pág. 398 y 399.

² Es curioso saber que se encuentra en el carnero el bulto de la religion ó de la teosofía, como luego lo veremos: estamos en el camino del progreso.

³ Contaremos la historia abreviada de un sordo-mudo de nacimiento, quien á la edad de veinte y cuatro años oyó repentinamente y por primera vez, así como se lee en las memorias de la Academia, año 1703, página 18, cita de Buffon.

«Un jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años, hijo de un artesano de Chartres, sordo-mudo de nacimiento, empezó de repente á hablar, lo que sorprendió á toda la poblacion: dijo que tres ó cuatro meses antes habia oido el sonido de las campanas, quedando extremadamente sorprendido de esta nueva y desconocida sensacion: en seguida observó que le habia salido una especie de agua del oido izquierdo, y oido perfectamente de los dos: que estuvo tres ó cuatro meses escuchando sin decir palabra, y acostumbándose á repetir en voz baja las palabras que oía, y afirmándose en la pronunciacion y en las ideas que significaban las palabras; en fin, creyóse en estado de romper el silencio, y declaró que hablaba, aunque imperfectamente. Al punto le interrogaron teólogos hábiles sobre su estado anterior, consistiendo las preguntas sobre Dios, sobre el alma, y sobre la bondad ó la malicia moral de las acciones, y no pareció haber llevado tan léjos sus reflexiones. Aun cuando sus padres fuesen católicos, aunque asistiese á la misa, hiciese la señal de la cruz, y se pusiese de rodillas á la manera de orar, nunca habia hecho esto con intencion alguna, ni comprendido la de los demás; ignoraba lo que era la muerte, y no

nes desde su tierna edad se priva de todo comercio con la sociedad. «El corto número de seres humanos encontrados en los bosques fuera de todo trato con los hombres, preguntados, luego que han podido hablar, sobre su estado primitivo, nada han podido decir de Dios, del alma, ni de otra vida.» (*El Sr. de Bonald*). Todos estos individuos aunque, segun Gall, dotados necesariamente del órgano de la religion, no han podido tener sin embargo de su organismo ninguna idea, ningun sentimiento moral ni religioso, y no obstante con el auxilio de la educacion moral é intelectual, de la palabra ó de las señas, expresiones y vehiculos del pensamiento, se ha conseguido dar á estos seres verdaderamente salvajes una instruccion moral y religiosa; y esto debe ser lo mismo necesariamente de todos los seres humanos, con tal que estén en su estado normal, es decir, que sean capaces de razon. Nada priva, pues, de concluir segun estos hechos incontestables, que la educacion y la palabra solas depositan en la inteligencia del hombre todas las verdades religiosas y morales (*fides ex auditu*); que no son necesarios los órganos de la religion, y que por consiguiente no existen, pues que sin ellos se hace y se explica todo. Este órgano de la religion es, pues, una pura creacion de Gall, una cosa hipotética, un ente de razon, una quimera. Mas admitamos por un momento su existencia, y concedamos que la educacion excita y despierta la actividad de los órganos de la teosofía, ¿qué podrá hacer la instruccion moral á los individuos que tienen poco desarrollado el órgano religioso, ó carecen de él enteramente? Estarán entonces condenados por su predestinacion orgánica, y á pesar de la mejor educacion religiosa, á carecer toda su vida de moralidad y de religion, pues que, segun el sistema frenológico, la moralidad y la religion dependen esencialmente del

«pensó jamás en ella; llevaba una vida puramente animal, ocupado enteramente de los objetos sensibles y presentes, y de las pocas ideas que recibia por los ojos, sin sacar de estas el partido que habria podido. No le faltaba talento; pero el talento de un hombre privado del comercio con los demás es tan poco ejercitado y cultivado, que no piensa sino en tanto que se ve forzado á ello por los objetos exteriores; el mayor fondo de las ideas de los hombres está en el trato reciproco entre ellos.» (*Hist. nat.*, de Buffon, reducida á lo que contiene de mas interesante é instructivo, por Bernard, tomo III, página 231, en 8.º).

organismo. Sin embargo la experiencia prueba que estos individuos tan mal organizados y tan poco religiosos son capaces de recibir las impresiones religiosas; hay mas, pueden llegar á ser repentinamente hombres nuevos, llenos de virtud y de religion. ¿Cómo explicarán los frenólogos los cambios mas ó menos repentinos que algunas veces se observan en el estado moral del hombre? ¿Cuántos personajes hemos visto que entregados á todos los vicios y esclavos de todas las pasiones, han venido á ser en poco tiempo, ó por decirlo así de repente, hombres dulces y modestos, tem-

«Hemos visto, dice el Sr. Cerise, pág. 70, que los frenólogos declaran que el órgano de la benevolencia, tan desarrollado en el carnero y en el cabrito, que le deben estos animales la dulzura que les caracteriza, es en el hombre el órgano excitador de la caridad cristiana.» «Este órgano, dice Spurzheim en *Observaciones sobre la frenología*, pág. 191, produce la bondad... lo que se puede verificar sobre especies enteras de animales y sobre individuos de la misma especie. El cabrito es dulce, la gamuza feroz y maligna; el primero ofrece un bulto en el punto del cráneo en que el otro presenta un hoyo... Este órgano en los animales se limita á una dulzura pasiva; pero en el hombre produce la bondad, la complacencia, la misericordia, la equidad, la piedad, la humanidad, la benignidad, la benevolencia, la hospitalidad, la beneficencia, el amor al prójimo, en una palabra, la caridad cristiana.»

Con el fin indudablemente de impedir que esta buena cualidad en una miserable res no fuese demasiado léjos, no saliese de los límites de la animalidad, y no se revistiese tal vez en una *organización feliz* con la forma de una virtud humana, se encuentra no sé cómo, porque todo se compensa en la naturaleza, se encuentra, digo, que el carnero al lado del órgano del conocimiento de Dios ofrece el bulto sanguinario del asesinato y de la destructibilidad. ¿Cómo! ¿el carnero carnívoro y feroz como el lobo y el tigre? ¿Por qué no, si así lo quiere su organismo? ¿Quién sabe si alguna causa accidental, como el estado de cautiverio ó de domesticidad, ú otra cualquiera desconocida, no se ha opuesto siempre á la predestinación orgánica de un animal que se ha creído tan manso hasta ahora? No obstante, como el carnero toma difícilmente las costumbres y los hábitos del tigre y del lobo, ha sido preciso bajo este aspecto cambiar el destino de su organismo.

El areopago frenológico ha decretado, pues, que el órgano del asesinato de los animales herbívoros fuese en adelante destinado á presidir los movimientos necesarios á la alimentación y á la conservación del individuo. Y en efecto, comer y devorar la yerba es verdaderamente destruir, como lo ha dicho ingeniosamente el profesor Broussais. Así el órgano que hace que el lobo se coma al carnero, hace igualmente que el carnero se coma la yerba. Esto está muy bien discurrido. (Véase la *Revista médica*, mayo 1836, *Discussion sobre la frenología*, sesiones de la Academia real de Medicina).

plados, castos, desinteresados, caritativos, ofreciendo en fin todas las virtudes opuestas á las pasiones violentas que por tanto tiempo les tiranizaran? Se podrian citar de esto muchos hechos. Conocidas son las tan inopinadas y repentinas conversiones de san Pablo, de san Agustin y de tantos otros grandes genios de la antigüedad, que habian sido criados y nutridos en los vicios y en las pasiones del paganismo, como san Clemente de Alejandria, san Cipriano, Lactancio, etc. ¿Qué pensar de la repentina conversion de un pueblo salvaje á la sola palabra de un misionero católico, ó de una pronta apostasia de un tráfuga pérfido de la verdad? Una conversion tan pronta de todas las pasiones en virtudes contrarias, ó una metamorfosis inversa ¿es efecto repentino de una revolucion organológica ó de un cambio repentino de los órganos cerebrales? Que nos expliquen los frenólogos estos misterios y estas maravillas. Como seria absurdo el alegar un cambio orgánico repentino, dirán tal vez que es un efecto ó una modificación del sistema nervioso, ocasionada por una causa moral extraordinaria, ó por una gran potencia, ó el resultado de una manifestación repentina de la actividad preponderante de los órganos que hasta entonces habian estado sin acción exterior; ó finalmente que es un estado mórbido, anormal, una especie de aberración del espíritu humano, en una palabra, una enfermedad. Es fácil ver que nada explican ni prueban estas suposiciones gratuitas y estas explicaciones: siempre se puede negar sin prueba lo que sin prueba se afirma; pero admitámoslas y digamos con verdad: ¡feliz enfermedad, feliz locura, que purifica y fortifica la razón humana, hace los hombres mejores, les perfecciona y les da todas las virtudes religiosas, morales y sociales! Pero no, esto no depende de la frenología.

No me propongo, repito, discutir aquí seriamente la doctrina de los frenólogos como asunto de ciencia. La opinión pública y la razón de todos los verdaderos filósofos, psicólogos, moralistas, fisiólogos, etc., se rebela contra este sistema de errores, le condena y generalmente le reprueba: la craneoscopia recibe en efecto todos los dias nuevos y numerosos mentís. Entre mil hechos que se podrian citar no referiré mas que dos ó tres de los mas conocidos, de Fieschi, de Lacenaire y de Avril:



Los principales caracteres de Fieschi han sido: la ausencia del órgano de la destructibilidad, y del de la astucia, y desarrollo del órgano de la *bondad*. En Lacenaire¹ la ausencia completa del órgano del robo, la presencia del de la *benevolencia* y de la teosofía (disposicion religiosa), esta última muy visible: la firmeza situada entre los dos órganos de la *justicia* (sentimiento de lo justo y del deber, conciencia moral); todo esto muy manifiesto. En Avril fueron inapreciables las inclinaciones sanguinarias, las del robo y las de la astucia; en su contrapeso, las de la bondad, de la teosofía y de la justicia eran de una dimension poco comun, y dominaban á todas las demás. Hé aquí hechos importunos que vienen expresamente á desorientar á los frenólogos. Esto no obstante no impedirá á la frenología de anotarlos en su sistema *craneomántico*, tan fina y elástica es ella, y después hay tantas variedades en los bultos! Todo justifica admirablemente la profecía frenológica de Broussais, que ha exclamado hace tiempo, que se acercaba la era gloriosa en que la filosofía y la moral se fundarian en la frenología. ¡Pobre hombre!!! (Véase para mas detalles la Revista médica, marzo 1856, y la Gaceta médica de Paris, 1856).

Terminaremos con una cita de la *Gaceta médica* y otra de uno de nuestros mas célebres psicólogos, el Sr. Magendie, seguida de muchos otros testimonios muy importantes.

«La frenología no nos ha nunca parecido digna de una discusion muy seria: como sistema psicologico es una concepcion contradictoria; como teoria anatómico-fisiológica es una hipótesis completamente desnuda de pruebas... Es muy notable que ninguno de los zoológicos franceses de este siglo, que han estudiado

¹ «Lacenaire era ladrón de profesion: declaró haber sido cómplice de siete asesinatos seguidos de robo; profesaba el ateísmo, y en general la filosofía del marqués de Sades, que practicaba. Afirmó que no sentia ni arrepentimiento ni remordimiento, y que si se le dejaba en libertad volveria á continuar su carrera de crímenes y de asesinatos. Que si se le daba á escoger una vida á su gusto elegiria la de asesino y de salteador de caminos, porque era, decía, misántropo por sistema; y por otra parte, que lo que se llama crimen se adaptaba mas á un hombre de su temple que lo que se ha convenido en llamar virtud. Se enorgullecía con sus vicios y con sus delitos, pretendiendo que el matar sin remordimiento es en la tierra el soberano bien, que tan en vano buscan los filósofos...» (Revista médica, cuaderno de marzo de 1836).

«tan profundamente la organizacion de los seres vivos y la alta fisiología, no se hayan ocupado de él. Cuvier lo ha hecho con desden: Los Sres. Blainville, Geoffroy-Saint-Hilaire, Serres, Flourens, Dutrochet, Dumeril, todos los fisiólogos, en fin, cuyos nombres son conocidos en Europa, han sido á ella extraños. En Inglaterra sucede otro tanto; excepto M. G. Combes, hombre de talento, y que es en su país el campeón oficial de la frenología, como Broussais en Francia, no se encontraria uno solo. En Alemania, la cuna de la organología, esta pretendida ciencia no se conoce sino de nombre.» (Extracto de la *Gaceta médica de Paris*, 183).

Estas son las palabras de Magendie:

«Los *craneólogos* (un poco mas arriba llama á la frenología una *pseudo-ciencia*) á cuyo frente se encuentra al Dr. Gall, á nada menos aspiran que á determinar las capacidades intelectuales con la conformacion de los cráneos, y sobre todo con los bultos locales que en ellos se notan. Ofrece un gran matemático cierta elevacion en la esquina de la órbita: allí está, no hay duda, el órgano del cálculo. Un artista célebre tiene tal salida en la frente, allí está el sitio del talento; pero ¿habeis bien examinado otras muchas cabezas que no tienen estas capacidades? ¿Estais seguros que no encontraréis ninguna con las mismas salidas, los mismos bultos? No importa, dice el craneólogo; si no se encuentra allí el bulto, el talento existe, solamente que *no está bien desarrollado*. En una palabra, hé aquí un gran geómetra, un gran músico que no tienen vuestro supuesto bulto; no importa, contesta el sectario, creed. Pero aun cuando hubiese, replica el escéptico, esta conformacion reunida á tal aptitud, faltaria aun probar que no es una simple coincidencia, y que el talento del hombre depende realmente de la forma de su cráneo. Creed, os digo, repite el frenólogo; y los espíritus ¡que creen lo vago y lo maravilloso creen, y tienen razon; porque se divierten, y la verdad les fastidiaria¹.»

«Carta al Dr. Spurzheim sobre una deformacion monstruosa del cráneo, sin alteracion de las facultades intelectuales y morales. Esta carta nos parece que da á la doctrina de Gall un gol-

¹ *Fisiología* de Magendie, tomo I, pág. 247; 1836.

«pe del que no se levantará tan fácilmente: aunque escrita con «decencia y con moderación, no por esto es menos fuerte en ra- «ciocinio y en deducciones lógicas.

«Es un principio en filosofía, dice el autor, que un solo hecho «bien probado, bien evidenciado, basta para destruir el sistema «mejor establecido, cuando está en contradicción con este últi- «mo; y el caso de monstruosidad citado en esta carta de pone con «evidencia singular contra los puntos fundamentales de la or- «ganología de Gall.

«Después de haber establecido la solidaridad que existe entre la «craneoscopia y la organología, el autor da la descripción minu- «ciosa de la cabeza de una joven india, cuyo desarrollo es de cá- «si un tercio más considerable que el de un cráneo ordinario, y «por otra parte tan extrañamente deformada, que es imposible for- «marse de ella una idea exacta, si no se tiene á la vista el modelo «que el Sr. Souty ha presentado á la Academia. No sé, dice el «autor, á qué resultados se llegaría interpretando las señales de «esta cabeza según las reglas frenológicas; pero lo cierto es que «todos los craneoscópicos decidirían que hay en esta desgracia- «da joven inclinaciones anormales, idiotismo, y diversas mono- «manías: dirían unánimemente que debía ponerse en la clase de «estos infelices cretinos del Valais, heces de la especie humana, «reducidos á la condición moral de los brutos, etc. Raciocinarían «conforme á sus principios y se engañarían completamente, como «lo prueba la historia de esta joven india. El Dr. Souty la ha ob- «servado muchos meses; empleada en los trabajos del gobierno «de la casa, los desempeñaba muy bien, y no se la notaba me- «nos inteligencia que á sus compañeras, ni gustos particulares, «ni la menor señal de locura, etc. El autor termina probando á «Spurzheim que este hecho está en contradicción directa con to- «dos sus principios, porque demuestra, según él, una de estas «dos proposiciones:

«1.º Que la integridad de las facultades morales é intelectua- «les puede subsistir con un cerebro monstruoso;

«2.º Que el cráneo puede ser monstruoso sin que participe el «cerebro de su deformación ¹.»

¹ Revista médica, agosto de 1832.

CARTA DE M. JAMES.

La Frenología en combate con el cráneo de Soufflard.

LAS observaciones que hemos publicado sobre la conformación del cráneo de Soufflard han sido atacadas por la Sociedad frenológica de París. Yo había dicho que el bulto del asesinato *apenas existía*, y se me ha contestado que estaba *desarrollado enormemente*. De estas dos aseveraciones tan opuestas ¿cuál es la verdadera, cuál la falsa?

Mis estudios se han hecho sobre el cráneo mismo de Soufflard, que tengo y he tenido siempre en mi poder; la Sociedad frenológica no ha podido estudiar sino en el de yeso que hizo amoldar: para apreciar el valor de nuestras aseveraciones respectivas me importaba, pues, ante todo verificar hasta qué punto representa el yeso fielmente la forma y los bultos del cráneo de Soufflard.

Me he procurado en casa del Sr. Guy, naturalista, un yeso semejante al que había dado á la Sociedad frenológica, es decir, sacado del mismo molde; después le he examinado y comparado con el cráneo. El Sr. Leuret, uno de nuestros más hábiles anatómicos, hombre muy versado en todas estas cuestiones, me ha ayudado con sus consejos y con su concurso; y hé aquí el resultado de nuestras observaciones:

Cuando se compara el verdadero cráneo de Soufflard con el amoldado en yeso, lo que primero se observa es la poca semejanza del uno con el otro; y nunca se creería que fuesen los dos de la misma cabeza. El de yeso presenta lateralmente bultos enormes, desarrollados especialmente *ante* la oreja. El cráneo tiene sus partes laterales que no salen, y solamente *detrás* de la oreja se ve un pequeño relieve ó elevación: los bultos del asesinato son de un volumen monstruoso en el yeso, mientras que en el cráneo verdadero no aparecen. La Sociedad frenológica tenía razón oponiendo sus observaciones á las mías. La falta está en el molde de yeso, que es la causa de la inexactitud.

¿En qué consiste que el yeso no represente el verdadero cráneo de Soufflard? ¿Sería que el molde estuviese mal hecho? ¿Se-

ria mas bien que las partes blandas desaparecidas hubiesen modificado la configuracion exterior de la caja del cráneo? Cualquiera opinion que se adopte, siempre resulta que las consecuencias son las mismas para las aplicaciones frenológicas.

Si el molde ha sido mal hecho, debe el yeso ser considerado como de ninguna apreciacion; y toda asercion que se apoye en su exámen, debe ser nula.

Mas, si al contrario, el error está en que las partes blandas hayan desaparecido, ¿qué pensar? Que seria inútil reconocer la vida durante, y por la sola vista ó por el tacto, las protuberancias laterales de los cráneos; porque se estaria expuesto á tomar por una hinchazon huesosa lo que dependeria de alguna salida muscular, á menos que no se pretenda que los músculos temporales gozan tambien del privilegio de presidir á la *destructibilidad*.

He dicho lo suficiente para probar hasta la evidencia que nada se parece menos al cráneo de Soufflard, que el amoldado en yeso, depositado en el Museo de la Sociedad frenológica. Ahora probemos á reducir á cifras estas diferencias de configuracion.

Se conoce en un cráneo la existencia del pretendido bulto por la predominancia del diámetro transversal, y por la disminucion del diámetro antero-posterior: si estos dos diámetros fuesen agrandados en la misma proporcion, dejaria de haber protuberancias laterales aparentes: la cabeza seria simplemente mas voluminosa en su conjunto, sin ser desigualmente desarrollada en alguna de sus partes: esta desigualdad de desarrollo en favor de las regiones sus-auriculares del cráneo es la que, segun los frenólogos, constituye el bulto del asesinato. El medio de asegurarse de la existencia de este bulto es muy sencillo; basta fijar la relacion entre el diámetro antero-posterior y el diámetro transverso. Medid comparativamente, como lo indica el Dr. Leuret, estos dos diámetros, luego dividid el primero por el segundo; el número cociente representará exactamente esta relacion. Cuanto mas elevado ó alto sea este número, menos desarrollada será la protuberancia del asesinato.

Con el Dr. Leuret hemos tomado estas medidas y verificado estos cálculos sobre el cráneo verdadero y el de yeso de Soufflard, y estos han sido los resultados:

Yeso de Soufflard. — Diámetro antero-posterior, 194 milímetros. Diámetro transverso, 170. Relacion, 1,14.

Cráneo verdadero. — Diámetro antero-posterior, 181 milímetros. Diámetro transverso, 151. Relacion, 1,20¹.

Resulta de estos números que el cráneo de yeso es muy favorable á la frenología, mientras que el verdadero le es contrario. Quédanos ahora que indicar lo que ofrece de particular el cráneo de Soufflard, comparado con los de otras personas. La cuestion se reduce á esto. ¿Tenia Soufflard el bulto del asesinato mas desarrollado ó voluminoso de lo que se tiene de ordinario?

En un trabajo que dentro de poco publicará el Dr. Leuret, ha examinado una gran porcion de cráneos, y notado con mucha atencion la relacion de sus diámetros. Él mismo ha sometido los moldes de yeso de los principales maestros de la frenología á los mismos medios de medicion; y él y yo nos hemos medido recíprocamente nuestros cráneos. Hé aquí un cuadro que indicará el lugar que debe ocupar Soufflard, segun el orden asignado á cada uno por el volúmen del bulto del asesinato².

	Relacion.
<i>Yeso de Soufflard.</i>	1,14
Leuret.	1,15
Gall.	1,16
Spurzheim.	1,16
Broussais.	1,18
Dumoutier.	1,20
<i>Cráneo de Soufflard.</i>	1,20
Individuos ordinarios.	1,21
James.	1,21
Criminales de Bicêtre.	1,23

Así, el yeso de Soufflard, *el yeso*, notadlo bien, es el mas llevado al asesinato, mientras que el cráneo verdadero es como el de un hombre ordinario; ahora toca mas á Dumoutier que á mí

¹ En estos cálculos hemos despreciado las fracciones insignificantes.

² Es necesario no olvidar que el bulto del asesinato es en razon inversa del número de relacion. Cuanto mas alto es este, menos desarrollado es este bulto.

el defenderse de esta suposición. Por lo que hace al Dr. Leuret siento verle tan mal colocado; y si yo me refiriese solo á mi impresión, mas bien le habria atribuido el bulto de la benevolencia y de la afabilidad. Gall y Spurzheim han debido sostener terribles luchas para sujetar su desgraciada inclinacion. Broussais debia tener igualmente algun asomo de asesino; en fin, por lo que me concierne personalmente, no se si conviene que me aplauda de la ausencia de las protuberancias laterales, pues que los que deben ser mas honrados, frenológicamente hablando, son los *criminales de Bicêtre*.

Consagro estos resultados á las meditaciones de los frenólogos, y creo inútil repetirles, que tengo siempre á su disposicion el cráneo de Soufflard, á fin de que los que ya le han visto puedan convencerse de que es el mismo é idéntico ¹.

C. JAMES,

Interno en el hospital general de Paris.

El *Boletín general de Terapéutica* (marzo 1843) refiere la observacion de un hombre en quien se encontró un escirro considerable, que ocupaba el lóbulo anterior derecho del cerebro, y una parte del lóbulo anterior izquierdo, sin pàralisis de los miembros, sin embarazo en la palabra, y *sin el menor trastorno de la inteligencia*. Era un viejo de un carácter jovial, divertido, muy decidor, y de una lubricidad excesiva.

«Á presencia de este hecho, exclama el redactor, ¿qué pensaremos de las bellas teorías fisiológicas? No es este el lugar de entrar en esta discusion; por otro lado, esta observacion habla por sí sola: instinto genital exagerado, nada en el cerebello, ninguna pàralisis de los miembros, ningun embarazo en la palabra, «ninguna facultad abolida, y destruccion casi completa de uno de los lóbulos anteriores del cerebro, y el otro medio destruido.»

Con respecto al cerebello, considerado como sitio ú órgano del amor físico, ó de la pasion libidinosa de que aqui se trata, cuenta Richerand el caso de una jóven muerta en el hospital de San Antonio de Paris, que estaba privada de cerebello, y que sin embargo se entregaba con furor á la masturbacion.

¹ Esta carta ha sido publicada en la *Revista médica*, mayo de 1836.

FRENOLOGÍA DE BROUSSAIS.

¿Qué diremos de esta nueva y extraña doctrina del famoso corifeo del Materialismo?... sino que nos revela un vasto plan de reforma filosófica, moral, religiosa, psicológica, médica, fisiológica, legislativa, política, etc... Broussais, al fin de su carrera y despues de la ruina de su edificio medical, se hizo filósofo, y hasta frenólogo, como todo el mundo sabe.

Antes de echar una ojeada sobre la nueva produccion de Broussais, debo hacer concienzudamente una confesion frenológica. He retrocedido á la vista del volumen gigantesco de nuestro nuevo filósofo, y confieso francamente que no me he sentido con el órgano del valor y de la paciencia bastante desarrollado, para leer exactamente de un cabo á otro este *factum* enorme de ochocientas cincuenta páginas; heme detenido á algunos pasajes solamente que me han parecido tener una relacion mas directa con el asunto de que se trata. De estos puntos culminantes he podido abrazar y medir con una mirada general el conjunto de los trabajos de este frenólogo ardiente é infatigable; es decir, que he podido muy fácilmente comprender el espíritu y el objeto del autor, y esto me ha bastado; pero me apresuro á decirlo, esta nueva filosofía, todo materialista y todo animal, me ha parecido poco inteligible; en una palabra, para mí, filosóficamente hablando, es una obra incalificable. Yo no veo en ella sino una cosa cierta, y es el designio del autor de reprobear las doctrinas filosóficas y morales de Descartes, de Malebranche, de Pascal, de Bossuet, de Leibnitz, de Bonald, etc., de levantarse en contra de las creencias del género humano, en contra de la religion y de sus ministros. En verdad que si me hallaba dispuesto á creer en la freno-

el defenderse de esta suposición. Por lo que hace al Dr. Leuret siento verle tan mal colocado; y si yo me refiriese solo á mi impresión, mas bien le habria atribuido el bulto de la benevolencia y de la afabilidad. Gall y Spurzheim han debido sostener terribles luchas para sujetar su desgraciada inclinacion. Broussais debia tener igualmente algun asomo de asesino; en fin, por lo que me concierne personalmente, no se si conviene que me aplauda de la ausencia de las protuberancias laterales, pues que los que deben ser mas honrados, frenológicamente hablando, son los *criminales de Bicêtre*.

Consagro estos resultados á las meditaciones de los frenólogos, y creo inútil repetirles, que tengo siempre á su disposicion el cráneo de Soufflard, á fin de que los que ya le han visto puedan convencerse de que es el mismo é idéntico ¹.

C. JAMES,

Interno en el hospital general de Paris.

El *Boletín general de Terapéutica* (marzo 1843) refiere la observacion de un hombre en quien se encontró un escirro considerable, que ocupaba el lóbulo anterior derecho del cerebro, y una parte del lóbulo anterior izquierdo, sin pàralisis de los miembros, sin embarazo en la palabra, y *sin el menor trastorno de la inteligencia*. Era un viejo de un carácter jovial, divertido, muy decidor, y de una lubricidad excesiva.

«Á presencia de este hecho, exclama el redactor, ¿qué pensaremos de las bellas teorías fisiológicas? No es este el lugar de entrar en esta discusion; por otro lado, esta observacion habla por sí sola: instinto genital exagerado, nada en el cerebello, ninguna pàralisis de los miembros, ningun embarazo en la palabra, «ninguna facultad abolida, y destruccion casi completa de uno de los lóbulos anteriores del cerebro, y el otro medio destruido.»

Con respecto al cerebello, considerado como sitio ú órgano del amor físico, ó de la pasion libidinosa de que aqui se trata, cuenta Richerand el caso de una jóven muerta en el hospital de San Antonio de Paris, que estaba privada de cerebello, y que sin embargo se entregaba con furor á la masturbacion.

¹ Esta carta ha sido publicada en la *Revista médica*, mayo de 1836.

FRENOLOGÍA DE BROUSSAIS.

¿Qué diremos de esta nueva y extraña doctrina del famoso corifeo del Materialismo?... sino que nos revela un vasto plan de reforma filosófica, moral, religiosa, psicológica, médica, fisiológica, legislativa, política, etc... Broussais, al fin de su carrera y despues de la ruina de su edificio medical, se hizo filósofo, y hasta frenólogo, como todo el mundo sabe.

Antes de echar una ojeada sobre la nueva produccion de Broussais, debo hacer concienzudamente una confesion frenológica. He retrocedido á la vista del volumen gigantesco de nuestro nuevo filósofo, y confieso francamente que no me he sentido con el órgano del valor y de la paciencia bastante desarrollado, para leer exactamente de un cabo á otro este *factum* enorme de ochocientas cincuenta páginas; heme detenido á algunos pasajes solamente que me han parecido tener una relacion mas directa con el asunto de que se trata. De estos puntos culminantes he podido abrazar y medir con una mirada general el conjunto de los trabajos de este frenólogo ardiente é infatigable; es decir, que he podido muy fácilmente comprender el espíritu y el objeto del autor, y esto me ha bastado; pero me apresuro á decirlo, esta nueva filosofía, todo materialista y todo animal, me ha parecido poco inteligible; en una palabra, para mí, filosóficamente hablando, es una obra incalificable. Yo no veo en ella sino una cosa cierta, y es el designio del autor de reprobear las doctrinas filosóficas y morales de Descartes, de Malebranche, de Pascal, de Bossuet, de Leibnitz, de Bonald, etc., de levantarse en contra de las creencias del género humano, en contra de la religion y de sus ministros. En verdad que si me hallaba dispuesto á creer en la freno-

logía, tal como Broussais la ha hecho, él mismo sería quien me desviase de ello por sus declamaciones apasionadas contra lo que hay de mas sagrado y venerable para la mayoría, es decir, para la religion católica. Todos los sarcasmos contra esta no dejan, como se sabe, de ser bien recibidos, y aun aplaudidos por una juventud mas ó menos incrédula, y por lo general muy poco instruida en materia filosófica y religiosa, si bien dotada por otro lado de un espíritu recto. No me atreveré á combatir todos los pasajes mas que inoportunos de este libro irreligioso y hasta antisocial, porque este trabajo sería superior á mis fuerzas. Que se me permita una corta reflexion frenológica: si no fuese fútil y vana esta ciencia, estaria tentado á creer que Broussais ha escrito bajo el imperio del bulo, no diré de la *destruibilidad*, esto no es fino ni honrado, pero á lo menos bajo la influencia del muy pronunciado de la imprudencia, porque sus principios solo tienden á destruirlo todo, creencia, moral y religion, y tal vez á trastornar el Estado y la sociedad; con esta ocasion citaré las palabras notables de Maquiavelo: «Si el mas seguro garante de la grandeza de un estado, consiste en la inclinacion al culto divino, la causa mas cierta y mas positiva de su decadencia es el despre-
«cio de la religion¹»

Algunos textos del libro mismo de Broussais con su refutacion, bastarán para hacer resaltar mejor todo lo odioso de los principios y de la moral de nuestro nuevo filósofo.

«El hombre tiene la libertad, si sus órganos del yo, y de la voluntad, de los que depende esta facultad, son vigorosos; pero si son débiles, carece de aquella. Examinemos primeramente al que los tiene débiles: no será verdaderamente libre sino para las acciones indiferentes, mas no lo será para los actos importantes; obedecerá sucesivamente á todas sus pasiones á medida que vayan dominándole.

«Yo soy libre de prodigar mi fortuna, dirá el avaro; pero no la prodigaré. Yo soy libre de ser juicioso, fiel, económico; exclamará el pródigo, y el libertino á quien se le reprueban sus extravíos, y lo seré cuando quiera; pero si no tiene ór-

¹ Reflexiones sobre Tito Livio, lib. I, cap. 11.

«gano que le lleve á cambiar de conducta, no la cambiará¹...»

De estos principios se deduce que aquel, *cuyos órganos del yo y de la voluntad son débiles*, no tiene libertad para los actos importantes. Así el avaro no renunciará á su pasion de atesorar, el libertino continuará su libertinaje, etc. Estos son, notadlo bien, no acciones indiferentes, sino *actos importantes*, que, segun Broussais, excluyen la libertad moral; asimismo el ladron, el facineroso, el asesino, *que tengan débiles los órganos del yo, de la voluntad, ó de la libertad*, deberán seguir adelante en la carrera del crimen; del mismo modo todavia un fanático, sea político, ó religioso, en igual condicion orgánica y bajo el imperio de la pasion dominante, se persuadirá falsamente que va á libertar á su patria de un tirano, ó á secundar los intereses de la Religion, y con una calma horrorosa herirá con un hierro homicida al Principe ó Jefe del Estado. Hé aquí, pues, tal vez absueltos é inocentes á Fieschi y Alibaud; porque, segun estos principios, *si tenían por casualidad débiles los órganos del yo y de la voluntad*, no podían ser culpables ante Dios y ante los hombres; porque habrían obrado sin libertad, bajo la irresistible influencia de una organizacion desgraciada, y habria sido para ellos una triste fatalidad, una necesidad fisica inevitable; pues que, segun Broussais, *el que tiene estos órganos débiles no será verdaderamente libre sino para las acciones indiferentes, mas no para los actos importantes*. Falta saber ahora si lo que Fieschi y Alibaud hicieron fueron ó no *acciones indiferentes*.

La sociedad no pudo tener derecho para castigarlos y condenarlos al último suplicio, sin haberse de antemano perfectamente asegurado de su estado fisico. Segun el sistema frenológico, era necesario tomar en la organizacion cerebral los primeros elementos ó sea la instruccion de este proceso, y antes de la resolución de esta cuestion prejudicial la ley no les pudo imponer la pena de muerte, lo mismo que tampoco puede condenar á un loco ó á un frenético que ha asesinado á su médico en un acceso de furor. Segun esto, se ve cuán á propósito es esta doctrina para asegurar y animar á los fanáticos que se sienten con *disposiciones* para el delito de regicidio, sobre todo si se introdujera en

¹ Curso de Frenologia de Broussais, pág. 693 y sig.

el santuario de la justicia. ¡Aviso á los Reyes! *Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui judicatis terram.* (Psalm. 11).

En el capítulo de los cultos, pág. 284, Broussais juzga absolutamente necesario el reformarlos todos; pero desecha la inmortalidad del alma, y trata de *excesivamente supersticiosos* á los que en ella creen (pág. 413). En este caso ¿para qué sirven los cultos? ¿para qué la Religión, si no tiene el hombre alma, ó si muere con el cuerpo, si no hay nada, en una palabra, mas allá del sepulcro? Mas la Religión, dicen, es un freno necesario para contener al pueblo en su deber. Sí, pero estad ciertos que muy pronto sacudirá el pueblo este yugo incómodo, y despreciará la Religión, así que la vea despreciada por los que le son superiores, y que estos crean no serles necesaria. No era este el pensamiento de Montesquieu cuando decía: «Aun cuando fuese inútil que los súbditos tuviesen una religion, no lo sería el que los Príncipes la tuviesen, y llenasen de espuma el solo y único freno que pueden tener los que no temen las leyes humanas¹.»

«Pero, observa el Sr. Frayssinous, lo que aquí se dice de los Príncipes ¿no puede aplicarse, aunque en un grado menos rigoroso, á todos los depositarios del poder, y generalmente á las primeras clases de la sociedad?»

Por otra parte, no siendo la Religión, en la opinion de Broussais, sino una institucion puramente humana, y por consiguiente sus promesas para la vida futura vanas é ilusorias, ¿le será permitido á un hombre de bien, á un bueno y sincero filantrópico, el engañar al pueblo, y corromper su razon con mentiras y con fábulas ó ceremonias? Pero en fin, se añade, la Religión conserva la moral, es cierto; la moral se apoya en la Religión, que es su salvaguardia, así como se apoya la ley en la moral, y la sociedad en la ley. Mas ¿qué es una religion que niega la inmortalidad del alma, y os habla de promesas y de amenazas para la vida futura? Una concepcion de esta naturaleza, digna de nuestros materialistas fatalistas ¿podrá hacer obligatoria á la moral y darla una sombra de fuerza y de sancion? No es posible, pues que esta pretendida religion no es en el fondo mas que una pura decepcion, una impostura, una mentira. Concluyamos, pues,

¹ Montesquieu, *Espiritu de las leyes*, lib. XXIV.

que en el sistema de Broussais, la Religión es inútil, y que no hay necesidad de reformar, sino de abolir los cultos. Entonces el código penal será nuestro evangelio; el verdugo el sacerdote, y el cadalso el altar donde se inmolarán las víctimas humanas, como lo hacian los antiguos Galos ó Gaulos, nuestros buenos y piadosos antepasados. Yo no pienso que se probará de abolir la Religión y el culto: hace medio siglo que se intentó, y se sabe lo que dió de sí este proyecto. Si no hubiese Dios abreviado estos tiempos lamentables y de memoria tan horrible, nada habria quedado en pie, y la sociedad entera habria sido engullida en el abismo que abrió el Ateismo. Al fin la Francia y sus hijos gritó como los antiguos hebreos por el Señor; volvió Dios, reapareció la Religión, y todo se reanima como de un soplo; la sociedad se levanta como de un vasto sepulcro, y se ven renacer por todas partes la tranquilidad, el orden y la paz: tan verdad es que sin religion no puede haber verdadera sociedad; porque fundar el edificio social sin Dios ó sin Religión, es sentarle sobre la nada.

Otra palabra sobre la conciencia: Broussais la define de esta manera: «Sentimiento de lo justo y de lo injusto, del deber y de la obligacion moral¹.» (Pág. 366). Y en la pág. siguiente dice que «la conciencia está en proporcion del desarrollo de su órgano.» Piensa «que el perro posee un bosquejo de conciencia.» (Pág. 378). Por consiguiente, es forzoso concederle un bosquejo de moralidad; y de esto se sigue un bosquejo de relacion social y moral entre el género *canis*, y el género *homo*, hablando el lenguaje sábio y zoológico de Broussais. Esto es un progreso. Nuestro sábio moralista concede al perro cierto sentimiento de veneracion, de respeto, de estimacion y de amistad hacia el hombre; «lo que necesariamente supone, dice él, una

¹ ¿Qué es sin libre albedrío una obligacion moral? Que Broussais se acuerde, si puede, consigo mismo.

«La libertad moral que el Materialismo desecha es la base de la libertad política. Es el mismo hecho, considerado el hombre en sociedad. Sin este principio conservador el edificio social no tarda en desplomarse, el poder degenera en tiranía, y el choque de los intereses trae la anarquía. Es necesario que exista una obligacion moral que domine al jefe lo mismo que al súbdito, y que haga que la ley sea un deber sagrado.» (*Extracto de la noticia sobre Fred. Berard, célebre profesor de la facultad de Medicina de Montpellier, y fisiólogo espiritualista. Revista médica, cuaderno de mayo, núm. 326; 1828.*)

« identidad de naturaleza. » ¡ Vaya un cinismo puro y literal ! « Los animales nos son unidos, añade (p. 354) con lazos que no debe disimular el naturalista de buena fe. » Podría añadir, « el moralista. » « Querria yo ver rehabilitar á los animales que una clase de hombres pretende deprimir, para separarse enteramente de la animalidad. » (Pág. 565)... « Ya es tiempo que desaparezca esta muralla de bronce que han levantado los metafísicos entre los hombres y los animales. » (Pág. 594). Despues de esto es supérfluo el decir que Broussais concede á los animales una inteligencia igual ó á lo menos semejante á la nuestra : esta es la consecuencia de lo que marca en su fisiología, en la cual declara que las palabras *reflexion, juicio, memoria*, son sinónimos de *sensacion*; y no pudiendo disputarse esta á los animales, no pueden negárseles las otras, como la memoria, la reflexion y el juicio : hé aquí una ligera muestra de la nueva doctrina filosófica del famoso Broussais. *O tempora, ó mores!!!*

Vamos á terminar este capítulo por algunos pasajes sacados de un artículo de la *Gaceta médica*, 1836, sobre las dos primeras lecciones del curso de frenología de Broussais.

« Este hombre tiene gusto y hasta una suerte de pasión para las materias filosóficas; y eso que es incapaz de conocerlas. Su espíritu, sea por alguna causa congenial, ó bien por defecto de cultura en esta dirección, se lo rehusa con obstinación; ni tiene la inteligencia de las cuestiones que emprende, ni la de los sistemas que combate ó sostiene, ni la del lenguaje que emplea.

« . . . Se cree metafísico, psicólogo, moralista, filósofo finalmente, solo porque sabe la medicina; y porque esta comprende la fisiología, ciencia, según él, que es la del hombre mismo. Se ha imaginado que bastaba sustituir á las palabras de ideología, de psicología y de metafísica, la de fisiología del cerebro, para anonadar todos los problemas, todas las cuestiones, y todos los hechos bajo estas denominaciones.

« La frenología de Broussais en nada difiere de la frenología corriente que se encuentra en todas partes : ni es mas profunda, ni

¹ Esta comparacion sublime é ingeniosa ya la habia hecho antes que Broussais su cofradé en filosofía, Diderot, quien (en la *Vida de Séneca*) dice que un perro no difiere del hombre sino por el vestido.

« mas sabia, ni mas ingeniosa; sino solo una reproduccion insípida de todo lo que han repetido hasta la saciedad Gall, Spurzheim y sus discípulos. Siempre que Broussais aborda, saliendo de las gordas y palpables denominaciones anatómicas, los hechos metafísicos, de los cuales por mas que haga y diga no puede desembarazarse, se hace su lenguaje casi ininteligible, porque no se comprende á sí mismo, ni conoce suficientemente el sentido de las palabras que emplea. Es evidente que sus exámenes abstractos superan y sobrepujan la esfera habitual de sus estudios. « Se le escapan de todos lados los fenómenos intelectuales, racionales y morales, por su tenuidad, su complicacion, y su delicadeza; sin que sepa ni observarlos, ni describirlos, ni discernirlos. Se echa Broussais á tuestas y á cuerpo perdido en medio de los problemas que han ejercitado la sagacidad de los mas grandes talentos, sin conocer los primeros datos, ni sospechar que han sido discutidos por otros antes que él. Es maravilloso el ver con qué formalidad corta, decide, y concluye en materias que le son casi tan ajenas como la hidrostática.

« Le ha bastado para hacerse metafísico, psicólogo, ideólogo, moralista, teólogo (la frenología comprende todo esto) el decir que todo era fisiología.

« . . . Los que concurren á sus lecciones son casi todos estudiantes de medicina, que no saben de la frenología sino lo que de esta pueden ver en la tienda de Guy; que no han aprendido en filosofía sino algunas palabras indispensables para los exámenes de bachiller en artes: su espíritu es recto, pero les falta una buena dirección primitiva. Dispuestos por sus estudios médicos á referirlo todo á concepciones y á imágenes físicas, acostumbrados á los métodos y á los lenguajes de las ciencias naturales, y á la observacion de los fenómenos de la naturaleza, la frenología, que pretende apoyarse en consideraciones anatómicas y fisiológicas, es una filosofía completamente de su gusto. Se alegran de saber de boca de Broussais que la ciencia del hombre moral é intelectual es la ciencia del hombre físico, y que basta conocer el cerebro para conocer el espíritu humano.

« . . . En las digresiones de Broussais ha llegado la oscuridad á ser tan espesa, que no se distingue casi nada: hanse puesto en

«escena Reid, Descartes, Berkeley, Larmignière, ó cuando me-
«nos trozos de sus teorías, confundidos, estropeados, desnatura-
«lizados de la manera mas cruel. Deseamos vivamente que entre
«finalmente Broussais en la frenología verdadera, es decir, en la
«enumeracion de los veinte y siete órganos de Gall, ó de los trein-
«ta y cinco de Spurzheim, tan bien dibujados por los yesos de Du-
«moutier, tan invisibles en la naturaleza: allí se hallará mas á gus-
«to que en estas regiones metafísicas, en las cuales ni aun sabe
«dónde fijar el pie. Que nos hable del cerebro, de las circunvo-
«luciones, de las reñiones de las fibras divergentes y convergen-
«tes, pues que se trata de fisiología y de anatomía; pero que deje
«en paz una vez por todas á Platon y á sus ideas, á Aristóteles y á su
«lógica, á Descartes y á su cogito, á los alemanes, á los ingleses, y
«á los escoceses, porque esto no le toca.»

Hé aquí un ligero extracto del largo é importante artículo de la
Gaceta médica sobre las dos primeras lecciones solamente de Broussais,
que no hacen mas que sesenta páginas de su libro, que tiene
en todo ochocientos cincuenta: ¿qué no habria podido decirnos la
Gaceta si hubiese leído el libro entero? mucha materia le habria da-
do para la crítica, sobre todo segun el punto de vista moral y re-
ligioso.

EXAMEN CRÍTICO

DEL SISTEMA FRENOLOGICO, SEGUN FLOURENS.

En 1839 habíamos dicho que «la frenología conducia directa-
«mente al Materialismo, si es que no era ya una doctrina toda mate-
«rialista,» y nos reconviniéron: hoy tal vez nos acusarán de no ha-
ber sido bastante explicitos y bastante positivos en nuestras afirma-
ciones contra la frenología, cuando se sepa cómo trata la ciencia
embustera de Gall y de Spurzheim un célebre fisiólogo, secretario
perpétuo de la Academia de Ciencias, el Sr. Flourens con casi to-
dos los sábios.

Puede decirse que este fisiólogo ilustre acaba de dar el golpe de-
cisivo, el golpe de muerte, á la doctrina de Gall. Vamos á copiar al-
gunos trozos del *Análisis crítico de las doctrinas frenológicas* por Flou-

rens (1842), que entremezclaremos con algunas cortas reflexiones.

Este es el punto de partida de todo el sistema de Gall: «Así como
«es forzoso, dice, admitir cinco sentidos exteriores diferentes, pues
«que las funciones son todas esencialmente diferentes, ... del mis-
«mo modo es preciso resolverse á reconocer las diversas faculta-
«des y las diversas inclinaciones como fuerzas morales é intelec-
«tuales esencialmente diferentes, y afectadas igualmente á apar-
«tos orgánicos particulares é independientes los unos de los otros.»
(Tomo IV, pág. 9).

«¿Quién se atreveria á decir, añade, que la vista, el oído, el
«gusto, el olfato, y el tacto sean simples modificaciones de facul-
«tades? ¿Quién se atreveria á hacerlos derivar de un solo y mismo
«origen, de un solo y mismo órgano? De la misma manera las vein-
«te y siete facultades ó calidades, que reconozco como fuerzas fun-
«damentales ó primitivas, no pueden considerarse como simples
«modificaciones de una facultad cualquiera.» Sin duda no pueden
mirarse como modificaciones de una facultad cualquiera; pero si
deben ser miradas como modificaciones del alma, la cual es cier-
tamente muy diferente de una facultad cualquiera. Esta paridad
capciosa y especiosa ha seducido á muchas personas, y aun á al-
gunos sábios.

El Sr. Flourens destruye así este sofisma: «Gall, dice, ve las
«funciones de los sentidos constituir funciones distintas, y quiere
«que las facultades del alma sean distintas igualmente; ve que ca-
«da sentido particular tiene un órgano aparte, y quiere que cada
«facultad del alma tenga un órgano propio; en una palabra, ve el
«hombre exterior, y hace el hombre interior á imagen del hombre
«exterior.»

«Por un lado da á las facultades toda la independencia de los
«sentidos, y de otro da á los sentidos todas las atribuciones de las
«facultades... Y no concluye de la independencia de los sentidos
«exteriores á la independencia de las facultades del alma, sino por-
«que confunde, por el mismo sentido, la impresion y la percep-
«cion; y como supone muchos principios para las percepciones,
«supone muchos principios para las facultades.» Toda la doctrina
de Gall se apoya en esta confusion sutil de la impresion, que es di-
versa y múltiple, con la percepcion, que es una y simple: destrú-

yase este fundamento ruinoso, y de repente se desploma todo el edificio frenológico y craneoscópico.

En otra parte Flourens se explica así: «Cuando en su *Fisiología* «sustituye Gall las facultades á la inteligencia, define estas facultades llamándolas *inteligencias individuales*: ¿de dónde viene, pues, «que en su anatomía cuando sustituye al cerebro los órganos del cerebro, no deline estos órganos?» Por la razón sencilla que no existen realmente; y si no existen no hay localización, no hay pluralidad de facultades, y por consiguiente no hay frenología. Y esto es lo que prueba esta ausencia de órganos cerebrales ó de pluralidad orgánica: «La posibilidad de la solución que nos ocupa supone, «dice Gall, que los órganos del alma están situados á la superficie del cerebro.» (*Tomo III, pág. 2*). Efectivamente, responde Flourens, si no estuvieran situados á la superficie del cerebro, ¿cómo el cráneo podría manifestar su impresión? Y ¿qué sería de la craneoscopia? Nada tiene esta que temer; Gall lo ha previsto todo: los órganos todos del cerebro están situados en su superficie, y Gall añade: esto explica la relación que existe entre la craneología y la doctrina de las funciones del cerebro, (*Fisiología cerebral*), objeto único de mis observaciones. (*Tomo III, pág. 4*).

«Pero finalmente, dice Flourens, ¿están los pretendidos órganos del cerebro situados, como dice Gall, realmente en la superficie del cerebro? En términos positivos, la superficie del cerebro ¿es la sola parte activa de este órgano? Hé aquí una experiencia de fisiología que prueba cuánto se equivoca Gall: se le puede «quitar á un animal por delante, por detrás ó por un lado, y hasta «por arriba, una porción bastante grande de su cerebro, sin que «por ello pierda ninguna de sus facultades: luego no es en la superficie donde se encuentran los órganos del cerebro.» En los *Anales de la cirugía* se encuentran una porción de hechos de lesiones traumáticas muy graves del cerebro, hasta con pérdida de sustancia, en que nada se ha resentido la inteligencia.

Otras observaciones anatómicas que prueban la inexistencia de los órganos del cerebro: «El cráneo, continúa Flourens, no representa las circunvoluciones del cerebro sino por su fase interna, y «no por la externa; y para las fibras, para los fajos de fibras, no los «representa ni aun por la fase interna; porque las fibras están en-

«vueltas en una capa de materia blanquecina, y los fajos de fibras «están colocados en lo interior de la masa nerviosa. Gall sabe todo «esto, y sin embargo no inscribe menos sus veinte y siete facultades «sobre los cráneos. Sorprende tanta confianza. Nada se conoce de «la estructura íntima del cerebro, ¡y se atreve á formar en él circun- «cripciones, círculos y límites! La fase externa del cráneo no «representa la superficie del cerebro, eso se sabe, ¡y se inscribe «sobre esta fase externa veinte y siete nombres, cada uno de ellos «en un pequeño círculo, y cada pequeño círculo corresponde á una «facultad precisa! ¡Y se encuentran gentes que con estos nombres «inscritos por Gall se imaginan que hay otra cosa que estos nombres!» ¿Qué contestarán á esto los frenólogos? Este argumento anatómico no tiene solución.

«Todas las facultades intelectuales, dice Gall, están dotadas de «la facultad perceptiva de atención, de reminiscencia, de memoria, de juicio, de imaginación, etc.» (*Tomo IV, pág. 328*). De aquí se sigue que cada facultad es una inteligencia aparte, una entidad individual, que no emana sino de ella misma: hé aquí el yo, ó el alma, dividido en tantas inteligencias independientes, cuantos son los pretendidos órganos cerebrales; Gall no lo disimula, lo expresa claramente: «Hay, dice, tantas diferentes especies de intelecto ó de entendimiento, como hay facultades distintas... Toda «facultad particular es intelecto ó inteligencia... cada inteligencia «individual tiene su órgano propio.» (*Ibid.*, pág. 339 y 341). ¡Héle pues cogido en error flagrante, y qué error!!!

Finalmente, demostrando Flourens experimentalmente que los hemisferios cerebrales son los solos órganos de la inteligencia, nos da aun la mas completa prueba de la unidad del yo. Vamos á ver el resultado de estas sabias y magníficas experiencias.

«Si á un animal se le quita el cerebelo, no pierde otra cosa que «los movimientos de locomoción;

«Si se le extraen sus tubérculos cuadrigéminos, no pierde sino «la vista;

«Si se le destruye la medula oblongata, pierde los movimientos «de la respiración, y por consiguiente la vida;

«Ninguna de estas partes, el cerebelo, los tubérculos cuadrigéminos, la medula oblongata son el órgano de la inteligencia.

«Solamente lo es el cerebro propiamente dicho. Si se le quita este á un animal, ó los hemisferios, al momento pierde la inteligencia, y no pierde mas que la inteligencia...

«Luego no es el encéfalo en masa el que se desarrolla en razon de la inteligencia, sino solo los hemisferios. Los mamíferos son los animales que tienen mas inteligencia, y poseen proporcionalmente los hemisferios mas voluminosos: los pájaros son los que tienen mas fuerza de movimiento; y proporcionalmente el cerebello mas grande: los reptiles son los animales mas lentos, los mas apáticos, y tienen el cerebello mas pequeño...

«El cerebro tomado en masa, el encéfalo, es, pues, un órgano múltiple, y está compuesto de cuatro otros particulares: el cerebello, sitio del principio que regla el movimiento de locomoción; los tubérculos cuadrigéminos, sitio del principio que anima el sentido de la vista; la medula oblongata, sitio del principio que determina los movimientos de la respiración; el cerebro propiamente dicho, sitio, y sitio exclusivo de la inteligencia.» Siempre que se trata de los animales es necesario entender por inteligencia su *instinto*, que representa en ellos la inteligencia humana, ó es su imágen. Lo que aquí dice Flourens de los solos hemisferios cerebrales está confirmado por el estado en que se hallan los niños acéfalos, es decir, los que nacen sin cerebro propiamente dicho. Hemos visto un niño privado de cerebro, es decir, sin los dos hemisferios. Otras experiencias del gran fisiólogo prueban que los hemisferios todo *enteros* no son necesariamente el órgano de la inteligencia. «Se puede quitar, dice Flourens, por delante, por detrás, por arriba, ó por un lado, cierta extensión ó parte de los hemisferios cerebrales, sin que se pierda por esto la inteligencia: para el ejercicio de esta es suficiente una porción bastante diminuta de los hemisferios.

«De otra parte, á medida que se opera la disminución, la inteligencia se va debilitando y extinguiendo gradualmente; y en pasando de cierto límite, desaparece enteramente: luego concurren por su reunión los hemisferios cerebrales al ejercicio pleno y entero de la inteligencia.

«En fin, una vez perdida una sensación, lo son todas, y así que una facultad desaparece, desaparecen todas.

«No hay, pues, sitios diversos para las diversas facultades ni para las diversas sensaciones. La facultad de sentir, de juzgar, de querer una cosa, reside en el mismo punto que la de sentir, de juzgar y de querer otra cosa, y por consecuencia esta facultad, esencialmente una, reside esencialmente en un solo órgano.

«LUEGO LA INTELIGENCIA ES UNA.»

Citemos ahora algunos trozos relativos á las facultades afectivas: «No se puede dudar, dice Gall, que no esté dotada la especie humana de un órgano por medio del cual reconoce y admira al Autor del universo, (tomo IV, pág. 271); pero, añade (página 252), pueden el clima y otras circunstancias impedir el desarrollo de la parte cerebral, por la cual el Criador ha querido revelarse al género humano.»

«¿Cómo, exclama Flourens, si no tengo un pequeño órgano particular (si no le tengo, porque me puede faltar) ¿no sentiré que hay un Dios? Y ¿cómo podré yo ser una inteligencia que se sienta, sin sentir un Dios? No siento con mayor fuerza que existo, que no sienta que exista un Dios... Gall, añade Flourens, trastorna la filosofía ordinaria, y lo que es necesario observar, su filosofía que tan nueva le parece, no es otra cosa que este trastorno mismo... Trastorna Gall la filosofía ordinaria, y quiere que subsistan las consecuencias de la filosofía ordinaria. Suprime el *yo*, y quiere que haya una moral. De la idea de Dios no hace sino una idea relativa y condicional, y quiere que haya una religión.» Nada le detiene á un frenólogo. «Imaginémonos, dice Gall, una mujer en quien el amor de la progenitura esté poco desarrollado; si por desgracia lo está el órgano del asesinato, nos sorprenderemos, etc. (Tomo III, pág. 155). Estos hechos últimos nos demuestran, añade, que esta detestable inclinación (al asesinato) proviene de la organización.» Hé aquí el fatalismo puro, el imperio de la necesidad; entonces se acabó la libertad, la imputabilidad, la criminalidad, y por consiguiente la moral y la sociedad.

Vamos á dar una muestra de la certidumbre con que se ejecutan las localizaciones frenológicas. «Gall, dice Flourens, coloca

«el amor de la progenitura en los lóbulos posteriores del cerebro. «El amor de la progenitura se encuentra por todo en los animales superiores, en los mamíferos, en los pájaros: los lóbulos posteriores del cerebro se encuentran, pues, por todo en estos animales; nada de eso, pues que los lóbulos posteriores faltan á la mayor parte de los mamíferos, y en especial á todos los pájaros.» No creamos encontrar aquí precisiones rigurosas y matemáticas, inducciones lógicas y severas; los frenólogos no se entretienen en estas calidades¹. Terminaremos con algunos trozos sacados del *Materialismo frenológico*, por Moreau.

«El sistema de Gall es necesariamente y en el mismo grado error psicológico, moral y científico; porque la verdad es una, y no se la puede dividir contra ella misma...

«No quiera Dios que error de conciencia llegue á ser nunca la verdad de una ciencia. La ciencia fuerte y grave está de acuerdo con la moral y con la verdadera filosofía para destruir las teorías de Gall: este sistema inconcebible ¿qué digo? esta novela

¹ Despues de publicado el escrito de Flourens, se ha presentado en la arena un vigoroso campeón: el Sr. Lelut, médico de la Salpêtrière, acaba de publicar una obra, cuyo objeto es probar la verdad de las siguientes palabras: «No solamente sería discutir, sino echar por tierra este sistema, el demostrar dos cosas: la primera es, que mirado bajo el punto de vista puramente organológico, no es posible; la segunda, que aun concediéndole, por la hipótesis, esta especie de posibilidad, no descansa en ninguna de las clases de prueba sobre las que Gall pretende apoyarle.»

Despues de haber demostrado Lelut la imposibilidad de la organología frenológica, procura probar que todos los hechos contados por Gall son falsos é inventados. Efectivamente, ¿qué puede concluirse de las demostraciones hechas sobre bustos ideados por los artistas, es decir, hechos segun su capricho ó fantasía? Así son los bustos de Homero, de Sócrates, de Platon, etc. En la pág. 122 saca Lelut la consecuencia siguiente del examen de los hechos que sirven de base al sistema de Gall: «Los hechos poco ciertos alegados por él (Gall) con tanta parsimonia, son falsos, ó anihilados por un número mucho mas considerable de otros de carácter opuesto.»

En fin Lelut, en un capítulo tomado enteramente de los anales de la frenología, nos cuenta que el célebre filólogo Champollion carecía del órgano de la filología; que el prodigioso calculador Vitto-Mangiamèle, que á la edad de diez años resuelve los problemas mas difíciles de la aritmética y de la álgebra, no posee el órgano del cálculo, y que Rafael, en fin, estaba privado del órgano del colorido, etc.

«licenciosa, descosida y sin freno, es el empirismo incrédulo llevado á sus últimos limites. Gall era un gran anatómico, y Gall se ha extraviado adrede; celoso en hacer su corte al espíritu de irreligion que entonces dominaba, quiso prestar á las preocupaciones de la moda el apoyo de una ciencia ilusoria, ciencia que él imaginó para sostener una filosofía falsa y culpable.

.... «Gall cree que la conciencia (la conciencia que es la misma alma que se juzga) no es mas que la modificación de un sentido particular, del sentido de la benevolencia.» (Tomo IV, página 210).

.... «El hombre no es ya una fuerza, sino un resultado; el hombre no es ya una causa, no es sino un efecto; no es ya una inteligencia, sino una mecánica, cuyos resortes expresan pensamientos é instintos tan fatalmente como marca el reloj las horas; sin que sea mas que este último en la voluntad de los movimientos que produce, y en la inteligencia de la idea que enuncia; apenas se le puede conceder algun sentimiento vago de los fenómenos que en él pasan. ¡Y qué! ¿Gall y sus discípulos serian bastante ciegos para no ver que la multiplicidad de las inteligencias es la confusión de la inteligencia; que la multiplicidad de las personas es la negación de la persona, y que, en una palabra, si hay tantas inteligencias y personas como hay órganos y facultades, no hay ya ni inteligencia ni persona?

«No, el error no llega á tanta ceguedad; es la voluntad la que los precipita en las tinieblas: se fabrican la sombra que desean. «No se usurpan derechos al hombre sin usurparlos á Dios; no se usurpan á la libertad humana sin usurparlos á la Providencia; no se usurpan á la unidad, al yo humano sin usurparlos á la unidad y á la Persona divina...

«Gall sabe indudablemente lo que quiere, y va á donde quiere... «La frenología niega y seca; suprime el yo, la libertad y la vida. «¿Qué queda pues? ¡Un cerebro muerto, un cadáver, el escalpelo es toda su filosofía!»

Nuestra conclusion final es, que la frenología, considerada como principio y como ciencia, no es otra cosa que un sistema de decepcion y de burla, como el mesmerismo ó el magnetismo animal, la megalantropogenesia y la homeopatía; y en sus conse-

cuencias y aplicacion, esta ciencia mentirosa es una obra fatalista, anticristiana y antisocial.

MÉTODO FRENOMÉTRICO.

Este es simplemente la teoría del ángulo facial de Camper, que consiste en hacer partir de la frente á la barba una línea vertical, que cae perpendicularmente sobre otra línea horizontal, trazada en la dirección de la base del cráneo. La primera línea ó la vertical, segun Camper, se llama *facial*, y la segunda ó la horizontal, *barbera*.

Esto hecho, cuanto mas prominente ó saliente hácia adelante sea la frente, mas abierto se encontrará el ángulo formado por el encuentro de la línea vertical y de la horizontal. En una cabeza de europeo bien conformada, este ángulo será de ochenta á noventa grados, es decir, casi derecho.

Cuando la línea facial es enteramente vertical, y por consiguiente el ángulo absolutamente recto, la cabeza es la mas regular posible, y anuncia alta y poderosa inteligencia; este es el estado aproximado á la perfeccion, ó lo que se llama lo bello ideal.

Si la línea facial se inclina hácia atrás, formará con la horizontal un ángulo mas ó menos agudo y saliente hácia adelante; y cuanto mas aumente esta inclinacion, mas disminuirá tambien el seno del ángulo. Asi se ve inclinar hácia atrás esta línea facial á medida que se pasa del europeo al negro, de este al orangutan, y de este último á los otros monos, á los cuadrúpedos, á los pájaros, á los reptiles, y á los pescados de cabeza chata ó aplastada, en los cuales llega á ser casi paralela á la línea horizontal; y entonces desaparece enteramente el ángulo facial. De suerte que cuanto mas agudo es el ángulo facial, menos inteligencia tiene el hombre, y menos instinto tendrá tambien el animal.

Al contrario, cuanto mas se inclina hácia adelante la línea facial, mas se abre el ángulo y se agranda, hasta el punto de llegar á ser mas ó menos obtuso; de ahí un aire imponente de grandeza

¹ El negro tiene el ángulo facial de setenta grados, y de cincuenta y ocho el orangutan. (Camper).

y de majestad, frente ancha, muy prominente, indicando una vasta masa encefálica, y revelando la plenitud de la inteligencia. Asi es como los artistas griegos han pintado la cabeza de Júpiter, el amo de los dioses, y las de Minerva y de Apolo.

Hay algunos animales estúpidos, tales como el buho, el mochuelo, el ternero, el buey, etc., que ofrecen el ángulo facial bastante abierto, ó un perfil poco oblicuo; pero en este caso es probable que el grueso aparente de su cráneo es muy superior á la capacidad real, es decir, que el hueso frontal es hinchado y hecho saliente hácia adelante por vastos senos que le llenan mas ó menos. Estas sinuosidades irregulares y considerables no se observan sino en los animales.

Á esto, segun nosotros, debe reducirse solamente toda la ciencia frenológica; y pensamos que este método muy sencillo es tambien el mas verdadero y el único racionalmente admisible; por otra parte hace ya tiempo que ha recibido la sancion de la experiencia y el asentimiento de los siglos. En todos tiempos, efectivamente, se ha juzgado de la inteligencia del hombre por la elevacion, la prominencia y la anchura de la frente; y si algunas veces se ven idiotas ú otros seres imbeciles con el ángulo facial muy abierto, á noventa grados, por ejemplo, ó aun mas, entonces ordinariamente el cráneo, ó á lo menos la frente, ofrece una conformacion viciosa ó muy irregular: esta última podrá ser muy saliente hácia adelante, pero será estrecha por los lados y sin elevacion. Esta reflexion se aplica igualmente á ciertos individuos hidrocefálicos.

cuencias y aplicacion, esta ciencia mentirosa es una obra fatalista, anticristiana y antisocial.

MÉTODO FRENOMÉTRICO.

Este es simplemente la teoría del ángulo facial de Camper, que consiste en hacer partir de la frente á la barba una línea vertical, que cae perpendicularmente sobre otra línea horizontal, trazada en la dirección de la base del cráneo. La primera línea ó la vertical, segun Camper, se llama *facial*, y la segunda ó la horizontal, *barbera*.

Esto hecho, cuanto mas prominente ó saliente hácia adelante sea la frente, mas abierto se encontrará el ángulo formado por el encuentro de la línea vertical y de la horizontal. En una cabeza de europeo bien conformada, este ángulo será de ochenta á noventa grados, es decir, casi derecho.

Cuando la línea facial es enteramente vertical, y por consiguiente el ángulo absolutamente recto, la cabeza es la mas regular posible, y anuncia alta y poderosa inteligencia; este es el estado aproximado á la perfeccion, ó lo que se llama lo bello ideal.

Si la línea facial se inclina hácia atrás, formará con la horizontal un ángulo mas ó menos agudo y saliente hácia adelante; y cuanto mas aumente esta inclinacion, mas disminuirá tambien el seno del ángulo. Asi se ve inclinar hácia atrás esta línea facial á medida que se pasa del europeo al negro, de este al orangutan, y de este último á los otros monos, á los cuadrúpedos, á los pájaros, á los reptiles, y á los pescados de cabeza chata ó aplastada, en los cuales llega á ser casi paralela á la línea horizontal; y entonces desaparece enteramente el ángulo facial. De suerte que cuanto mas agudo es el ángulo facial, menos inteligencia tiene el hombre, y menos instinto tendrá tambien el animal.

Al contrario, cuanto mas se inclina hácia adelante la línea facial, mas se abre el ángulo y se agranda, hasta el punto de llegar á ser mas ó menos obtuso; de ahí un aire imponente de grandeza

¹ El negro tiene el ángulo facial de setenta grados, y de cincuenta y ocho el orangutan. (Camper).

y de majestad, frente ancha, muy prominente, indicando una vasta masa encefálica, y revelando la plenitud de la inteligencia. Asi es como los artistas griegos han pintado la cabeza de Júpiter, el amo de los dioses, y las de Minerva y de Apolo.

Hay algunos animales estúpidos, tales como el buho, el mochuelo, el ternero, el buey, etc., que ofrecen el ángulo facial bastante abierto, ó un perfil poco oblicuo; pero en este caso es probable que el grueso aparente de su cráneo es muy superior á la capacidad real, es decir, que el hueso frontal es hinchado y hecho saliente hácia adelante por vastos senos que le llenan mas ó menos. Estas sinuosidades irregulares y considerables no se observan sino en los animales.

Á esto, segun nosotros, debe reducirse solamente toda la ciencia frenológica; y pensamos que este método muy sencillo es tambien el mas verdadero y el único racionalmente admisible; por otra parte hace ya tiempo que ha recibido la sancion de la experiencia y el asentimiento de los siglos. En todos tiempos, efectivamente, se ha juzgado de la inteligencia del hombre por la elevacion, la prominencia y la anchura de la frente; y si algunas veces se ven idiotas ú otros seres imbeciles con el ángulo facial muy abierto, á noventa grados, por ejemplo, ó aun mas, entonces ordinariamente el cráneo, ó á lo menos la frente, ofrece una conformacion viciosa ó muy irregular: esta última podrá ser muy saliente hácia adelante, pero será estrecha por los lados y sin elevacion. Esta reflexion se aplica igualmente á ciertos individuos hidrocefálicos.



CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL SUICIDIO.

Suicidarse es cobardía.
(TOUSSAINT).

REFLEXIONES PRELIMINARES.

La noble criatura de Dios, el rey de la naturaleza, el hombre formado para conocer y poseer la verdad eterna, está disgustado de ella, y se ha cansado de existir; invoca la nada, y ¡cosa horrosa! en su insensato furor se arranca la vida voluntariamente. ¡Abismo, misterio de iniquidad incomprensible!

De todos los seres sensibles¹ el hombre únicamente puede suicidarse, al paso que la bestia es incapaz de darse la muerte; prueba cierta que hay un principio en el hombre que domina el organismo, que no se encuentra en los animales. Estos, bajo el imperio invencible de su instinto de conservación, deben constante y necesariamente resistir á todas las causas destructivas de su ser; decaen, se consumen poco á poco y mueren, pero no se destruyen ellos mismos; prueba que en la bestia no hay nada que pueda conocer su estado, y que mande á la organizacion que se sustraiga de él.

¹ Véase el Cuadro del orden jerárquico de la universalidad de los seres terrestres.

Los animales son incapaces por su naturaleza de tener noción alguna de la muerte; no la pueden conocer como término de la existencia desgraciada ó de la infelicidad, porque ninguna idea tienen de la prosperidad y de la desgracia, que son sentimientos de una condicion del orden moral, de los que es absolutamente incapaz la naturaleza animal. Regularmente no empleamos estas locuciones que repugnan al sentido comun: un animal es desgraciado ó feliz, es imbecil ó loco, ó tiene talento. Nada de esto se dice seriamente, porque una bestia carece de ingenio y de sentimiento moral. Los animales no pueden llevarse á un acto ó á un fin que les es desconocido y que no les es posible conocer. En solo el hombre existe un principio inteligente y libre, una potencia soberana, dueña de la materia y del organismo, la cual, por un abuso triste de su libertad, y por una depravacion inconcebible, rompe, como si fuese un vaso de tierra, la mas noble y la mas sublime de todas las organizaciones.

El suicidio es un crimen enormísimo, un crimen irremisible, porque no cabe en el arrepentimiento; un crimen contra Dios, contra los hombres ó la sociedad; un crimen finalmente contra el mismo que á él se abandona.

I. — EL SUICIDIO ES UN CRIMEN CONTRA DIOS.

El que se mata á si mismo usurpa los derechos del Señor, desprecia abiertamente sus santas leyes, se niega á llenar los deberes sagrados hácia Dios; finalmente, deja por su propio movimiento, cual pérfido desertor, el puesto honroso de su vida.

1.º Usurpa los derechos de Dios, del árbitro soberano de la vida y de la muerte, porque es Dios quien dió la vida, el movimiento y el ser á todo cuanto bajo del sol respira. El hombre no puede mirar la vida como un bien del que puede disponer á su arbitrio, porque es un depósito que se le confió, y solo al dueño del depósito pertenece el retirarlo cuando lo juzgue conveniente.

2.º Desprecia la ley de Dios. Esta ley es la de la naturaleza, grabada en el corazon de todos los hombres, que les lleva inven-

In ipso vivimus, et movemur, et sumus. (Act. XVII, 28).

ciblemente á todos á huir de la muerte y de todas las causas destructivas de su ser. Esta ley universal é inmutable, que es de todos los tiempos y de todos los lugares, y que domina á todos los hombres, la desprecia el suicida, y se rebela contra ella con todo su poder.

3.º Se niega á llenar los deberes sagrados hácia Dios. Dios ha señalado á todos y á cada uno de los dias del hombre deberes que este ha de llenar, sea hácia él mismo con la religion, la adoracion y el culto, sea hácia sus semejantes con las diversas relaciones sociales; y no puede el hombre disminuir el número de sus dias, sin que por ello no disminuya la medida y la extension de los deberes que le exige Dios. Luego el suicida niega á Dios lo que le debe.

4.º Finalmente el suicida deja por su propio movimiento, como un desertor infame, el puesto honroso de su vida.

La vida presente no es mas que una prueba para merecer otra mejor; es un corto período de dias, llenos de miserias, de penas y trabajos; un tiempo de paso para disponernos á entrar en nuestra verdadera patria. Es, pues, un crimen el renunciar á esta esperanza, rebelarnos contra una orden sábia, y suponer que la Providencia no quiere poner término á nuestras penas y dolores: esto es lo que hace el suicida.

II. — EL SUICIDIO ES UN CRIMEN CONTRA LA SOCIEDAD.

Dios no nos ha creado para solos nosotros, sino para la sociedad; las ventajas que nos procura esta desde nuestro nacimiento no podrán nunca ser suficientemente compensadas con los servicios que la hemos hecho. La sociedad ha recogido al hombre del seno de su madre, le ha educado, nutrido, vestido y alojado; le ha dado la existencia moral é intelectual, le ha procurado, en una palabra, toda suerte de bienes y de ventajas, en ocasion en que se hallaba incapaz de hacer nada por ella; esta deuda no puede satisfacerse sino con el empleo de toda la vida. «El suicida la priva de un miembro que puede todavía serla útil, porque ¿cómo colocar á un hombre en posicion que le asegure que la sociedad no

«necesitará de él? Un hombre de bien luchando con el infortunio es un espectáculo sensible del que no debe privar á la sociedad; «y si somos culpables por desgracia, ella sola tiene el derecho de juzgarnos y de castigarnos. ¿Por qué, pues, atentar contra sus derechos, y darla un funesto ejemplo, que á ser contagioso la despoblaria? El que la abandona, pues, antes del término marcado por la naturaleza, es injusto hácia ella¹.»

En otro tiempo el Paganismo habia señalado en el Tártaro un sitio particular de suplicios para los insensatos y los desgraciados que se daban la muerte ellos mismos. Sócrates, Platon, Pitágoras y sus discípulos sostenian, que la vida es solamente una estacion en la que Dios ha colocado al hombre, y así, que este no puede abandonar cobardemente el puesto de la vida por capricho ó fantasia, sin violar las leyes universales del orden y de la economía de la divina Providencia.

Pero, se dirá, en cualquiera posicion que me halle, es para continuar mientras que me encuentro en ella bien, y para dejarla si me encuentro mal. Segun este principio, cuando se creará alguno mal en esta tierra, le será permitido el dejarla, y como cada cual piensa á su manera sobre la dicha ó la desgracia acá abajo, todos los que se crean infelices tendrán el derecho de matarse. ¡Qué principios!

Mas yo de nada sirvo; soy inútil en el mundo; á esto contestaremos con las palabras de J. J. Rousseau. «Filósofo de un dia, ¿acaso ignoras que no puedes dar un paso en la tierra sin que en ella no encuentres un deber que cumplir, y que todo hombre es útil á la humanidad, solamente porque existe? Cuando te halles tentado de abandonar la vida, di en ti mismo: *Si pudiese todavía hacer alguna buena accion antes de morir*; y luego busca algun indigente á quien socorras, á un desgraciado á quien consueles; y si te retiene hoy esta consideracion, te retendrá mañana, pasado mañana, y toda la vida.»

¹ *Filosofía de Flotte*, tomo II, pág. 140.

III. — EL SUICIDA COMETE UN CRÍMEN CONTRA SÍ MISMO.

La inmortalidad del alma es consecuencia necesaria de la existencia de Dios, como lo hemos ya probado; y si el suicidio es hoy de una frecuencia inaudita y desconsoladora, es porque se ha negado el alma inmortal, y se es por consiguiente materialista¹. El que se expone libre y voluntariamente al peligro manifiesto de ser soberanamente desgraciado, merece serlo; es cruel y criminal hácia sí mismo, y esto es lo que hace el suicida. Sabe ó debe saber, que está destinado á una dicha ó á una desgracia eterna, segun habrá ó no cumplido con los deberes que Dios le pide, así que puede razonablemente juzgar que no los ha cumplido todos, pues que cada dia tiene de nuevos que desempeñar; luego comete una grande iniquidad, un crimen contra su alma, contra sí mismo. (La division arriba adoptada no es en el fondo sino la de la filosofía de Lyon. Véase tomo III).

CAUSAS DEL SUICIDIO.

La verdadera causa, la causa primera y general del suicidio, es la ausencia de la fe y de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y sobre todo la falta de sus prácticas. Todo esto se resume en el Materialismo.

Y en efecto reina esta enfermedad particularmente en los pueblos donde la fe y las convicciones religiosas son casi nulas, y no ejercen por consiguiente en la poblacion sino poquisima influencia. La experiencia tiene probado, que en todas las naciones el suicidio es mas frecuente, á proporción que disminuye el sentimiento religioso. Los pueblos incrédulos, que viven bajo el imperio del Materialismo, se embrutecen por lo general por los sentidos, entregándose á los placeres del cuerpo, y concentrando en los goces físicos todas sus afecciones. Se extingue poco á poco la vida de la inteligencia ahogada con el peso de la materia, dando-

¹ ¿Qué es lo que no se niega hoy? Se acabará por negarlo todo, porque no se puede ó no se quiere comprender nada, ó mas bien porque nada se quiere practicar.

les este suicidio intelectual gustos de ruina y destrucción; endurecese su alma, y se complace en espectáculos de sangre y de crueldad: llegado que es el hombre á este grado de depravación moral é intelectual, no tiene para la vida sino un desprecio brutal y feroz, y ya en su instinto salvaje no respeta ni la vida de su semejante, ni la suya propia; testimonio es el suicida y el duelista.

La otra gran llaga de la sociedad, y acaso la mas incurable, origen á la vez de un infinito número de males, es la ignorancia de la Religión, y hasta de las primeras verdades religiosas y morales, y por consiguiente de los principales deberes. El hombre que ignora, no tiene fe ni amor, porque no conoce: la antorcha de su inteligencia no da sino una luz pálida, una luz débil é incierta. Su espíritu, privado de su alimento necesario, la verdad, cae desfallecido, y muere, por decirlo así, de languidez y de inanición, porque el hombre no solo vive de pan, sino tambien de la palabra de Dios, es decir, de la verdad¹. En tal estado de degradación ignora su fin y su destino, ignora á Dios, se ignora á sí mismo, y en nada cree, porque todo lo ignora; y aquí acaba el dominio de la razón.

La ignorancia religiosa y moral conduce naturalmente al abandono de las prácticas de la Religión, porque de ordinario no se practica lo que no se ama, y no puede amarse lo que se ignora. *Ignoti nulla cupido.*

El culto es la expresión de los dogmas religiosos: olvidar el culto y la práctica de la Religión, es borrar poco á poco de la imaginación y de la memoria á la Religión y á sus dogmas, y constituirse voluntariamente en una ignorancia culpable de lo que importa al hombre saber, es decir, los preceptos y los deberes morales y religiosos. Hé aquí el camino que directamente conduce á la incredulidad absoluta; estas son las verdaderas causas primitivas del suicidio, de este crimen horroroso que está condenado por todas las leyes de la Europa moderna y civilizada, y hasta por el Alcorán.

«En Lyon y en Versalles, durante la triste época del terror, diezmo el suicidio millares de familias; y esta consideración ha

¹ Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. (*Matth. iv, 4*).

«llevado á los médicos materialistas á no ver en este acto atroz «sino una enfermedad del cuerpo, y del cerebro especialmente, que «tiene sus periodos de recrudescencia, como la fiebre amarilla ó el «cólera, en vez de ver una enfermedad del alma que, ajada y seca «por la impiedad, cesa de creerse inmortal, y pretende escaparse «de las agonías de la vida, apelando pérfidamente á la nada.» (*Henrion*).

Parece efectivamente que los médicos en general miran el suicidio como efecto de una simple enfermedad, independientemente de otra cualquiera influencia. El Sr. Esquirol¹ asegura que la opinión que hace mirar el suicidio como efecto de una enfermedad ó de un delirio agudo, parece haber prevalecido en nuestros días hasta contra el texto de las leyes y los anatemas del Cristianismo².

De suerte que no tardaremos en oír: Tal sujeto se ha dado la muerte, mas ha sido atacado del suicidio, como de la fiebre ó del cólera.

¹ *Diccionario de ciencias médicas*, tomo LIII, pág. 213.

² En otra parte dice Esquirol: «Las leyes eclesiásticas, que condenan toda «clase de asesinatos, han condenado el homicidio de sí mismo como el mayor de los crímenes, porque no deja acceso alguno al arrepentimiento. Todas «las legislaciones modernas, á las que han servido de base las leyes de la Iglesia, han infamado el suicidio. En Inglaterra los cadáveres de los suicidas se «echaban á un muladar; posteriormente se les ha enterrado en el campo entre «tres caminos. En Francia estos cadáveres eran arrastrados por las calles sobre una estera. Todas estas leyes están en desuso, especialmente en Francia «y en Inglaterra, en donde se elude su ejecución con un certificado de un médico que justifique que el suicida había perdido el juicio.» (*Dic. de ciencias médicas*, tomo LIII, pág. 279).

En la página anterior Esquirol dice, que siendo casi siempre el suicidio efecto de una enfermedad, no puede castigarse, no imponiendo la ley pena sino á los actos voluntarios.

Esta aserción, cuya falsedad probaremos mas adelante por el raciocinio, y sobre todo por hechos irrefragables, está, según el mismo Esquirol, en oposición con las leyes eclesiásticas y civiles, y hasta con todas las legislaciones modernas, que todas condenan é infaman el suicidio. No se puede condenar ni infamar sino lo que es criminal; y ninguna ley de la tierra condenará jamás un suicidio, ni aun un homicidio cometido por un loco, porque en él no hay sino un acto puramente material, y cometido sin libertad moral. Luego todas las leyes modernas, civiles y eclesiásticas miran el suicidio como un acto criminal; luego no es efecto de una enfermedad ó de un delirio agudo.

Si hoy prevalece esta opinion de los médicos contra las leyes civiles y las leyes del Cristianismo, es una desgracia, porque es falsa. Pero admitámosla como verdadera, y consideremos á todos los suicidas no evidente y ostensiblemente enajenados, sino atacados de enfermedad ó de delirio agudo; entonces preguntaremos, ¿por qué el efecto de este delirio agudo ó el suicidio no se observa precisamente sino en las gentes sin creencias, sin principios, y sobre todo sin prácticas religiosas?

Por lo general un suicida estremece á una poblacion, á un cuartel ó distrito de ella, y á cualquiera clase de la sociedad que pertenezca este transfuga de la vida, de cualquiera edad, sexo ó temperamento que sea, si no pasa por loco á los ojos de las personas que le conocen, estad seguros, y podeis afirmarlo de antemano, que este individuo era un hombre sin religion y sin creencias, ó á lo menos sin prácticas religiosas, ó que ignoraba completamente la Religion. Se nos dirá que personas muy religiosas pueden atentar contra su vida. Si; pero este suicidio puramente material no ocurre sino en un estado evidente de enajenacion mental, y es por consiguiente cometido sin libertad moral; y en este caso deja de ser un crimen. Se nos objetarán todavía las observaciones de Gall, que refiere que personas muy devotas que reunen á la fe la práctica de la Religion, y que desean vivamente morir para ir á gozar de la felicidad eterna, no pudiendo por principio de conciencia resolverse á darse la muerte ellas mismas, han preferido matar á otro con el objeto de merecer que se les mate, en castigo de su crimen; y hé aquí su raciocinio: «Si me suicido, mi alma es perdida para siempre; pero si ejerzo el asesinato sobre otro, no por esto dejaré de perder mi vida, pero tendré el tiempo de arrepentirme, y Dios me perdonará». Ó estas personas no esta-

¹ Segun esto, el que está resuelto á matarse podrá muy bien por cualquier motivo atentar contra la vida de su semejante, porque no le contiene nada, ni aun el miedo de la muerte. «Uno de los mayores principios que debe hacer valer la sociedad contra el suicidio es, que desde que la vida ya no es nada para un hombre, es dueño de la de los demás; de modo que del deseo de morir al deseo de matar no hay mas que un paso... De cualquiera manera que se considere el suicidio, se le puede definir como un robo hecho á la sociedad, «y como un atentado contra la naturaleza.» (Delisle, *Fil. de la naturaleza*, tomó III, pág. 309).

ban en su juicio, y en este caso su historia no hace para nuestro asunto, ó se hallaban en una grosera ignorancia de la Religion; entonces confirma su conducta lo que dejamos establecido, á saber, que la causa del suicidio es la ignorancia de la Religion: notad bien que todavía eran los principios religiosos los que han impedido el suicidio directo; por lo demás, la práctica de la Religion no es preservativo contra el suicidio si no se reune con los principios de la fe ortodoxa.

Ahora si consideramos lo que el suicidio es á los ojos de la Religion y de las leyes humanas, se verá que no es un *delirio agudo*, una *enfermedad*, sino un acto verdaderamente criminal, porque es cometido con mas ó menos libertad, segun la fuerza de la pasion que le ha ocasionado ó determinado; pero que sea ó no el suicidio una enfermedad, siempre se observa en la misma clase de individuos. Solo el irreligioso es victima de este delirio agudo, ó mas bien de esta pasion súbita y violenta, porque no recibiendo de la Religion ningun socorro, ni arma alguna para defenderse de ella, se abandona á la fogosidad impetuosa y casi indómita de sus pasiones; mientras que el hombre religioso resiste con el auxilio de la fe, y sale victorioso de la lucha, encontrando en ella el uno su perdicion y su vergüenza, y el otro su gloria y su triunfo. Voy mas léjos: admito que este último caiga á los golpes de la misma adversidad que el incrédulo (lo que raras veces debe suceder, porque por lo general es mas moderado en sus deseos, y mas prudente en sus negocios y empresas); admito, digo, que el hombre de convicciones religiosas sienta la perturbadora influencia de estas violentas conmociones, de estos choques bruscos y terribles que trastornan y despedazan á los que no tienen fe ni Religion; en este caso resistirá á la tempestad, porque es fuerte por la fuerza de su fe; continúa tranquilo, y muestra una resignacion perfecta á la voluntad de Dios: podrá sin duda alligirle, porque es hombre, un trastorno repentino, una pérdida súbita de su fortuna; pero esto no le desespera, el justo, el verdadero sabio, el filósofo cristiano, permanece en pié y tranquilo entre las ruinas: *impavidum ferient ruinae*... Ninguna tormenta terrestre le trastorna, ningun acontecimiento humano le abate, porque se halla fijo y firme encima de la roca inmutable de la fe. Este principio

poderoso de acción le hace fuerte y capaz de todo; si, el que cree todo lo puede, *omnia posibilia sunt credenti*¹. Viajero de un día en las regiones extranjeras, mira los movimientos de la vida que se llaman desgracias, como accidentes del viaje: continúa su camino al través de los tiempos, y no se para hasta que ha llegado al reposo de su patria eterna y verdadera.

Ciertamente que muchos se habrían dado la muerte si no hubiesen sido retenidos por los principios religiosos: los mismos médicos, como Esquiral, refieren hechos en apoyo de esta asercion; nosotros podríamos citar también algunos.

Si, según la opinion que se supone que hoy domina, ó según la doctrina de los médicos, el suicidio es efecto ordinario de una enfermedad, la Religión ha evitado millares de suicidios, y millares de enfermedades que lo habrían determinado. ¿Podrá acaso decirse otro tanto de la medicina ó de las demás instituciones humanas? ¿Se encuentran muchas personas que digan: Yo me hallaba reducido á una desesperacion horrorosa por la pérdida total y repentina de toda mi fortuna, de mi honor, de mi reputacion, etc.; la medicina únicamente me ha impedido de sucumbir á mi desesperacion, y de concluir con mi desgracia por medio del suicidio? Y en el caso que consiguiese la medicina este feliz resultado, lo debería más bien á los medios morales que la procuraría la Religión, que á los recursos materiales de la terapéutica. Filósofo crítico, despreciador orgulloso de las creencias religiosas, concibe, en fin, que la Religión es una cosa buena, pues que impide que los hombres se vuelvan locos y se maten.

Es muy singular que sea más frecuente el suicidio en los pueblos á medida que se retira de ellos el Catolicismo, y que se desconozca generalmente en los que la religion católica se observa y se practica exactamente. El suicidio era desconocido en España mientras este pueblo ha sido observador sincero de la religion católica, y que la ha practicado exactamente. Observad lo sucedido en Inglaterra, tierra clásica del suicidio desde que el Catolicismo ha sido de ella desterrado²! En los Estados de Italia, de Aus-

¹ Marc. ix, 22.

² «Los romanos, dice Voltaire, que no tenían el esplin, no ponían ninguna dificultad en darse la muerte; y era porque racionaban y eran filósofos...

tria y de otros países católicos de Alemania, el suicidio ha sido siempre raro; y si hoy se ha hecho más frecuente, no es sino á proporción del espíritu de impiedad y de filosofía, que ha traído á estos pueblos la corrupcion y la desmoralizacion, y hecho fermentar las masas con el fuego de las revoluciones y de las guerras incesantes.

Retrocedamos por un instante á los tiempos felices de la primitiva Iglesia: en estos siglos de fe y de amor no se conocía el suicidio. El Paganismo materialista, cruel y voluptuoso, era el único que estaba en posesion de este secreto infernal que enseña al hombre á destruirse él mismo... Testigos los Epicúreos y los Estóicos que permitían los suicidios á sus sábios.

Más adelante ó más acá de estas épocas ya no se vió reinar este crimen de lesa sociedad en todas las nuevas cristiandades que tan maravillosamente han sido levantadas en casi todos los puntos del globo, en las Indias, en el Japon, en América, etc., etc.; y encontradme, si es que podeis, un solo caso de suicidio en esta república admirable del Paraguay, fundada por los Jesuitas. «Algunos pobres clérigos, penetrando con una cruz de madera en la mano en aquellas regiones incultas, habitadas por salvajes, crearon en ellas con solo el poder de la verdad y de la virtud una república tan perfecta, que la imaginacion en sus sueños más brillantes no se representó jamás nada semejante. Hubiera podido creerse ver algunos afortunados hijos de Adán, escapados de la maldicion que aterró á su raza, gozar en paz de la inocencia y de la dicha que la sigue en los bosques deliciosos de «Eden»¹.

En Inglaterra mismo, en los días más hermosos de su fe, antes que se revelase contra la verdad, ó sea antes de su grande y funesta herejía, ¿se vió acaso como se ve hoy ejerciendo el suicidio su imperio y sus deplorables trastornos? Y aun actualmente,

«Hoy los ciudadanos ingleses son filósofos, y los ciudadanos romanos no son nada; por esto los ingleses se quitan la vida con orgullo cuando les parece.» (Cuestion. enciclopéd., art. Suicidio).

En cuanto á los franceses, se sabe lo que son después de Voltaire; racionan, son filósofos, y se matan filosóficamente.

¹ Tratado sobre la Indiferencia en materia de religion, tomo 1, pág. 420.

¿que diferencia no se nota sobre este particular entre la Irlanda católica y la Inglaterra protestante ?

Se dirá tal vez, ¿por qué tantos suicidios en Francia, siendo como es un país católico? La razón es sencilla; consiste en que los que terminan voluntariamente su vida sin ser atacados de ninguna enfermedad, no son cristianos católicos sino por el carácter del bautismo, y por el nombre que este Sacramento les impone; pero no por la conducta y las virtudes que les enseña la religión católica. Y á la verdad no son ni católicos ni protestantes, ni positivamente cristianos, porque si hubiesen sido buenos católicos, no se habrían suicidado por mas reveses que hubiesen tenido que soportar.

Hacia muchos meses que esto se hallaba escrito, cuando supe que un noble Par de la alta Cámara legislativa habia sostenido con razón en la sesión del 7 de febrero de 1838, que el escepticismo y la irreligion son las causas mas determinantes del aumento del número de los enajenados, y que este número despues de Enrique VIII se acrecentó prodigiosamente en Inglaterra. De otro lado, y en la misma sesión, el ministro del Interior miraba como positivo que la enajenación mental proviene especialmente de los vicios que afligen á la humanidad, y no creia que sobre este punto hubiese divergencia de opiniones en la Cámara.

Resulta, pues, de la semejanza de estos dos discursos que los vicios que afligen á la humanidad se han aumentado prodigiosamente desde Enrique VIII; esto es evidente. Hemos probado que desde esta misma época, en la que el Catolicismo fue proscrito de Inglaterra, el número de suicidios se ha tambien aumentado prodigiosamente entre los ingleses; y que son los vicios y las pasiones los que los causan. Se sigue, pues, que la abolición del Catolicismo no solamente es causa del gran número de suicidios en Inglaterra, sino tambien del de los locos. Ahora, que el suicidio sea ó no efecto de una enfermedad, poco nos importa; siempre se deduce que la supresion del culto católico en Inglaterra ha llevado allí todos los vicios y todas las pasiones, que son la causa principal del excesivo número de muertes voluntarias y de locos.

Ya en 1821 habia probado este hecho el Sr. de Lamennais; estas son sus palabras:

«En el reinado de Enrique VIII el número de locos aumentó prodigiosamente en Inglaterra, y despues ha ido siempre en incremento; en Francia aumenta tambien todos los años; y estamos persuadidos que en España, donde hace treinta años era el país en que habia menos, se multiplicarán indudablemente á medida que disminuirá allí la fe. Un médico italiano habia calculado en el siglo último, que existian en Italia, proporcionalmente á su población, diez y siete veces menos locos que en los países protestantes.» (*Tra- tado sobre la Indiferencia en materia de religion*, tomo II, pref., p. LXXV).

¿De dónde viene, pues, esta ventaja inmensa de la religión católica sobre el Protestantismo? De la inmóvil y sólida columna de la verdad, basa del edificio católico, contra la cual no prevalecerá ninguna potencia creada, y en segundo lugar de todas las prácticas santas y eminentemente vivificadoras del Catolicismo. Y efectivamente, la confesión católica por ejemplo, ¿no es por ventura una palanca moral de un poder infinito? Serian necesarios muchos volúmenes para referir los males que ha evitado este tribunal de misericordia, y los bienes sin número que ha proporcionado. Penetrad en el secreto de las familias, y sabréis lo que deben los hombres á esta admirable institución divina. ¡Cuántos odios aplacados, cuántas enemistades apaciguadas; cuántos parientes, cuántos ciudadanos reconciliados; cuántas iniquidades prevenidas, restituciones obradas, delitos reparados; cuántas víctimas arrancadas al vicio, penas consoladas, desesperaciones calmadas, y suicidios impedidos! Finalmente, ¡qué dulzura celestial é inefable no derrama la confesión sobre las almas! No es de nuestro objeto el entrar en estos detalles; nos contentaremos con referir aquí abreviadamente un solo hecho bien singular de un suicidio prevenido por el solo medio de la confesión.

«... Un jóven de una provincia lejana de la capital, no encontrado en su libertinaje en vez de esta embriaguez de la felicidad que de él se habia prometido, sino disgusto, amarguras y tormentos, el horror de la vida se apoderó de él, y determina desembarazarse del peso de una carga que venia á serle de mas á mas importuna é intolerable. Por consideraciones no obstante al honor de su familia, sobre la cual temia recayese el oprobio de la acción que estaba meditando, tomó el partido de irse á Paris, y de enterrar allí con su vida, debajo las olas del Sena, su nombre y su memoria.

«Llegado que hubo á la capital se decide felizmente á prorogar la ejecución de su designio funesto; y sea horror de su destrucción, ó sea un resto de esperanza, quiere tentar una prueba última, y beber hasta la hez la engañosa copa del placer. Consume en el juego, en los espectáculos y en toda clase de excesos todos los recursos que le quedan en dinero.

«... Acuérdate que es costumbre en su país el prepararse con la

«confesion al gran viaje del otro mundo; dócil á esta inspiracion, entra en la primera iglesia que se le ofrece al paso, San Roque, y se presenta á su vez al sagrado tribunal, en donde un santo cura parece esperar expresamente á la oveja extraviada. Este penitente singular hace su confesion de la manera mas completa posible en su estado de grosera ignorancia; se acusa con candor de todo lo que cree malo, mas sin decir palabra de su disposicion al suicidio; y con la misma ingenuidad pide en seguida la absolucion. El confesor atónito, le representa con dulzura la necesidad de tomar un término razonable para consolidar la obra de su conversion é instruirse, y le convida á que venga á verle de tiempo en tiempo para recibir consejos y la instruccion fundamental que le falta. Este lenguaje no podia convenirle á un hombre á quien no quedan de vida mas que veinte y cuatro horas, y alega la imposibilidad absoluta en que se halla de volver. Esta palabra es un rayo de luz para el confesor, que en el fondo de esta pobre alma descubre un fatal secreto, cuya declaracion sabe mañosamente alcanzar.

«Yo tenia; Padre, alguna repugnancia en confesárselo, replica este desgraciado; mas puesto que lo exigis, debo deciroslo: *mañana me suicido*, por esto os pido hoy la absolucion.

«Entonces se rasga el velo espeso que le oculta la verdad; se le declara la ilusion extraña en que se halla, el crimen de su disposicion homicida, y el término fatal á que le conduciría. Estremecido á la vista del abismo á que iba á precipitarse, se lanza en los brazos de la misericordia que se le ofrecen abiertos para recibirle, resuelto á satisfacer á toda la severidad de la justicia divina: pide una casa de penitencia, la mas austera posible; finalmente, venido poco despues á la Trapa, encuentra en medio de las privaciones y de las austeridades la dicha que buscara en vano en el seno de las voluptuosidades sensuales; y esto es lo que ha mas de cien veces confesado á sus diferentes superiores, en alabanza de la Gracia. ¡Se concibe la venturosa revolucion de un corazón hambriento de felicidad, que así pasa de una horrenda desesperacion á la mas deliciosa esperanza!

«Yo era desgraciado, dice; no esperaba hallar en ninguna parte esta felicidad para la cual sentia latir mi corazón; iba á hacer

«irremediable mi desgracia, haciéndola eterna; con un paso mas habria llegado al abismo de todos los males; la mano de Dios me ha detenido milagrosamente al borde del precipicio; me ha descubierto la perfecta dicha en la que no me atrevia á esperar, y que miraba como un sueño y como una ilusion; me ha colocado en el camino seguro que á ella conduce... Despues de quince años de la vida de la Trapa que le habian parecido un instante, y durante los cuales no hubo que reprocharle sino un fervor demasiado excesivo, se durmió en el Señor, no solamente con resignacion y calma, sino con los transportes del amor mas vivo, y con los deseos mas ardientes para la patria celestial¹.»

DE LAS PRINCIPALES CAUSAS OCASIONALES Ó DETERMINANTES DEL SUICIDIO.

No consideramos aquí el suicidio como efecto de una lesion intelectual ó afectiva, es decir, de una enajenacion mental, ó de una mania ó monomania: estas son enfermedades que privan al hombre de su razon y de su libertad, siendo por consiguiente del dominio de la patología ó de la medicina. No queremos hablar aquí ahora sino del suicidio cometido con conocimiento, reflexion y libertad, y que por lo mismo es mas ó menos criminal ante Dios y ante los hombres. Convenimos, sin embargo, que puede haber casos en que una imprevista y violenta explosion de una pasion cualquiera, ó una desesperacion extrema puede quitar al hombre toda su razon y libertad; y este es el caso del delirio agudo de los médicos, del cual hemos ya hablado, ó mas bien una verdadera pasion aguda que aquí asimila el suicidio al homicidio cometido bajo el imperio de las mismas circunstancias y de las mismas pasiones. En el actual estado de nuestra depravacion moral, las leyes positivas humanas deben poner una grande diferencia en la aplicacion de las penas afflictivas, segun el grado de reflexion y de libertad presuntas; pero á los ojos de la justicia eterna, los crímenes no son tan considerados en sí mismos como en su principio y en su causa, en el sentido que el hombre tenia el poder de evitarlos, me-

¹ *La Trapa mejor conocida*, pág. 176. Este santo varon falleció en 1827.

«confesion al gran viaje del otro mundo; dócil á esta inspiracion, entra en la primera iglesia que se le ofrece al paso, San Roque, y se presenta á su vez al sagrado tribunal, en donde un santo cura parece esperar expresamente á la oveja extraviada. Este penitente singular hace su confesion de la manera mas completa posible en su estado de grosera ignorancia; se acusa con candor de todo lo que cree malo, mas sin decir palabra de su disposicion al suicidio; y con la misma ingenuidad pide en seguida la absolucion. El confesor atónito, le representa con dulzura la necesidad de tomar un término razonable para consolidar la obra de su conversion é instruirse, y le convida á que venga á verle de tiempo en tiempo para recibir consejos y la instruccion fundamental que le falta. Este lenguaje no podia convenirle á un hombre á quien no quedan de vida mas que veinte y cuatro horas, y alega la imposibilidad absoluta en que se halla de volver. Esta palabra es un rayo de luz para el confesor, que en el fondo de esta pobre alma descubre un fatal secreto, cuya declaracion sabe mañosamente alcanzar.

«Yo tenia; Padre, alguna repugnancia en confesárselo, replica este desgraciado; mas puesto que lo exigis, debo deciroslo: *mañana me suicido*, por esto os pido hoy la absolucion.

«Entonces se rasga el velo espeso que le oculta la verdad; se le declara la ilusion extraña en que se halla, el crimen de su disposicion homicida, y el término fatal á que le conduciría. Estremecido á la vista del abismo á que iba á precipitarse, se lanza en los brazos de la misericordia que se le ofrecen abiertos para recibirle, resuelto á satisfacer á toda la severidad de la justicia divina: pide una casa de penitencia, la mas austera posible; finalmente, venido poco despues á la Trapa, encuentra en medio de las privaciones y de las austeridades la dicha que buscara en vano en el seno de las voluptuosidades sensuales; y esto es lo que ha mas de cien veces confesado á sus diferentes superiores, en alabanza de la Gracia. ¡Se concibe la venturosa revolucion de un corazón hambriento de felicidad, que así pasa de una horrenda desesperacion á la mas deliciosa esperanza!

«Yo era desgraciado, dice; no esperaba hallar en ninguna parte esta felicidad para la cual sentia latir mi corazón; iba á hacer

«irremediable mi desgracia, haciéndola eterna; con un paso mas habria llegado al abismo de todos los males; la mano de Dios me ha detenido milagrosamente al borde del precipicio; me ha descubierto la perfecta dicha en la que no me atrevia á esperar, y que miraba como un sueño y como una ilusion; me ha colocado en el camino seguro que á ella conduce... Despues de quince años de la vida de la Trapa que le habian parecido un instante, y durante los cuales no hubo que reprocharle sino un fervor demasiado excesivo, se durmió en el Señor, no solamente con resignacion y calma, sino con los transportes del amor mas vivo, y con los deseos mas ardientes para la patria celestial¹.»

DE LAS PRINCIPALES CAUSAS OCASIONALES Ó DETERMINANTES
DEL SUICIDIO.

No consideramos aquí el suicidio como efecto de una lesion intelectual ó afectiva, es decir, de una enajenacion mental, ó de una mania ó monomania: estas son enfermedades que privan al hombre de su razon y de su libertad, siendo por consiguiente del dominio de la patología ó de la medicina. No queremos hablar aquí ahora sino del suicidio cometido con conocimiento, reflexion y libertad, y que por lo mismo es mas ó menos criminal ante Dios y ante los hombres. Convenimos, sin embargo, que puede haber casos en que una imprevista y violenta explosion de una pasion cualquiera, ó una desesperacion extrema puede quitar al hombre toda su razon y libertad; y este es el caso del delirio agudo de los médicos, del cual hemos ya hablado, ó mas bien una verdadera pasion aguda que aquí asimila el suicidio al homicidio cometido bajo el imperio de las mismas circunstancias y de las mismas pasiones. En el actual estado de nuestra depravacion moral, las leyes positivas humanas deben poner una grande diferencia en la aplicacion de las penas afflictivas, segun el grado de reflexion y de libertad presuntas; pero á los ojos de la justicia eterna, los crímenes no son tan considerados en sí mismos como en su principio y en su causa, en el sentido que el hombre tenia el poder de evitarlos, me-

¹ *La Trapa mejor conocida*, pág. 176. Este santo varon falleció en 1827.

dante los socorros que le prestan la razon, la ley natural, y sobre todo la Religion revelada ó el Cristianismo.

No considerando aquí sino el suicidio libre y voluntario, ó el efecto de una voluntad pervertida, no hablaremos de las causas patológicas ó enfermedades mentales, en tanto que estas son causas del suicidio.

En la enumeracion de estas causas no adoptaremos otra clasificacion, sino el orden de su frecuencia presunta. Llamamos á estas causas ocasionales ó determinantes, porque no han sido otra cosa que la ocasion ó el motivo, la circunstancia determinante del suicidio, y no la causa verdadera, la causa primera y productriz sin la cual no habria tenido lugar el suicidio. Hemos visto mas arriba, que estas causas primeras verdaderas son, la ausencia de la fe, de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y mas que todo la falta de práctica de la religion católica.

CAUSAS OCASIONALES Y DETERMINANTES.

1.º Las mas frecuentes son sin contradiccion las penas violentas y los ataques repentinos de desesperacion, ocasionados por un revés imprevisto de la fortuna, la pérdida total é inopinada de los bienes, del honor, de la reputacion; la pérdida del crédito en los negocios mercantiles y el comercio, por la imposibilidad absoluta de cumplir con las obligaciones contraidas; las grandes y peligrosas empresas que han salido mal, altas especulaciones abortadas ó desconcertadas; quiebras y bancarotas; pérdidas considerables en el juego, causa bastante frecuente del suicidio en los estudiantes de medicina, de derecho, ó en los discipulos artistas, que algunas veces pierden en una noche todo el dinero necesario para todo el año, y otros mil accidentes de este género.

La miseria extrema conduce frecuentemente al suicidio. Nunca tal vez ha sido esta mayor, mas espantosa y mas general que en nuestros dias, y nunca tal vez ha sido menos socorrida y consolada. ¡Cuántas gentes, sin otro recurso que su trabajo, á las que este les falta! ¡Cuántos pobres enfermos, incapaces de subsistir de otro modo que por la limosna, y que esta les falta! ¡Cuántas gentes de la clase infima son enterradas y perdidas en la materia, sin idea algu-

na religiosa ni moral, que van locamente á gastar en un instante el fruto de sus sudores, dejando sin pan á su familia hambrienta, pálida y extenuada de miseria! ¡Este pobre pueblo á quien tanto se le quiere hoy instruir, no tiene un sentimiento que le eleve sobre sus necesidades fisicas, ni una idea que ponga freno á sus pasiones brutales, ni un pensamiento que pueda consolarle en sus males, ni enseñarle á soportarlos!...

Otras causas frecuentes. Todas las pasiones vehementes y desordenadas llevadas al extremo: la cólera, los celos, la ambicion burlada, el amor infiel, el honor comprometido, una pena viva é inesperada, intrigas descubiertas, la nostalgia, el abuso de los gozes fisicos, la pasion desenfrenada á la bebida, el onanismo, etc., en fin, ciertas pasiones secretas de los ricos, el terrible *taedium vitae*. Tratarémos de esto mas adelante.

Otras causas. Depravacion del género de literatura, mas en contacto con una gran parte de las poblaciones, las novelas y el teatro; es fácil de concebir lo que trastorna el espíritu y el juicio, y sobre todo cuánto corrompe el corazon de la juventud la lectura de estos libros. Todo en ellos es exagerado, falso é inverosímil: estas producciones singulares y bastardas del espíritu humano están sembradas muchas veces de episodios dramáticos los mas terribles y los mas á propósito para trastornar la sensibilidad y las funciones nerviosas de los jóvenes, para irritar y exaltar prodigiosamente sus pasiones, inspirarles gustos de ruina, de destruccion, de sangre, de horror, y en fin, de suicidio.

Estas reflexiones se aplican igualmente á los teatros ó espectáculos, que son aun mas peligrosos á los ojos del verdadero sábio. Los teatros, donde se sienta un gentío frívolo y voluptuoso, no son en realidad sino escuelas de mentira y de corrupcion, en las cuales se enseñan vicios ciertos para corregir el ridículo exagerado, ó donde se agota la sensibilidad y la compasion por desgracias imaginarias, para no encontrarla ya en los casos de aflicciones positivas y reales, sociales y domésticas: no hablo de otro género de seduccion que fácilmente se adivina. En las representaciones dramáticas las mas veces ¡qué de aventuras trágicas, qué de acontecimientos terribles, catástrofes sangrientas, escenas de horror, de desesperacion, de sangre, de homicidio y de suicidio, que familiarizan á los

hombres con las ideas del crimen y de destrucción, y los entregan sin defensa al delirio fogoso de sus pasiones! En vista de esto ya no nos parecerá extraño el ver en este estado de exaltación moral, que los accidentes reales y ordinarios de la vida, los choques de las pasiones sociales puedan fácilmente conducir á una funesta y triste realización. Es necesario decirlo francamente, el drama francés moderno ha venido á ser una cátedra de inmoralidad, de infamia y de horrores, es decir, de asesinato, de suicidio y de prostitución. «Observad los teatros, exclama Carlos Dupin en un discurso público, teniendo escuela de corrupción y de maldad... pisoteando las virtudes más santas, con la intención patente de hacer apreciar, halagar y admirar el duelo, el suicidio, el homicidio y el parricidio, el envenenamiento, el estupro, el adulterio y el incesto; preconizando estos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, como un progreso de las almas grandes que se elevan sobre la virtud de los idiotas, de la religión de los simples, y de la humanidad del pueblo común. Esta literatura ponzoñosa nos conduce por la corrupción á la barbarie.»

La lectura de los libros que ensalzan el suicidio es igualmente peligrosa. Madama de Staël asegura que la lectura de Werter, de Goethe, ha producido en Alemania muchos suicidios. El suicidio, dice Esquirol, es mucho más frecuente en Inglaterra desde que han hecho su apología los Doune, los Blount, los Gildon, etc. Lo mismo sucede en Francia desde que se ha escrito en favor del asesinato de sí mismo, y que unos lo han representado en los libros y en el teatro como un acto indiferente, ó como un acto de valor y honorífico, y que otros han sostenido que no es sino una simple enfermedad. No pensaba así el primer Cónsul en 1800. Hé aquí una orden del día de Saint-Cloud (1800).

«El granadero Gaboin se ha suicidado por amor; era un excelente sujeto. Este es el segundo caso de este género que ocurre en el cuerpo hace seis meses.

«El primer Cónsul manda que sea puesto en la orden de la guardia:

«Que un soldado debe saber vencer la melancolía de las pasiones, lo mismo que al enemigo en el campo de batalla; que el que

«se mata es un desertor del puesto que abandona, un cobarde que «huye antes de haberse batido.» Si por su educación no ha aprendido el hombre á respetar los preceptos religiosos, á llenar los deberes de la sociedad, á soportar las vicisitudes de la vida; si se le ha enseñado á despreciar la muerte, á desdeñar la vida, es positivo que el hombre se hallará mejor dispuesto á terminar voluntariamente su existencia así que experimente alguna pena ó algún revés. Un estudiante educado en principios religiosos, cae en profunda melancolía, habla de morir, pregunta varias veces á un compañero si hay un alma. Este le responde negativamente; en fin, después de una lucha penosa entre los principios de la infancia y los errores de la juventud, acaba por matarse.

«Un niño de trece años se ahorca, y deja un escrito que contiene estas palabras: *¡Lego mi alma á Rousseau, y mi cuerpo á la tierra!*

«El suicidio de Ricardo Smith y de su mujer, el de Felipe Moréan, que se mató sin más razón que la de que cuando no se está contento en su casa es preciso dejarla, fueron la señal que, con una desenfadada libertad de pensar y de obrar, hizo el suicidio tan frecuente en Inglaterra, que los mismos historiadores ingleses convienen en que la Inglaterra es el suelo natal del suicidio.»

Contarémos, según Esquirol, la historia del suicidio de Ricardo Smith en 1726. «Ricardo Smith dió al mundo un espectáculo extraño; había sido rico, y estaba pobre y enfermo; tenía una mujer con quien no podía partir más que la miseria, y un niño en la cuna. Ricardo y su mujer, después de haberse de común acuerdo abrazado, y después de haber dado el último beso á su niño, y después de haberle muerto, se colgaron á las columnas de su cama: se encontró una carta escrita de su mano, que contenía estas palabras: *Creemos que Dios nos perdonará... hemos dejado la vida porque éramos desgraciados, y estábamos sin recurso alguno: hemos hecho á nuestro hijo único el servicio de matarle, temiendo que fuese tan infeliz como nosotros.* Es de observar que estos malvados, después de haber muerto á su hijo, escribieron á un amigo recomenándole el perro y el gato¹:» esto está en el ca-

¹ Dictionario de ciencias médicas, tomo LIII, pág. 247 y 248.

rácter de los ingleses. Hé aquí un suicidio reflexionado, premeditado, efecto evidentemente de la extrema miseria. Si este matrimonio hubiese tenido fe y religion, á buen seguro que habria tomado en ellas la resignacion cristiana, y la fuerza de soportar el peso de la adversidad y de la vida.

Otra causa predisponente para el suicidio son los anuncios y las historias detalladas de todos los homicidios y suicidios con que los diarios llenan tan á menudo y tan inútilmente sus columnas. La lectura frecuente de estos detalles horribles familiariza con la idea del crimen y de la muerte trágica, novelesca y singular; inspira el gusto de los acontecimientos dramáticos, y hace desear todo lo que es fantástico y fuera de la regla: estos ejemplos frecuentes pueden ser contagiosos, al paso que la moral pública nada puede ganar con ellos.

No puedo dejar de citar aquí textualmente un trozo de una profunda exactitud del artículo *suicidio*, por Esquirol. «Los amigos de la humanidad pueden desear que descansa la educacion sobre principios mas sólidos de religion y de moral; deben reclamar contra la publicacion de escritos que inspiran el desprecio de la vida, y ensalzan las ventajas de la muerte voluntaria; deben señalar al Gobierno los daños que resultan de publicar las enfermedades á que el hombre está expuesto. ¿No hay verdaderamente de qué lamentarse al ver la locura y sus extravíos representados en los teatros, y entregados al brutal regocijo del público? Deben pedir con instancia que se prohiba á los diarios el anunciar los suicidios, y referir las circunstancias mas minuciosas del asesinato. Estas publicaciones familiarizan con la idea de la muerte, y hacen mirar con indiferencia la muerte voluntaria. Los ejemplos que provocan la imitacion son contagiosos y funestos; y tal individuo, perseguido por los reveses ó por alguna pena, no habria atentado á su vida, si no hubiese leído en un diario la historia del suicidio de un amigo ó de un conocido. La libertad de escribir no puede prevalecer contra los verdaderos intereses de la humanidad».

El exceso de civilizacion que mantiene el lujo, y que crea á la sociedad nuevas necesidades, origen harto frecuente de la ruina de las familias, las opiniones excesivamente exaltadas, las gran-

¹ *Diccionario de ciencias médicas*, tomo LHI, pág. 280.

des perturbaciones sociales, los trastornos políticos, las revoluciones, las conmociones populares, etc., pueden tambien ser causas de suicidio.

¿De qué proviene ahora que los ricos, los grandes, los felices del siglo se maten hoy como los otros hombres? La felicidad, dice Rousseau, no tiene insignia exterior; para juzgar de ella es forzoso leer en el corazon del afortunado. ¡Cuántos grandes que cree el vulgo en el cúmulo de la felicidad, son atormentados de disgustos, y llenos de amargura, víctimas de las pasiones mas violentas! El brillo que les rodea no deja percibir las agonias secretas y crueles que sin cesar les atormentan; y esto se concibe, pues que los grandes por su fortuna, por su rango y por su dignidad, pueden estar sujetos á grandes pasiones, y por consiguiente á causas grandes de suicidio. Añádase á esto este fastidio inexorable de la vida que les persigue algunas veces de una manera tan implacable y tan continua, que concluye muchas veces por conducirles al suicidio.

¿Quiénes son los que se dan la muerte? ¿Es el miserable que anda por las calles implorando la caridad pública para no morir? No, sino este hombre opulento que acaba de negarle las migajas de su mesa. ¿Es el cristiano echado sobre un mal jergon presa de los tormentos de la enfermedad? No, sino este voluptuoso al salir de una borrachera. ¿Es acaso este otro entregado enteramente al dolor, que riega con sus sudores el pedazo de tierra que alimenta á sus hijos? No, sino este rico perezoso á quien he visto hacer algunos años dejar bostezando una reunion brillante: se fastidiaba, y se ahorcó para distraerse. No nos hagamos ilusion; el rico y el poderoso incrédulo no son felices, y aun cuando á fuerza de buscarle me presentáseis uno que lo fuese en apariencia, os diria: esperemos. Hé aquí que viene la muerte con las convulsiones de la rabia, con los terrores del porvenir, con los gritos de la desesperacion. La muerte del cristiano es la tarde de un hermoso dia, la muerte del impío es un rayo en una noche de tormenta. (*Monitor de las ciudades y de los campos*, 1836).

Hasta la supresion de las Órdenes monásticas ha contribuido, en nuestra opinion, á hacer el suicidio mas frecuente. Entiendo únicamente las Órdenes austeras, fuerte y severamente constituidas,

resistiendo ordinariamente al tiempo, que á la larga gasta y destruye todas las instituciones humanas.

¡Cuántas almas hay en el mundo que fatigadas y agotadas de vida volverian á encontrar; recogerian en el silencio de las pasiones la existencia que se les escapa, y la animarian y fortalecerian con la clara vista de la verdad, y con la práctica de la virtud! La vida contemplativa y activa á un mismo tiempo reanima los espíritus rectos y hambrientos de verdad; los nutre y los eleva á la altura de su naturaleza con verdades de un orden superior, que reemplazan la mentira y las ilusiones del mundo.

Otras almas, bajo los redoblados golpes de la adversidad, ó despedazadas con choques imprevistos y violentos, agriadas por la indiferencia y la ingratitud de los hombres, vendrian á reposar en las sombras de un claustro de las penas y de las fatigas de la vida, y respirarian allí un aire puro que dilata el corazón; hallarian finalmente dulces simpatías en hombres que no han visto nunca; y bien pronto el encanto poderoso de la Religión les inspiraria sentimientos de consuelo, de paz y de felicidad de que jamás gustaron, y que el mundo no conoce ni puede dar á sus partidarios.

En estos asilos santos, en estos hospicios de las almas enfermas, se encuentran otros remedios que la desesperacion, otra vista que la de la nada, otra perspectiva que la del suicidio y del sepulcro.

Las faltas y los vicios, por una maravillosa alquimia espiritual, si se la puede llamar así, son allí transformados en el oro puro de la caridad divina; y la inocencia se ha allí refugiado como en un puerto tranquilo, para ponerse á cubierto de las tormentas y de los escollos del mundo corrompido.

Nuestros filántropos pueden compadecer las víctimas del celibato ó de la continencia monástica; pero mucho mas tienen de que gemir por el celibato del libertinaje, tan comun en nuestros dias, y que acaba muchas veces por el suicidio.

Y sino que se vea en este siglo corrompido cuántas personas de un sexo débil, seducidas, deshonradas, abandonadas, y entregadas á los horrores de la miseria, apagan voluntariamente la llama de la vida en un vapor mortal, ó ahogan sus penas con

la vida en las olas del vecino río¹. Por lo que hace al celibatarío filósofo, si acaso su materialismo y su moral voluptuosa le disgustan de una vida gastada é insípida, desdeñará indudablemente este género de muerte tan oscuro, tan vulgar y propio solo de mujeres, y se quemará los sesos noblemente.

No he pretendido hacer aquí la apología de las Órdenes monásticas, porque habria mucho que decir sobre este punto. Seria para ello necesario recordar los grandes é importantes servicios que han hecho á la sociedad: que á ellas se les debe la conservacion de las ciencias y de las letras, y en mucha parte los beneficios de la primera de las artes, la agricultura². Los curas y los frailes, contra quienes se afecta por lo general un desprecio tan injusto como estúpido, han sido los que han salvado á la sociedad francesa de la ignorancia y de la barbarie; mas, lo repito, no es de mi objeto el considerar la vida cenobítica en sus relaciones varias de utilidad con la sociedad entera. No he querido señalar sino una cosa que escapa generalmente á la observacion de nuestros modernos pensadores, á saber, que las casas religiosas recogen con cuidado, y admiten en su seno las almas enfermas, los corazones lastimados, á los que la sociedad, impotente para curarles, abandona sin consuelo ni esperanza, abriéndoles así la puerta del suicidio. Se sabe que Napoleon mismo habia reconocido necesaria la existencia de cierto número de conventos para que sirvieran de asilo para las grandes desgracias de los hombres colocados en situaciones extraordinarias, y de refugio para las imaginaciones exaltadas; que son peligrosas en el mundo, y á las que no sirve el mundo sino de carga y de disgusto. Aun cuando no existiese otra ventaja que la

¹ El suicidio es menos frecuente en las mujeres que en los hombres, porque aquellas por lo general son mas retenidas por los principios religiosos. «Dudo, dice Gall, que se pueda atribuir la causa á la debilidad de su constitucion, á la dulzura de su carácter, á su timidez; porque la debilidad de su constitucion antes las expondria mas pronto á sucumbir que á resistir: en cuanto á su dulzura y timidez, es fácil que estemos de acuerdo.» (Tomo IV, pág. 344).

² Hé aquí las palabras de Mirabeau: «La mayor parte de los establecimientos monásticos hoy tan ricos (1790) no eran antes sino desiertos; así que debemos á los primeros cenobitas la cultura de mas de la mitad de nuestras tierras.»

de prevenir algunos suicidios, sería esta inmensa y digna de la atención de los moralistas, así como de la solicitud de los Gobiernos.

Tal vez se dirá que esto era bueno en su tiempo, mas no en la altura de nuestro siglo, de nuestras costumbres actuales y de nuestra civilización. ¿No podría mas bien decirse que este exceso de civilización es por sí mismo una de las causas de desmoralización, de calamidad y de suicidio, y hasta señal de la decadencia, ó de la próxima ruina de los Estados?

Una gran civilización sin religión ni fe, sin costumbres y sin educación religiosa no es sino una plaga para los pueblos y para los mismos Gobiernos. Observadlo bien, y podréis seguir los progresos de la civilización por la huella ensangrentada de los suicidios, empezando por Inglaterra y Francia, que son las naciones mas adelantadas en la civilización, en las artes y en las ciencias, así como tambien lo son, gracias á la filosofía del siglo XVIII, en la ciencia del suicidio¹. En 1834 un diario que no puede sos-

¹ Esto no es decir que los salvajes no conozcan el suicidio. Las poblaciones de las islas Gambier, en la Oceanía oriental, segun cuentan los celosos misioneros que las acaban de convertir al Cristianismo, poseian el secreto horrible de destruirse. Estos pueblos, idólatras antes y antropófagos, han venido á ser hace algunos años buenos y celosos católicos, afables, humanos, hospitalarios, laboriosos y agricultores: ya no andan desnudos, sino cubiertos y vestidos con decencia; ya no se comen á los hombres, sino que los tratan como á amigos en espíritu de caridad cristiana; no conocen el suicidio sino de nombre, lo mismo que los otros crímenes, y estos nombres dentro de pocos años serán enteramente desconocidos en estas Islas afortunadas. Este archipiélago encantado recordará en nuestro siglo la república famosa del Paraguay.

El suicidio se conoce, pues, en todos los pueblos, sean civilizados ó salvajes, desde la antropófaga Oceanía hasta la opulenta y culta París. Los únicos países donde no penetrará esta plaga social serán aquellos en que el Catolicismo obtendrá un completo y perfecto desarrollo, como la experiencia lo ha probado en el Paraguay, y como lo probará en Gambier.

¿Qué diferencia tan prodigiosa no se observa entre las costumbres de los insulares católicos del pequeño archipiélago de Gambier y las de los otaitianos sus vecinos! Otaiti es el centro de la polinesia de la Oceanía austral. Los ministros protestantes, los metodistas ingleses se han constituido únicos apóstoles en esta Isla; por eso es increíble su intolerancia contra los misioneros franceses. No se contentan con calumniar la religión católica y sus ministros, sino que llegan á vias de hecho. Hace poco que han hecho prender dos misio-

pecharse de parcial para el Catolicismo ha hecho respecto del suicidio reflexiones muy justas. Así dice: «Ha declarado la *Gaceta médica* estos dias epidémico, si no contagioso, al suicidio, «prescribiendo contra su invasión una higiene preventiva, cuya «eficacia sospecho. ¡Ah, señores doctores, mucho me temo que «andeis tan ciegos en este cólera como en el de 1832! No lo lo- «graréis curar. Por otra parte no es ya de hoy que la humani- «dad es víctima de este mal; pero antes, y en tiempo que aun se «conservaban las creencias y la Religión, habia tambien reme-

neros franceses con órden de embarcarlos en un navío inglés. ¿Será permitido el violar tan indignamente el derecho de gentes y todas las reglas de justicia con personas inofensivas y ciudadanos franceses¹? Hé aqui hasta dónde llega en esta Isla desgraciada el imperio despótico de los ministros protestantes.

Este pequeño rasgo de la moderación y tolerancia inglesa no es muy á propósito para ganar la confianza de los isleños. Ya antes de este lance se habian quejado de los metodistas á los misioneros en estos términos: «No son buenos, ni nos quieren, y os aborrecen; hacen el comercio, y les gusta mucho el aceite y el dinero. Son muy ricos; tienen los montes cubiertos con sus vacas; todo nos lo venden, hasta la palabra de Dios, los libros, las oraciones y «los Sacramentos.» Segun esto, se ve que estos isleños están bien penetrados de que los ministros ingleses, sus mujeres, y sus hijos no van allá sino por puro interés, para enriquecerse, y para establecer su propio reino en lugar del de Jesucristo; y nosotros añadimos, para hacer pasar al dominio inglés aquella Isla. Así juzga y aprecia el buen sentido de aquellos salvajes las misiones de los ingleses.

Por el contrario, los otaitianos se habian singularmente penetrado del espíritu de caridad y de desinterés de los misioneros franceses, y han sentido mucho el lance de su prisión: por otra parte, aun en medio de su corrupción están muy dispuestos á recibir la verdad.

Es mas que probable que los ministros protestantes con todas sus biblias no extirparán el suicidio ni los otros crímenes de esta Isla, lo mismo que en una de las principales del archipiélago Peligroso, cuyos habitantes, gracias á la sociedad bíblica, probablemente ya no se comen á los hombres; esto ya es un progreso: hoy se contentan con sacrificar pura y simplemente á los salvajes de las islas pequeñas, y con robar todo lo que en ellas encuentran. Esta es una pequeña muestra de la conducta de los apóstoles ingleses en las islas de la Oceanía.

¿De qué ó en qué parte se encuentra ahora la verdad? ¿Dónde están los misioneros verdaderos? Juzgado por los frutos; aplicad esta regla infalible del divino Fundador del Cristianismo: *Ex fructibus cognoscetis eos*, y veréis que

¹ Una fragata francesa ha pedido y obtenido satisfacción. (Nota de la 2.^a edición).

«dios contra él. Dios era el único médico. Cuando se sentía el «ataque, se iba á rogar á Dios en la iglesia, Dios os indicaba el «remedio, y os enviaba á los hospitales, donde se cuidaba á los «enfermos cansados de vivir, y estos hospitales eran los claustros.

«Véase si allí en donde subsisten todavía estos hospitales se «matan tanto, y si hay tantos suicidios. En Madrid hubo uno el «año pasado; los partidarios de Voltaire gritaron así que lo su- «pieron, que la España empezaba á civilizarse, mas los cristia- «nos viejos se asustaron, presintiendo tristemente la próxima «ruina de su culto y de sus altares.

«¿Qué queréis? Es la suerte del siglo, ya no se cree en nada, «ni en Dios, ni en la soberanía. Hay quienes indagan cómo aca- «bará el mundo. Estando apagada la fe, tal vez será por un dis- «gusto general é invencible, por un suicidio universal.» No se ignora lo que ha ocurrido en España desde 1834.

mientras los unos trabajan para el cielo los otros lo hacen para la tierra; que los primeros ganan las almas, y los segundos el dinero.

Cuanto hemos dicho es por lo que toca á la intolerancia de los ingleses, di- gamos ahora algo de su tolerancia; es menester ser imparcial: ninguna nacion es mas tolerante que los ingleses en materia religiosa. Excepto el culto católi- co, todos los toleran, es decir, todos los errores, hasta la idolatría, si su inter- és lo exige. Y efectivamente hemos visto en nuestros días «que la Inglaterra «ha prescrito con el mas minucioso detalle á sus agentes en el Canadá medidas «odiosas de persecucion contra la religion católica, al mismo tiempo que daba «garantías para la idolatría, y por un tratado muy solemne, á los habitantes «de la isla de Ceilan; hemos visto asistir á sus embajadores á las ceremonias «religiosas de estos pueblos, y ofrecer dones sacrilegos á sus divinidades.» (Lamennais, *Indiferencia en materia de religion*, tomo II, p. 72¹).

Una nacion que tal escándalo da al mundo cristiano, y á la cual una política tan baja y vergonzosa no arranca un grito universal de indignacion y de hor- ror, es una nacion que se degrada, que se cubre de oprobio, y que no debe ya mirarse como un pueblo cristiano. (Véase el núm. 56 de los *Anales de la Pro- pagacion de la Fe*).

¹ En un mismo navio se han visto partir de Londres ídolos para los indios y misio- neros protestantes para predicar el Evangelio en América.

MEDIOS Á PROPÓSITO PARA CONTENER LOS PROGRESOS DEL SUICIDIO.

Si es tan fácil de descubrir y señalar las causas verdaderas del suicidio y de todos los demás crímenes que trastornan y desolan la sociedad, no lo es menos el entrever á la primera ojeada su remedio único y eficaz; pero desgraciadamente en el estado ac- tual de depravacion moral é intelectual, y sobre todo de indife- rencia religiosa de la mayor parte de los pueblos, la aplicacion de este remedio necesario se ha hecho muy difícil y casi imposi- ble, ¡tan grande, tan enorme y tan desesperada es hoy esta fea plaga social! *Plaga desperata!*

Mas el guardar un silencio culpable, y abstenerse con una in- diferencia fria de llenar un deber sagrado hácia la sociedad en- ferma y desfallecida seria criminal. Yo sé bien que en este siglo de Materialismo y de Indiferentismo no serán oídas mis palabras por la mayoría; mas ¿qué importa si digo la verdad? Esto jamás perjudica al hombre.

Siendo la ausencia de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y sobre todo la falta de sus prácticas, como lo he- mos dicho mas arriba, las causas primeras y productivas del sui- cidio, se sigue que las condiciones opuestas son el remedio ver- dadero de este mal moral. Así la fe religiosa, la instruccion reli- giosa, y las prácticas religiosas, es decir, una buena educacion cristiana, son el remedio radical y específico sin el cual todos los demás serán casi vanos é impotentes.

Desafío á todos los filósofos, los moralistas, los legisladores, los juriconsultos, los publicistas, los políticos; á los que go- biernan y administran; á los médicos, á los filántropos, á los economistas, que suplan los principios religiosos y la moral evan- gélica con otra cualquiera institucion que imaginarse pueda. No hay duda que los reveses de fortuna y la miseria son hoy las cau- sas ocasionales de un gran número de suicidios. Pues bien, tratad de evitarlos, oponed á este mal social un remedio puramente hu- mano; levantad manufacturas, cread establecimientos industria- les, haced floreciente el comercio, fomentad las artes, derramad, en una palabra, la abundancia y el bienestar material en el seno

«dios contra él. Dios era el único médico. Cuando se sentía el «ataque, se iba á rogar á Dios en la iglesia, Dios os indicaba el «remedio, y os enviaba á los hospitales, donde se cuidaba á los «enfermos cansados de vivir, y estos hospitales eran los claustros.

«Véase si allí en donde subsisten todavía estos hospitales se «matan tanto, y si hay tantos suicidios. En Madrid hubo uno el «año pasado; los partidarios de Voltaire gritaron así que lo supieron, que la España empezaba á civilizarse, mas los cristia- «nos viejos se asustaron, presintiendo tristemente la próxima «ruina de su culto y de sus altares.

«¿Qué queréis? Es la suerte del siglo, ya no se cree en nada, «ni en Dios, ni en la soberanía. Hay quienes indagan cómo aca- «bará el mundo. Estando apagada la fe, tal vez será por un dis- «gusto general é invencible, por un suicidio universal.» No se ignora lo que ha ocurrido en España desde 1834.

mientras los unos trabajan para el cielo los otros lo hacen para la tierra; que los primeros ganan las almas, y los segundos el dinero.

Cuanto hemos dicho es por lo que toca á la intolerancia de los ingleses, digamos ahora algo de su tolerancia; es menester ser imparcial: ninguna nacion es mas tolerante que los ingleses en materia religiosa. Excepto el culto católico, todos los toleran, es decir, todos los errores, hasta la idolatría, si su interés lo exige. Y efectivamente hemos visto en nuestros días «que la Inglaterra «ha prescrito con el mas minucioso detalle á sus agentes en el Canadá medidas «odiosas de persecucion contra la religion católica, al mismo tiempo que daba «garantías para la idolatría, y por un tratado muy solemne, á los habitantes «de la isla de Ceilan; hemos visto asistir á sus embajadores á las ceremonias «religiosas de estos pueblos, y ofrecer dones sacrilegos á sus divinidades.» (Lamennais, *Indiferencia en materia de religion*, tomo II, p. 72¹).

Una nacion que tal escándalo da al mundo cristiano, y á la cual una política tan baja y vergonzosa no arranca un grito universal de indignacion y de horror, es una nacion que se degrada, que se cubre de oprobio, y que no debe ya mirarse como un pueblo cristiano. (Véase el núm. 56 de los *Anales de la Propagacion de la Fe*).

¹ En un mismo navio se han visto partir de Londres ídolos para los indios y misioneros protestantes para predicar el Evangelio en América.

MEDIOS Á PROPÓSITO PARA CONTENER LOS PROGRESOS DEL SUICIDIO.

Si es tan fácil de descubrir y señalar las causas verdaderas del suicidio y de todos los demás crímenes que trastornan y desolan la sociedad, no lo es menos el entrever á la primera ojeada su remedio único y eficaz; pero desgraciadamente en el estado actual de depravacion moral é intelectual, y sobre todo de indiferencia religiosa de la mayor parte de los pueblos, la aplicacion de este remedio necesario se ha hecho muy difícil y casi imposible, ¡tan grande, tan enorme y tan desesperada es hoy esta fea plaga social! *Plaga desperata!*

Mas el guardar un silencio culpable, y abstenerse con una indiferencia fria de llenar un deber sagrado hácia la sociedad enferma y desfallecida seria criminal. Yo sé bien que en este siglo de Materialismo y de Indiferentismo no serán oídas mis palabras por la mayoría; mas ¿qué importa si digo la verdad? Esto jamás perjudica al hombre.

Siendo la ausencia de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y sobre todo la falta de sus prácticas, como lo hemos dicho mas arriba, las causas primeras y productivas del suicidio, se sigue que las condiciones opuestas son el remedio verdadero de este mal moral. Así la fe religiosa, la instruccion religiosa, y las prácticas religiosas, es decir, una buena educacion cristiana, son el remedio radical y específico sin el cual todos los demás serán casi vanos é impotentes.

Desafío á todos los filósofos, los moralistas, los legisladores, los juriconsultos, los publicistas, los políticos; á los que gobiernan y administran; á los médicos, á los filántropos, á los economistas, que suplan los principios religiosos y la moral evangélica con otra cualquiera institucion que imaginarse pueda. No hay duda que los reveses de fortuna y la miseria son hoy las causas ocasionales de un gran número de suicidios. Pues bien, tratad de evitarlos, oponed á este mal social un remedio puramente humano; levantad manufacturas, cread establecimientos industriales, haced floreciente el comercio, fomentad las artes, derramad, en una palabra, la abundancia y el bienestar material en el seno

de las poblaciones: todo esto es bueno, y muy laudable; mas si todo este grande cuerpo industrial no se halla animado por el vivificador espíritu de la fe y de la moral religiosa, no haréis mas que hacer cambiar de lugar á las pasiones, ó reemplazarlas con otras aun mas perniciosas¹. Si no es entonces la miseria la que determinará á los hombres á suicidarse, serán la ambicion desmedida, el orgullo, el lujo ruinoso, hijos de las riquezas y alimentos de las otras pasiones mas funestas, y particularmente de esta concupiscencia desenfrenada, la cual una vez que se apodera del corazón del hombre, le empuja á sacrificarlo todo á su ídolo, honor, deber, religion, conciencia; á emprenderlo todo por *fas et nefas* y á entrar atrevidamente en el camino de la perdicion. Dominado por esta pasion implacable, atormentará á la fortuna, se atormentará á sí mismo, se atraerá una desgracia sobre otra, hasta su total ruina, y á la que seguirá la desesperacion y el suicidio.

¿Queréis seriamente curar esta gran llaga social? Apoderaos de la generacion naciente, infundidla con la leche y con una buena educacion cristiana el germen de todas las virtudes religiosas, morales y sociales, y por este medio la mayor felicidad que pueda dársela acá bajo. Formad el corazón á la par que ilustraréis su espíritu, ó mas bien fijad siempre y en todo la instruccion religiosa antes que la instruccion científica y literaria: que la virtud preceda á la ciencia, las costumbres á los conocimientos, y los deberes á las artes. ¡Desgraciada la nacion que cuente por todo la instruccion, las ciencias y las artes, y para nada ó por nada la virtud, la educacion y los deberes! Cuando ha descendido un pueblo á esta degradacion moral é intelectual, perece sin remedio, si no se apresura á volver al camino de la verdad y de la sabiduría.

Es de una grande importancia que no esté confiada la educacion de la juventud sino á maestros sinceramente religiosos, que sepan instruir por sus ejemplos tanto como por sus palabras, y ¡desgraciado del preceptor sea público ó privado, que no ponga ante todo la Religion, y que por su conducta destruya el bien que

¹ Es bien conocida la corrupcion moral de la mayor parte de las personas empleadas en las fábricas.

sus discursos hayan podido producir! Si así lo hace engaña las esperanzas de las familias y las de la patria, y se hace indigne de la honrosa profesion que ejerce.

Alejad de la juventud, como ya lo hemos dicho, todos los placeres frívolos y peligrosos que corrompen la razon, y echan á perder el corazón; inspiradla aversion para los goces materiales á fin de preparar su espíritu para cosas graves y serias, haciéndoles por este medio capaces de verdades fuertes y severas; y sobre todo sembrad en los corazones las semillas de todas las virtudes; predisponedles para recibir sentimientos elevados, grandes y generosos; haced tambien de suerte que los jóvenes sean al mismo tiempo físicamente sanos y vigorosos; fortificadlos con los ejercicios prudentemente variados de la gimnástica y segun las reglas de una higiene sábia y prudente, pero severa; endureced, templad las complexiones y los temperamentos con las fatigas y los trabajos del cuerpo.

Abrid nuevas carreras para aquellos á quienes una buena educacion física y moral habrá convenientemente preparado: la de la agricultura, entre otras, que será para el estado y para la sociedad una fuente de riquezas y de prosperidad, de bienestar, de morigeracion, de virtudes y de felicidad para los que ejerzan esta útil y honrosa profesion. Vosotros, pues, depositarios del poder, gobernadores, ministros, administradores, ennobleced y fomentad con todos vuestros esfuerzos la primera y la mas útil de las artes, la agricultura; llamad á su socorro las ciencias físicas y en particular la química, á fin de llegar al conocimiento exacto de la naturaleza de los terrenos, y de los elementos ó principios constitutivos de los diferentes suelos explotables.

Un buen sistema de agricultura, desarrollado sobre un vasto terreno y conducido con inteligencia y con el saber práctico necesario, ejercerá sobre las poblaciones la influencia mas feliz; les procurará las comodidades, el bienestar, la salud y la fuerza del cuerpo, y lo que es aun mas apreciable, las buenas costumbres. No hay duda que la agricultura honrada, bien entendida, y ejercida no en el interés solo de un especulador ávido industrial, sino en el de un gran número de miembros ó socios, con la esperanza de beneficios proporcionados á los trabajos y á los capi-

tales, es un medio poderoso de civilizacion y hasta de moralizacion, y por consiguiente de prosperidad, de paz y de orden público. ¡ Cuántos jóvenes entrarían en esta carrera, mas bien que á aspirar con un cambio de condicion á una vocacion á que solo su ambicion les llama! ¡ Cuántos millares de la clase inferior que se dan vergüenza de seguir el estado de su padre, gastan el tiempo y sus libros estudiando, y faltos de medios pecuniarios ó intelectuales no adquieren jamás estado! ¡ Cuántas vocaciones trastornadas! ¡ Cuánto porvenir abortado! ¡ Cuántas posiciones comprometidas! ¿ Qué vendrán á ser estos bastardos abortos de la sociedad? ¿ Se lanzarán en las grandes poblaciones, á las capitales, en donde se depravarán, supuesto que ya no lo estén; buscarán colocacion sin encontrarla, porque no la hay para todo el mundo; no tardarán, impelidos por la necesidad imperiosa, en volver la instruccion que han recibido de la sociedad contra la sociedad misma; así como Lacenaire y tantos otros, se deshonrarán con acciones bajas, viles, infamantes, y tal vez con crímenes; vendrán á ser instrumentos ó fautores de no sé qué iniquidades, de desórdenes positivos, de conmociones, de sediciones, de revoluciones, ¿ qué sé yo? y finalmente acabarán por... el suicidio¹.

¹ La ociosidad, como se sabe, es la fuente de muchos vicios, particularmente en los jóvenes y en los soldados. Estos últimos, efectivamente, desocupados en tiempos de paz en las guarniciones y en los cuarteles, se abandonan por lo general al vicio, á la corrupcion de las costumbres y á la embriaguez; de ahí las querellas, las disputas, los desafíos, los suicidios, y la ruina de la disciplina. Añadid que esta ociosidad y estos vicios enervan y gastan tanto el físico como el moral del soldado, y le hacen débil y cobarde para el combate.

Los antiguos conocian mejor las leyes de la higiene militar, y tenían miras políticas mas elevadas que nosotros. Los romanos, si no me engaño, en sus mejores tiempos hicieron con sus ejércitos estas obras gigantescas, cuyos restos y ruinas admiramos todavía, estos canales, estos acueductos, estos caminos públicos, etc. ¿ Por qué no imitarles ocupando á nuestros soldados (cuya mayor parte ha salido de la clase de los labradores) en abrir canales, hacer grandes caminos para facilitar las comunicaciones, y favorecer así la agricultura y el comercio en el interior; desmontar bosques, desecar pantanos; hacer caminos de hierro, que son destinados á ejercer algun día una grande influencia sobre la industria y el comercio, y acaso sobre la estrategia? Todos estos trabajos beneficiarian el país enriqueciéndole, y reportarian al Estado un

Desde que no hay guerra ni casi colonizacion se nota una exuberancia ó un exceso de poblacion entre la juventud en las ciudades y pueblos grandes. Vosotros que gobernais llamad á otros puntos á estos hombres capaces tal vez de trastornar un día á la sociedad, de perderla y perderse á sí mismos; adoptad un sistema de descentralizacion, que lance á los jóvenes á los campos hoy desiertos, donde la industria agrícola les abrirá una carrera nueva y honrosa; y ciertamente que el sábio comprenderá fácilmente cuán preferible es á todas las industrias de artes y de lujo de nuestras capitales aquella condicion bien apreciada, pues que ablandan y enervan mas ó menos á los hombres, muchas veces los corrompen, los pervierten, los desmoralizan, y les preparan finalmente á la peripecia trágica del suicidio.

Hoy se habla mucho de instruccion popular; pero no se olvide que la sola instruccion, es decir, saber leer, escribir y contar, sin educacion ni instruccion religiosas, es mas perjudicial que conveniente: nos lo prueba una experiencia desgraciada tanto en las poblaciones grandes como en las pequeñas. Esto se nota particularmente en estas desde que la filosofia materialista ha hecho distribuir y echar con profusion hasta en las aldeas millares de escritos impíos y obscenos con el objeto, dicen los Volterianos, de civilizar á los que viven en el campo. Esta *propaganda* infernal produce sus frutos; gracias á sus inventos satánicos, se infiltran poco á poco en las poblaciones de nuestros campos, antes tan religiosas y tan pacíficas; la impiedad, la corrupcion y el olvido de los deberes religiosos, todos los vicios, la embriaguez, el libertinaje, la pereza, etc., son ahora en ellos tan comunes como raras eran antes. De ahí proviene todavía otra plaga, efecto del vicio, la miseria, y una miseria extrema que se hace irremediable si se la juntan las enfermedades. ¿ En qué parará esto si no se re-

provecho positivo; disiparian á mas las enfermedades endémicas; afirmarian la salud de los habitantes de los lugares que fuesen teatro de estas operaciones; tendrian la ventaja á mas de mantener y fortificar la salud, de hacer mas robustos los temperamentos de los militares, haciéndolos capaces de soportar las fatigas y los trabajos de la guerra. Estas ocupaciones alejarían las ocasiones de los vicios, y contribuirían poderosamente á la conservacion de la moralidad del soldado, del buen orden, y de la disciplina militar.

media eficazmente? á males horrendos é infinitos: la desesperacion reemplazará la resignacion religiosa, y el suicidio se presentará en triste desenlace.

En otra época antes de la revolucion, los pobres, especialmente los enfermos necesitados, encontraban socorros en la caridad ó en la liberalidad del clero; los curas párrocos estaban generalmente dotados de honestos beneficios, que redundaban en provecho de los pobres y de los enfermos. Mas hoy desde que ha sido despojada la Iglesia de sus bienes, los curas de los campos apenas tienen lo que necesitan para ellos mismos. ¿Quién socorre, pues, ahora á tantos pobres enfermos de la clase tan numerosa y tan útil de los labradores, que forman la mayoría de los habitantes, que nutren con sus sudores y sus trabajos penosos á las poblaciones de nuestras ciudades, y todavía dan sus hijos para la defensa de la patria? Yo no les veo ningun recurso asegurado. ¡Es necesario, pues, que mueran sin socorro en el pueblo mas instruído, mas civilizado, mas humano, mas generoso de la tierra, en un pueblo llegado al apogeo de la civilizacion, en el siglo XIX, en el pueblo francés en fin!

Que se nos hable menos de civilizacion, de progreso de luces, de humanidad doliente, de filantropía, de emancipacion intelectual, etc., y que no se deje morir á los hombres de miseria y de desesperacion; que se empiece ante todo por emanciparles del hambre, de la enfermedad y de la muerte, y lo demás vendrá despues.

¿Qué remedio que oponer á este mal? No veo otro que el establecimiento de casas de beneficencia y de hospicios rurales y cantonales. Todos saben que los habitantes de los campos no tienen derecho *legal* á ser recibidos en los hospitales de los pueblos vecinos: no tienen otro título para presentar, que el sello de su miseria con los dolores de las llagas y del hambre. Que se piense, pues, seriamente en fundar hospicios rurales; que á este efecto se cree en cada distrito una caja de ahorros, en la que cada habitante, segun su fortuna ó sus impuestos, deposite todos los meses una suma módica; que se solicite una ley que reconozca estas nuevas instituciones, y las autorice á recibir legalmente donaciones y legados, y veréis que antes de pocos años tendrá ca-

da canton su pequeño hospicio, aunque no sea sino de treinta camas, y esto seria un verdadero progreso y una ventaja inmensa; pero no es de mi asunto el entrar aqui en otros detalles, me contento con indicar el fin á que se debe aspirar, dejando á otros lo demás.

No me extenderé tampoco en el detalle de los medios mas á propósito para prevenir el suicidio ó para contener sus progresos; á mas de que todos los medios secundarios que no ataquen la causa verdadera del mal son por sí mismos poco eficaces, y han sido ya en otra parte bastante indicados, en la exposicion de las causas del suicidio: por esto remito á ella al lector, y paso al duelo ó desafio.



CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL DUELO Ó DESAFÍO.

El hombre de valor desprecia el duelo, y el hombre de bien lo aborrece. Yo miro los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres.

(J. J. ROUSSEAU).

El duelo es un combate con peligro inminente de la vida entre dos personas que convienen en el tiempo y en el sitio, y á él se comprometen por su autoridad privada.

Puede decirse que el duelo encierra á un tiempo mismo la perversidad y la infamia del suicidio y del homicidio. El que libremente se expone sin razon justa y legitima al peligro inmediato de perder la vida, es en cierto modo el asesino de sí mismo. Por otro lado al duelista debe considerársele con la intencion de matar á su adversario; allí, pues hay tentativa de asesinato, y si realmente no tiene lugar el homicidio, no es sino por circunstancias independientes de la voluntad de los combatientes: por lo cual hay asesinato. El duelo puede ser considerado como una especie de suicidio y de homicidio reciproco intencional ó real.

De ahí se sigue que el duelista comete un crimen contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo. Véase lo que hemos dicho bajo este concepto triple hablando del suicidio. Nos contentare-

mos con hacer aquí algunas reflexiones sobre el duelo, considerado como preocupación social y nacional.

En el estado actual de nuestra depravacion moral é intelectual, en el siglo que se llama del progreso y de las luces, siglo de razon, de alta civilizacion, reina en Europa, y en particular en el pueblo que se cree el mas instruido del universo y en el apogeo de la civilizacion, reina, digo, en este pueblo una preocupacion que le han legado los siglos de ignorancia y de barbarie. Esta preocupacion es el ídolo del falso honor, al que se sacrifica con una cruel é incomprensible estupidez la vida de los ciudadanos, la felicidad de las familias, la moral y la religion, es decir, todo lo mas sagrado entre los hombres.

Estos combates singulares tienen un origen bárbaro y feroz; son, en una palabra, un verdadero y brutal anacronismo que está en directa oposicion con las costumbres de los pueblos civilizados y cristianos. Es inconcebible, en efecto, que la Europa haya podido acreditar una opinion, un fanatismo tan absurdo como cruel, tan estúpido y tan extravagante como inhumano é inmoral: un día vendrá indudablemente en que la posteridad mas sabia que nosotros mirará nuestros siglos llamados de las luces como tiempos de ignorancia y de barbarie. Efectivamente, el permitir una costumbre atroz é insensata contra la razon y las leyes en el seno del Cristianismo, es decir, el no castigar como lo merecen los homicidios voluntarios, los asesinatos premeditados, solemnes, públicos y escandalosos, es el primero y mayor carácter de una nacion degradada, bárbara y embrutecida, y que desmentirá tal vez á los siglos venideros estos progresos de civilizacion tan decantada de las luces y de las ciencias de que nos envanece tanto. «El duelo, ha dicho hace poco el procurador general del tribunal de casacion (apelacion), es el estado salvaje; no es el derecho, sino la razon del mas fuerte, del mas diestro, y alguna vez del mas insolente.»

A los ojos de la soberana razon y de los hombres verdaderamente sábios, las buenas acciones y las virtudes y el valor que las hacen practicar son las que únicamente honran al hombre, al paso que las malas acciones y los vicios y la cobardía que las engendra deben tambien únicamente deshonrarle. Si fuese posi-

ble lo contrario, que las virtudes y el valor pudiesen deshonrar al hombre, y los vicios y la cobardía honrarle verdaderamente, todas las nociones de lo honesto, de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal serian confundidas y destruidas, anonadadas las leyes y la moral, y en fin todo el edificio social desplomado y arruinado.

El hombre que contra la ley natural hace libremente y por su propia autoridad una accion con la intencion de dañar á su semejante hace un acto malo y vicioso: el duelo ofrece estos caracteres, es hecho libremente, de propia autoridad, y con el designio de dañar; luego segun la regla cierta establecida arriba, el acto de los duelistas es malo y vicioso, y por consiguiente el efecto de una verdadera cobardía, porque se es cobarde antes de ser vicioso. La cobardía es la que produce el vicio. La cobardía, dice con razon Rousseau, es el camino del vicio, es decir, el medio de llegar á él. ¿Cuál será ahora el carácter del cobarde, y el del valiente?

Cobarde y perezoso es el que no llena sus deberes, el que comete acciones que la ley de Dios, la ley natural, la conciencia y las leyes positivas prohiben, ó que omite los deberes que estas imponen ó prescriben.

Para llenar todos los deberes es necesario por lo regular renunciar á sí mismo, vencerse, triunfar de la naturaleza, del amor propio y de las pasiones, es decir, que es preciso tener fuerza y valor. No hay virtud sin fuerza, dice Rousseau: la palabra virtud quiere decir fuerza. Para ser vicioso no se necesita sino ser cobarde, es decir, no tener el valor ni la fuerza de llenar el deber, y de practicar la virtud. Luego el que no llena sus deberes y no practica la virtud es verdaderamente cobarde y vicioso. Esto sentado, veamos si el duelista es valiente y virtuoso, ó bien vicioso y cobarde.

Los duelistas desprecian lo que mas sagrado hay entre los hombres, las leyes divinas y humanas. Se exponen libremente al peligro próximo de tener que soportar grandes, extremas, terribles y funestas consecuencias, y hasta de atraerse la mayor de las desgracias, bien recibiendo la muerte, bien dándola, cometiendo un homicidio verdadero. Sacrifican á la pasion todos sus deberes

juntos, hácia Dios, hácia los hombres y hácia sí mismos, y esto por una ofensa ligera recibida, una palabra desatenta, un gesto, una mirada injuriosa ¹.

Esto no es solamente una locura, una simple cobardía, sino una brutalidad estúpida, un feroz frenesí, un furor que no tiene nombre. « Si hay un crimen, dice Gall, que merezca ser calificado de homicidio de los mas premeditados, de los mas punibles, y de los mas insensatos, es ciertamente el duelo. La mayor parte de las veces ocurre la muerte recíproca á presencia de muchos testigos por bagatelas, y otras provocada por un espadachin de profesion. Por mas que haga para transportarme á los países, y á los tiempos mas bárbaros, nunca podré concebir, cómo se permite el dejar subsistir tan cruel inmoralidad. ¡ La preocupacion, decís, así lo quiere, la preocupacion! ¡ Es, pues, á la preocupacion que deben las leyes sacrificar la vida de los ciudadanos, la moral, los preceptos de la Religion, la felicidad de las familias! Mas, ¿ cómo destruir una preocupacion que sostiene el valor y el honor? ¿ Qué valor y qué honor el de matar ó hacerse matar por algunas palabras que os incomodan, ó por la reputacion y la admiracion de una mujer vanidosa y frivola que mañana tal vez se reirá de vosotros? »

« Morid por la patria, por la defensa de sus derechos, y se dirá que sois hombres de valor. La nacion no tiene por cierto necesidad de semejante imprudencia, de tales fanfarronadas, para que sepa el mundo que tiene honor y valor ². »

Comprended, si es posible, la fuerza y el imperio de la preocupacion. El duelista comete un homicidio, y queda tranquilo y satisfecho: cree haber reparado su honor con un crimen enorme, un asesinato cobarde y horroroso; y la víctima dirá tal vez á presencia de la eternidad, mi honor queda vengado, muero satisfecho. El honor del duelista consiste, pues, en satisfacer sus pasiones, su orgullo y su venganza, es decir, en despreciar com-

¹ Bien conocida es de todos la anécdota que se cuenta de un furioso espadachin que se batió tres veces en un solo dia: la primera porque uno le habia mirado de través; la segunda porque otro le habia mirado de frente, y por último porque un amigo suyo no le habia mirado siquiera.

² Sobre las funciones del cerebro, tomo I, pág. 364.

pletamente las leyes divinas y humanas, ¡ qué trastorno tan inconcebible de todas las ideas de justicia y de verdad !

El que admite un desafio hace traicion á su religion, si es que le queda de ella algun vestigio, y obra contra su razon y contra su conciencia: ve el mal que hace; su conciencia se subleva y grita contra la perversidad de su accion; mas no importa, porque ahoga este grito importuno, sacrifica su conciencia al fútil temor de las reconvenciones no menos fútiles de gentes frívolas y ligeras, ó á la aprension vana de pasar por un cobarde en el concepto de algunos hombres inconsiderados y esclavos como él de una cruel y fanática preocupacion. ¿ Habrá en la tierra mayor cobardía que este olvido insolente de los deberes mas sagrados? La voluntaria omision por el respeto humano ó por el temor de una reconvencion injusta, prueba evidentemente el vicio, y descubre un alma débil y cobarde, y aun puede decirse que existe en estas almas bajas un fondo de hipocresía: y en efecto, ¡ cuántos hay que se esfuerzan al admitir un desafio á aparentar en su exterior un valor de que su corazon carece! Y la multitud insensata toma por valentía este esfuerzo, lo cual es falso; porque estriba en la preocupacion y en la opinion de los hombres, y depende de las circunstancias, de los tiempos, y del lugar: la opinion, los tiempos y el lugar cambian, y con estos todo lo que de ellos depende; y lo que cambia así no puede ser el valor verdadero, porque la naturaleza de este, así como la del verdadero honor, no cambian, como tampoco cambia la verdad que es su verdadera base y fundamento.

¿ Cuántas veces sucede que se admite un duelo por carecer de luces y de instruccion con que poderse defender por la fuerza de la razon? En estos casos la espada ó la pistola suplen el raciocinio y el talento, la destreza de la mano reemplaza el raciocinio y la lógica, y no tiene lugar el desafio sino porque se es estúpido y tonto, ó bien porque falta la fuerza de razon y de carácter para hacerse superior á una preocupacion que es fruto de la ignorancia y de la barbarie; y por cierto que nada de esto honra. No pudiendo vencer con el talento, se ataca el cuerpo brutalmente, y se bate como las bestias lo harian sin talento y sin razon.

Y no creais que estas reflexiones sean declamaciones vagas, puras ficciones, imaginadas solo para apoyar la opinion que se quiera hacer que prevalezca; no, son tristes realidades.

Algunos, que despues de haber sido esclavos de la preocupacion y del error han vuelto finalmente á la verdad y á la práctica de la virtud, nos han confesado humildemente que solo se habian batido por puros motivos de vergüenza y de respeto humano, si bien con extrema repugnancia; porque no habian sabido defenderse con buenas razones, es decir, porque carecian de talento y de raciocinio, y les sobraba un orgullo tonto y estúpido; en fin, que en un país extraño se habian negado á batirse, bien fuese por miedo á la muerte, ó bien por la persuasion que el honor no se comprometia en donde se era desconocido; luego el honor y el valor dependen del país que se habita y de la opinion de las personas que nos rodean y conocen: ¡qué extraño trastorno de los hombres que se pican de talento y de razon, ó mas bien qué sinrazon tan incomprensible! El verdadero valor y el verdadero honor son independientes de la opinion de los hombres, y son de todos los tiempos y de todos los países. Siempre, en todas partes y cualquiera que sea la opinion de los pueblos, el hombre debe ser buen ciudadano, virtuoso, honesto, justo, respetuoso hácia la autoridad y obediente á las leyes: hé aquí el verdadero honor. Siempre y en todas partes, por mas que se diga ó haga, el buen ciudadano debe amar á su patria, sacrificar al bien general el particular, combatir la preocupacion, y menospreciar el respeto humano para practicar la virtud; resistir con valor el torrente de los escándalos y de la inmoralidad pública; mostrarse constantemente firme defensor del inocente y del oprimido, de la viuda y del huérfano; dar pruebas de un celo generoso en las calamidades públicas; sacar, si es posible, á sus semejantes de los peligros en que puedan encontrarse; arrancarles de en medio de las llamas, de la inundacion, del contagio, etc., etc. En esto consiste el verdadero valor; y los mal avisados que reprueban á un hombre de este carácter, que por principios de virtud y de conciencia se niegue á batirse en desafio, deben considerarse como seres tristemente organizados, y como imbéciles cuya reprobacion estúpida é injusta debe despreciarse. Luego el que admite

un desafio es á la vez cobarde y vicioso; lo primero, porque le falta el valor para vencerse, para llenar su deber, para practicar la virtud y sobreponerse á una preocupacion falsa y brutal; y lo segundo, esto es vicioso, porque desprecia las leyes divinas y humanas, comete una accion mala y punible, y busca tanto como puede perjudicar á su semejante.

Veamos ahora el carácter de aquel, cuya vida honrada y virtuosa le hace como un deber de conciencia el negarse á un desafio. Este hombre es un sábio, porque es verdaderamente valiente, honrado y virtuoso. Valiente, porque tiene la fuerza de vencerse á sí mismo, librándose de una vil y bárbara preocupacion, combatiendo el poder alucinador del respeto humano, los sarcasmos de hombres frívolos, despreciando en fin un desprecio injusto; es honrado, porque hace consistir su honra en la verdad, en la franqueza, en la lealtad, en la práctica de la virtud, en una conducta irreprochable, y en la obediencia á las leyes: sabe que el verdadero honor no depende de la opinion ni de las preocupaciones de los hombres, sino que, como dice Rousseau, «tiene su eterno origen en el corazon del hombre justo y en la regla eterna de sus deberes.» No se cree honrado por el decir y por la opinion de una multitud inconstante ó insensata, sino solamente por la estima y por la aprobacion de los hombres sábios y virtuosos: para él la virtud es la única regla de la verdadera estimacion y del honor verdadero; en fin, es virtuoso, porque no quiere desobedecer las leyes divinas y humanas, ni perjudicar á su semejante, porque no quiere ser infiel á su Religion, sacrificar su conciencia, ni dar el escándalo de una grande y cruel inmoralidad. La persuasion de haber llenado su deber y el testimonio de una buena conciencia le compensan y le consuelan deliciosamente de los sacrificios que exige la práctica de la virtud.

Diráse tal vez que hay circunstancias en que el honor, que debe sernos tan precioso y tal vez mas que la vida, nos manda vengar por un desafio, cuando la autoridad no puede hacerlo, como por ejemplo, cuando recibimos un insulto ó una afrenta sin testigos. La razon natural nos dicta que á nadie es permitido constituirse juez en causa propia; porque los hombres son todos naturalmente llevados á creer mas graves de lo que en sí son los

agravios que se les hacen, y acostumbran sostener lo que creen que está en su derecho con demasiado calor y mas allá de los límites de la moderacion. Por otra parte Dios prohíbe la venganza personal cuando dice: *Mihi vindicta. Ego retribuam.* Despues es preciso soportar con paciencia las injurias que no se pueden vengar sino violando las leyes divinas y humanas. El que recibe injustamente una afrenta no puede ser verdaderamente por ello deshonrado, antes bien lo será el agresor, porque comete una mala accion, que es solo lo que deshonor al hombre. El Cristianismo, al que confesamos deber la civilizacion moderna, condena, como se sabe, la venganza personal. Sin embargo los duelistas se creen y llaman cristianos, y se avergüenzan de seguir sus santas y saludables máximas; el sábio gime no viendo en ello sino una degradacion profunda, y un embrutecimiento salvaje y feroz.

Es menester que en las ideas de los hombres haya un gran trastorno, para que pueda reputarse cobarde al que no quiere desobedecer las leyes divinas y humanas. Un hombre tiene el valor de sobreponerse á una preocupacion cruel, de llenar un deber de honor obedeciendo á las leyes, y pasará por cobarde porque es virtuoso! Esto no está en la verdad, ni en la naturaleza. Si este hombre os ha ofendido, os ofrece todas las satisfacciones que no están contra la razon, la conciencia y la virtud, es decir el honor verdadero, porque sin virtud no hay verdadero honor. Dicese que existió un tiempo en Roma un templo dedicado al honor, al cual no se podía entrar sino pasando por el de la virtud; no es honrado, pues, el hombre que no sea virtuoso. El verdadero honor de un ciudadano consiste en practicar la virtud, es decir, obedecer la ley de Dios y la de su príncipe, que le representa en la tierra, y en no trastornar la sociedad con actos que la misma reprueba y condena.

Bien concebimos que el honor sólido y verdadero es superior á la vida; porque valdria mas morir que mancharse con algun crimen y violar las leyes de Dios. El honor, como se ha dicho, está fundado en la verdad y en la virtud, y es su compañero inseparable; está en nosotros, está en el corazon del hombre virtuoso. El falso honor depende de la opinion ó de las preocupaciones de los hombres, y ciertamente que estas no podrán ser nunca para el

hombre una regla de juicio, de deber y de conducta. Por otra parte seria absurdo el decir que este falso honor es preferible á la vida; sobre todo si fuese necesario conservarle no solo con peligro de la vida, sino con el desprecio de las leyes divinas y humanas; y este falso honor es la causa única de los desafíos!

Si hay álguien que nos objete que se pierde la reputacion y la opinion negándose á batirse, y que por consiguiente debe ser permitido para la conservacion del honor el ceder á la dura necesidad que nos impone la ley de una preocupacion admitida, si bien falsa é insensata, responderémos en este caso: ¿Luego preferís la vana aprobacion de una multitud, que vosotros mismos juzgais injusta é insensata, al deber, al testimonio de vuestra conciencia, á la estimacion de los sábios y de los virtuosos, y á la fidelidad que debéis á Dios? Pensar y obrar así es declarar manifiestamente que es forzoso sacrificar á una opinion, que se confiesa falsa, la conciencia, la virtud, la moral, la religion, y hasta Dios mismo. ¿Hay por desgracia algo mas execrable y horroroso?

«El verdadero honor, dice Rousseau, ¿depende acaso de los tiempos, de los lugares y de las preocupaciones? ¿puede pasar y volver como las modas?... ¿Qué puede importar una vana opinion de otro sobre el verdadero honor, cuyas razones se hallan solamente en el fondo del corazon?... El honor del sábio, ¿estaria á la merced del primer brutal que se encontrase?...» «Guardaos, dice en otra parte, de confundir el nombre sagrado de honor con esta preocupacion feroz que coloca todas las virtudes en la punta de una espada, y que solo es á propósito para hacer valientes malvados.

«¿Pensaron nunca los valientes de la antigüedad en vengar sus injurias personales con combates singulares? ¿Mandó acaso César un cartel á Caton, ó Pompeyo á César, por tantas reciprocas afrentas? Y el mayor capitán de la Grecia (Temistocles), ¿fue acaso deshonrado por haberse dejado amenazar con un baston?... ¡Ó vosotros que amais sinceramente la virtud, aprendedla á practicar así, y no á la moda de los hombres!

«Si la humanidad es la basa de todas las virtudes, ¿qué pensar del hombre sanguinario y depravado que se atreve á atacarla en la vida de su semejante? ¿Habeis olvidado que el ciudadano

«debe la suya á su patria, y que no tiene derecho de disponer de ella sin el permiso de las leyes, y menos contraviniendo á sus disposiciones? Yo quiero que de ello pueda resultar algun inconveniente; esta palabra virtud ¿no es, pues, mas que un nombre vano, y no seremos virtuosos sino cuando no nos cueste nada el serlo? Si el filósofo y el sábio en los asuntos mas interesantes de su vida se regulan por los discursos insensatos de la multitud, ¿de qué sirve entonces este aparato de estudios para no ser en el fondo sino un hombre vulgar? ¿No os atreveis á sacrificar al deber el sentimiento, porque no se os acuse de temer la muerte! Pesad las cosas, y hallaréis mas cobardía en el temor de esta acusacion, que en el de la muerte misma. ¿Qué especie de mérito hay en exponerse á la muerte para cometer un crimen?»

«Aunque fuese cierto que uno se hace despreciar negándose á batirse, ¿qué desprecio es mas temible, el de los otros haciendo bien, ó haciendo mal, el suyo propio? Lo bueno y lo honesto ¿dependen acaso del juicio de los hombres?»

«Pero es falso que absteniéndose de batirse por virtud se haga uno despreciar. El hombre recto que nunca dió señas de cobardía y rehusa manchar su mano con un homicidio siempre adquirirá honor; pronto siempre á defender en todo encuentro justo lo que le es caro al precio de su sangre, va con la cabeza erguida, y no huye ni busca á su adversario. Si se levantan por un instante contra él preocupaciones viles, todos los dias de su vida honrada son testigos que la recusan.

«Supongamos un militar de una conducta probada, que ha hecho admirar su valor en los combates, que no ha retrocedido jamás delante del enemigo, pero al mismo tiempo invariable en los principios de una moral austera; pensar que tal hombre seria despreciado, deshonorado, que perderia la estima de sus jefes, de sus compañeros de armas, porque provocado injustamente hubiese rehusado el batirse, es una locura. Yo debo mi sangre á mi patria, diria; pero si me atacan insolentes adversarios, sabré defenderme como en el campo del honor he defendido á mi pais: y tal vez los mas ligeros y los mas incrédulos respetarian su virtud.»

«En dos palabras, añade Rousseau, el honor de un hombre de bien no está en poder de otro, sino en el de sí mismo, y no en la opinion del pueblo. No se defiende con el escudo ni con la espada, sino con una vida íntegra é irreprochable, y este combate vale tanto como cualquiera otro por lo que hace al valor. Los que están mas prontos á recurrir á un desafio son siempre aquellos cuya probidad es mas sospechosa; por la mayor parte son gente mal vista que, de miedo que no se les desprecie abiertamente, se esfuerzan en cubrir con algunos lances de honor la infamia de su conducta.»

Las primeras y verdaderas causas del duelo son absolutamente las del suicidio: la ausencia de creencias religiosas, la ignorancia de la Religion y el defecto de sus prácticas. Es fácil convenirse de esta verdad al ver que los que se batien en duelo son generalmente irreligiosos: la observacion mas sencilla basta para probar esta verdad; es, pues, inútil insistir sobre este punto. (*Véase lo que sobre el hemos dicho en el capítulo del Suicidio*).

Por lo que hace á las causas ocasionales ó determinantes, suficientemente se conocen, pues que de ordinario se hacen notar bastante por su futilidad, y hasta por su absurdidad, como ya hemos dicho.

No puede concebirse cómo una nacion como la francesa, tan humana, tan amable y tan cortés, ofrece en su seno tantos individuos que se hallen transportados de un furor tan ciego y tan singular por motivos tan fútiles y tan vanos. Esta es una especie de locura atroz que nadie nota, y que la multitud insensata y aturdida toma por valentía y por honor.

Los médicos, como lo hemos dicho, miran al suicidio como efecto ordinario de una enfermedad ó de un delirio agudo. Es cierto que el hombre no puede tener nunca razon para destruirse; pero el suicida, criminal como es en sí, lo es ciertamente menos que el duelista; porque la pérdida repentina é imprevista de la fortuna es una causa infinitamente mas poderosa y mas capaz de trastornar y de desesperar que algunas palabras desatentas, ú otros motivos mas ó menos frívolos que son lo que ocasiona el desafio; y no obstante, todavía no hemos visto que á los duelistas se les clasifique monomaniáticos, á pesar de lo mucho que hoy se in-

voca la monomania para justificar toda clase de crímenes y de delitos¹.

No siendo el duelo hasta ahora en la opinion pública, ni aun en la de los médicos, una monomanía, ó sea efecto de una *enfermedad* ó de un *delirio agudo*, se sigue que es un verdadero crimen, un homicidio formal, pues que se comete con la competente integridad de las facultades intelectuales, morales y afectivas, es decir, con conocimiento, con voluntad y con libertad; luego no siendo exceptuado este crimen por el código penal, debe castigarse como homicidio voluntario con las penas del derecho comun.

¹ Hace algunos años que la *Gaceta de los tribunales* y otros diarios han revelado un hecho muy extraordinario y de inmensa gravedad, y es este:

En 1826 fue condenada una jóven á presidio perpétuo por haber cortado con mucha serenidad la cabeza de un niño de un vecino suyo. « En ausencia, dice *la Gaceta*, de todo interés que pudiese haberla movido para la consumacion de este crimen, declararon los médicos que el estado mental de la acusada presentaba señas nada equívocas de enajenacion mental. »

Despues se han publicado muchos escritos de medicina legal que clasifican este crimen de monomania homicida, y hemos visto evocar en mas de un proceso este recuerdo sangriento como una prueba de apoyo en los medios de defensa para algunos acusados; mas la verdad debia venir mas tarde para destruir estas nuevas teorías de monomania. Así parece que esta mujer ha confesado que habiéndola abandonado su amante por otra con quien se casó poco despues, habia concebido el proyecto de una venganza horrosa, el que verificó degollando al niño de su antiguo amante y de su rival. Es verdad que estuvo algo conmovida, dijo, á los gritos de la víctima; pero *su venganza pudo mas*. Este hecho y las deducciones que de él se han sacado, unido todo á la confesion de la culpable, son de tal naturaleza, que hacen nacer serias y graves reflexiones así á los criminalistas como á los médicos legistas.

Indudablemente que es muy laudable el recurrir á la ciencia para ilustrar la conciencia del magistrado y del juez, y es humano y generoso el sustraer á los inocentes del rigor de la espada de la ley; pero ¿ está por ventura bastante adelantada la ciencia que pueda servir de basa en este punto á la jurisprudencia criminal?

Lo cierto es que la fisiología y la patología del cerebro son aun muy inciertas y muy mal sentadas, y que la frenología no existe como ciencia, ó por decir mejor, es una ciencia falsa é ilusoria.

Segun lo dicho es facil concebir que una ciencia insuficiente, mal comprendida, ó exagerada en su poder ó en su importancia, puede dar una direccion viciosa á los principios de jurisprudencia criminal, influir y hacer desviar á los debates judiciales, echar la perplejidad en el espíritu de los jueces, y traer las fatales consecuencias que fácilmente son de presentir.

Los remedios á propósito para curar radicalmente esta llaga social horrible, serian los mismos que hemos indicado para el suicidio, á saber: la fe, las creencias religiosas, la instruccion religiosa, y sobre todo la práctica de la Religión. (*Véase lo que hemos dicho al tratar de los medios de contener los progresos del suicidio*).

Mas en el actual estado de nuestra degradacion moral é intelectual, de la profunda depravacion de nuestras costumbres, y mas que todo de nuestra indiferencia religiosa, el duelo no se extirpará jamás de la sociedad, así como tampoco el homicidio ordinario. Sin embargo, está probado que solamente el Cristianismo puede absolutamente poner fin á estos crímenes: testigo la famosa república cristiana del Paraguay, donde no se conocieron el duelo, el homicidio y el suicidio; pero será nula la influencia de los principios religiosos en la actual generacion, tal como lo ha hecho la filosofía del siglo XVIII. ¿ En qué clase de individuos se encuentran los que se baten en duelo? En la de los adultos, por lo general desde veinte hasta sesenta años, y por lo comun mas ó menos instruidos. En esta masa de hombres, los que están en el caso de desafiarse, ó se conducen por los principios religiosos ó no: los primeros no admitirán el duelo; los otros, ó sean los irreligiosos, no variarán de conducta ni de principios, despreciarán los preceptos de la Religión, y se batirán; luego los medios religiosos y morales son inútiles para la generacion actual adulta, y solamente pueden aplicarse á la educacion de los niños. Todo efectivamente depende de la educacion moral y religiosa de la edad jóven; importa mucho, pues, para la pública felicidad el educar á la juventud en los principios religiosos, y sobre todo en la práctica de todos los deberes de la Religión y de la moral cristiana; este es el medio mas seguro y hasta el medio único de abolir absolutamente y para siempre esta costumbre feudal de la monomaquia.

Será, pues, necesario, no siendo posible óbrar actualmente en la sociedad presente una regeneracion religiosa y moral, limitarse á los medios ordinarios de represion, á los puramente exteriores y precarios, es decir, á la autoridad y á la fuerza de las leyes humanas.

La sentencia del tribunal de apelacion de 1837, que somete el duelo y sus consecuencias naturales bajo el imperio del derecho comun, es á nuestro ver una preparacion, un encaminamiento á una ley especial sobre este punto; y si se quiere, es ya un progreso: mas atendidas las ideas actuales sobre lo que se llama honor y el espíritu de nuestras costumbres relativamente al duelo, es mas que probable que esta sentencia no conseguirá su objeto, y no le abolirá: esta preocupacion feudal está aun mas arraigada en nuestras grandes poblaciones, donde regularmente tienen lugar los desafíos: ahora si la mayoría del jurado, lo que es muy temible, está dominada por las ideas generales, estando los jurados mismos bajo la influencia de la preocupacion general, es de temer que mirarán necesariamente todo duelo que ocurra como una cuestion de honor, y separarán ó alejarán de su espíritu toda idea de criminalidad. Colocados así bajo el imperio de una conviccion, aunque de humanidad, pero falseada con ideas preconcebidas, no podrán nunca elevarse á la altura de su mision, porque no sentirán bastante la impresion de la verdad para asimilar, como debieran, el homicidio ocasionado por el duelo al homicidio ordinario. Y ¿cuál será el resultado? La absolucion en casi todos los casos, y por consiguiente la cesacion de toda persecucion judicial.

Terminado estaba ya mi corto trabajo sobre el duelo, cuando ha llegado á mi noticia el elocuente y fervoroso discurso del señor Dupin; he visto en él que el Procurador del tribunal de apelacion parecia presentir estas absoluciones frecuentes cuando dice: «En caso de absolucion, si lo permiten los hechos, se habrá á lo menos rendido homenaje á la ley, á la moral, y á la justicia nacional.» Cuenta la siguiente decision del jurado inglés: «Un padre habia muerto al raptor de su jóven hija, y declaró su crimen, expresando en su dolor el disgusto de no haber podido matar sino una sola vez al autor detestable de todos sus males; sin embargo fue absuelto, y toda Inglaterra aplaudió esta resolucion. Hay en la conciencia del jurado misterios que nadie tiene derecho de sondear, pues que solo responde de ella á Dios y al país.»

¿Qué prueban esta absolucion de la Inglaterra, y el gran número de ellas que se verán probablemente entre nosotros en favor

del desafio? Segun nosotros no prueban otra cosa sino el imperio poderoso de una preocupacion nacional y la corrupcion de la razon pública, que ponen el juicio del país en contradiccion con la ley natural y con los primeros principios de todas las legislaciones de la Europa, que proclaman altamente y á la faz del mundo entero: *No matarás; no serás legislador, ni juez, ni verdugo en tu propia causa; en una palabra, no te tomarás la justicia por tu mano.*

Esta oposicion formal del juicio del país con la ley de la naturaleza y la jurisprudencia universal de todos los pueblos civilizados y cristianos es sin embargo, dicen, un misterio de la conciencia del jurado, que nadie tiene derecho de sondear: luego es preciso respetarle; y entonces ¿qué será de los principios de la civilizacion y de la moral pública, sobre los que descansa y se apoya la sociedad entera?

Los amigos del orden y de la justicia desean una ley especial; pero una ley especial sobre el desafio ¿será acaso un remedio cierto, infalible, específico para curar esta horrenda llaga social? No lo creemos.

Una ley especial será una ley excepcional que podrá tener por efecto el erigir el duelo en delito especial, y darle por consecuencia una penalidad distinta: tal vez será un medio de consagrar y de perpetuar la misma preocupacion que se trata de abolir; esta ley especial recordará eternamente al jurado que el crimen sobre el cual debe pronunciarse no es sino el efecto desgraciado de un lance de honor, y que no debe por lo mismo confundirlo con el homicidio ordinario; y desde entonces, mediante el sistema de circunstancias ordinarias, se tentará de eludir la ley, se declinará su aplicacion, y se caerá en el inconveniente del derecho comun. Sin embargo mas valdria una ley especial que el derecho comun.

Pero admitamos que una ley especial sea suficientemente represiva para prevenir cierto número de desafíos; siempre será un bien sin duda, pero carecerá de fuerza contra los duelos suscitados por las pasiones violentas, los odios repentinos y frenéticos, los accesos de furor irresistibles; y en efecto, en los hombres furibundos, impíos é inmorales, que ningun freno religioso puede contener, serán vanas todas las amenazas, y todas las leyes humanas impotentes: el mismo movimiento de exaltacion y de furor que

les impele á jugar su vida, les hará resistir el peligro secundario de toda especie de castigo, hasta el de la misma muerte.

Si el derecho comun, si una ley especial no contiene el furor de los desafios, se estará obligado á acusar de ello ó á un defecto, ó á la impotencia de la legislacion actual, y por lo mismo á reconocer la necesidad de otra medida coercitiva mas en armonia por su naturaleza con las causas ocasionales del desafio.

Con el objeto de poner el honor de los ciudadanos á cubierto de los ataques brutales de los pendencieros, y de prevenir al mismo tiempo cierto número de duelos, proponemos el hacer juzgar los lances de honor para hablar en el sentido de la preocupacion, por un arbitraje ó tribunal de honor, á fin de castigar á los culpables por el punto sensible de su honor: este tribunal se compondria de tres ó cuatro jueces escogidos entre las personas mas íntegras, mas honradas y de mejor reputacion en la opinion pública ¹.

Todas las causas que la preocupacion llama de honor, es decir, todas las disidencias que tuviesen por resultado la proposicion de un desafio, serian llevadas á este tribunal: así aquel á quien le fuese propuesto un combate singular se veria obligado por deber de honor á declararlo al tribunal especial instituido *ad hoc*. Esta declaracion no podria hacerse sino pasado el término de tres dias á lo menos, á fin de que tuviesen las pasiones el tiempo de calmarse, y de dejar lugar á la razon y á la reflexion.

El objeto de este tribunal seria el procurar la reconciliacion de las partes, segun las reglas de la prudencia y de la equidad, teniendo en consideracion todas las atenciones debidas al honor de los ciudadanos; y en caso de no poder obtener este resultado feliz, emplearia su autoridad, es decir, pesaria con la mayor imparcialidad y justicia las recíprocas ofensas, y juzgaria segun el derecho de cada una de las dos partes, y segun su falta respectiva.

Las satisfacciones dadas y las penas que se decretarian serian puramente morales: esto es, el honor ó el deshonor. Aquel, por ejemplo, que fuese oprimido por un agresor injusto y brutal, y por un motivo frívolo, como acontece de ordinario, seria plena-

¹ Se nos ha asegurado que en los regimientos se han hecho mas raros los desafios desde que se hace intervenir en las querellas el arbitraje de algunos de los mas antiguos de la compañía.

mente justificado, y alabado altamente por haberse denegado al desafio, y se le mantendria intacto y entero su honor á los ojos de sus semejantes; al contrario, el provocador injusto seria mas ó menos infamado, señalado á la sociedad como deshonorado é infame, y mirado como perturbador del reposo de las familias. Si el provocador del desafio hubiese él mismo sido insultado gravemente, ó no hubiese sido el primero que dió lugar á la disputa, los jueces se harian cargo de esto; mas en todos casos infamarian mas ó menos al que hubiese propuesto el combate.

Si á pesar de la decision del tribunal tuviese lugar el duelo, ó este ocurriese sin haberse presentado antes las partes al tribunal arbitral, este podria entonces condenar ambos combatientes á ser mas ó menos degradados, ó privados enteramente de todos los derechos de ciudadano.

Finalmente, si muriera uno de los dos en el combate ó de resultas, el homicida deberia ser castigado segun el derecho comun á la ley general sobre los homicidios voluntarios premeditados; los testigos llevados á los tribunales ordinarios, y castigados como cómplices, y todos, cuando menos, en razon de las circunstancias atenuantes, condenados á fuertes penas pecuniarias.

Ya estaba esto escrito cuando hemos tenido conocimiento de la asociacion antiduelista que han formado hace ya algunos años muchos habitantes de la ciudad de Liège. Este es su reglamento:

«Los miembros de la asociacion de Liège se comprometen por su honor, 1.º á no batirse jamás en desafio, cualquiera que sea el motivo que crean tener, excepto el de la defensa personal, y solo en el momento de una agresion imprevista; 2.º á no consentir jamás en ser testigos de un duelo, cualesquiera que sean las armas de los combatientes; 3.º á dar cuenta inmediatamente á la asociacion de toda discusion que pueda tener por consecuencia un desafio; 4.º á emplear todos los medios para procurar una reconciliacion entre todas las personas que tuvieren una discusion capaz de provocar un duelo; 5.º á someterse á la decision de un jurado, compuesto de cierto número de individuos de la asociacion, para la conducta que habrá de tenerse en toda discusion que pueda traer una provocacion en desafio, y á soportar la reprobacion y la censura en caso necesario; 6.º á propagar en todas

«partes y por todos medios los principios de la asociación fundada sobre cuanto hay de más sagrado entre los hombres, la Religión y el verdadero honor.» (*Monitor de las ciudades y de los campos, 1836*).

Hé aquí ahora algunas cortas reflexiones que sometemos nosotros al juicio y á las luces de los letrados y legisladores, y á sus profundas y concienzudas meditaciones:

Si desgraciadamente no llegan á prevalecer un día en la sociedad los principios religiosos, tampoco evitarán jamás absolutamente el duelo las medidas más represivas, y las penas más severas. En este caso no quedará, á nuestro ver, otro recurso que el de procurar destruir en el espíritu de los pueblos esta costumbre bárbara, atribuyéndola ideas de cobardía, de infamia y de ridiculez, y ofreciéndola á la opinión pública como una horrorosa, perversa, infame y ridícula práctica de la edad media, hecha hoy incompatible con nuestros progresos y con nuestras costumbres actuales.

Para esto bastaría con hacer mirar las cosas en general, y el duelo en particular, en su verdadero punto de vista, tales como son en su naturaleza intrínseca y real; en una palabra, como hoy vemos tantas otras costumbres de la edad media, y que condenamos como más ó menos bárbaras, inmorales y ridículas, así como estos juegos terribles de los torneos y de las justas, las pruebas judiciales del agua y del fuego, que tan impropriamente se llamaban juicios de Dios, los votos del pavo y del faisán, el juramento por los cabellos, etc.¹

Para formarse una idea de las costumbres de la edad media vamos á referir algunos pasajes de Roberto de Spallart sobre el duelo legal y judicial de nuestros padres. Se prescribían estos, que eran una especie de *ordalia*², cuando las pruebas ó los testigos no bastaban para descubrir la verdad, y quedaban persuadidos de que la Providencia daba la victoria al inocente. Así es como el duelo judicial decidía los negocios criminales civiles.

«Estaba el campo de batalla cerrado por una empa-

¹ En aquellos tiempos la cabellera se estimaba en mucho: la manera más cumplida de saludar á alguno era arrancarse y ofrecerle un cabello.

² Prueba judicial por los elementos.

lizada: la ley determinaba las armas de que debían servirse, y el juez nombraba comisarios que las examinaban.

«En el día y hora indicados el juez, acompañado de algunos asesores y de antiguos caballeros que tomaba por jueces del combate, se presentaban en un balcón preparado en el campo de batalla. Cuando era el desafío á muerte se ponían en el cerco dos cajas ó ataúdes: el vencido era enterrado con honor.

«Los campeones venían acompañados cada uno de su confesor, de sus parientes, y de una comitiva, é iban á pedir á los jueces que les permitiesen terminar por el duelo su querrela: los dos después de prestado el juramento, el uno para afirmar la verdad de su acusación, y el otro para afirmar su inocencia, pedían la asistencia divina, juraban combatir lealmente y no llevar encima de ellos ningún hechizo escondido.

«Presentábase un heraldo, que bajo pena de muerte imponía silencio á los asistentes, que hacían todos votos en favor del inocente, y daba en alta voz y por tres veces la señal del combate. Los campeones empezaban por batirse con una maza (porra); y en seguida con espada en mano hasta que quedaba muerto uno de los dos, ó bien herido ó desarmado; en cuyo último caso debía reconocer por vencedor á su adversario: cuando era el acusado el que sucumbía, sufría la pena que imponían las leyes á su crimen; y cuando por el contrario era vencido el acusador, quedaba su enemigo descargado de la inculpación, y el primero era el que sufría la pena, y pagaba los gastos del proceso.

«Se miraba como deshonrado al que pedía gracia ó perdón; perdía sus empleos, no tenía ya derecho á llevar armas, ni distintivo alguno de caballería, y no podía montar más á caballo ni afeitarse. Ordinariamente un campeón, así que había herido ó vencido á su adversario, le ponía una rodilla sobre el pecho, levantaba el puñal de misericordia, y si el vencido no pedía perdón, se lo hundía en el cuerpo por las junturas del arnés.» El autor añade un poco más adelante: «La ley que concedía hasta á las mujeres el derecho de probar por el duelo su inocencia muestra hasta qué punto se había extendido en nuestros padres esta costumbre bárbara.»

Creemos haber probado hasta la evidencia para los de buena fe y que no se ciegan voluntariamente, que la costumbre bárbara del duelo ofrece todos los caracteres de la vileza verdadera, siendo los principales: debilidad y pusilanimidad de carácter que impide el vencerse á sí mismo, á su amor propio y á sus pasiones; transgresion de las leyes divinas y humanas, desprecio ú omision de los deberes mas sagrados, por los mas fútiles motivos, como son: el respeto humano, una timidez ridicula y estúpida, el temor quimérico de una vana reconvencion de parte de hombres frívolos é inconsiderados; la falta de valor para despreciar una opinion ó una preocupacion que se reconoce en verdad por falsa y absurda; el sacrificio indigno de la virtud, del deber, de las convicciones y de la conciencia al vicio y al falso honor... Estos son, segun nosotros, los principales rasgos de una alma vil, baja, pérfida y viciosa; ó bien no hay en la tierra vicio ni perfidia, y es menester borrar y despedazar todos los códigos de las leyes, todos los tratados de moral, y hasta el mismo Evangelio: aqui me detengo, gimo, y callo.

EXÁMEN

FILOSÓFICO, FISIOLÓGICO Y MORAL

DEL

MAGNETISMO ANIMAL.

Siempre es mas filosófico el creer que se ha engañado, que se ha juzgado y apreciado mal y que se ha errado, que creer en fenómenos cuya existencia repugna á la razon.

(ROSTAN, artículo *Magnetismo animal* del *Diccionario de Medicina*, tomo XIII, y *Curso de Higiene*, tomo II, p. 213.)

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

HACE mas de sesenta años que existe en Europa, y particularmente en Francia y en Alemania, una clase de sábios que reconocen y admiten en la especie humana una influencia extraordinaria y tan prodigiosa, que es superior á todas las leyes físicas y fisiológicas conocidas hasta aquí. Esta influencia anormal que se ejercita sobre ciertas personas, y en condiciones y circunstancias dadas, se atribuye á la accion de un fluido animal imponderable, transmisible de un cuerpo á otro, y puesto en juego por medio de actos y de procederes diversos, tales como tocamientos, frotaciones, gestos, miradas, palabras, y una firme voluntad: este fluido animal, sometido á la voluntad humana, produce en ciertas personas delicadas, nerviosas, impresionables, endebles, valetudinarias, nevropáticas, histéricas, en una palabra, en personas que reunen la movilidad sensitiva y afectiva á una gran

Creemos haber probado hasta la evidencia para los de buena fe y que no se ciegan voluntariamente, que la costumbre bárbara del duelo ofrece todos los caracteres de la vileza verdadera, siendo los principales: debilidad y pusilanimidad de carácter que impide el vencerse á sí mismo, á su amor propio y á sus pasiones; transgresion de las leyes divinas y humanas, desprecio ú omision de los deberes mas sagrados, por los mas fútiles motivos, como son: el respeto humano, una timidez ridicula y estúpida, el temor quimérico de una vana reconvencion de parte de hombres frívolos é inconsiderados; la falta de valor para despreciar una opinion ó una preocupacion que se reconoce en verdad por falsa y absurda; el sacrificio indigno de la virtud, del deber, de las convicciones y de la conciencia al vicio y al falso honor... Estos son, segun nosotros, los principales rasgos de una alma vil, baja, pérfida y viciosa; ó bien no hay en la tierra vicio ni perfidia, y es menester borrar y despedazar todos los códigos de las leyes, todos los tratados de moral, y hasta el mismo Evangelio: aqui me detengo, gimo, y callo.

EXÁMEN

FILOSÓFICO, FISIOLÓGICO Y MORAL

DEL

MAGNETISMO ANIMAL.

Siempre es mas filósofo el creer que se ha engañado, que se ha juzgado y apreciado mal y que se ha errado, que creer en fenómenos cuya existencia repugna á la razon.

(ROSTAN, artículo *Magnetismo animal* del *Diccionario de Medicina*, tomo XIII, y *Curso de Higiene*, tomo II, p. 213.)

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

HACE mas de sesenta años que existe en Europa, y particularmente en Francia y en Alemania, una clase de sábios que reconocen y admiten en la especie humana una influencia extraordinaria y tan prodigiosa, que es superior á todas las leyes físicas y fisiológicas conocidas hasta aquí. Esta influencia anormal que se ejercita sobre ciertas personas, y en condiciones y circunstancias dadas, se atribuye á la accion de un fluido animal imponderable, transmisible de un cuerpo á otro, y puesto en juego por medio de actos y de procederes diversos, tales como tocamientos, frotaciones, gestos, miradas, palabras, y una firme voluntad: este fluido animal, sometido á la voluntad humana, produce en ciertas personas delicadas, nerviosas, impresionables, endebles, valetudinarias, nevropáticas, histéricas, en una palabra, en personas que reúnen la movilidad sensitiva y afectiva á una gran

susceptibilidad nerviosa; en estas personas, pues, el fluido animal produce efectos ó fenómenos muy variados casi en el siguiente orden: bostezos, pandiculaciones, pesadez de cabeza, espasmos, tirazones, movimientos convulsivos, fibrosos, pasajeros, semejantes á sacudimientos eléctricos, soporacion mas ó menos profunda, somnolencia, torpeza, suspension completa de las funciones de los sentidos, insensibilidad exterior, y finalmente el somnambulismo. En este estado de somnambulismo artificial y especial se desenvuelven, dicen, algunas veces nuevas facultades conocidas con el nombre de perspicacia, lucidez, intuicion, prevision interior, vista en el tiempo, en el espacio y en la materia; es decir, en lo pasado y en el porvenir; retrovision y prevision; profetizacion, adivinacion, conocimiento intuitivo ó vista de los pensamientos intimos de las personas ausentes, del interior del cuerpo de los enfermos; determinacion de la naturaleza, del punto, del régimen de las diversas enfermedades por individuos que no han estudiado medicina, ó las particularidades mas íntimas de la organizacion humana; la transposicion de los sentidos; la vista sin necesidad de los ojos ni de la luz por la frente, por el occipucio, por el epigastro, por la punta de los dedos, etc.; parálisis producida ó restitution del movimiento ó de la sensibilidad por la voluntad ó por una orden mental; comunicacion de los pensamientos sin ninguna especie de señas, etc., etc.; finalmente el olvido absoluto al despertar de cuanto pasó durante el sueño ó el somnambulismo.

Hé aquí en compendio los fenómenos extraordinarios, las espantosas maravillas, los prodigios inauditos que constituyen con matices infinitamente variados el estado que hoy se llama *magnetismo animal*.

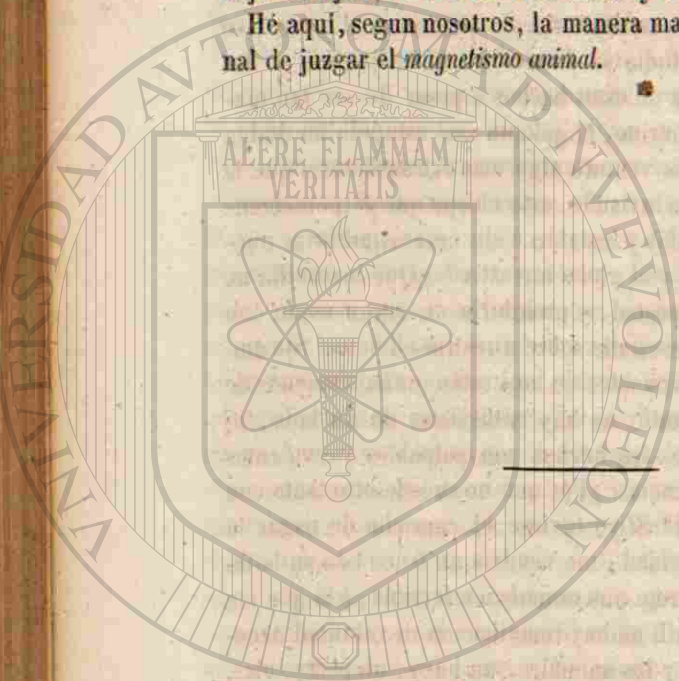
«Hace cuarenta años, escribió el Dr. Virey en 1818, que en diversos paises se ocupan de la teórica y de la práctica del magnetismo animal, y despues de tantos escritos como han salido y salen todos los dias, seria tiempo de no hablar mas de él, dejando á la observacion y al porvenir el cuidado de juzgar de la utilidad ó de la realidad de este descubrimiento. Si lo que llaman magnetismo no es sino un error, ¿por qué cuarenta años de experiencias, de sarcasmos y de desprecios no le han ano-

«nadado? Si es una verdad, ¿por qué despues de tantas pruebas se arrastra todavia en la sombra, combatido y desechado como una ridicula impostura por los hombres mas instruidos y mas ilustrados? No se ha hecho por cierto esta misma acogida al magnetismo mineral, aun cuando sea tal vez imposible el dar de este una explicacion satisfactoria. Se magnetiza el hierro, se imantan agujas, se estudia su direccion, su inclinacion y declinacion; nadie duda de estos hechos á pesar de ser tan maravillosos; el menor marino, el galopin mas estúpido no dudan de la brújula. ¿Hay por ventura algo mas extraordinario que la electricidad, este fuego invisible, esta chispa que perpétuamente nos rodea, que cambia y restablece sin cesar equilibrios nuevos entre la atmósfera y el globo terrestre? ¡Qué maravilla no es el conjurar la tempestad, y prohibirla en algun modo con puntas metálicas el que estalle sobre nuestros edificios! Sin embargo los sábios y los pueblos de hoy están unánimemente de acuerdo sobre este punto; no hay entusiastas de un lado, ni contradictores de otro: los hechos son palpables y evidentes para todas las inteligencias. ¿Por qué no sucede otro tanto con el magnetismo animal? Si yo tuviese el capricho de negar la existencia de la electricidad, me vendria un fisico con su botella de Leyde á fulminarme una conmocion terrible, á la que me seria forzoso rendir. Allí no hay imaginacion ni voluntad necesarias á la operacion, y los animales, un buey, un perro, etc., sienten igualmente los choques formidables de la electricidad. Que Mesmer ó alguno de sus sucesores haga caer este caballo en somnambulismo, ó en crisis esta res, supuesto que estos animales tienen nervios y sensibilidad; entonces reconoceré el magnetismo universal.»

Para proceder en este trabajo con algun orden miraremos primeramente el magnetismo bajo el punto de vista histórico, material y fenomenal; en seguida consideraremos su parte racional y lógica, es decir, que discutiremos filosófica y fisiológicamente el valor intrínseco de los hechos reales ó reputados como tales: los distinguiremos en hechos positivos ó fisiológicos, es decir ciertos, y en hechos antifisiológicos y maravillosos, que no ofrecen ningun carácter de certeza. Examinaremos si las conclusio-

nes que resumen y formulan el sistema magnético han sido lógicamente deducidas de los hechos; terminaremos, en fin, esta noticia con algunas reflexiones sobre las tendencias eminentemente inmorales del magnetismo, ó la influencia funesta que no puede dejar de ejercer sobre las costumbres y la moral pública.

Hé aquí, según nosotros, la manera mas filosófica y mas racional de juzgar el *magnetismo animal*.



CAPÍTULO I.

RESEÑA HISTÓRICA, PROCEDERES Y CONDICION DEL MAGNETISMO ANIMAL.

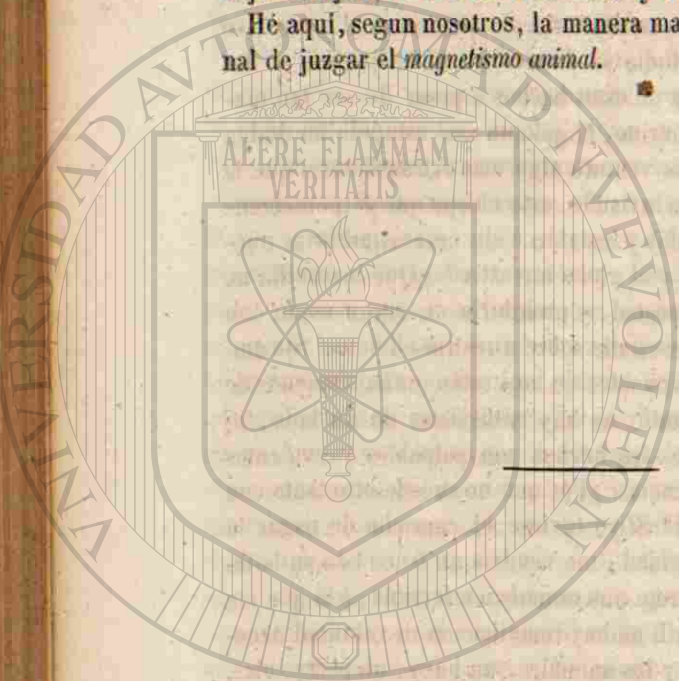
MESMER, médico alemán, es por lo general mirado como el inventor del magnetismo; en 1779 publicó una memoria sobre el descubrimiento del magnetismo animal, en el que se explica así en la página 74 :

«Es un fluido derramado universalmente, y el medio de una influencia mútua entre los cuerpos celestes, la tierra y los cuerpos animados. La acción y la virtud del magnetismo animal pueden ser comunicadas de un cuerpo á otros animados ó inanimados. Esta acción se verifica á una distancia lejana sin el socorro de ningun cuerpo intermedio; es aumentada y reflejada por los espejos; comunicada, propagada y aumentada por el sonido. Aunque este fluido sea universal, no todos los cuerpos animados son susceptibles de él; los hay aun, si bien en corto número, de una propiedad tan opuesta, que su sola presencia destruye todos los efectos de este fluido en los otros cuerpos... Por medio del magnetismo conoce el médico el estado de la enfermedad de cada individuo, y juzga con certeza de su origen, de la naturaleza, y de los progresos de los males mas complicados; evita su incremento, y llega á la curación sin exponer nunca al enfermo á efectos peligrosos ó consecuencias funestas, cualquiera que sea la edad, el sexo y el temperamento.»

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes que resumen y formulan el sistema magnético han sido lógicamente deducidas de los hechos; terminaremos, en fin, esta noticia con algunas reflexiones sobre las tendencias eminentemente inmorales del magnetismo, ó la influencia funesta que no puede dejar de ejercer sobre las costumbres y la moral pública.

Hé aquí, según nosotros, la manera mas filosófica y mas racional de juzgar el *magnetismo animal*.



CAPÍTULO I.

RESEÑA HISTÓRICA, PROCEDERES Y CONDICION DEL MAGNETISMO ANIMAL.

MESMER, médico alemán, es por lo general mirado como el inventor del magnetismo; en 1779 publicó una memoria sobre el descubrimiento del magnetismo animal, en el que se explica así en la página 74 :

«Es un fluido derramado universalmente, y el medio de una influencia mútua entre los cuerpos celestes, la tierra y los cuerpos animados. La acción y la virtud del magnetismo animal pueden ser comunicadas de un cuerpo á otros animados ó inanimados. Esta acción se verifica á una distancia lejana sin el socorro de ningun cuerpo intermedio; es aumentada y reflejada por los espejos; comunicada, propagada y aumentada por el sonido. Aunque este fluido sea universal, no todos los cuerpos animados son susceptibles de él; los hay aun, si bien en corto número, de una propiedad tan opuesta, que su sola presencia destruye todos los efectos de este fluido en los otros cuerpos... Por medio del magnetismo conoce el médico el estado de la enfermedad de cada individuo, y juzga con certeza de su origen, de la naturaleza, y de los progresos de los males mas complicados; evita su incremento, y llega á la curación sin exponer nunca al enfermo á efectos peligrosos ó consecuencias funestas, cualquiera que sea la edad, el sexo y el temperamento.»

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE LA MAGNETIZACION

ó

DE LOS PROCEDERES EMPLEADOS PARA OBRAR LOS FENÓMENOS DEL MAGNETISMO ANIMAL,

SEGUN EL DR. BOULLAUD,

profesor de la Facultad de Medicina de Paris.

I. — *Proceder de Mesmer.*

En medio de un vasto salon se veia puesta una cuba pequeña, pero famosa, á la que se daba el nombre de cubillo, terminada por una cobertera atravesada de muchos agujeros, por donde salian hilos de alambre corvos y móviles: rodeaban los enfermos el cubillo, teniendo cada uno de ellos su hilo que, á beneficio de la corva que presentaba podía aplicarse directamente sobre la parte doliente ó enferma: una cuerda puesta al rededor de los cuerpos los unia los unos con los otros; algunas veces se formaba otra cadena haciendo comunicar á los enfermos entre sí por medio de las manos. En un rincon del salon habia un piano que tocaba varias sonatas sobre variados movimientos, y al que alguna vez acompañaba la música vocal. Todos los que magnetizaban tenian en la mano una varita de hierro de diez á doce pulgadas de largo, y que se consideraba como el conductor del fluido magnético, y gozaba de la propiedad de concentrar á este en su punta, haciendo así mas fuertes las emanaciones. El sonido, en el sistema mesmeriano, era tambien conductor del magnetismo, y habia la aproximacion de la varita al piano para comunicarle el fluido; la cuerda que ceñia á los enfermos estaba destinada, lo mismo que la cadena de las manos, á aumentar la intensidad de la magnetizacion: el interior del cubillo era el foco del fluido magnético; las materias que contenia nada tenian de eléctrico.

Los mesmerianos magnetizaban tambien directamente con el dedo y la varita de hierro paseándolos por la cara, encima ó detrás

de la cabeza, y sobre las partes enfermas, observando siempre la direccion de los polos. Tambien se operaba con los enfermos mirándoles fijamente, hito á hito, y sobre todo apretando con las manos las regiones diversas del bajo vientre, con manipulaciones que algunas veces se continuaban por horas enteras.

No eran solo los hombres los sometidos al poder magnético; porque se magnetizaban tambien los árboles: los encadenaban, por decirlo así, si bien los magnetizadores no pudieron nunca conseguir la renovacion del milagro de los del bosque de *Dodona*; y hasta los cuerpos mas inanimados, tales como una taza, un vaso, una botella, etc., se creyeron capaces de contraer la virtud magnética.

II. — *Proceder de los magnetizadores modernos.*

En nuestro tiempo se ha abandonado el aparato pomposo de Mesmer. Hoy la persona á quien se magnetiza está sentada en una poltrona cómoda, en un sofá, ó en una simple silla. Colocado el magnetizador en sitio algo mas elevado, delante y á la distancia de un pié de ella, parece recogerse por algunos momentos, durante los cuales toma las manos del que va á magnetizar, de manera que el interior de los pulgares de este toque el interior de los del magnetizador, el cual fija la vista sobre aquel, quedando en esta posicion hasta que observa y siente que se ha establecido un calor igual entre los pulgares puestos en contacto. Entonces retira sus manos, y volviéndolas hácia fuera, las pone sobre las espaldas, donde las deja casi un minuto, y las acompaña ó pasea lentamente con una especie de friccion muy suave por lo largo del brazo hasta la extremidad de los dedos: este movimiento, conocido con el nombre de *pase* se repite cinco ó seis veces. El magnetizador pone sus manos en seguida encima de la cabeza, las tiene así por un momento, las baja pasando delante de la cara á la distancia de una á dos pulgadas hasta el epigastro, donde vuelve á pararse apoyando los dedos sobre esta parte; luego desciende lentamente por lo largo del cuerpo hasta los piés: una vez que estos pases están suficientemente reiterados, termina el magnetizador su operacion prolongándolos mas allá de las extremidades de

las manos y de los piés, y sacudiendo cada vez los dedos: finalmente delante de la cara y del pecho hace pases transversales á distancia de tres á cuatro pulgadas, presentando aproximadas las dos manos, y separándolas en seguida bruscamente. En algunos casos pone el magnetizador los dedos de cada mano á tres ó cuatro pulgadas de distancia de la cabeza y del estómago, los fija en esta posición por uno ó dos minutos, y luego separándolos y aproximándolos alternativamente á estas partes con mas ó menos prontitud, simula el movimiento natural que se ejecuta cuando se quiere desembarazar de un líquido que ha humedecido las extremidades de los dedos. (*Véase el parte del Sr. Husson á la Academia real de Medicina*).

«El Sr. Deleuze, añade Bouillaud, uno de los apóstoles mas ferrosos del magnetismo animal, ha indicado en sus obras las condiciones que se necesitan para obtener un buen resultado de la operación magnética, las que vamos á dar sumariamente: «Es necesario que los que asistan á la operación observen el mayor silencio, que la expresión de sus fisonomías no inspire embarazo ni incomodidad al magnetizador, ni tampoco sospechas ó dudas al magnetizado: algunos magnetizadores exigian otra condición muy severa, y que no es tan fácil de encontrar como las anteriores entre los hombres verdaderamente ilustrados, y era una fe sincera en el magnetismo; pero segun otros magnetizadores esta condición no es de rigor. Los Comisarios de la Academia real de Medicina declaran por otra parte y por el órgano de su sábio redactor, que han creído deberse desentender de la obligación que imponen los magnetizadores de una fe robusta; y eso que han presenciado casi todo lo que el magnetismo tiene de mas prodigioso.»

El Sr. Rostan nos dice de su lado¹: «Los procederes de la magnetización han sido descritos de mil maneras: cada magnetizador tiene la suya; les basta á los unos el imponer la mano sobre la frente de la persona que se magnetiza, inmediatamente ó á una distancia corta; otros ponen esta mano sobre el epigastro; algunos sobre las espaldas. Por lo regular despues de algunas sesiones ya no es necesaria la imposición de manos; basta con

¹ *Diccionario de Medicina*, artículo *Magnetismo*, tomo XIII, pág. 444.

«decir al magnetizado: dormid, yo quiero que durmais; y al punto se duerme, sin poder negarse á esta órden: muchas veces basta con la voluntad, sin tener necesidad de manifestarla. Me ha sucedido con frecuencia querer hacer dormir á alguno, y al momento se han manifestado tirazones, pandiculaciones y los otros síntomas precursores del sueño: ¿Qué me haceis? No me hagais dormir: quereis que duerma; yo no quiero dormirme; pero á una tal influencia no se llega sino por grados.»

CAPÍTULO II.

CONCLUSIONES DE DIFERENTES PARTES DIRIGIDAS Á MUCHAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS.

TRES han sido en Francia las sociedades científicas encargadas de la cuestion del magnetismo animal: 1.º La antigua Academia de Ciencias en marzo de 1784; 2.º la antigua Sociedad real de Medicina en agosto de 1784 primeramente, y luego en la sesion del 22 de octubre del mismo año, cuando se encargó á Thouret que se diese cuenta de las diversas cartas y memorias que habia la Sociedad recibido de sus asociados, correspondientes al asunto; 3.º la Academia real de Medicina en febrero de 1826.

En 1784 fue la autoridad la que tomó la iniciativa: primeramente el Rey no habia nombrado mas médicos que los de la Facultad de París, á saber: Borié, Sallin, Darcet y Guillotin, para que le diesen cuenta del magnetismo animal practicado por un tal Deslon; pero despues y á instancia de aquellos cuatro académicos, el Rey les asoció cinco miembros de la Academia real de Ciencias, que fueron Franklin, Leroy, Bailly, de Bory y Lavoisier; y habiendo Bory fallecido al principio de los trabajos de los Comisarios fue reemplazado por Majeault, doctor de la Facultad.

El magnetizador Deslon, discípulo de Mesmer, se habia comprometido con los Comisarios: 1.º á probar la existencia del magnetismo animal; 2.º á comunicar sus conocimientos sobre este descubrimiento; 3.º á probar su utilidad para la curacion de las enfermedades.

Nada mas fácil que exponer á los Comisarios una teoría dicha del magnetismo animal y ciertas maniobras llamadas prácticas, y es á lo que no faltó Deslon; mas era preciso el apreciar sus efectos. A este objeto resolvieron primeramente los Comisarios de la Academia magnetizarse ellos mismos, con la condicion expresa de no admitir ningun extraño en el lugar de las sesiones, de po-

der entre sí discutir libremente sus observaciones, y de ser en todos casos los únicos ó cuando menos los primeros jueces de lo que habrian observado.

Hiciéronse las experiencias con estas condiciones, y quedó probado plenamente que ninguno de los Comisarios habia sentido ó á lo menos experimentado nada que fuese de naturaleza de poderse atribuir á la accion del magnetismo.

En seguida fueron reunidos en Passy en casa de Franklin siete enfermos que se magnetizaron á presencia de todos los Comisarios: estos enfermos pertenecian á la clase ínfima de la sociedad; otros fueron escogidos de condiciones sociales mas elevadas; despues se hicieron magnetizar algunos niños, todo á fin de variar en lo posible las condiciones individuales: y en todas estas experiencias adquirieron los Comisarios la conviccion de que la imaginacion sola lo hacia todo, y el magnetismo nada.

Los tocamientos, añade el redactor, la imaginacion, la imitacion; tales son las verdaderas causas de los efectos que se atribuyen á este nuevo agente conocido con el nombre de Magnetismo animal, á este flúido que dicen que circula por el cuerpo, y se comunica de individuo á individuo.

Conclusiones últimas.

El flúido magnético no existe, el magnetismo animal es nulo, y dañosos ó perjudiciales los medios que se emplean para ponerlo en accion.

París 11 de agosto de 1784.

BENJAMIN FRANKLIN, MAJEULT, LEROY, BAILLY,
SALLIN, DAR CET, DE BORY, GUILLOTIN, LA-
VOISIER.

No hablaremos del parte reservado, ni del de Jussieu; porque solamente debemos ocuparnos de los discutidos y adoptados por las mayorias académicas: no obstante la Sociedad real de medicina no podia continuar ni quedar extraña á los debates que excitaba entonces la cuestion del magnetismo animal; el Gobierno ha-

bia igualmente elegido Comisarios ilustrados, los cuales tuvieron en consecuencia que redactar un parte sobre el particular casi en la misma época. Estos comisarios fueron, Poissonnier, Caille, Mauduyt y Andry.

La Comision médica creyó que debia obrar como sigue:

1.º Deslon hizo pronunciar por Lafisse un discurso sobre los principios de su método.

2.º Lafisse, autorizado por Deslon, da por escrito á los Comisarios la enunciaci3n del principio que contiene su discurso.

3.º Deslon y Lafisse ejecutan ante los Comisarios las diversas manipulaciones que se usan en el empleo del magnetismo animal, é instruyen á los Comisarios del método de practicarlas ellos mismos.

4.º Observan los Comisarios en Deslon los efectos del supuesto magnetismo animal sobre algunos enfermos que á él habia este sometido.

5.º Reuniéronse los Comisarios muchas veces en casa de uno de ellos para magnetizar enfermos, y para observar con las precauciones que juzgaron oportunas los efectos que este método podia producir.

El gran número de enfermos sometidos por los Comisarios á las experiencias dichas magnéticas habian sido divididos, dice el parte, en tres clases ó secciones: 1.º Aquellos cuyos males eran evidentes; 2.º aquellos cuyas dolencias consistian en afecciones vagas; 3.º los melancólicos.

Por lo que hace á los primeros ó sean los enfermos verdaderos, declaran los Comisarios que no han visto ninguno curado, ni aun notablemente aliviado, aunque los hayan observado durante muy cerca de cuatro meses, y aunque, segun han sabido, hayan seguido el régimen curativo un año mas.

En cuanto á los de la segunda clase, algunos inapetentes habian digerido mejor; y por lo que respecta á los melancólicos, todos los médicos saben el poco caso que se merecen su asercion y testimonio.

Volviendo en seguida á las dos partes de sus trabajos, es decir, sobre la cuestión teórica y las de hecho, deducen los Comisarios estas conclusiones: Que la teoría del magnetismo animal es

un sistema desnudo absolutamente de pruebas; que los medios de que se sirven para emplearle pueden ser perjudiciales; y que los remedios administrados por estos procederes pueden determinar accidentes espasmódicos y convulsivos de mucha gravedad.

Paris 15 de agosto de 1784.

POISSONNIER, CAILLE, MAUDUYT Y ANDRY.

Un largo silencio reina desde esta época en las Academias y en todas las sociedades científicas sobre el magnetismo animal: es verdad que grandes acontecimientos habian distraido por otra parte los espíritus de esta suerte de cuestiones; mas tarde y durante la Restauracion, es decir, despues de cuarenta años, se volvió á agitar en el seno de la Academia la cuestión del magnetismo animal. Esta vez no fue el Gobierno quien tomó la iniciativa; ya no se trataba de un movimiento como el de 1784. Un médico, el doctor Foissac, dirigió el 11 de octubre de 1825 una carta á la Academia real de medicina, en la que pedia á este cuerpo ilustre si encontraria medio en sus atribuciones para renovar el exámen del magnetismo animal. Tomó la Academia en consideracion esta carta, y segun la cuenta que dió una Comision especial, fueron designados algunos Comisarios para el nuevo exámen. (*Extracto de la Revista médica, setiembre de 1857*).

Hé aquí las conclusiones de este parte famoso, segun el doctor Bouillaud:

1.º No se necesita para obrar los efectos magnéticos de medios exteriores y visibles, pues que en muchas ocasiones la voluntad, la fijeza de la mirada han bastado para producir estos fenómenos, aun sin saberlo los magnetizados.

2.º, 3.º, 4.º Ha variado de un minuto hasta una hora el tiempo necesario para transmitir y hacer experimentar la accion magnética. El magnetismo no obra en general sobre las personas que están en buena salud, ni tampoco sobre todos los enfermos. Decláranse algunas veces, mientras que se magnetiza, algunos efectos frecuentes, insignificantes, que no atribuye la Comision al magnetismo solo; tales como algo de opresion, de calor ó de frio,

y algunos otros fenómenos nerviosos que se pueden conocer sin la intervencion de un agente particular, á saber: por la esperanza ó por el temor, por la prevencion de una cosa nueva y desconocida, por el fastidio que resulta de la monotonía de los gestos, por el silencio y por el reposo observados en las experiencias; finalmente por la imaginacion, que tanto imperio ejerce sobre ciertos espíritus y sobre algunas organizaciones.

3.º Los efectos producidos por el magnetismo son muy variados: á los unos les agita, al paso que á otros les calma; por lo ordinario ocasiona el aceleramiento momentáneo de la circulacion, de los movimientos convulsivos fibrilarios, pasajeros, semejantes á sacudimientos eléctricos, una torpeza mas ó menos profunda, soporacion, somnolencia, y en un corto número de casos lo que los magnetizadores llaman somnambulismo.

6.º Todavía no se ha justificado la existencia de un carácter único, propio para hacer reconocer en todos los casos la realidad del estado de somnambulismo; sin embargo puede con certeza concluirse que existe este estado cuando se ven desenvolverse las facultades nuevas que se designan con el nombre de perspicacia, de intuicion, de prevision interior, ó bien de grandes cambios en el estado fisiológico, como la insensibilidad, un incremento repentino y considerable de fuerzas, y que este efecto no pueda ser atribuido á otras causas.

7.º Como entre los efectos que se atribuyen al somnambulismo haya algunos que pueden simularse, el mismo puede algunas veces serlo, y dar al charlatanismo pábulo y medios de deception.

8.º El sueño provocado con mas ó menos prontitud, establecido en un grado mas ó menos profundo, es un efecto real, mas no constante, del magnetismo; le queda demostrado á la Comision que ha sido provocado en circunstancias en que los magnetizados no han podido ver y han ignorado los medios empleados para determinarle.

9.º Cuando una vez se ha hecho dormir á una persona con el sueño magnético, ya no es siempre necesario recurrir al contacto y á los pases para magnetizarla de nuevo: la mirada del magnetizador, su sola voluntad tienen la misma influencia sobre ella;

no solo se puede obrar sobre el magnetizado, sino tambien ponerle en completo somnambulismo, y despertarle sin que lo sepa, fuera de su vista, á alguna distancia, y hasta fuera de las puertas.

10. Se observan por lo general algunas mudanzas mas ó menos notables en las percepciones y en las facultades de los individuos que caen en somnambulismo por el efecto del magnetismo. Hay algunos, que en medio del ruido de conversaciones confusas no oyen mas que la voz de su magnetizador; muchos responden de una manera precisa á las preguntas que este ó las personas con quienes les ha puesto en contacto les dirigen; hay otros que mantienen conversaciones con las gentes que los rodean: de todos modos siempre es raro que oigan lo que pasa á su alrededor. La mayor parte del tiempo son completamente extraños al ruido exterior inopinado hecho á sus oídos, tal como el sonido de vasos de cobre entrechocados entre sí, y cerca de ellos, etc. Con los ojos cerrados, los párpados se resisten á los esfuerzos que se hacen para abrirlos; y esta operacion, que no deja de causar algun dolor, permite ver el globo del ojo en convulsion, levantado hácia arriba, y otras veces inclinado hácia la órbita. Algunas veces el olfato se halla como anonadado, y puede hacerse respirar, sin que de nada se aperciban, el ácido hidroclorato ó el amoníaco. Algunos sin embargo sienten los olores: la mayor parte de los somnábulo vistos por la Comision eran completamente insensibles; se les podia hacer cosquillas en las plantas de los piés, en las narices, en el ángulo de los ojos con la aproximacion de una pluma, picarles la piel de manera á hacerles daño, pincharles debajo las uñas con alfileres hundidos improvisamente y á bastante profundidad, sin que diesen á conocer dolor ninguno. Una enferma, finalmente, ha sido insensible á una operacion muy dolorosa de la cirugía (la amputacion de un pecho canceroso).

11. El magnetismo obra con la misma intensidad é igual prontitud á una distancia de seis piés que á la de seis pulgadas. La accion distante parece que no puede ejercerse con éxito sino con individuos que ya han sido magnetizados.

12. La comision no ha visto que cayese en somnambulismo una persona magnetizada por la primera vez; en algunas no ha

sido sino á la octava ó décima sesion que se declaró el somnambulismo, precedido siempre y constantemente del sueño ordinario, que es el reposo de los sentidos, de las facultades intelectuales, y de los movimientos voluntarios.

13. Durante el somnambulismo conservaban los magnetizados el ejercicio de las facultades que tenían durante la vigilia; su memoria aparecía aun mas fiel y extendida. Cuando despertaban decían haber olvidado totalmente todas las circunstancias del estado del somnambulismo.

14. Las fuerzas musculares de los somnámbulos estaban algunas veces entorpecidas y paralizadas; otras los movimientos eran naturales, y los somnámbulos andaban vacilando á la manera de los borrachos, ya sin evitar, ya evitando los obstáculos que se ponían á su paso; algunos conservaban intacto el ejercicio de sus movimientos, ó estos eran mas fuertes y mas ágiles que en el estado de vigilia.

15. Han visto los Comisarios dos somnámbulos, que distinguieron con los ojos cerrados los objetos que se les ponían delante; sin tocarlos han designado el color, y el valor de los naipes, han leído palabras manuscritas ó algunas líneas de libros abiertos á la casualidad. Este último fenómeno ha sucedido aun teniéndoles los ojos cerrados con los dedos.

16. La Comision encontró en dos somnámbulos la facultad de prever algunos actos del organismo, mas ó menos lejanos, mas ó menos complicados; uno de ellos anunció con muchos meses de anticipacion el día, la hora, el minuto de la invasion y de la vuelta de ataques epilépticos; el otro indicó la época de su curacion,

Queda uno sorprendido al ver á la Comision de la Academia real de Medicina apoyar sus conclusiones en hechos que ella sabe que pueden simularse. ¿Qué conviccion pueden dar á los lectores estas previsiones de ataques epilépticos ó de curaciones de parálisis á un término fijo, si no se prueba antes que no ha habido superchería alguna de parte de los magnetizados? Prefiero creer que un somnámbulo ha mentido, que no persuadirme que conoce con certeza el porvenir.

En la conclusion 7.^a los Comisarios mismos convienen en que cabe simulacion. ¿Cuál será, pues, el carácter sério, el *criterium* de certidumbre magnética? ¿Por qué no ha de haber una botella magnética cargada y saturada de fluido animal imponderable como la de Leyde con el fluido eléctrico? ¿Por qué

y sus previsiones se han realizado con una exactitud notable, y no han parecido aplicarse sino á actos ó lesiones del organismo.

17. Los Comisarios no han visto mas que una somnámbula que haya indicado los síntomas de la enfermedad de tres personas con quienes se la habia puesto en contacto.

18. Para establecer con justicia los efectos terapéuticos del magnetismo seria necesario haber experimentado á un grande número de individuos; no habiendo podido ser así, la Comision se ha limitado á decir lo que ha visto en demasiado corto número de veces para atreverse á pronunciar. Algunos enfermos magnetizados no han tenido ningun alivio; otros lo han experimentado mas ó menos conocido; á saber: el uno la suspension de dolores habituales; el otro la vuelta de las fuerzas; el tercero un retardo de muchos meses en la aparicion de ataques epilépticos, y el cuarto la curacion completa de una parálisis grave é inveterada.

La Academia real de medicina ha nombrado últimamente una nueva Comision, que se ha reunido el 27 de febrero de 1837 para examinar las experiencias del magnetizador Berna; y vamos á dar las conclusiones de este parte.

RESÚMEN Y CONCLUSIONES.

Primera conclusion.

Resulta primeramente de todos los hechos y de todos los incidentes que hemos presenciado, que ninguna prueba se nos ha dado de antemano sobre la existencia de un estado particular, dicho estado de somnambulismo magnético; y que únicamente ha sido por via de asercion, y no de demostracion, que ha procedido el magnetizador en este concepto, afirmándonos en todas las sesiones y antes de toda tentativa de experimento, que sus individuos se hallaban en estado de somnambulismo.

El programa que nos ha entregado el magnetizador decia, es el magnetismo es nulo sobre los animales, que tienen sin embargo como nosotros un sistema nervioso y un principio sensitivo?

Mas adelante veremos cuán propias eran para comprometer el honor de la Academia estas conclusiones.

verdad, que antes de la somnambulizacion se aseguraria que el sujeto de las experiencias gozaba de la integridad de la sensibilidad; que á este efecto se le podria picar, y que en seguida se dormiria á presencia de los Comisarios. Pero resulta de estos ensayos tentados por nosotros en la sesion del 3 de marzo, y antes de toda práctica magnética, que el individuo de la experiencia no parecia sentir mas las picaduras antes del sueño supuesto que durante él; que su aire y sus respuestas han sido casi las mismas antes y durante la operacion dicha magnética. ¿Era un error de su parte? ¿era impasibilidad natural, ó adquirida por el uso? ¿era para interesar en favor de su persona? Esto es lo que los Comisarios no pueden decidir. Es verdad que todas las veces se nos ha dicho que los individuos estaban bien dormidos; pero se nos ha dicho, y nada mas.

Y si no obstante las pruebas del estado de somnambulismo debian resultar ulteriormente de las experiencias hechas sobre individuos presumidos en este estado, el valor ó la nulidad de estas pruebas resaltarán de las conclusiones que vamos á sacar de estas mismas experiencias.

Segunda conclusion.

Segun el programa, debia consistir la segunda experiencia en la justificacion de la insensibilidad de los individuos. Mas despues de haber recordado las restricciones impuestas á los Comisarios, que la cabeza no entraba, antes estaba sustraída á toda tentativa de esta clase; que lo mismo sucedia respecto de las demás partes naturalmente cubiertas, de suerte que no quedaban mas que las manos y el cuello;

Despues de haber recordado que no era permitido sobre estas partes ni picaduras, ni tirazones, ni contacto con ningun cuerpo, bien de ignicion ó de una temperatura algo elevada; que era necesario limitarse á hundir puntas de alfileres á la profundidad de media línea;

Que estando, finalmente, la faz cubierta en gran parte por una venda, no podiamos juzgar de la expresion de la fisonomía mientras se buscaba provocar el dolor;

Despues de haber recordado todas estas restricciones, estamos fundados á deducir de estos hechos:

1.º Que no podian provocarse sino sensaciones dolorosas muy moderadas;

2.º Que no se podian conseguir sino en partes acostumbradas tal vez á este género de impresion;

3.º Que este género de impresion era siempre el mismo, y que resultaba de una especie de pequeña picadura;

4.º Que la cara y los ojos especialmente, donde mas particularmente se pintan las impresiones dolorosas, se hallaban ocultas á los Comisarios;

5.º Que en razon de estas circunstancias hasta la impasibilidad mas completa, absoluta, no habria podido probarnos concluyentemente la abolicion de la sensibilidad en el individuo en cuestion.

Tercera conclusion.

Debia el magnetizador probar á los Comisarios, que por la sola intervencion de su voluntad poseia el poder de volver, sea total, ó bien parcialmente, la sensibilidad á su somnábula, lo que llamaba él restitution de la sensibilidad.

Mas como le habia sido imposible probarnos experimentalmente que habia quitado, que habia aislado la sensibilidad de esta jóven, siendo esta experiencia correlativa de la otra, le ha sido por lo mismo imposible el probar la restitution de aquella; por otra parte resulta de los hechos observados que han salido mal cuantas tentativas se han hecho en este sentido.

La somnábula decia otra cosa diferente de la que él habia anunciado. Estábamos reducidos para la verificacion á las aserciones de la somnábula. Cuando afirmaba á los Comisarios que no podia mover la pierna izquierda, por ejemplo, no era esto prueba suficiente de que este miembro estuviese magnéticamente paralizado; y aun su dicho entonces no se hallaba de acuerdo con las pretensiones de su magnetizador, de suerte que todo resultaba de aserciones sin prueba, que estaban en oposicion con otras que carecian de lo mismo.

Cuarta conclusion.

Lo que acabamos de decir sobre la abolicion y la restitution de la sensibilidad es aplicable de todo punto á las pretendidas abolicion y restitution del movimiento; de lo cual ninguna prueba se dió á los Comisarios.

Quinta conclusion.

Uno de los párrafos del programa llevaba por titulo: Obediencia á la órden mental de cesar á la mitad de una conversacion, de responder por señas ó verbalmente á una persona designada.

En la sesion del 13 de marzo ha querido el magnetizador probar á la Comision que el tácito poder de su voluntad alcanzaba á producir este efecto; pero de los hechos que han tenido lugar en esta sesion misma resulta, que léjos de realizarse esta promesa, la somnábula parecia no oir cuando el magnetizador no queria todavía privarla que oyese, y que oia de nuevo cuando positivamente aquel no lo queria; de suerte que, segun dijo esta somnábula, la facultad de oir ó de no oir habia estado en revolucion completa contra la voluntad del magnetizador.

Por estos hechos bien observados, los Comisarios no sacan mayor deduccion de la revolucion que de la sumision; solo han visto una independencia natural y completa.

Sexta conclusion.

Transposicion del sentido de la vista. Cediendo á la solicitud de los Comisarios, el magnetizador, como lo hemos visto, habia concluido por dejar las aboliciones y las restitutiones de sensibilidad y de movimiento para pasar á hechos mayores, es decir, á los hechos de vision sin ayuda de la vista ó de los ojos.

Todos los incidentes relativos á estos hechos han sido ya expuestos; se verificaron en la sesion del 5 de abril.

Por el poder de sus maniobras magnéticas debia el Sr. Berna mostrar á los Comisarios una mujer que descifraba palabras, dis-

tinguia los naipes, seguia las agujas de un reloj, no con la vista sino con el occipucio, lo que implicaria ó la transposicion ó la innecesidad, y la superfluidad del órgano de la vista en el estado magnético; pero ninguna de estas experiencias salió bien.

Todo lo que la somnábula sabia, todo lo que podia inferir de lo que se decia á su alrededor, todo lo que podia naturalmente suponer, lo dijo con los ojos vendados; de lo que inferimos que no carecia de cierta destreza. Así el magnetizador invitaba en voz alta á uno de los Comisarios á que escribiese algo sobre un papel, y lo presentase al occipucio de esta mujer: esta decia ver un papel, y un papel que estaba escrito: se la preguntó el número de las personas presentes; como las habia visto entrar, respondió aproximativamente por su número: se la preguntó si veia al Comisario puesto á su lado, y ocupado en escribir con una pluma cuyas puntas chillaban sobre el papel; levantaba la cabeza, procuraba ver debajo de la venda, y decia que este señor tenia algo blanco en la mano; se la preguntó si veia la boca del mismo caballero, quien habiendo cesado de escribir, acababa de ponerse detrás de ella; y dijo que tenia algo blanco en la boca. De todo lo cual deducimos que esta somnábula, mas ejercitada y mas diestra que la primera, sabia hacer suposiciones mas verosímiles.

Mas por lo que respecta á hechos realmente propios para probar la vision por el occipucio, hechos absolutos, decisivos y perentorios, no solamente han faltado, y faltado completamente, sino que lo que hemos visto es de naturaleza que produce extrañas sospechas sobre la moralidad de esta mujer, como lo haremos notar luego.

Septima conclusion. — Perspicacia.

Sin esperanza ya de probar á los Comisarios la transposicion del sentido de la vista, la nulidad, la superfluidad de los ojos en el estado magnético, el magnetizador quiso refugiarse á lo menos en el hecho de la perspicacia ó sea vision al través de los cuerpos opacos.

Conocidos son de todos los resultados de las experiencias de estos hechos últimos, y que llevan consigo su conclusion capital;

á saber, que puesto un hombre delante de la mujer en cierta postura no puede darla la facultad de distinguir al través de una venda los objetos que se la presentan. Mas aquí ha preocupado á los Comisarios una reflexion mas grave. Admitamos por un momento esta hipótesis, muy cómoda por cierto para los magnetizadores, que en muchas circunstancias los mejores somnábulo pierden su lucidez, y que como los demás mortales no pueden ver por el occipucio, por el estómago, al través de una venda; admitamos todo esto... pero ¿qué concluir respecto de esta mujer, de la descripción minuciosa de los objetos distintos de los que se la presentaban; qué concluir de una somnábulo que describe una sota de oros en una carta blanca; que en un tanto de la Academia ve un reloj de oro con el cuadrante blanco y letras negras, y que si se la hubiese apurado habria terminado con decirnos la hora que marcaba este reloj?

Y si se pregunta, qué conclusion última y general debemos inferir del conjunto de todas las experiencias que hemos presenciado, diremos que el Sr. Berna se ha hecho indudablemente á sí mismo una ilusion, cuando el 12 de febrero de este año ha escrito á la Academia real de Medicina, que se comprometia á darnos la experiencia personal que nos faltaba (estas son sus expresiones), cuando ofrecia á nuestros delegados hechos concluyentes, y cuando afirmaba que estos últimos eran ó serian de naturaleza á ilustrar la fisiología y la terapéutica.

¿Habrámos por ventura encontrado otros resultados en hechos mas numerosos y variados dados por otros magnetizadores? No pretendemos decidirlo; mas lo cierto es que si existen aun otros magnetizadores, no se han atrevido á presentarse para aceptar la sancion ó la reprobacion académica.

París de julio de 1837.

ROUS, presidente, BOULLAUD, CLOQUET, EMERY,
PELLETIER, CAVENTOU, CORNAC, OUDET, DUBOIS (de Amiens) redactor. (*Extracto de la Revista médica*).

Terminaremos estas citas históricas con algunas palabras sobre

la famosa somnábulo, la señorita Pigeaire, ó mas bien tomaremos el extracto siguiente de la *Revista médica*:

«El prodigio magnético por tanto tiempo anunciado y tan impacientemente esperado para fijar la opinion de las gentes ilustradas, queda reducido y apreciado en su justo valor. Ha llegado á Paris la señorita Pigeaire, y ha tenido el honor de ocupar por algunos ratos á la Academia y á los salones; mas no ha tenido el de llevarse la palma, ó lo que habria sido todavía mejor, los tres mil francos del premio de Burdin.

«La Comision encargada de examinar los hechos anunciados por el padre de aquella señorita ha tenido con él una entrevista al efecto de fijar las condiciones de la venda que debia tapar los ojos de la jóven; ha habido grandes contestaciones sobre este punto delicado, y finalmente, habiéndose negado Pigeaire á someterse á las precauciones que se exigian por la Comision para evitar toda supercheria, se ha declarado fuera de las condiciones del programa del premio de Burdin.

«En seguida ha asistido la Comision á las experiencias de madama Pigeaire sobre su hija, hechas á su manera. El resultado que debia esperarse de antemano ha sido, que la jóven somnábulo lee con sus ojos y mediante algunos rayos luminosos que penetran ya por debajo, ya al través de la venda; es decir, que ha llegado mediante un largo ejercicio y la fuerza del hábito á leer con muy poca luz, así como ven los gatos en la oscuridad. Los Sres. Gerdy y Velpeau se han convencido de ello examinando la venda aplicada á aquellos ojos, en la cual han observado unos pequeños agujeros por donde atraviesa algo de luz; al través de esta misma venda ha podido ver Velpeau el as de oros de una carta. Este es el poder del magnetismo, tales son las conclusiones del parte de la Comision. Aviso á los magnetizadores¹»

En 1841 otra jóven somnábulo, llamada la señorita Prudencia, hizo mucho ruido en Paris; veia al través de una máscara de arcilla compuesta de este modo: Aplicáronse á los ojos muchos pedazos de tafetan engomado negro, destinados á tapar exactamente los glóbulos oculares, y á oponerse á la apertura de los párpados; hecho lo cual se llenó el hueco de las órbitas con tier-

¹ *Revista médica*, agosto de 1838, pág. 282.

ra de greda ó la que emplean los escultores para hacer modelos, extendióse en todos sentidos esta pasta, de manera que quedaron cubiertos los dos tercios de la cara: terminada que fue esta operación, se aplicó una cinta negra á la region de los ojos, á fin de sostener y evitar que se moviese de su sitio esta especie de máscara, cuya cinta se cubrió con igual objeto con nuevas capas de tierra. La somnábula lograba ver al través de este aparato compuesto de tantos diferentes medios opacos, pero solo después de cuatro ó cinco minutos, y de muchos movimientos de la cabeza, del cuerpo y de los brazos.

Muchos médicos que presenciaron esta escena magnética hicieron experiencias con un aparato enteramente semejante, y el resultado de ellas fue:

Primera experiencia.— «Al cabo de diez minutos, fue nombrada una carta que se paseó en diversos sentidos delante de la cara. Los asistentes reconocen que los bordes del aparato se han despegado en algunos puntos de la piel; se volvieron á pegar con el mayor cuidado, é inmediatamente despues es conocida y nombrada otra carta. El individuo declara entonces haber visto por abajo.»

Segunda experiencia.— «Al cabo de ocho minutos es conocida una carta. Se repara el aparato en todos los puntos donde puede creerse existir la mas pequeña solucion. El individuo reconoce el caballo de espadas, y lee la palabra impresa al lado de la carta, pallas. Los asistentes declaran no ver traza alguna de degradacion, la vision se habia hecho de lado, á la derecha.»

Tercera experiencia.— «Á los doce minutos es una carta designada: minuciosa reparacion del aparato. La persona declara que ve por arriba.»

Cuarta y quinta experiencia.— «Iguales resultados con iguales precauciones. Estas dos veces la carta ha sido vista de lado; una vez á derecha, y otra á izquierda.»

Sexta experiencia.— «Esta vez al cabo de diez minutos nombra el sujeto una carta, y declara haberla visto de cara. Hecha esta declaracion, se examina escrupulosamente el aparato, y no es posible señalar el punto por donde han pasado los rayos luminosos. Vuélvese á aplicar tierra sobre muchos puntos, para ma-

«por precaucion, y en especial encima de la raíz de la nariz, y «continúa la vision.»

Séptima experiencia.— «Esta última es la mas importante de todas. Uno de nosotros con el aparato herméticamente aplicado «ha visto á los pocos minutos, ha nombrado las cartas á medida «que se las han presentado, y leído casi á libro abierto, cualquiera que haya sido el carácter de la impresion. Ha leído casi «corrientemente todo el titulo de la *Cuaresmita de Massillon*, y la «tabla de las *Tragedias de Séneca*. En vano han buscado dos personas durante diez minutos el punto de la máscara por donde «la luz atravesaba, aplicándose sucesivamente á remediar arriba, «abajo, en los lados, por todas partes, las mas pequeñas apariencias de trastorno ó de degradacion, sin poder lograr nunca impedir el ejercicio de la vision. El individuo ha declarado haber «visto por un punto situado al medio de la máscara y á la izquierda.»

De estas diferentes experiencias se han sacado las siguientes conclusiones:

1.º «La vision puede ejercerse en personas no magnetizadas «y despiertas, al través de un emplasto de tafetan engomado, una «máscara de arcilla y una venda sobrepuesta, por mas exacta que «parezca la aplicacion del aparato;

2.º «La vision puede tener lugar en todas direcciones, arriba, «abajo, de lado, de frente, sin que en ningun caso puedan «los observadores reconocer el punto por el que se verifica;

3.º «Para explicar en la señorita Prudencia el ejercicio de la «vision al través de la máscara, no hay necesidad de admitir la «intervencion de un estado anormal, somnambólico ú otro, pues «que bastan para explicarlo las leyes de la fisica y de la fisiología.» (Véase la *Gaceta médica* del 10 de setiembre de 1841).

Falta ahora decir cómo se verifica la vision al través de estos diversos tópicos, impermeables en apariencia á la luz. Decimos, pues, por si el lector no se ha anticipado ya á nuestra explicacion, que la vision tiene lugar por las aberturas ó rendijas imperceptibles que por la accion del calor se forman en la arcilla, y que el tafetan engomado se humedece y desprende con la efusion de las lágrimas y con el movimiento de los párpados; por esto ha debido

notarse que nunca se ve inmediatamente, sino solo al cabo de cierto tiempo.

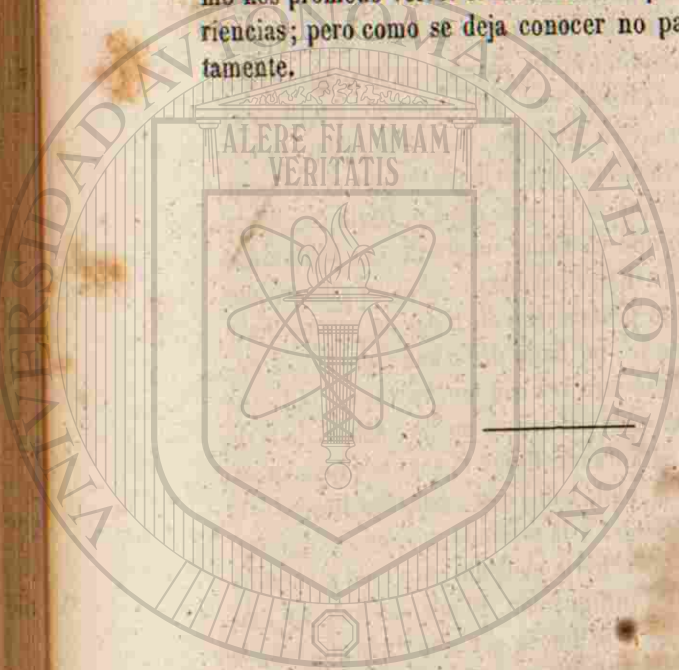
Finalmente, hay un medio seguro é infalible de impedir la vision; y consiste en colocar una simple hoja de papel bastante ancho y gordo delante del objeto, y á alguna distancia de los ojos. Esto es tal vez la venda mayor y la mas segura.

Terminamos este capítulo con la relacion de un hecho que nos es particular, y que descubre completamente el compadraje y el charlatanismo. En el verano de 1842 se nos presentó una persona con grande aparato de ciencia y pretensiones: decíase profesor del magnetismo en París, y venia acompañado de un jóven somnábulo á toda prueba. Este personaje imponente me habló con gravedad, y se puso como sábio á hablarme con una arrogancia y una entereza capaces de desconcertar á cualquiera de convicciones timidas; casi habia para temblar por la verdad. — Sé, me dijo, que vos habeis escrito sobre el magnetismo, y dicho de él cuanto podiais de mejor; sin embargo vengo á convenceros de un error, y á mostraros experimentalmente que lo que negais con tanta formalidad es no obstante la verdad mas pura y mas exacta. — Yo os agradezco vuestra benévola intencion; nada deseo tanto como el instruirme, y como vos mismo no busco mas que la verdad, etc.; pero me permitiréis que os diga francamente que no lo conseguireis; hay mas, os predigo un falso resultado: así que no adelanteis demasiado, sed prudente. — Estoy seguro de lo que digo, no me amedrenta la mirada penetrante de la ciencia médica: los hechos son todo mi poder, pasan antes que todo, y todo lo dominan. Así hasta mañana. El dia siguiente, á fin de dar á la sesion magnética cierto aire de solemnidad y de autenticidad, llamé á mi despacho á mi cirujano, á mi boticario y á mis discípulos principales, todos capaces de juzgar y de apreciar esta clase de operaciones prestigiosas. Llega gravemente el magnetizador con su somnábulo, llevando en la mano mi obra (*los Pensamientos*), deja el libro encima de la mesa, y despues de un corto preámbulo procede á la experiencia magnética. El somnábulo está de pié bajo la mirada alucinadora del maestro. Dase sin duda una órden mental, y á los dos ó tres minutos se queda el jóven dormido profundamente; el profesor me pregunta por la

clase de la venda que deseo poner sobre los ojos del somnábulo, y le respondo que ninguna. Una respuesta tan inesperada parece sorprenderle y casi le desconcierta: en fin, consentí en la aplicacion de la primera venda venida á la mano. Esto hecho, se presenta al jóven el libro de encima de la mesa; mas yo habia sustituido á este volumen otro del todo semejante en la forma; presentósele al somnábulo el titulo, impreso en grandes caracteres, y se le mandó que leyese. Veo, dijo, blanco y negro en el medio. — Y bien, leed lo negro. Articula, fingiendo dudar, la palabra *pensamientos*, imaginándose que se le presentaba el libro que habia traído (*Pensamientos de un creyente católico*, titulo escrito en tres líneas). El volumen que yo habia sustituido era intitulado: *Poesias morales é históricas*. Estas palabras estaban escritas en dos líneas. Habia, pues, leído *pensamientos* en lugar de *poesias*. Para obligarle á continuar le dije, no basta decir una palabra, es necesario leerlo todo. Se puso otra vez con mucho valor á la lectura, y declara que ve una *corta palabra* en medio, debajo de la de *pensamientos*, y que esta palabra que forma la segunda línea es *un*. No habia tal palabra corta, nada habia entre estas dos líneas; formadas, la primera por *poesias*, y la segunda por *morales é históricas*. Entonces ya era la supercheria evidente para todo el mundo, y era menester contener la indignacion. El somnábulo sin embargo continúa su lectura, y balbucea con una duda afectada la palabra *cristiano, católico*, para llegar en fin, á *creyente católico*, bien diferente de las palabras *morales é históricas* que tenia delante de los ojos. Así, pues, el perspicaz en su lucidez maravillosa transformó el titulo de *Poesias morales é históricas* en el de *Pensamientos de un creyente católico*.

Para terminar la sesion se presentaron muchos libros al epigastro; porque es necesario saber que tambien veia, segun dijeron, por la region del estómago; pero por una fatalidad el cuerpo entero era tenebroso, profunda la noche, el eclipse total, y los impudentes farsantes habian ya perdido sus estribos. El profesor se excusó con la fatiga excesiva de su somnábulo que habia hecho un viaje largo el dia antes. Esto, dijo, es lo que detiene y para el curso del flúido magnético, y hace por momentos imposible toda lucidez. Se admitió cuanto él quiso. — ¡Vaya un somnám-

bulo singular! leyó lo que se le ocultaba, y no pudo con lo que se le puso á la vista, ¡admirable perspicacia! ¡sublime lucidez! Si los somnámbulos ven así las cosas ocultas, creemos de llano en sus intuiciones y en sus milagros. Nuestro profesor de magnetismo nos prometió volver el día inmediato para continuar las experiencias; pero como se deja conocer no pareció, é hizo perfectamente.

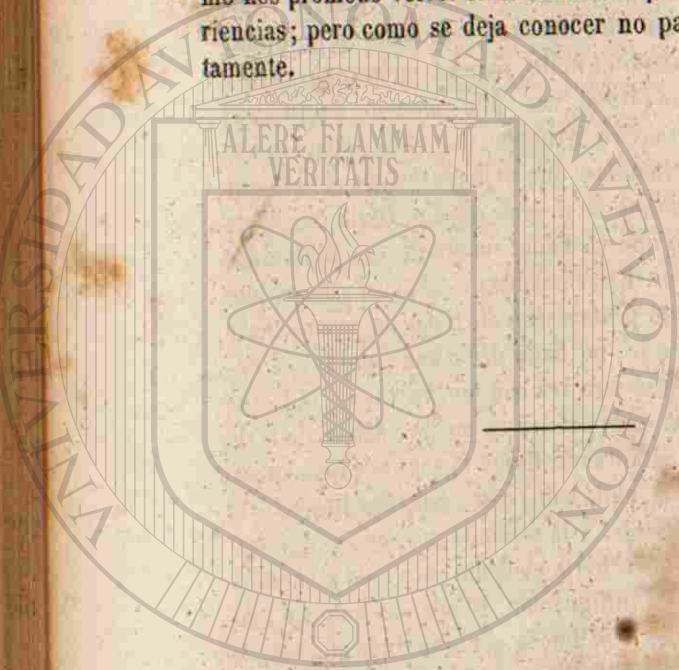


CAPÍTULO III.

FENÓMENOS FISIOLÓGICOS Y PATOLÓGICOS DEL MAGNETISMO ANIMAL.

No debemos echar en olvido que los individuos magnéticos son constantemente elegidos entre la clase de los nerviosos, de los valetudinarios, débiles de cuerpo, de espíritu, de razón y de carácter, muy móviles, muy *afectivos y dominables*, y que por lo común son mujeres jóvenes muy impresionables, vaporosas, histéricas, etc.; por lo que no es de extrañar que un hombre dotado de un físico mas ó menos imponente, armado por otro lado con los encantos mas prestigiosos, con una fisonomía expresiva, de una mímica móvil y espantosa, de una palabra misteriosa y grave, de un aire místico y compuesto; no es extraño, digo, que tal hombre, ayudado con este exterior mágico, sujete, alucine y cautive á estos seres delicados, endebles, tímidos y crédulos; les estupifique, les paralice ó les eche en crisis nerviosas, en espasmos, en crispaciones, en convulsiones ó en una torpeza somnolienta, en un profundo y verdadero sopor, en una palabra, en el somnambulismo artificial y magnético. En otros, como en las jóvenes histéricas, el magnetizador hábil producirá los mismos fenómenos nerviosos con muchos otros procederes diferentes, un exterior menos grave, una mirada menos severa y mas simpática, una palabra mas dulce, algunos gestos, algun tocamiento magnético mañosa y diestramente provocado; finalmente casi no hay anomalía ó capricho del sistema nervioso que no sea capaz de producir un hombre del carácter físico y moral tal como le exigen los doctores del magnetismo. ¡Qué efectos tan maravillosos no producirán en los individuos nevróticos, melancólicos, hipocondriacos, catalépticos, y que padecen, en una palabra, todos los males! Un magnetizador hábil, sobre todo si es médico ó fisiólogo, que conocerá la latitud inmensa del poder nervioso,

bulo singular! leyó lo que se le ocultaba, y no pudo con lo que se le puso á la vista, ¡admirable perspicacia! ¡sublime lucidez! Si los somnámbulos ven así las cosas ocultas, creemos de llano en sus intuiciones y en sus milagros. Nuestro profesor de magnetismo nos prometió volver el día inmediato para continuar las experiencias; pero como se deja conocer no pareció, é hizo perfectamente.



CAPÍTULO III.

FENÓMENOS FISIOLÓGICOS Y PATOLÓGICOS DEL MAGNETISMO ANIMAL.

No debemos echar en olvido que los individuos magnéticos son constantemente elegidos entre la clase de los nerviosos, de los valetudinarios, débiles de cuerpo, de espíritu, de razón y de carácter, muy móviles, muy *afectivos y dominables*, y que por lo común son mujeres jóvenes muy impresionables, vaporosas, histéricas, etc.; por lo que no es de extrañar que un hombre dotado de un físico mas ó menos imponente, armado por otro lado con los encantos mas prestigiosos, con una fisonomía expresiva, de una mímica móvil y espantosa, de una palabra misteriosa y grave, de un aire místico y compuesto; no es extraño, digo, que tal hombre, ayudado con este exterior mágico, sujete, alucine y cautive á estos seres delicados, endebles, tímidos y crédulos; les estupifique, les paralice ó les eche en crisis nerviosas, en espasmos, en crispaciones, en convulsiones ó en una torpeza somnolienta, en un profundo y verdadero sopor, en una palabra, en el somnambulismo artificial y magnético. En otros, como en las jóvenes histéricas, el magnetizador hábil producirá los mismos fenómenos nerviosos con muchos otros procederes diferentes, un exterior menos grave, una mirada menos severa y mas simpática, una palabra mas dulce, algunos gestos, algun tocamiento magnético mañosa y diestramente provocado; finalmente casi no hay anomalía ó capricho del sistema nervioso que no sea capaz de producir un hombre del carácter físico y moral tal como le exigen los doctores del magnetismo. ¡Qué efectos tan maravillosos no producirán en los individuos nevropáticos, melancólicos, hipocondriacos, catalépticos, y que padecen, en una palabra, todos los males! Un magnetizador hábil, sobre todo si es médico ó fisiólogo, que conocerá la latitud inmensa del poder nervioso,

sorprenderá viva y patéticamente la imaginación de estos espíritus enfermos, y conseguirá algunas veces efectos maravillosos. Es imposible describir el tono, el acento afectuoso, el aire mágico de los magnetizadores, y sobre todo sus maneras dulces y encantadoras; pondremos un corto resumen. «Tranquilizaos, hija mía, no os trastorneis, pronto vais á sentir la benigna influencia que os envía el cielo; vais á ser precipitada en un mar de ideas, cuyas «delicias obrarán en vos una saludable revolución. La mas perfecta salud será el resultado de los encantos inexplicables de «vuestra alma; no os ocupeis mas que de la felicidad inefable de «que vais á gozar. Bien, hija de mi alma, mi amiga mas querida; continuad elevándoos interiormente hácia el beneficio de «vuestra curación: os lo prometo, os lo aseguro, no hay nada «que la impida, etc.» (Cita del Dr. Dupau, *Cartas filosóficas y morales sobre el magnetismo animal*). Juzgad si lo podeis el efecto que deben producir estos discursos patético-enfáticos sobre cerebros débiles y enfermos, sobre seres dolientes que en todo creen, y á todo se someten con la esperanza del alivio. Serian menester muchos volúmenes para decir todas las maravillas, las curaciones repentinas y prodigiosas que se han logrado explotando con habilidad la influencia nerviosa, ó con la medicina moral.

Una persona muy nerviosa padece horriblemente de una neuralgia dentaria que no puede calmar ningun medio material; se la magnetiza, y de repente se escapa por los pases magnéticos el dolor. Es mas que probable que una impresion viva y repentina, un acontecimiento imprevisto, la vista del instrumento del dentista ú otro objeto de terror habria ocasionado igual prodigio; esto es efecto de la influencia nerviosa. El instinto maternal inspira tambien algunas veces una especie de magnetismo: una madre acaricia á su hijo enfermo, frota suavemente la parte dolorida, sopla encima, le mira con ternura inquieta, le dice que cesó el dolor, y el niño se calma y se duerme.

En la simpatía y en la antipatía es donde se encuentra el origen de los efectos mas extraordinarios producidos por la vista de un objeto sobre el sistema nervioso. «El hombre dotado de una «grande fuerza ó de un valor mas audaz impone muchas veces «á su adversario con una mirada fiera ó una actitud amenazado-

«ra: los animales feroces llenan de terror á la presa que no se les «puede escapar; la perdiz y la codorniz no pueden tomar su vuelo á la vista de un perro de caza¹; la liebre se esconde en su «cama; y el escuerzo agitado con movimientos convulsivos á la «vista de la serpiente, se abalanza á pesar suyo hácia la boca del «reptil que con los ojos chispeantes le aguarda para devorarlo; «el mismo escuerzo por una mirada horrorosa y la repugnancia «que inspira hace caer en síncope á algunos. En fin, ¡cuántos «ejemplos de mujeres nerviosas y delicadas que son atacadas de «convulsion ó se encuentran mal á la vista de una araña, de un «raton, etc., ó de otro objeto de horror! ¿Tienen acaso estos fenómenos otra causa que la impresion instantánea y repugnante «producida sobre una imaginación viva y un sistema nervioso «muy móvil? Estos animales ¿tienen acaso un flúido que lanzan «con voluntad firme sobre el que alucinan y espantan².»

Un terror profundo y repentino puede cortar instantáneamente algunos accidentes nerviosos ocasionados por una especie de imitación contagiosa. En el hospital de Harlem fue atacada una niña de convulsiones, á la que siguieron igualmente muchas otras; entonces mandó Boerhaave traer un hornillo con hierros ardientes, y amenazó quemar las plantas de los piés á la primera que tuviese un ataque semejante; y al instante fueron curadas todas. Estos ejemplos son comunes. Cuentan los Comisarios encargados del exámen del magnetismo, que en la iglesia de San Roque de Paris, en una primera comunión, habiendo una jóven sido atacada de convulsiones, cincuenta ó sesenta de sus compañeras lo fueron igualmente en el espacio de una media hora; y no se pudo contener este contagio sino separándolas las unas de las otras. Cítase todavía al mariscal de Villars, quien dice en sus *Memorias* haber visto en las Cevennes una poblacion entera donde todas las mujeres sin excepcion parecian poseidas del demonio: temblaban y profetizaban públicamente por las calles. Hé aquí aun un hecho que prueba el poder de una imaginación fuertemente sorprendida: Hace casi veinte años que una mujer del campo, muy

¹ No á la vista del cazador, aunque magnetice.

² *Cartas fisiológicas y morales sobre el magnetismo animal*, por el doctor Dupau.

simple, crédula y supersticiosa (individuo magnético), vino á consultarnos; creíase y se decia poseida del demonio: nos limitamos á prescribirle un régimen puramente higiénico y moral. Despues de la consulta algunos discípulos mas avisados y mas farsantes, queriéndose divertir un poco se propusieron, sin que yo lo supiera, poner en práctica inmediatamente el punto moral de la receta. Se trata de echar al diablo sorprendiendo viva y repentinamente con un aparato de terror la imaginacion enferma de la monomaniática; la conducen misteriosamente á un cuarto oscuro donde no entraba mas luz que la precisa para ver los objetos capaces de ocasionar en el espíritu de la enferma una impresion de sorpresa y de espanto, tal como la aparicion de espectros, osamentas, cabezas de muertos, etc.; y con la ayuda de esta escena fantasmagórica unida á la parodia burlesca de las ceremonias del exorcismo (lo que no aprobamos), y sobre todo administrando á la paciente muchas aspersiones de agua lustral, consiguieron curarla perfectamente.

Algunos años despues fui tambien consultado por una comunidad religiosa de mujeres, respecto de una situacion fisica y moral muy extraordinaria en que se encontraban muchas religiosas. (En mis notas encuentro que caractericé entonces, á lo menos interinamente, este estado insólito: (*especie de vesania alucinante histérica*).

Voy á reunir los principales síntomas de estas singulares anomalías alucinantes: Estas religiosas estaban afectadas sucesivamente como por contagio ó imitacion nerviosa; afirmaban oír por la noche en el dormitorio espantosos aullidos de diversos animales, voces y gemidos de toda especie, etc., truenos, huracanes en los tiempos mas calmosos y los mas serenos; otras veces, y durante noches enteras, tenian convulsiones histéricas; daban saltos con todo el cuerpo con violenta agitacion de todos los miembros, y repetian los gritos y los aullidos que decian haber oido los dias precedentes, uniendo á ellos una mezcla de gemidos, de lágrimas y de risotadas; se las veia tomar posturas y actitudes las mas dificultosas y extraordinarias, y contra las leyes del equilibrio; dar saltos y hacer movimientos de ascension de que eran absolutamente incapaces en su estado normal y fisiológico, como,

por ejemplo, saltar con una ligereza increíble las paredes de su clausura, y lanzarse sobre los árboles con la agilidad de los animales. Se las ha visto hasta en la iglesia, en el momento de la comunión, darse con violencia contra la pared, y quedar á ella pegadas y tiesas como maderos: con bastante frecuencia este estado era acompañado ó seguido de un trastorno intelectual, ó cuando menos afectivo, y finalmente otras aberraciones morales las mas singulares y extrañas, y casi inexplicables por las solas leyes fisiológicas y patológicas; ó mas bien se las veian todas las perturbaciones, todos los extravíos y todas las ilusiones de la sensibilidad ó de la imaginacion la mas exaltada y la mas desordenada. Suprimo aun ciertos detalles morales mas espantosos que todo lo demás, pero que no tienen relacion bastante con mi asunto.

Ahora bien, ¿cuál era el régimen que debia adoptarse para oponerse á accidentes tan singulares? Nos hemos limitado á aconsejar los medios higiénicos y morales mas en armonía con la denominacion formulada al principio de esta nota. Esta es la sustancia de nuestro *método terapeutico*: Un sistema higiénico coordinado, combinado y variado, segun el carácter y genio de las personas; trabajo manual asiduo, seguido y variado para tener siempre los espíritus ocupados, enfrenar y encadenar las imaginaciones, y obrar finalmente una saludable diversion con el ejercicio corporal y fisico, y otros varios medios morales apropiados á la necesidad y á la profesion de los individuos. Los principales de estos consistian en humillar á las visionarias y á las convulsionarias, en vez de lisonjearlas, como se hacia, y exponerse así á soltar la brida á su imaginacion desarreglada¹; á tratar exteriormente y en apariencia severamente todas las que se creeria ó se creeria en una situacion moral extraordinaria, prestigiosa, extática, fatídica, etc.; y para decirlo de una vez, someterlas todas al ejercicio corporal, á las humillaciones y á las penitencias de la disciplina claustral. Parece que al cabo de algunos meses todo ha vuelto

¹ La experiencia prueba efectivamente que las humillaciones y los tratamientos duros y severos en apariencia son muy útiles á esta suerte de mujeres; sin lo cual, semejantes á los somnambulós magnéticos, cuando se creen objeto de atencion, son desdeñosas y orgullosas.

al órden primitivo, sin que se haya vuelto á ver nada semejante en esta casa, por otra parte muy edificativa.

La esperanza de la bondad de un remedio tambien puede sorprender vivamente la imaginacion de un enfermo, y producirle realmente efectos sensibles y materiales, independientemente de todo otro agente terapéutico. Un labrador fué á consultar á un médico, quien le prescribió un purgante, diciéndole al entregarle la receta: Tomad esto, que os purgará muy bien; el enfermo ejecutó demasiado exactamente la prescripcion del médico, porque se tragó el papel, el cual le produjo muy buenos efectos. ¿Estaba el papel magnetizado? Tanto como una taza que tampoco lo habia sido que se presentó á una enferma, que tuvo una crisis al contacto de esta taza que ella creia magnetizada. (Véase para mayores detalles nuestro Tratado de Fisiología humana).

«Olvidad por unos momentos, dice Deleuze, todos los conocimientos de física y de metafísica; alejad de vuestra imaginacion todas las objeciones que se puedan presentar; no penseis mas que en aliviar al enfermo que asistís; porque la fe de que tanto se ha hablado no es esencial en si misma, no es el principio de la accion del magnetismo; no necesita de ella el magnetizador sino como un motivo que le determine á hacer uso de una facultad... Imaginaos que podeis coger el mal con la mano y echarlo por la ventana.»

En otra parte añade el mismo autor: «No magneticeis delante de curiosos, sino solamente en presencia de personas que se interesen por el enfermo, y que no os incomoden.» Mas fáciles son las experiencias hechas en las aldeas y en las cabañas, que las que se hacen en las grandes poblaciones. «Es tan fácil, dice, el persuadir á las pobres gentes que se las quiere curar, y que se tienen para ello los medios que faltan en las ciudades, que allí no encontraréis mucha dificultad. Y si nada lograis, buscad otras personas para vuestras experiencias, y hallaréis, cuando menos, uno por cada diez que será sensible al magnetismo¹.» (Pág. 53).

«La fe, continúa Deleuze, es necesaria al magnetizador, y no lo es al magnetizado; sin embargo de que la incredulidad absoluta de este puede rechazar la accion del magnetismo, retar-

¹ Historia crítica del magnetismo, tomo I, pág. 57.

«darla, y oponerse por mas ó menos tiempo á sus efectos: en fin, «las tres cualidades que dan valor y energia al magnetismo, son «fe, esperanza y caridad.» (Tomo I, pág. 240).

«Los magnetizadores son diferentes en fuerza y en ascendiente; el que es robusto causa mas efecto que el débil ó el viejo.» (Pág. 127-179). Luego obra sobre el espíritu la superioridad ó el ascendiente del físico. Es, pues, necesario admitir definitivamente que muchos milagros magnéticos que consideramos positivos dependen de la reina del sistema nervioso, de esta encantadora célebre, de esta mágica hábil que domina en su imperio vasto todas las potencias de la sensibilidad; la imaginacion, la loca de la casa, como la llama un ingenioso autor. Los fenómenos magnéticos pertenecen, pues, á la fisiología, y han sido conocidos de todos tiempos. Una circunstancia bastante notable es que el magnetismo no produce ningun efecto á los locos, sin duda porque es nulo el imperio de su imaginacion.

Virey cuenta la siguiente confesion de un magnetizador muy conocido: «Mi teoria es muy sencilla, decia un magnetizador muy conocido á un médico de mucho talento; vos sois mas fuerte y mas robusto que yo, y me derribaríais de un puñetazo: del mismo modo hay personas que son mas poderosas que otras en talento, en imaginacion y en inteligencia. Si yo quiero dominar á los que me llevan ventaja en fuerzas, bien sea en lo moral, bien en lo físico, no podré magnetizar, á menos que no me cedan estos individuos, y que no se pongan, por decirlo así, debajo de mí con la confianza y la creencia.»

«Es necesario que busque á mis inferiores en talento y en carácter: entonces tomando atrevidamente el ascendiente sobre estos seres, quienes me miran como dotado de una potencia energética, les hiero de golpe la imaginacion; si la sola idea no es suficiente, me valgo de los gestos, de los aparatos, de una voz elevada, que les sometan, les dominen sus espíritus rebeldes; les mando, y duermen á mi voluntad, ó despiertan á mi gusto. Obrando entonces con esta gran confianza que mi superioridad les inspira, se encuentran aliviados y hasta curados; mi triunfo es seguro en estos casos, sobre todo en los enfermos imaginarios, los hipocondríacos, los histéricos, todos los seres lánguidos,

«valetudinarios, enervados; y sacudiendo fuertemente su moral reanimo la energía vital de su economía, sublevo y exalto estos espíritus débiles, así como se hace valientes á soldados medrosos y cobardes por la sola opinion que están sostenidos por un grande ejército ó por la habilidad de su general.» Añade en otra parte el mismo autor: «Pero se dirá que el magnetismo animal depende de un fluido moral, y por esto ejerce su influencia. ¿Por qué no se han explicado antes? Ya estamos, en fin, conformes; y para hacer mas inteligibles estos términos algo extraños del fluido moral los traduciremos con una expresion mas conocida, la imaginacion: en este caso en vez y léjos de negarle su poder le concederemos mucho mas de lo que los magnetizadores pretenden.

«Se sabe que el influjo magnético, mejor apreciado para en adelante con el nombre de imaginacion, puede extenderse á mayor ó menor distancia, y hasta fuera de la presencia del magnetizador; basta para esto la creencia firme, principio grande que no debemos perder de vista: hé aquí algunas experiencias conocidas, sobre las cuales no se apresuran los magnetizadores á explicarse.

«Una magnetizada (notemos bien que las mujeres, personas débiles y simples, ó crédulas, y los niños ocupan la primera fila entre los individuos magnéticos), una magnetizada, pues, entraba en crisis hasta detrás de una mampara ó en otra habitacion, cuando la estaban magnetizando sin que ella lo viese; pero bastaba que lo supiese ó lo creyese; prueba del poder maravilloso del magnetismo. Sin embargo, en lugar del magnetizador acostumbrado, y sin sospecharlo la paciente, se sustituye uno de estos examinadores incrédulos que no hace ninguno de estos ademanes tan recomendados para obrar el encanto; y no obstante, la pobre enferma echa en la habitacion inmediata los aullidos y los gemidos de costumbre, como si sus nervios estuviesen espantosamente conmovidos. ¿Cuántas personas se han magnetizado á dos y mas leguas de distancia, y á una hora convenida! Hay á mas sujetos muy sensibles, que se creen magnetizados sin que nadie se haya acordado de ellos; basta que se lo persuadan, y que se figuren que existe un poder peor que el del demonio.»

En fin, nunca se repetirá demasiado: la potencia nerviosa es una palanca de una fuerza casi infinita en el espíritu humano.

«De cuantos instrumentos podemos emplear para conocer los agentes imperceptibles de la naturaleza, dice el célebre Laplace, los mas sensibles son los nervios, especialmente cuando causas particulares exaltan su sensibilidad. Lo que ha dado nacimiento á las diversas opiniones sobre la existencia de un agente nuevo que se ha llamado magnetismo animal han sido los fenómenos producidos por la susceptibilidad extrema del sistema nervioso en algunos individuos¹.»

No acabariamos si quisiéramos hacer la historia de las exaltaciones, de las aberraciones, de los juegos y de los caprichos del sistema nervioso ó de la sensibilidad humana. Todos conocen las exaltaciones sensitivas. En algunos estados mórbidos se exalta la sensibilidad óptica hasta tal punto, que ciertas personas distinguen perfectamente los objetos en la oscuridad de la noche, y andan en medio de las tinieblas mas espesas. Se sabe que los animales nocturnos poseen esta propiedad; lo mismo sucede con los otros sentidos, y en especial con el del olfato. Algunas emanaciones animales miasmáticas pueden producir en los cuerpos vivos, y sin contacto, impresiones mas ó menos fuertes sobre el sistema nervioso. Algunos negros para perseguir á otros se guian solamente por el olfato. Citanse mujeres que han reconocido la presencia de ciertas personas, aunque no las hubiesen visto, y aun creyéndolas ausentes. Una señora jóven de una sensibilidad muy grande observó una exaltacion olfativa muy extraordinaria de resultas de grandes disgustos y de diferentes accidentes nerviosos. Toda clase de olores la eran desagradables, y en particular las emanaciones humanas: no podia soportar el olor de sus sábanas cuando no era ella misma la que se hacia la cama. Segun Digby, á quien cita Le Cat, un muchacho criado por sus padres en un bosque á donde se habian retirado para evitar las desgracias que trae consigo una guerra, y que no habia comido allí sino raíces, habia adquirido tal finura de olfato, que por este sentido distinguia la aproximacion del enemigo, la que avisaba á sus padres: fue hecho prisionero, á pesar de todo, y por el cambio que tuvo

¹ Ensayo filosófico sobre las probabilidades.

que hacer en su género de vida, perdió una parte de su facultad olfativa, conservando no obstante la suficiente para poder encontrar por la pista á su mujer, así como los perros lo hacen con sus amos. El *Diario de los sábios*, año 1684, habla de un religioso de Praga aun mas singular, pues que con el solo olfato distinguía una jóven ó una mujer casta, de las que no lo eran. No se ignoran los hechos de algunos animales que reconocen y encuentran la huella de sus amos y de su casa, y distinguen entre mil objetos los que pertenecieron á aquellos. Pero lo que mas sorprende todavía es ver algunos perros transportados á una distancia de centenares de leguas, sea por mar, ó en carruajes bien cerrados, que vuelven á casa de sus amos: del mismo modo hay palomos que llevados en un saco á distancias considerables y soltados en seguida, vuelven directamente á su palomar.

Así nos prueban las leyes fisiológicas y patológicas que la sensibilidad general ó local puede exaltarse y extenderse, ó á lo menos suspenderse, derramarse, ó concentrarse sobre algunos puntos interiores ó exteriores de la economía, y presentar en tales casos las anomalías y las aberraciones mas singulares y las mas extraordinarias.

Es muy fácil á las personas susceptibles, irritables y de imaginación viva el producir casi voluntariamente accidentes nerviosos: no hay para ello mas que hablarles de convulsiones, de espasmos, de calambres, de parálisis, de sofocaciones, de sueño, de somnambulismo. No temais, dicen, vais á sentir algun cólico, dolores de cabeza, tensiones de nervios; no importa: eso es un bien, y es la prueba del triunfo del remedio sobre vuestra enfermedad; aunque perdais el conocimiento no hay por que asustaros, esto no es sino momentáneo. Júzguese si en este caso no mudará el color, no experimentará sofocaciones y espasmos una mujer endeble, delicada, nerviosa y vaporosa: por el contrario, los hombres sanos, firmes y resueltos permanecerán impassibles, y se reirán del magnetismo.

« Si los magnetizadores, dice Montègre, se hubiesen contentado con decir: Por medio de algunos gestos, con algunas palabras y con la expresion de una voluntad firme, se puede gobernar la imaginación de la mayor parte de las gentes, y emplearla

« en seguida como un *resorte* para hacerles ejecutar algunos movimientos mas ó menos singulares, mas ó menos extraños al curso ordinario de las cosas, y que podrian algunas veces dar lugar á resultados muy felices, los magnetizadores entonces habrian satisfecho á los espíritus rectos é ilustrados: nadie habria contradicho la verdad de una doctrina que se reconoció en todos tiempos, y que podria ser curioso el examinar; pero hablando así los magnetizadores no habrian producido ninguna maravilla, ni seducido á nadie, porque nadie se deja sorprender estando prevenido, y por consiguiente los magnetizadores no habrian existido. » (*Véase en nuestra Fisiología humana la influencia del físico sobre el moral, y del moral sobre el físico.*)

CAPÍTULO IV.

DEL SOMNAMBULISMO MAGNÉTICO.

Ha sido mirado el somnambulismo desde Puysegur como el carácter mas cierto de la influencia magnética. El sueño producido ó ocasionado por los procederes *magnéticos* puede ser: 1.º puramente fisiológico ó natural; y este es el reposo ó la suspension momentánea de la accion de los sentidos. El silencio, un recogimiento misterioso, algunos gestos monótonos larga y frecuentemente repetidos, y unidos muchas veces al fastidio, concluyen por adormecer á ciertas personas y hasta hacerlas dormir naturalmente. 2.º Puede ser artificial. Atribuido á la influencia magnética, este sueño no puede ser verdadero, fisiológico, natural y reparador; sino un estado anormal, insólito y enfermizo, ocasionado por ciertas relaciones ó sean modos de comunicaciones mas ó menos propias para remover, excitar, y aun trastornar algunas veces el sistema nervioso de algunas personas irritables. No habrá quien no conozca la perturbacion inmensa que pueden producir en este caso una actitud imponente ó un exterior mágico y misterioso, una cara grave y reservada, una mirada fija é imperiosa, en una palabra, todo el conjunto de gestos, de tocamientos y de palabras las mas capaces de seducir por una alucinacion prestigiosa á una imaginacion móvil, débil ó enferma. El somnambulismo magnético ó artificial no difiere, en cuanto al fondo, del que sobreviene espontáneamente á ciertas personas durante el sueño verdadero de la noche. Este somnambulismo es una verdadera neurosis, ó una especie de enfermedad, lo mismo que el magnético, pudiendo añadirse que muchas veces la soporacion determinada por estas alucinaciones magnéticas es como un verdadero letargo ó como un sueño causado por el opio, es decir, una verdadera congestion cerebral que simula el sueño natural.

En las primeras sesiones no se consiguen sino efectos muy in-

significantes, tales como pesadez de cabeza, pandiculaciones, bostezos, somnolencia, etc. Al dia inmediato la repeticion de los mismos actos hácia el mismo tiempo recuerda con facilidad la misma série de efectos y de sensaciones, y al cabo de algunos dias se encuentra establecido el hábito. El que se halla sometido á la experiencia magnética puede sentir ligeras convulsiones; se duerme con un sueño mas ó menos profundo; se despierta con dificultad mediante algunas excitaciones externas: lo que se explica fácilmente por la especie de *raptó* sensitivo ó la concentracion interna de la sensibilidad general. Este estado, dicho magnético, es, como en el somnambulismo natural, compatible con el ejercicio de los órganos de la voz, del movimiento y de la locomocion, y no hay otra diferencia real entre ambos somnambulismos, que los errores propios del estado magnético: este es el conjunto de los fenómenos que ordinariamente ofrece el somnambulismo magnético, y hay que notar, que no existe uno solo que sea incontestable: por otra parte, como lo hemos dicho mas arriba, los Comisarios de la Academia de Medicina convienen en que el somnambulismo puede simularse.

¿Qué es, pues, el que se llama *lúcido*? Yo entiendo por lucidez una forma ó un modo particular del somnambulismo, ya sea natural, ó ya artificial, en el cual por una exaltacion ó concentracion de las facultades intelectuales ó de las aptitudes instintivas que favorece todavia la suspension de las sensaciones externas¹, hace el hombre cosas de las que es absolutamente incapaz en el estado de vigilia, ó en su condicion normal y fisiológica. Así se resuelven, como todo el mundo sabe, los problemas mas difíciles é insolubles en el estado de vigilia; se componen versos; se pronuncian discursos que sorprenden por la exactitud y la elevacion de los pensamientos; se hablan idiomas que se tenian olvidados ó que ya no se usaban. Este es el somnambulismo lúcido, natural ó espontáneo, artificial, provocado ó magnético. Cuando solo hacen los somnambulos acciones comunes, como andar, hablar ó trabajar, etc., en fin, lo que acostumbran en vigilia, entonces es

¹ Esta suspension de la accion de los sentidos no es constante. Se han visto casos de exaltaciones acústica, táctil, y sobre todo olfativa casi increíbles, si bien estos hechos son rarísimos.

el somnambulismo ordinario, que no ofrece de notable sino la suspension de la accion de los sentidos externos, y la conservacion del ejercicio de la palabra, del movimiento y de la locomocion. Estas dos especies de somnambulismo, lúcido ó no, son, como lo hemos dicho, una neurosis verdadera, una especie de enfermedad cerebral ó vesánica; y la prueba que la lucidez somnambólica es efecto de una afeccion patológica ó de una enfermedad, está en que se observan igualmente algunas lesiones cerebrales y afecciones histéricas, como lo demuestran los siguientes casos: «El ayuda de cámara de un embajador español, muchacho de medianas facultades, y que por casualidad se hallaba en estado de asistir á conversaciones muy importantes, no por esto llegó á ser mas instruido ni mas espiritual; fue atacado de una calentura cerebral, y en su delirio discutia con mucha sagacidad sobre los intereses políticos de las varias potencias, de tal manera, que el embajador, que no habia hasta entonces mirado á su criado sino como un sujeto adicto y celoso en servirle, y que acababa de oír sus lecciones en la diplomacia, quiso hacer de él su secretario; mas habiéndose disipado la afeccion del cerebro, el enfermo al recobrar su salud perdió todas sus brillantes cualidades¹.»

«Una joven histérica, dice Pomme, componia versos durante sus accesos, hablaba con elocuencia, y mostraba una gran viveza de talento, sin embargo de que su inteligencia era muy comun en la vida ordinaria.»

Se sigue de todo lo que precede, que todos los fenómenos extraordinarios y sorprendentes del somnambulismo lúcido, sea espontáneo, ó provocado, son puramente naturales, y se explican perfectamente con las leyes de la fisiología y de la patología.

Se sabe que el somnambulismo lúcido no se consigue sino raras veces, y solo en aquellos individuos cuyo sistema nervioso y una idiosincracia toda particular comportan esta predisposicion mórbida, ó en otros que son ya mas ó menos somnámbulos, ó que por su predestinacion orgánica deben serlo naturalmente. Hay un gran número de personas que presentan matices de somnambulismo hablando alto durmiendo, etc.

¹ *Cartas filosóficas y morales sobre el magnetismo*, por el Dr. Dupau.

Se pretende que entre el magnetizador y el magnetizado ó somnábulo existe una íntima relacion, de modo que comunican entre sí, que se entienden, y que se responden. Para establecer esta comunicacion ó correspondencia basta tocar al somnábulo por algun punto, por la mano ó por la frente, en el momento en que se le habla.

Los somnámbulos naturales presentan tambien esta particularidad. Este tocamiento excita la sensibilidad animal, y despierta así el sentido del oído; y es efectivamente lo que se hace diariamente como por instinto. Una persona dormida ó simplemente soñolienta no os responde: se la toca, y se desvela ú os habla, y responde á las preguntas, cualquiera que sea por otra parte la naturaleza del excitador, aun cuando fuese un palito de lacre ó de vidrio.

Otro fenómeno que hacen depender los magnetizadores de esta pretendida íntima relacion, es la comunicacion de los pensamientos, de los deseos, de las voluntades, ó mas bien una gran pasion de la somnábula por su magnetizador, una sumision tan entera y tan absoluta á todas sus órdenes, y una dependencia tan grande, que Rostan¹ y Filassier la comparan á la de un perro hácia su amo. Esto se explica fácilmente por las relaciones habituales mas ó menos íntimas, por la simpatía, por la afinidad sincrásica, ó por la influencia sexual.

«De todos los fenómenos magnéticos, dice Rostan, el que mas pronto se consigne, el mas fácil y que no puede fallar nunca, es el de impedir ó anular el movimiento de un miembro: bastan dos ó tres gestos para dejarle en la inmovilidad la mas completa, sin que le sea posible, por mas que haga, á la persona magnetizada el removerle; porque para ello es preciso desparalizarlo con otros gestos².» Estas parálisis supuestas, que pueden asimilarse á las imaginaciones fantásticas de algunos monómanos, deben atribuirse á la influencia del ascendiente prestigioso que ejerce sobre su somnábula el magnetizador. Una palabra ó un gesto mágico manda á un miembro la inmovilidad mas completa; y de repente la persona cuya imaginacion es imprevistamente alu-

¹ *Art. Magnetismo del Diccionario de Medicina*, tomo XIII.

² *Curso elemental de Higiene*, tomo II, p. 209.

cinada, se cree privada momentáneamente del uso de aquel miembro, ó aun del de la lengua, y permanece como parálitica ó como muda: así como en ciertas monomanías, en que afirman los enfermos que no pueden ó no se atreven á andar, porque se imaginan tener las piernas de paja ó de vidrio; y ciertamente que todas estas parálisis aparentes é imaginarias desaparecerian inmediatamente á la vista de un peligro inminente y formidable, tal como una inundacion repentina, ó un terrible incendio. En otra parte hablaremos de las parálisis que se pretenden obrar con el solo y simple acto de la voluntad, ó de una orden mental.

Últimamente el fenómeno que caracteriza el somnambulismo magnético y el natural, es el olvido al despertarse de lo que se pasó en este estado.

CAPÍTULO V.

FENÓMENOS MARAVILLOSOS, Ó SEAN HECHOS ANTIFISIOLÓGICOS, ES DECIR, EXTRAÑOS Á TODAS LAS LEYES CONOCIDAS DE LA FÍSICA, DE LA FISIOLÓGIA Y DE LA PATOLOGÍA.

EMPEZARÉMOS por los mas prodigiosos, tales como los fenómenos de la vista por la frente, por el occipucio, por el epigastro, la punta de los dedos, etc. Nos limitaremos á los principales casos citados por los autores mas graves y mas sábios.

Cuenta Rostan, profesor distinguido de la Facultad de Medicina de París: «He repetido frecuentemente una experiencia, que al fin he tenido que interrumpir porque mi somnábula se fatigaba demasiado, y me ha dicho que si continuaba se volveria loca: esta experiencia se ha hecho á presencia de mi colega y amigo el Dr. Ferrus. Tomé mi reloj, y lo puse á tres ó cuatro pulgadas del occipucio; pregunté á la somnábula si veia alguna cosa. — «Ciertamente, y es algo que brilla; esto me hace mal.» Su fisonomia manifestaba que padecia; y la nuestra debía mostrar sorpresa. Nos miramos, y rompiendo Ferrus el silencio me dijo: Puesto que ve algo que brilla, tambien nos dirá lo que es. «¿Qué es lo que veis brillar? — No lo sé, no puedo deciroslo. — Mirad bien. — Esperad, como me canso... aguardad... (y despues de un momento de grande atencion) es un reloj.» Nueva sorpresa. Si ve el reloj, dijo aun Ferrus, tambien verá la hora. «¿Podriais decirnos qué hora es?... — ¡Oh! no, esto es demasiado dificil. — Haced atencion, buscad bien. — Aguardaos, voy á probarlo... tal vez diré la hora, mas no podré jamás deciros los minutos.» Y despues de haber buscado con la mayor atencion: — «Las ocho menos diez minutos;» lo cual era exacto. Quiso Ferrus hacer él mismo la experiencia, y la repitió con el mismo éxito. Me hizo volver muchas veces la aguja de

cinada, se cree privada momentáneamente del uso de aquel miembro, ó aun del de la lengua, y permanece como parálitica ó como muda: así como en ciertas monomanías, en que afirman los enfermos que no pueden ó no se atreven á andar, porque se imaginan tener las piernas de paja ó de vidrio; y ciertamente que todas estas parálisis aparentes é imaginarias desaparecerian inmediatamente á la vista de un peligro inminente y formidable, tal como una inundacion repentina, ó un terrible incendio. En otra parte hablaremos de las parálisis que se pretenden obrar con el solo y simple acto de la voluntad, ó de una orden mental.

Últimamente el fenómeno que caracteriza el somnambulismo magnético y el natural, es el olvido al despertarse de lo que se pasó en este estado.

CAPÍTULO V.

FENÓMENOS MARAVILLOSOS, Ó SEAN HECHOS ANTIFISIOLÓGICOS, ES DECIR, EXTRAÑOS Á TODAS LAS LEYES CONOCIDAS DE LA FÍSICA, DE LA FISIOLÓGIA Y DE LA PATOLOGÍA.

EMPEZAREMOS por los mas prodigiosos, tales como los fenómenos de la vista por la frente, por el occipucio, por el epigastro, la punta de los dedos, etc. Nos limitaremos á los principales casos citados por los autores mas graves y mas sábios.

Cuenta Rostan, profesor distinguido de la Facultad de Medicina de París: «He repetido frecuentemente una experiencia, que al fin he tenido que interrumpir porque mi somnábula se fatigaba demasiado, y me ha dicho que si continuaba se volveria loca: esta experiencia se ha hecho á presencia de mi colega y amigo el Dr. Ferrus. Tomé mi reloj, y lo puse á tres ó cuatro pulgadas del occipucio; pregunté á la somnábula si veia alguna cosa. — «Ciertamente, y es algo que brilla; esto me hace mal.» Su fisonomia manifestaba que padecia; y la nuestra debía mostrar sorpresa. Nos miramos, y rompiendo Ferrus el silencio me dijo: Puesto que ve algo que brilla, tambien nos dirá lo que es. «¿Qué es lo que veis brillar? — No lo sé, no puedo deciroslo. — Mirad bien. — Esperad, como me canso... aguardad... (y despues de un momento de grande atencion) es un reloj.» Nueva sorpresa. Si ve el reloj, dijo aun Ferrus, tambien verá la hora. «¿Podriais decirnos qué hora es?... — ¡Oh! no, esto es demasiado dificil. — Haced atencion, buscad bien. — Aguardaos, voy á probarlo... tal vez diré la hora, mas no podré jamás deciros los minutos.» Y despues de haber buscado con la mayor atencion: — «Las ocho menos diez minutos;» lo cual era exacto. Quiso Ferrus hacer él mismo la experiencia, y la repitió con el mismo éxito. Me hizo volver muchas veces la aguja de

«su reloj, se lo presentamos sin mirar, y tampoco se equivocó¹.»
Vamos á otro caso aun mas maravilloso, si es que es posible:
«Fingi, dice Filassier, magnetizar á un amigo mio; pero las maniobras que sobre él hacia fueron dirigidas con la firme voluntad de que obrasen sobre ella (una somnábula); aunque puesta á alguna distancia, no tardó en dormirse y en caer en somnambulismo. Mandé que se llevasen todas las luces de la pieza en donde estábamos, y nos encontramos á oscuras. Cogí mi reloj con todas las precauciones necesarias para que no fuese ni aun visto por la somnábula, y lo puse sobre su frente dirigido el cuadrante hácia su piel, y sosteniendo lo demás escondido en la palma de mi mano derecha; apoyé los dedos de la izquierda sobre los párpados para aumentar y mantener su oclusion ya completa por sí misma. «¿Qué teneis sobre la frente?» la pregunté. — Un reloj, me contestó despues de reflexionar un momento. — Decidme la hora. — No puedo. — Miradla, yo lo quiero. — La aguja grande está sobre el 6, la pequeña cerca del 7, » me respondió despues de una fuerte concentracion. Pasamos al cuarto inmediato, donde vimos á la luz que el reloj marcaba las siete y media (y es lo que la somnábula habria podido decir si no fuese mas poético y mas magnético el decir que la aguja grande estaba sobre el 6, y la pequeña cerca del 7)... «Volví sobre ellas mismas las agujas, sin saber yo mismo á qué hora las habia parado, volví á colocar el reloj sobre el occipucio con las mismas precauciones. «¿Qué hora es en mi reloj?» Estuvo mucho tiempo concentrada, y al fin dijo: — La aguja grande está sobre el 5, la pequeña entre el 3 y el 4, pero mas cerca del 3. Pasé al cuarto alumbrado, y ví que efectivamente mi reloj marcaba las tres y veinte y cinco minutos².»

Los amigos de Filassier pusieron el reloj sobre el epigastro de la somnábula por encima de los vestidos, y lo mismo vió por el estómago que por la frente y por el occipucio. Hé aquí, pues, el sentido de la vista en tres parajes á la vez. En la carrera de los prodigios el primero es el que cuesta. Yo dudo mucho que estas som-

¹ Dictionario de Medicina, en 18 volúmenes, tomo XIII, art. *Magnetismo*, pág. 433.

² Algunas consideraciones para servir á la historia del magnetismo animal.

námbulas, por mas lúcidas que fuesen, pudiesen sostener las pruebas de la Comision de Medicina de 1837, cuyas conclusiones hemos dado mas arriba.

Ahora ¿qué responder á sábios que os dicen, lo hemos visto?... Este es el caso de decir: Lo creo porque lo habeis visto; pero si yo mismo lo hubiese visto no lo creería. Hay errores, dice Cabanis, de los que solo son capaces los hombres de talento. La vista por el occipucio y sin la ayuda de los ojos es un absurdo que se debe desechar y negar como contrario á las leyes de la fisica y de la organizacion animal, y sobre todo como contrario al sentido comun. Efectivamente, á todos nos grita el buen sentido que en esta vision occipital supuesta no puede existir especie alguna de causalidad ó de relacion posible de causa á efecto; que de la organizacion del occipucio no puede resultar ninguna apariencia de causa final de la vista, porque esta organizacion no tiene relacion alguna de naturaleza y de forma con la luz para modificarla, refractarla, y transmitir al cerebro su impresion; que ninguna cosa existe sin su condicion de existencia esencial. Asi no hay funcion mecánica sin máquina, funcion vital sin órgano; no hay digestion sin estómago, ni respiracion sin pulmon; no hay sensacion sin un órgano de sensacion ó un sentido; por consiguiente no hay vista verdadera posible sin ojos; y en efecto la vision real no puede tener lugar sino por la impresion de un objeto real, sensible sobre el nervio óptico ó la retina, lo que excluye las visiones de alucinacion y fantásticas en los sueños, donde no hay objeto real, y por consiguiente sensacion verdadera, sino solamente simulacros ó reuerdos de sensaciones sin ninguna realidad.

Tampoco puede oponérsenos el estado de los somnábulos ordinarios y naturales, porque estos realmente no ven, ó muy rara vez, aunque tengan abiertos los ojos; porque si viesen comunicarian con el mundo exterior, se despertarian al momento, ó mas bien dejarían de ser somnábulos. Si muestran tener mucha destreza y agilidad en sus carreras nocturnas sobre los tejados, es precisamente porque no ven: la ignorancia del peligro les da una seguridad que les preserva de accidentes que no les dejarían de acontecer si se despertasen; entonces verían el riesgo que corrian, y al momento se trastornarian sus ideas, y caerían infali-

blemente. Sabe todo el mundo que es arriesgado el despertar á un somnábulo que se encuentra en una situación peligrosa.

Por lo demás, es cierto que á pesar de su destreza aparente y de su pretendida lucidez, caen muchas veces de los tejados, ó se echan por las ventanas de su habitacion y se matan.

Pero ¿cómo explicar estos casos raros y singulares en que se ha visto á somnábulo en un estado de lucidez óptica componiendo y escribiendo versos y discursos en medio de la noche?

Un eclesiástico somnábulo se levantaba por la noche á corregir un sermón; en estas palabras: *ce divin enfant* (este divino niño), substituyó *adorable á divin*. Conociendo despues el *hiato*, añadió una *t*, despues del *ce*. Puede creerse que en este caso y otros semejantes han podido los somnábulo por una exaltacion extraordinaria de la sensibilidad óptica ver lo bastante para escribir durante algunas noches, tal vez menos oscuras por algun claro de luna; pero si han visto no ha sido sino por los ojos, y los ojos abiertos ó entreabiertos muy probablemente; y todo esto nada prueba en favor de la pretendida vista occipital, epigástrica, etc.

Si los hechos magnéticos alegados fuesen verdaderos, deberian atribuirse á la accion de una potencia sobrenatural, y entonces serian milagros verdaderos; ahora es positivo que no hace Dios milagros sino con un fin digno de él, y para manifestar sus divinos atributos. Seria ridiculo el creer que la soberana sabiduria quisiese sin fin ni razon digna de ella misma hacer ver á un hombre por detrás de la cabeza ó por el epigastro. Pero los hechos existen. Hombres sábios, graves y verídicos afirman haberlos visto, los atestiguan altamente; nada se resiste al poder de los hechos. Sea enhorabuena; pero es cierto tambien que hombres graves, sábios y verídicos no están al abrigo de todo error: han podido engañarse de alguna manera, por alguna sutileza prestigiosa, ó de algun modo que me es desconocido, pero que en rigor es posible; han podido engañarse ellos mismos. ¿Quién podrá probar con certeza que los magnetizados no han creído haber visto por el occipucio lo que realmente no habian visto; en una palabra, que no han adivinado algunas veces con acierto? Sábese que con frecuencia se equivocan ó dudan, y no dicen verdad sino á medias. El mismo Rostan declara que «los somnábulo mas lá-

«cidos cometen frecuentes errores; diré mas, que los casos en «que se engañan son los mas ordinarios.» Y en otra parte: «Es «preciso confesar que se engañan en la mayor parte de los casos, «y que el deseo de parecer perspicaces les hace afirmar que ven «lo que muchas veces no han visto.» ¿Quién podrá, por otra parte, asegurar que el magnetizador ó el experimentador no se ha engañado á si mismo sobre las calidades del supuesto objeto visto, ó si por una ilusion óptica ó una alucinacion repentina no ha visto una cosa por otra, ó un objeto fantástico que no existe en la realidad? En todo caso mas quiero creer que uno de los dos se ha engañado, ó que el uno lo ha sido por el otro con designio ó no, que persuadirme que el curso de las leyes de la naturaleza ha sido interrumpido ó invertido sin ninguna razon ni fin digno de su Autor. Siento yo una repugnancia tan invencible para creer en estos hechos que son contra el organismo y la razon, que mas quisiera decir con los teólogos que esta alucinacion óptica, admitiendo los hechos, es *obra del demonio*, lo que no repugna absolutamente á los principios de la sana teologia. Y efectivamente, los espíritus de tinieblas pueden aparentemente ver en las tinieblas, ó mas bien no hay tinieblas físicas para los seres incorpóreos. Estas inteligencias sobrehumanas pueden, pues, hacer lo de que algunos hombres son alguna vez capaces; y les es aun mas fácil comunicar á los hombres pensamientos ó el conocimiento de los objetos ó de sus calidades; pues que todos, como sabemos, somos capaces de estas cosas: en este caso no seria sino un milagro de segundo orden, obrado por un agente sobrenatural, ó el genio del mal, con el fin de establecer y acreditar una doctrina mala, errónea en sus principios, é inmoral en su aplicacion, como mas adelante lo veremos.

Segun lo que acaba de decirse es cierto: 1.º que la realidad de la vista sin el concurso de los ojos, y por otros órganos que estos, no puede ser admítida sino por un verdadero milagro, lo que en este caso es demostrado imposible; 2.º ó que es necesario establecer que es un fenómeno extraordinario, anormal, pero puramente natural y fisiológico, suposicion que igualmente es imposible admitir, porque es contraria á todas las leyes de la fisica y del organismo animal. No queda, pues, otra salida posible que

el artificio humano ó diabólico ¹. Para el primero de estos casos concluimos que los magnetizantes y los magnetizados han engañado ó sido engañados, alucinados, fascinados por arterías ó por sutilezas prestigiosas. Y para reasumirnos sobre todos estos hechos extraordinarios, maravillosos y antifisiológicos, decimos y diremos siempre: La colusion entre el magnetizante y el magnetizado es muy posible; así se cree: nos atrincheramos tras de esta posibilidad, y mientras que no se la haya destruido negaríamos todos estos hechos maravillosos, porque preferimos creer que dos hombres han podido mentir, mas bien que admitir una revolucion de las leyes de la naturaleza ó la intervencion inútil y gratuita de una inteligencia ó de un agente sobrenatural ó sobrehumano. Casi nos avergonzamos de haber aducido todas estas pruebas, y de haber gastado tanto tiempo en demostraciones para refutar unas cosas tan vanas y tan frivolas, que habríamos debido negar simplemente como extravagantes, absurdas y ridículas; pero no es culpa nuestra si los sábios mismos no se avergüenzan de sostener y de corroborar con el apoyo y brillo de sus nombres estos errores extraños é inconcebibles.

Otra vista magnética hay todavía mas maravillosa, que es la llamada en el espacio y en el tiempo. La vista en el espacio es aquella por la cual una somnábula pretende ver ó conocer lo que pasa á distancias considerables é ilimitadas.

Cuéntase que los magnetizadores han hecho viajar á sus somnábulas por países desconocidos, por América, por las Indias orientales, en una palabra, por todas partes, ya para saber noticias de una persona ausente, ya para hacer descubrimientos científicos. Hanse visto relaciones en las que una somnábula hacia la descripción exacta de la habitacion de una persona ausente en país en donde no habia estado nunca; otras, para obedecer á su magnetizador, se transportan, sin moverse del sitio en donde es-

¹ Dudamos mucho que el diablo con toda su finura sobrehumana y astucia infernal pueda hacer todas las habilidades, es decir, todo lo maravilloso que nos dicen los adeptos y los partidarios del magnetismo con una sangre fria tan imperturbable. Los hombres verdaderamente son mas atrevidos que el diablo. Aquí aplicamos la máxima de Marescot: *A natura multa, plura facta, à daemone nulla.*

tán, cerca de algunos enfermos para ver mediante una intuicion magnética sus enfermedades y los remedios convenientes; y aun esto es poco. Es curioso el ver la lucidez mágica de los magnetizados, yendo á luchar contra las tinieblas del mismo infierno, ó lanzarse hasta la region de los planetas y de las estrellas fijas, ó digamos mas bien, en la region de las quimeras, de las extravagancias y de las locuras. Hé aquí el análisis de la relacion de uno de estos viajes planetarios dictado por una somnábula: «Ella ha mostrado ser cierto, que realmente existen en la luna «seres sensibles y vivientes que gozan como nosotros del espectáculo de la naturaleza y de sus ventajas; que nacen, se reproducen y perecen como nosotros: la descripción que dá de estos «seres lunares no es muy hermosa; tienen una forma chata, y andan arrastrándose.» (Cita del Dr. Dupau).

La vista en el espacio trae consigo la vista en la materia, es decir, al través de los cuerpos opacos y del todo impermeables á la luz, como el globo terrestre, porque aquí no se trata de la luz luminosa ó diáfana. Cito expresamente este ejemplo, pues que segun Rostan, «dicen los partidarios del magnetismo que no es «mas sorprendente el ver á los antípodas por medio de este nuevo fluido que el divisar á Saturno, Júpiter ó Sirio con el fluido «luminoso.»

Si pueden los somnábulos ver á los antípodas, es que su vista tan sutil y penetrante pasa al través de la tierra recorriendo un diámetro de tres mil leguas; y si esta vista de nueva especie atraviesa una masa opaca de tres mil leguas de espesor, ¿por qué una pared de un pié la detiene absoluta y necesariamente? En fin, por decirlo todo en dos palabras, los somnábulos ven en la tierra, en los cielos y en los infiernos; su vista es universal, abraza todos los seres, todos los tiempos, todos los lugares; es infinita, pues, como la de Dios. Seria supérfluo el detenerse á refutar tales absurdos, ellos se refutan por sí mismos, y con solo exponerlos basta para reducirlos á su verdadero valor; es decir, á la nada.

Otro tanto debemos decir de la vista intuitiva del interior del organismo humano, ó de los órganos sanos ó enfermos del cuerpo del hombre. A esta vista interior de las mas íntimas particularidades de la organizacion se opone siempre invenciblemente el es-

pesor de los tegumentos, que es una muralla, un tabique opaco é impermeable; y aun cuando el cuerpo humano fuese en algun modo claro, ¿cómo conocer y describir exactamente las vísceras sanas ó enfermas sin nocion alguna de la anatomía y de la medicina? El mismo Rostan dice, «que no ha obtenido jamás sino descripciones ó del todo falsas, ó muy erróneas. Es muy raro que los somnábulo mas lúcidos vean aproximativamente su interior; la mayor parte de ellos no tienen sino ideas absurdas que se parecen á sueños vanos, y nada mas.» Es decir, que algunas veces dicen cosas mas ó menos vagas, que parecen acercarse algo á la verdad, segun algunos recuerdos de lo que han podido oír sobre el organismo en general, ó segun algunas nociones vulgares conocidas. Rostan afirma positivamente, á pesar de su asercion anteriormente citada, que los somnábulo «gozan de la facultad de distinguir al través de los cuerpos opacos;» y en prueba cita este ejemplo singular: «Una somnábulo me ha dicho sin engañarse nunca cuando tenia ó no el estómago vacio ó lleno.» Dejo al lector que aprecie la fuerza y el valor de prueba semejante.

Hay una variedad de la vista en el espacio, que consiste no solo en ver las acciones de las personas, sino tambien sus pensamientos mas íntimos ó los secretos del corazón.

Hé aquí un hecho que refiere el Dr. Filassier: «Á medida que ella (la señorita Clarisa) curaba, su somnambulismo se hacia mas lúcido, sorprendiéndonos con su *vista siempre infalible* en el espacio y en el tiempo... Durmiendo esta somnábulo en París en el salon del Sr. Chapelin, veia en Arcis-sur-Aube á su madre, describia su ocupacion en aquel momento, su actividad, sus pensamientos íntimos; señalaba, entrando en los menores detalles, el mas pequeño cambio que su madre hacia; predecia por una hora, uno ó muchos dias, la visita de tal ó tal persona á su madre, su conversacion, la llegada de tal ó tal carta, el efecto que ella produciria en su madre, sus reflexiones ulteriores...

«Anunciaba tambien la jóven somnábulo á su padre las cartas de su madre, y decia de antemano lo que contenian. Un dia «vió á su madre indispueta, y dictó para ella una consulta que

«llegó á Arcis en el momento mismo que recibia su padre en París la primera carta anunciando la indisposicion de aquella ¹.» —En esto hay necesariamente ilusion ó engaño, por las razones expuestas mas arriba. Ninguno de los medios ya indicados puede invocarse como via ó como método exegético; y efectivamente, estos hechos no pueden ser ni naturales, ni aun sobrenaturales. Naturales no; esto es evidente y no exige comentarios; sobrenaturales tampoco, porque Dios no hace milagros sino por motivos y por un fin digno de él mismo. Por otro lado, las inteligencias sobrehumanas, segun el sentir de los filósofos y de los teólogos con santo Tomás, no pueden conocer con absoluta certidumbre los pensamientos íntimos del hombre ó los secretos del corazón: *Angeli non cognoscunt secreta cordium*, dice santo Tomás ². Estas inteligencias superiores al hombre no pueden tener estos conocimientos sino por via de conjetura, pero, á la verdad, mas perfectamente que el hombre ³. «Por conocimientos que tenga un

¹ Filassier obra ya citada.

² Se nos dice sin embargo que la señorita Clarisa sorprendia por su *vista siempre infalible en el espacio y en el tiempo*.

³ Muchos eclesiásticos creen seriamente que el *demonio* interviene en las misteriosas maravillas del magnetismo.

Con riesgo de que se resientan algunas susceptibilidades filosóficas diré dos palabras sobre este punto tan delicado: expresaré francamente mis convicciones sin rodeos ni perfrasis. No se sorprenda el lector si yo, siendo médico, confieso que participo en algun modo de su opinion, pero por motivos diferentes que explicaré mas abajo.

No puede negarse la existencia y el poder sobrehumano de un orden de inteligencias (ángeles, demonios, genios, espíritus) superiores al hombre, sin negar al mismo tiempo el Cristianismo, sin negar el Evangelio, que establece esta doctrina, y sin dejar por consiguiente de ser cristiano; diré mas, sin dejar de ser verdadero filósofo y lógico.

Esta creencia tiene un orden de inteligencias superiores á la inteligencia humana, y no es propia del Cristianismo; es admitida en todas las filosofías y en todas las religiones de la tierra: es una doctrina que nos viene de la revelacion primitiva hecha en el origen de las cosas, y transmitida de edad á edad por la tradicion del género humano. Esta tradicion tiene á su favor la universalidad de los tiempos, de los lugares y de los pueblos; y esta concordancia de las historias de todas las naciones sobre la existencia y la naturaleza de los seres sobrehumanos es digna de atencion. Casi todos los pueblos hablan de los buenos y de los malos ángeles, de la rebelion de los malos contra Dios, y del

«ser, dice Bossuet en su *Tratado del libre albedrío*, un objeto aun «existente no le es conocido sino por una de estas maneras: ó «porque este objeto le ha hecho impresion, ó porque ha hecho él «mismo este objeto, ó porque el que lo ha hecho se lo ha hecho «conocer.» No viéndose, pues, en este caso ninguna de estas tres condiciones, luego los hechos alegados son lógica y necesariamente falsos ó nulos, es decir, resultado del artificio humano.

En 1839 recibí una carta de un piadoso y sábio eclesiástico, oponiéndome un hecho, segun él auténtico, al cual, decia, nada habia que responder. El mismo habia presentado á una somnábula magnética un mechón de cabellos que habian pertenecido á una hermana suya religiosa. Nadie mas que él en el mundo sabia de quién eran aquellos cabellos; sin embargo, la somnábula le dijo *por grados* que eran de una mujer, de una vírgen, de una religiosa. Bien se conocerá que hemos debido admitir el hecho tal como se nos contó: vamos á poner el extracto de la carta que hemos escrito en contestacion á la dificultad propues-

castigo y destierro perpétuo de los espíritus rebeldes. Esta doctrina es de los chinos, de los pueblos ribereños del mar Bermejo, de los californios septentrionales, de los escandinavos, de los árabes, de los tibetanos, peruvianos, mejicanos, kalmucos, de los parsis, de los diversos pueblos del Orinoco, de los escitas, de los tracios, de los getas, de los mesagetos, de los godos, de los celtas; de los griegos, Sócrates, Platon, Pitágoras, Tales, Eschiles, Empédocles, Eurípides y hasta de los pueblos que se llaman salvajes, aunque en el fondo no sean sino hombres degradados, ó restos de civilizaciones antiguas, y que conservan, por consiguiente, algunos vestigios de la revelacion primitiva. (Véase el *Cristo delante el siglo*, por el Sr. Roselly de Lorgues).

Igual unanimidad y universalidad tradicionales hay sobre la caída y la degradacion original del hombre, sobre la promesa de un Libertador, sobre el diluvio, etc. ¿Qué deducir de todos estos documentos, sino que todas estas creencias proceden de un mismo origen, es decir, de la historia mas antigua y mas auténtica del mundo, de la historia mosaica, y á mas que todos estos pueblos son originariamente nacidos de la misma familia, de esta familia primitiva y prototipo, de la que ha salido el pueblo hebreo?

Una verdad transmitida por tal via, quiero decir, por la tradicion universal desde el principio del mundo, y que aparece rodeada de tanta evidencia y claridad, inspira irresistiblemente á todo hombre razonable un asentimiento pleno y completo; y no tememos decirlo, el no adherirse á unos dogmas revestidos con todos estos caracteres de verdad prueba ciertamente un espíritu mal conformado, poco filosófico, por no decir enfermo, débil y limitado.

ta: «Un sacerdote no puede poseer decentemente un mechón de «cabellos sino de su madre difunta ó de una hermana religiosa «que se ha desprendido de su cabellera, inútil en un convento. «Para un eclesiástico, solamente uno de estos dos casos puede «legítimar la conservacion de los cabellos de una mujer como «una especie de reliquia; porque no se puede suponer que pudiese tener razones para conservar cabellos de otros parientes «que se hallan en condicion diferente, y que puede ver y frecuentar habitualmente, y mucho menos de personas extrañas. Ahora «bien, una somnábula instruida, que ha hecho su curso magnético, sabe perfectamente todo esto: por otra parte, los somnábulos de profesion están instruidos en estos manejos, porque de ordinario lo que sirve y se emplea en las experiencias magnéticas son los relojes, los medallones, las cajas de tabaco «y las trenzas de cabellos¹. Es, pues, muy natural el que la «somnábula acertase. Sin embargo, se engañan muchas mas «veces de las que aciertan, dice Rostan, el patrono mas sábio «del magnetismo. Ella ha dicho verdad en este caso, mas no ha «podido revelarla directamente *ex integro*, de repente, y á la primera inspiracion magnética, sino solo *por gradacion*. Y en efecto, así que ha podido saber que los cabellos provenian de una «mujer, y esto no debe serle muy difícil á una somnábula histórica, y actual ó virtualmente en un estado de exaltacion ó de «*lucidez sensitiva*, el olfato, excesivamente exaltado por el espasmo «histérico y somnambólico, puede hacerla fácilmente distinguir «los sexos y los objetos diversos de su uso, y por consiguiente «los cabellos que provienen de sexos y de edades diferentes;

¹ El magnetizador y el somnábulo pueden entenderse por medio de un lenguaje convenido. Dice el director cosas indiferentes á su adepto, ó que tienen alguna relacion con la circunstancia presente; le exhorta, le anima, le da órdenes, le dice que se recoja, que entre en el santuario de su interior, y que aplique la accion de sus facultades intuitivas al objeto de la obra ó de la operacion magnética, y otras cosas por este estilo. Pero notad que estas palabras insignificantes en sí mismas pueden ser muy significativas para la somnábula, ya por el número y repeticion de las palabras, ya por el número ó calidad de las letras que las componen, ya por el cambio de valor y de acepcion de estas últimas, ó finalmente por el nombre de las primeras letras de las palabras que formarán el de las cosas que ella deberá adivinar.

«érala, pues, muy fácil distinguir los cabellos de una mujer jó-
«ven de los de una mujer anciana.» (Véase lo que hemos dicho
sobre las exaltaciones olfativas, pág. 391 y 392). Si no hubiese
temido hacer mi libro demasiado voluminoso, habria podido añ-
adir otros lances de mujeres nevropáticas, histéricas, somnáb-
ulas, visionarias, convulsionarias, y en apariencia poseidas de una
legion entera de demonios¹; habria, finalmente, dicho cosas que
sobrepujarian toda prevision humana, y que no obstante las expli-
can racional y naturalmente la fisiología y la patología.

Pero, se dirá tal vez, si se presentasen muchos hechos seme-

¹ Una palabra siquiera sobre la posibilidad de las *posesiones del demonio*.
A esta palabra *posesiones* el filósofo incrédulo se sonrie de desprecio, y dice:
No puedo seriamente ni admitir ni concebir las posesiones; mi razon se resiste
absolutamente: luego son imposibles. A su turno dirá el filósofo católico: Mi
razon, reglada y conducida por la fe, la historia evangélica, la tradicion cons-
tante, el sentimiento unánime de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, la
doctrina y la practica de esta, me asegura que ha habido posesiones; luego son
posibles. El incrédulo niega igualmente los otros hechos evangélicos, como
los milagros, etc., y en esto es á lo menos consecuente: es necesario que el
católico lo sea igualmente creyendo *todo* lo que el Evangelio y la Iglesia le or-
denan creer, y en el sentido determinado y por esta establecido, so pena de
perder el carácter de cristiano católico. Así que, si no se quiere renegar, no
diré la Religion, sino la lógica, es preciso necesariamente creerlo ó desecharlo
todo. Escoged, lector. Otros á millares antes que vos han escogido, libertinos
cínicos, esclavos de todas sus pasiones brutales, incrédulos, impíos, deístas,
racionalistas, panteístas, materialistas, ateos, cuyos nombres infectos y cor-
rompidos no desenterraré aquí, segun el lenguaje de la Escritura (*nomen im-
piorum putrescet*, Prov. vii, 10). Todos estos sofistas, empujados y arrastrados
por un paroxismo de desenfrenado orgullo, han tomado el partido de negarlo
todo; y se han visto de repente faltos de apoyo, pues que han caido en los abis-
mos del vacío... Apresúrome á abandonarles para volverme hácia los filósofos
cristianos, los verdaderos sábios, los hombres eminentemente virtuosos, las
glorias, los encantos, las delicias de la humanidad, como los Vicentes de Paul,
los Franciscos de Sales, los Javieres, los Fenelones, etc., etc. Contemplo
tambien los magníficos esplendores del genio, considero los Bossuet, los Pas-
cal, los Descartes, los Malebranche, los Leibnitz, los de Bonald, los Newton,
los Euler; me acuerdo con orgullo de los nombres imponentes de los médicos
Boerhaave, Vamwieten, Sydenham, Hoffmann, Haller, Hallé, etc., etc. To-
dos estos grandes personajes han creído sinceramente en los hechos evangé-
licos, es decir, en los de Jesucristo, que el mismo J. J. Rousseau asegura ser mas
atestiguados que los hechos de Sócrates, de los que no duda nadie. Lo repito,
escoged, lector, vuestros patronos y vuestros maestros.

jantes y otros todavía mas sorprendentes, os seria forzoso al fin
rendiros, y deponer vuestro esceptismo ante la masa de estos
irrecusables testimonios. Ante todo examinaria, discutiría, escu-
drinaria, con la lámpara de la lógica y de la ciencia en la mano, y
cuando estuviese absolutamente convencido que los hechos bien
probados son del todo inaccesibles á la ciencia humana, y supe-
riores y al abrigo de todo humano artificio, entonces, sin mas cere-
monia, recurriria al *demonio*, conforme lo he escrito anteriormente.

Todo cuanto acabamos de decir sobre la vista llamada en el
espacio se aplica naturalmente á lo que se llama vista en el tiem-
po ó en el porvenir, esto es, la prevision y la profetizacion en
estilo magnético.

Es inútil recordar aquí que ninguna inteligencia creada, hu-
mana ó sobrehumana, puede conocer con una certidumbre abso-
luta los acontecimientos libres ó los futuros contingentes, es
decir, los que dependen de causas libres, ó de la libre determi-
nacion de una multitud de hombres, que pueden no existir aun,
por la razon de que la inteligencia creada y finita no puede co-
nocer lo que aun no existe y lo que no debe existir necesaria-
mente. Únicamente la inteligencia infinita é increada, Dios, ve
y conoce no solo lo que existe, sino lo que es absolutamente po-
sible, es decir, todo lo que no implica contradiccion (así el mis-
mo Omnipotente no sabria ver ni conocer un círculo cuadrado,
un triángulo sin tres puntas ó lados, ó la desigualdad de los rá-
dios de un círculo); de lo contrario, la Inteligencia increada é
infinita seria limitada como la inteligencia creada y finita; la
ciencia de Dios seria imperfecta, es decir, que no seria Dios, lo
que es un absurdo.

Por perfecta que sea una inteligencia creada, no puede cono-
cer seguramente sino los acontecimientos producidos por causas
físicas y necesarias. Así es como los físicos predicen algunos fe-
nómenos puramente naturales, los astrónomos las revoluciones de
los astros, la aparicion de los cometas y la época de los eclipses.
Solamente por conjetura las criaturas, aun las mas inteligentes,
pueden conocer ó adivinar el porvenir, ó las cosas ocultas ó se-
cretas. Puede racionalmente admitirse que una persona extática-
mente aislada del mundo exterior, en el silencio de todas las sen-

saciones externas, y en una profunda concentracion nerviosa, puede coger alguna vez, por una comprension viva y rápida del intelecto, el enlace y el encadenamiento natural de los acontecimientos, las relaciones sutiles de conexion entre las causas y los efectos, y en una reunion de circunstancias particulares hacer felices y admirables predicciones, de lo cual no habria sido nunca capaz en su estado normal y fisiológico; pero este estado de exaltacion cerebral es lo que llamamos lucidez intelectual somnambólica, ya sea que se encuentre en el somnambulismo artificial, ya sea efecto de un somnambulismo natural, ó tal vez de algunas fiebres cerebrales, como lo prueba la observacion que hemos citado del ayuda de cámara del embajador español.

Luego la famosa profetizacion magnética se reduce á esta especie de presciencia ó de prevision lúcida del todo natural; y de esto á la verdadera profecia hay gran distancia; tanto como del espíritu del hombre al espíritu de Dios, pues que la prediccion del somnábulo procede del espíritu del hombre, y la verdadera profecia no puede nacer sino del espíritu infinito de Dios. Entre el gran número de caracteres que nos sirven para establecer la diferencia entre las predicciones humanas y los oráculos proféticos que nos han anunciado algunos hombres á quienes animaba el espíritu de Dios, nos limitaremos á estos: los profetas de Dios no se hallaban bajo el imperio de ningun hombre, ni de ningun agente físico; estaban en un estado fisiológico¹, y gozaban actualmente del uso de todas las facultades y de todos los sentidos; sabían lo que anunciaban, hablaban espontánea y libremente, y se encontraban totalmente independientes de toda influencia natural; en fin, los profetas conservaban el recuerdo de todas sus predicciones, lo que no sucede á los somnámbulos, que de nada se acuerdan despues que están despiertos. (Véase al señor cura Frère, que ha escrito detalladamente sobre la cuestion siguiente: «¿ Pueden explicarse con el magnetismo animal las profecias, los milagros, los éxtasis, las posesiones de demonios, y los hechos «de la adivinacion?» »

¹ No se debe olvidar aquí que el somnambulismo, sea artificial ó natural, no es un estado normal y fisiológico, sino una neurosis ó una especie de enfermedad.

No entra en nuestro plan el tratar aquí de la cuestion de los milagros; nos faltariamos á nosotros mismos, y sobre todo al respeto debido á las divinas Escrituras; creeríamos casi cometer una profanacion, si tuviésemos la temeridad de establecer un paralelo insultante é injurioso entre los verdaderos milagros consignados en nuestros Libros sagrados y los hechos maravillosos, ó mejor dicho, charlatanerías y rapsodias ridículas del magnetismo animal. Nos limitaremos, pues, á algunas palabras sobre la alta y poderosa lógica con que los magnetizadores pretenden explicarnos los prodigios marcados con el sello del Todopoderoso; vaya aquí una pequeña muestra:

« Pienso, dice Rostan, que por el magnetismo pueden explicarse los fenómenos sobrenaturales que han podido presentarse «en la antigüedad, y que indudable y realmente han existido¹. » Algunas líneas mas abajo añadé: «Creo que una porcion de hechos milagrosos encuentran en el magnetismo una explicacion «fisiológica y natural.» (El magnetismo entra, pues, en la fisiología, y por esto mismo no existe realmente). En efecto, hablando Foissac del magnetismo entre los judios, explica magnética y admirablemente uno de los milagros de Moisés; aquel por el cual el gran Legislador de los hebreos hace triunfar á Josué, y pasar al filo de la espada á los amalecitas². «Habiendo Moisés mandado á Josué á combatir á los amalecitas, subió á una colina con «Aaron y Hur, y cuando Moisés tenia las manos levantadas, Israel era victorioso; mas cuando las bajaba un poco, llevaba la

¹ Debemos agradecer á Rostan el haber puesto entre paréntesis: «No hablo de los Profetas á quienes animaba el espíritu de Dios.» Esto no le impide, sin embargo, el que diga que no quiere saber si los Profetas veían realmente en el porvenir. Si los Profetas estaban animados del espíritu de Dios, podían ver realmente el porvenir; ¿por qué, pues, esta fórmula dudosa?

² Si, segun Foissac, la ciencia magnética era ya tan perfecta en tiempo de Moisés, ¿por qué en otra parte dice el mismo autor que el magnetismo no está aun bastante adelantado para explicar cómo obra y cuál es su naturaleza íntima? (*Reflexiones y discusiones*, p. 348). ¿Por qué, pues, los profesores del magnetismo nos están diciendo que esta ciencia se encuentra en la infancia, y que se pierde su origen en la noche de los tiempos? Rostan nos asegura que «las prácticas del magnetismo eran conocidas y ejercidas en la antigüedad «mas remota.» (*Diccionario de Medicina*, tomo XIII).

«ventaja Amalec. Las manos de Moisés estaban cansadas; por esto «se escogió una piedra donde se sentó, sosteniéndole Aaron y «Hur las manos de los dos lados hasta la puesta del sol, y Josué «pasó á cuchillo á los amalecitas.»

Este sí que es un magnetismo lejano, en grande y abundosa corriente. Su aplicacion se presenta aquí muy naturalmente. Siendo el Sr. Foissac sin contradiccion uno de los mas hábiles magnetizadores, ¿quién podría impedir que el Gobierno, á la primera batalla que ocurra, invite á este nuevo taumaturgo que suba á una colina acompañado de un destacamento de dragones, para separar ó apartar á los adeptos y partidarios, y que tenga allí las manos levantadas para destruir y paralizar debida y magnéticamente á los enemigos de la patria? Tal vez diréis que en el día la ciencia magnética no ha adquirido este grado de perfeccion: desengañaos; ha llegado á su apogeo, á su *non plus ultra*. Los magnetizadores modernos hacen milagros mas maravillosos que los del Evangelio: ni aun necesitan tocar los ojos de los hombres para volverles la vista: hacen aun mas que todo eso; y lo que es inaudito desde el principio de los siglos, les hacen ver sin ojos, y hasta sin luz. ¡Que se nos diga ahora que no es útil el magnetismo, y que no sirve mas que para divertir la ociosidad de los espíritus frívolos y curiosos! Hablemos, si es posible, seriamente. No pedimos que el Sr. Foissac vuelva la vista á los ciegos de nacimiento, ni aun á los que la han perdido por algun accidente, por desorganizacion de los ojos; le rogamos y le suplicamos, no que haga ver á los hombres; y sobre todo á las mujeres, por detrás de la cabeza ó por el estómago, sino que vuelva la vista comun, ocular, á las personas atacadas de parálisis del nervio óptico, y por otra parte dotadas de ojos muy hermosos, claros y lúcidos. Que nos hagan, pues, los magnetizadores este milagro por tocamientos, imposicion, gestos, palabra, orden mental, ó como quieran; y será por cierto una operacion algo mas fisiológica, y sobre todo mas útil á la humanidad, que su tonta y ridícula vision por el occipucio, por el epigastro y por los dedos: que hagan, digo, este milagro, y creerémos en ellos.

Terminarémos este párrafo con otro hecho maravilloso, y será el último. Este es la *paralizacion* por orden mental ó por un sim-

ple acto de la voluntad. «Yo he paralizado mentalmente muchas «veces y delante de muchos testigos, dice el Sr. Rostan, el miembro que se me designaba; un espectador puesto en contacto «ordenaba el movimiento; imposibilidad absoluta de mover el «miembro paralizado.» ¿Cómo puede ser mental la orden de paralizar este miembro si se le designa expresamente? á menos, no obstante, que esta designacion sea tambien mental, y así sucesivamente. La somnábula se halla sometida á la mirada fascinadora de su magnetizador, y se percibe que se ocupan de ella; ¿qué viene á ser entonces la orden mental? Esto entra simplemente en las consideraciones fisiológicas que hemos presentado sobre este punto en los capítulos III y IV.

Si el agente magnético es el flúido nervioso que lanza por su voluntad el magnetizador en la atmósfera nerviosa de la somnábula para magnetizarla *negativamente*, es decir, paralizarla, ¿cómo es que aquel es incapaz de paralizar uno de sus propios miembros, que debe hallarse bajo el imperio mas inmediato de su voluntad? Creerémos en el magnetismo *positivo* y *negativo* cuando los magnetizadores paralizarán mentalmente una somnábula sin que esta lo sepa, fuera de su vista, y separada de ellos por una pared ó un tabique; y al parecer la cosa no será muy difícil, pues que Rostan asegura que el flúido nervioso magnético pasa al través de los tabiques y de las puertas. Que se dignen, pues, estos señores hacer estos milagros, y aceptamos de buen grado sus principios, salvo sin embargo la diablería y el compadrazgo.

CAPÍTULO VI.

APRECIACIÓN DEL VALOR CIENTÍFICO DEL MAGNETISMO ANIMAL.

REFUTACIÓN DE LA TEORÍA DE ROSTAN.

No pretenderemos probar que el magnetismo animal no sea nada, pero sí que es otra cosa que lo que pretenden los magnetizadores, y que no tiene por agente ningún fluido particular. Hemos demostrado mas arriba que los fenómenos dichos magnéticos que pueden racionalmente admitirse son todos del dominio de la fisiología y de la patología; de lo que resulta que el magnetismo no es á la verdad mas que una hábil explotación de la influencia nerviosa y del poder inmenso de la imaginación en todo cuanto es fisiológico ó patológico, es decir, verdadero y racional; y en lo maravilloso y antifisiológico esta explotación está reunida con el artificio humano, con las fascinaciones magnéticas, es decir, con el charlatanismo, con la superchería y con la colusión. Quedamos ahora el hacer ver que el magnetismo está muy distante de ser reconocido como ciencia por los sabios mas distinguidos. El mismo Rostan conviene en que «entre los adversarios del magnetismo no encuentra sino gentes del mayor mérito, cuya opinión hace ley en las ciencias, cuya aprobación es la mayor de las recompensas, y cuyo desprecio es una condena sin apelación.» Se cuentan los que creen en el magnetismo, y el número de los que no creen en él es infinito. Tal vez sería á propósito el hacer aquí algunas observaciones sobre el famoso parte de la Comisión de la Academia de Medicina, cuyas conclusiones hemos transcrito mas arriba; pero reducidos como nos hallamos dentro de límites demasiado estrechos, debemos contentarnos con referir sobre este punto los pareceres de muchos miembros distinguidos de la Academia de medicina. Bueno es que se sepa que este

parte no ha sido todavía discutido, y por consiguiente no ha obtenido la sanción del cuerpo científico á quien fue leído.

Darémos unas cortas citas tomadas del Dr. Dupau, quien empieza sus cartas sobre el magnetismo con estas palabras: «Es un arte del todo fantástico, cuyos procederes misteriosos no tienen poder sino sobre los cuerpos enfermos, y que por una singular virtud envuelve con el mismo velo del error á sus propagadores y á sus víctimas; es finalmente, una ciencia falsa en sus teorías, y perniciosa en sus prácticas: tal es el resultado de mis observaciones sobre el particular.»

Sesión del 10 de enero de 1826 (*Gaceta de salud*), relativa á la discusión del parte sobre el magnetismo animal.

El Sr. Desgenettes... «Desde que se ha leído el parte ha hecho mucho mal; ha trastornado las cabezas de la generación médica naciente, y esta se pregunta á sí misma si deben quemarse los libros y cerrarse las escuelas, pues que para todo basta el magnetismo.»

El Sr. Bailly. Este académico compara las operaciones magnéticas á los oráculos de las sibilas, á la escalera misteriosa de Mahoma, y á la caverna de Trofonio, etc. En el magnetismo ve dos acciones distintas, una física, otra mística, es decir, absurda; solamente en la primera puede haber verdad. «He visto, dice al terminar, comprometido el honor de la Academia.»

El Dr. Double. «Basta examinar lo que se ha hecho en la época del primer examen del magnetismo para convencerse de cuán inexacto es el decir que la materia ha sido discutida ligeramente. No es fácil disfamar los trabajos de los Francklin, de los Laplace, de los Lavoisier, de los Thouret: ellos han podido fijar la opinión del mundo ilustrado... Yo he estudiado mucho el magnetismo, ya como magnetizador, ya como magnetizado, y declaro que nunca he visto ni he experimentado nada. En cuanto á lo que se nos cuenta de maravilloso sobre este asunto, recordaré esta palabra de Fontenelle: «Puesto que vos lo habeis visto, lo creo; si yo mismo lo hubiese visto, lo dudaría.»

El Sr. Laënnec. «Hace veinte años que busco con un buen principio de fe los hechos magnéticos, y no los he encontrado; he querido magnetizar por mí mismo, y me falta la virtud. Re-

«sulta del testimonio unánime de todo el mundo, que los nueve
«décimos de los hechos observados son charlatanerías; así pues,
«nada hay mas difícil de encontrar que un somnábulo verda-
«dero: la Academia debe aguardar.»

El Sr. Rochoux. «Dejando á un lado todo el charlatanismo ac-
«cesorio á que ha podido dar lugar el magnetismo, se encuen-
«tran dos hechos principales en las pretensiones de los magne-
«tizadores, que son: el somnambulismo y la lucidez de los som-
«námbrulos. Estos fenómenos son muy extraordinarios, y seria
«curioso el ocuparse de ellos. Nada parece mas fácil á primera
«vista; pero si creemos á los magnetizadores, la sola voluntad
«contraria de los asistentes puede impedir el efecto de las opera-
«ciones magnéticas; ¿cómo será posible entonces hacer experien-
«cias contradictorias, y qué resultado podrian estas ofrecer? No
«hablaré de las pretendidas maravillas del magnetismo; y sobre
«todo de la prevision magnética, que si existiese, habria debido
«ya hace tiempo arruinar á la administracion de loterías; me li-
«mitaré á decir que reducido á su mas simple expresion, el mag-
«netismo nada ofrece de maravilloso, y que es inútil el nombrar
«comisiones que se ocupen de él.»

El Sr. Recamier no se detiene en la cuestion científica; solo se
limita á contar algunos hechos que le son personales. Ha visto
este profesor operar al Sr. Puysegur con su famosa mariscala, lo
que era por cierto el tipo del magnetismo. Pues bien, dice Reca-
mier, siempre que por mí mismo he querido verificar las experi-
encias, se me han negado los medios. Este médico cita muchas
observaciones, algunas de las cuales han sido hechas en el hos-
pital general (Hôtel-Dieu), que están muy léjos de favorecer el
magnetismo. Una sola vez ha observado una insensibilidad per-
fecta en una somnábula á la que mandó aplicar una moxa du-
rante el sueño magnético; mas este fenómeno ¿dependia de la in-
fluencia del magnetizador sobre la enferma? En cuanto á la lu-
cidez de los somnámbrulos para descubrir las enfermedades y los
remedios á propósito, está persuadido que los verdaderos médicos
encontrarán en la apreciacion de los síntomas luces mas positivas
que en la supuesta perspicacia magnética.

El Sr. Magendie. «Yo no he asistido á las discusiones prece-

«dentes; pero ocupándome de fisiología hace mas de veinte años,
«he hecho todos los esfuerzos para observar casos relativos al mag-
«netismo; ninguno ha tenido resultado positivo. Me parece que
«la Academia se ha engañado; que la han colocado en una falsa
«posicion cuando la han sugerido la idea de nombrar una Co-
«mision particular para saber si se ocuparia ó no del magnetis-
«mo. . . . Solo la
«noticia de esta discusion es perjudicial. Esta es una circunstan-
«cia explotada con solicitud por los muchos pícaros que pululan
«en la capital; porque hasta se citan enfermos que han fallecido
«en manos de los magnetizadores.»

«El Sr. Cornac ha pretendido por muchos años asegurarse de
«la lucidez de los somnámbrulos, y aun no ha logrado ver un ejem-
«plo bien comprobado. Todos los prodigios que ha oido sobre esto
«le parecen charlatanería... La mejor prueba para el Sr. Boui-
«llaud de que todo ello no pasa de charlatanismo es la de que la
«mayor parte de los magnetizadores han cambiado de vestido con
«la moda, y se han hecho homeópatas.» (*Revista médica*).

Véase la refutacion del parte de la Academia, intitulada: *Exá-
men histórico y razonado de las pretendidas experiencias magnéticas,
hechas por la Comision de la Academia real de Medicina* por el Dr. Du-
bois de (Amiens). Este trabajo nos ha parecido un trozo de exce-
lente crítica, hecho con una notable superioridad de talento. Ase-
gura el profesor Bouillaud que es una verdadera obra maestra
de razon y de crítica la mas fina é ingeniosa.

«He leído y visto, dice Dubois, las obras de los magnetizado-
«res, y me declaro contra ellos en estado de hostilidad; he leído
«y meditado el parte de la Comision, y me he sorprendido al ver
«comprometida por indignos charlatanes la reputacion de tan gra-
«ves personajes...» Y en otra parte: «Lo que sé es que la Comi-
«sion por su impericia ha comprometido al cuerpo académico y
«al cuerpo médico entero... Por espacio de seis años se ha deja-
«do burlar y engañar de la manera mas grosera, todo para hacer
«un parte. Pues bien: supuesto que con tal ligereza ha querido
«aventurar su relacion voy á examinar esta larga série de experi-
«encias ó mas bien de burlas y artificios.» La justicia, sin em-
bargo, nos obliga á decir que creemos que el Sr. Dubois ha lle-

vado demasiado léjos el escepticismo fisiológico, pretendiendo negar el somnambulismo artificial ó magnético. Es verdad que este puede ser simulado; pero de esto no se sigue que lo sea siempre, y que lo fuesen todos los casos sometidos á la observacion de la Comision; es imposible el creerlo, porque esto repugna demasiado, y violenta la razon. Partamos de un hecho cierto, incontestable, confesado por todo el mundo, del hecho del somnambulismo natural no provocado. En cuanto al fondo es el mismo que hacen nacer ó que determinan los procederes llamados magnéticos. ¿Por qué, pues, no admitir un fenómeno artificialmente provocado que tiene su análogo en el orden fisiológico y patológico, es decir, en la naturaleza? Es preciso reconocer la verdad, venga de donde quiera.

He aquí para concluir con este párrafo un corto extracto del examen crítico del Sr. Dubois, el cual es una ligera muestra de la dialéctica apremiante y del estilo picante é incisivo del autor. Este pasaje mostrará al mismo tiempo la grande importancia que los Comisarios atribuyen á ciertos hechos magnéticos que á los ojos de los observadores vulgares, y no *lucidos*, no tendrían ciertamente sino un valor muy mínimo. «Un niño de edad de veinte y ocho meses, atacado como su padre, de quien hablaremos luego, de accesos de epilepsia, fue magnetizado en casa del Sr. Bourdois de Lamotte por el Sr. Foissac el 6 de octubre de 1827. Casi inmediatamente despues del principio de los pases, se frotó el niño los ojos, torció la cabeza de un lado, la apoyó sobre una almohada del sofá en el cual estaba sentado, bostezó, se agitó, se rascó la cabeza y las orejas, pareció luchar contra el sueño que le queria invadir, y luego se levantó regañando; avinole necesidad de orinar, y despues de haberla satisfecho volvió á ser magnetizado; mas como no se presentaba esta vez muy próximo el sueño, se dió de mano al experimento.» (Parte 19).

«No puedo dejar de repetir aquí el pensamiento de Cabanis: que hay errores de los que solo son susceptibles los hombres de talento; y en efecto, para todo hombre que le tenga, ¿qué habria habido de notable en esta historia? ¿quién sino una Comision de sábios habria podido imaginar el sacar de ella consecuencias prodigiosas?

«Un miserable artesano lleva á su hijo de veinte y ocho meses á la casa de un médico, le pone sobre un sofá, y al momento se apresura un magnetizador á producir algun efecto sobre el chicuelo; el sofá es blando y con buenos almohadones; el niño bosteza, se rasca la cabeza y las orejas, regaña, mea, y despues se queda despierto: todo esto es muy poco, y no se puede deducir mas sino que este muchacho estaba muy malcriado. El Sr. Burdois se contentaria con hacer limpiar su sofá, y enjugar su alfombra; pero no es eso, con maña y talento se logran muchas cosas. Vais á verlo:

«Esta observacion, dice el redactor (pág. 21), ha parecido á la Comision digna de ser notada. El niño es de veinte y ocho meses, ignora lo que se le ha hecho, ni se halla en estado de saberlo; sin embargo, es sensible á la accion del magnetismo, y ciertamente que esta sensibilidad no puede atribuirse á la imaginacion.»

«Ciertamente que este niño ignoraba lo que significaba la agitacion de Foissac, ciertamente que no se hallaba en estado de saberlo; pero ¿en dónde encontráis que haya sido sensible á la accion del magnetismo? El sueño, decís, ha parecido quererle invadir; ¿es alguna cosa nueva é inexplicable que un niño de veinte y ocho meses, bien arrellanado en un sofá, experimente gana de dormir?

«Pero ha bostezado, se ha rascado la cabeza y las orejas, ha regañado.» Á esto responderé que no conozco aun aquí los primeros elementos de la accion magnética, porque no ha habido ni pestañeo en los párpados ni deglucion de saliva, etc., fenómenos á que se da grande importancia.

«Fue magnetizado de nuevo, dice el Sr. Husson; mas como esta vez no parecia el sueño cercano se dió fin al experimento.» La reflexion del redactor es cándida por demás: «¡No se ha continuado el experimento porque el chicuelo no ha querido aquel dia tener sueño! de suerte que no le han magnetizado por no comprometer el magnetismo, ¡y esto no impide que sea sensible al magnetismo!»

Veamos por último otra relacion hecha á la Academia de Medicina en 1837 por una Comision de este cuerpo ilustre: ya he-

mos dado las conclusiones. El Dr. Dubois es el redactor de esta parte importante, que ha reducido á la nada las extravagantes pretensiones de algunos magnetizadores.

Rostan considera el fluido nervioso como el agente de todos los fenómenos magnéticos; esta es su teoría: «En el estado actual de la ciencia todo induce á considerar el cerebro como un órgano segregante de una sustancia particular, cuya principal propiedad es la de transmitir ó de recibir el querer y el sentir. Esta sustancia, cualquiera que sea, parece circular por los nervios, de los cuales los unos son consagrados al movimiento (á la voluntad), estos parten del encéfalo ó de sus dependencias, y van á parar á las extremidades, los otros al sentimiento, y estos van á parar al encéfalo; los primeros son activos, y pasivos los segundos.»

«Admitimos la circulacion de un agente, cualquiera que sea; pero este agente no se detiene en los músculos ó en la piel: se lanza afuera con fuerza y energia, formando así una verdadera atmósfera nerviosa y una esfera de actividad del todo semejante á la de los cuerpos eléctricos. Tal es la opinion de los fisiólogos mas hábiles; y así ya nos parece susceptible de explicacion. La atmósfera nerviosa activa del magnetizador se mezcla y pone en contacto y relacion con la atmósfera nerviosa y pasiva del magnetizado; este recibe una influencia tal, que la atencion y todas las facultades de los sentidos externos se hallan momentáneamente abolidas, y las impresiones interiores y las que comunican al que magnetiza van al cerebro por otra via: este agente nervioso goza, como el calórico, de la facultad de penetrar los cuerpos sólidos, propiedad que indudablemente tiene límites, pero que explica el cómo son influidos los somnábulo al través de los tabiques y de las puertas, etc., y tambien el cómo perciben las cualidades del sabor, del olor, ú otras al través de algunos cuerpos que en estado ordinario no se dejan penetrar por estas moléculas.

«Los hechos multiplicados que prueban de una manera irrecusable que se puede magnetizar al través de los cuerpos sólidos, y que la presencia de estos cuerpos no impide la perspicacia, obligan á admitir que el agente nervioso ó magnético debe atra-

«vesar los cuerpos. Esto no debe sorprender, puesto que vemos que la luz atraviesa los cuerpos diáfanos, la electricidad los cuerpos conductores, y el calórico todos los cuerpos penetrándolos. La mezcla de estas dos atmósferas nerviosas muestra muy bien (es decir, *muy mal*) la razon de la comunicacion de los deseos, de la voluntad, y hasta de los pensamientos del magnetizador con el magnetizado. Siendo estos deseos y esta voluntad acciones del cerebro, este los transmite por medio de los nervios hasta la periferie del cuerpo y mas allá; y cuando las dos atmósferas nerviosas vienen á encontrarse, se identifican de tal manera que no forman mas que una sola. Los dos individuos no forman sino uno, sienten y piensan juntos, mas el uno nunca sale de la dependencia del otro.

«En esta relacion tal vez no hemos descubierto el verdadero mecanismo de los esfuerzos magnéticos; pero pensamos que sin separarnos mucho de los fisiológicos y físicos generalmente adoptados, nuestra hipótesis explica de un modo bastante satisfactorio la produccion de estos efectos ¹.»

Esta hipótesis de la atmósfera nerviosa no está justificada por ningun hecho cierto; antes al contrario, todos los datos fisiológicos y la analogia nos demuestran que el agente ó el fluido nervioso no se lanza mas allá del cuerpo, sino que circula por los nervios lo mismo casi que la sangre por los vasos, no saliendo de los nervios, así como no sale tampoco la sangre de los vasos; y si en algunos casos raros trasuda la sangre al través de los poros de la piel, desde aquel momento no ofrece ningun carácter de vitalidad ni de cualidad estimulante: lo mismo deberá ser del fluido nervioso.

Si fuese la voluntad humana bastante poderosa para lanzar fuera del cuerpo el fluido nervioso y echarle en un punto nuevo ó al aire, con mayor razon deberia, en caso de estar cortado un nervio, hacerle penetrar al través de las carnes que tocan inmediatamente la punta superior del nervio dividido: la observacion prueba que no es así. El fluido nervioso enviado por la voluntad mas fuerte no puede ir sino hasta la cortadura ó seccion del nervio, y no mas allá: todas las partes á las cuales lleva el movi-

¹ *Diccionario de Medicina*, art. MAGNETISMO.

miento la punta inferior del nervio cortado no quedan menos paralizadas, á pesar de la voluntad ó del querer del herido.

Si la sola causa de los fenómenos magnéticos es el fluido nervioso, ¿por qué no obra sobre los animales, que tienen nervios, y que por consiguiente deberían también tener fluido nervioso? ¿por qué los cuerpos inanimados ó que carecen de nervios, como un cubo ó un árbol, pueden, según los magnetizadores, llegar á ser instrumentos de fenómenos magnéticos? Es necesario, pues, que se carguen del fluido nervioso que les comunique el magnetizador, y que le lancen á su vez sobre los individuos que en la atmósfera nerviosa son cuerpos sin nervio, suposición del todo ridícula y absurda.

Nos aseguran los magnetizadores que pueden hacer dormir por un puro acto de su voluntad á alguna y hasta á gran distancia de la persona, sin que esta lo sepa, y al través de tabiques; ¿cómo se establece en estos casos la atmósfera nerviosa? Se quiere comparar la prontitud y la penetración del fluido nervioso ó magnético á las de la luz, del fluido eléctrico y del calórico; pero las comparaciones no son pruebas, y además la luz no atraviesa una pared.

El Dr. Rostan recomienda á sus lectores que lean las observaciones de Petetin. Nada, dice, es mas digno de interés.

«Una jóven despues de haber experimentado grandes convulsiones perdió el conocimiento, estaba inmóvil, con los ojos cerrados girando en su órbita, y cantaba con entusiasmo; puestos los miembros sucesivamente en actitudes muy penosas, conservaban la posicion que se les imprimia.

«En vano se emplearon para sacarla de este estado los excitantes de toda especie; en vano se intentó el hacerse oír por ella, se la picó, se la punzó, se la hizo oler amoníaco, etc., fue insensible á todos estos medios; los sentidos parecian completamente paralizados. Hizo la casualidad que el médico resbaló y cayó encima del epigastro de la enferma, pronunciando estas palabras: ¡Es posible que yo no pueda impedir á esta mujer el que cante! — No os incomodeis, doctor, ya callaré, respondió la enferma. El médico continuó hablándola sin conseguir respuesta. Volvióse á poner finalmente en la postura en que estaba cuan-

«do se le habia oído, y lo fue otra vez. No queda duda que la enferma oía por el estómago, y experiencias reiteradas probaron que el sentido del oído se habia transportado á esta region. Es necesario leer los curiosos detalles de este fenómeno en la obra misma de Petetin. Este se aseguró en seguida de que el gusto y el olfato tenían en la misma region su asiento: la jóven reconoció igualmente y sin la menor duda ni error algunos platos presentados al epigastro con las mismas precauciones. Lo mismo aconteció con los olores, y, cosa mas inexplicable aun, con los colores y las formas. Habiendo este médico aplicado sucesivamente al epigastro varios naipes, los nombró la enferma sin equivocarse; decia verlos luminosos, mas grandes que en el estado natural, y en el estómago. Cita todavía otras observaciones análogas á esta, ó á lo menos igualmente sorprendentes, y tengo la convicción íntima de que no las ha inventado¹.» El profesor Richerand añade á esta observacion de catalepsia histérica, tan digna de interés según Rostan: «Para hacer las cosas mas creíbles, dice Petetin que la somnambula veía el interior de su cuerpo, adivinaba lo que contenian los bolsillos de los asistentes, hacia su inventario, sin engañarse en el número de monedas que habia en los bolsillos.» Finalmente, para ejercitar del todo la fe de sus lectores, añade Petetin: «¡Oh prodigio inconcebible! si se formaba una intención ó pensamiento sin manifestarlo por la palabra, la enferma lo sabia al momento.» «En caso de que los amantes de lo maravilloso nos reprochen ó nos acusen de llevar demasiado lejos el escepticismo, les responderemos que el Sr. Petetin es el solo y único testigo de este milagro; que no es posible por su narracion el decir en qué época y en qué persona se obraron estos prodigios que él nos cuenta, y que este autor entusiasta podría muy bien haber inventado este cuento, para confundir á los incrédulos que se atrevían á burlarse de su sistema sobre la electricidad del cuerpo humano².» «Hemos consultado, dice el Sr. Montfalcon, sobre esta observacion tan extraordinaria á los médicos que han visto y asistido á la enferma; y ninguno de ellos se ha apercibido de los milagros que á Petetin le ha dado la gana de describir-

¹ Diccionario de Medicina, tomo XIII, art. MAGNETISMO.

² Fisiología, tomo II, art. SENSACION.

«nos.» Tales son los fenómenos que se miran como magnéticos. ¿En dónde está aquí el fluido magnético que los ha producido? ¿de quién han emanado? ¿bajo la influencia de qué voluntad, por qué intencion, por qué proceder, por qué gesto y por qué palabra? Nada de todo esto ha existido. Si estos hechos son verdicos, ¿qué viene á ser el magnetismo? porque no le pertenecen; pues que son del dominio de la fisiología, ó mas bien de la patología, y en este caso ya no hay magnetismo.

Si estos mismos hechos son falsos, fingidos ó inventados, como así lo piensan hoy todos los sabios, excepto Rostan, ¿qué pensaremos de todos los fenómenos maravillosos del magnetismo, que les son en todo punto parecidos? No hay mas que negar puramente los unos y los otros.

Resulta, pues, de todo lo que precede que el fluido magnético ó mas bien el fluido nervioso, considerado como agente del magnetismo animal, segun Rostan, y la atmósfera nerviosa del mismo autor son entes de razon, puras hipótesis que no justifica ningun hecho, y que no prueba rigurosamente ninguna observacion fisiológica.

CAPÍTULO VII.

TERAPÉUTICA MAGNÉTICA, Ó APLICACION DEL MAGNETISMO ANIMAL AL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES.

Si es verdad que se hayan curado realmente con las prácticas magnéticas algunas enfermedades nerviosas ó morales, esta suerte de curaciones deben atribuirse al poder de la terapéutica ordinaria, es decir de la medicina moral, y no á una virtud especial, propia é inherente al magnetismo animal. Se sabe efectivamente que sabiendo explotar con habilidad la influencia nerviosa, sorprendiendo á propósito la imaginacion de los enfermos nevropáticos, melancólicos, hipocondríacos, histéricos, etc., se suelen obtener muy buenos resultados: los fastos de la medicina están llenos de curaciones semejantes, que es supérfluo referir aquí, pues que de ello hemos hablado suficientemente en el capítulo III.

No hay, pues, curacion alguna conseguida por las prácticas magnéticas que no se hubiese podido obtener con la verdadera medicina, de una manera mas conveniente y mas segura en todos conceptos.

¿Cuántos males y cuántos accidentes no pueden ocasionar las prácticas perturbadoras del magnetismo animal? Los mismos magnetizadores lo confiesan. El Sr. Bertrand nos dice, que «nada es tan comun como ver experimentar á los enfermos los mas terribles accidentes, de resultas de las ideas que han concebido en el somnambulismo.» El Dr. Dupau nos enseña, que «el resultado mas comun de las prácticas del magnetismo animal es el desarrollar enfermedades nerviosas, y ocasionarlas á las personas que á ellas estaban algo predispuestas.» Rostan asegura, que «el magnetismo mal dirigido puede causar graves accidentes. Yo mismo le he visto producir malestar general, dolores vivos, cefalalgias pertinaces, cardialgias violentas, pasajeras parálisis,

«nos.» Tales son los fenómenos que se miran como magnéticos. ¿En dónde está aquí el fluido magnético que los ha producido? ¿de quién han emanado? ¿bajo la influencia de qué voluntad, por qué intencion, por qué proceder, por qué gesto y por qué palabra? Nada de todo esto ha existido. Si estos hechos son verdicos, ¿qué viene á ser el magnetismo? porque no le pertenecen; pues que son del dominio de la fisiología, ó mas bien de la patología, y en este caso ya no hay magnetismo.

Si estos mismos hechos son falsos, fingidos ó inventados, como así lo piensan hoy todos los sabios, excepto Rostan, ¿qué pensaremos de todos los fenómenos maravillosos del magnetismo, que les son en todo punto parecidos? No hay mas que negar puramente los unos y los otros.

Resulta, pues, de todo lo que precede que el fluido magnético ó mas bien el fluido nervioso, considerado como agente del magnetismo animal, segun Rostan, y la atmósfera nerviosa del mismo autor son entes de razon, puras hipótesis que no justifica ningun hecho, y que no prueba rigurosamente ninguna observacion fisiológica.

CAPÍTULO VII.

TERAPÉUTICA MAGNÉTICA, Ó APLICACION DEL MAGNETISMO ANIMAL AL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES.

Si es verdad que se hayan curado realmente con las prácticas magnéticas algunas enfermedades nerviosas ó morales, esta suerte de curaciones deben atribuirse al poder de la terapéutica ordinaria, es decir de la medicina moral, y no á una virtud especial, propia é inherente al magnetismo animal. Se sabe efectivamente que sabiendo explotar con habilidad la influencia nerviosa, sorprendiendo á propósito la imaginacion de los enfermos nevropáticos, melancólicos, hipocondríacos, histéricos, etc., se suelen obtener muy buenos resultados: los fastos de la medicina están llenos de curaciones semejantes, que es supérfluo referir aquí, pues que de ello hemos hablado suficientemente en el capítulo III.

No hay, pues, curacion alguna conseguida por las prácticas magnéticas que no se hubiese podido obtener con la verdadera medicina, de una manera mas conveniente y mas segura en todos conceptos.

¿Cuántos males y cuántos accidentes no pueden ocasionar las prácticas perturbadoras del magnetismo animal? Los mismos magnetizadores lo confiesan. El Sr. Bertrand nos dice, que «nada es tan comun como ver experimentar á los enfermos los mas terribles accidentes, de resultas de las ideas que han concebido en el somnambulismo.» El Dr. Dupau nos enseña, que «el resultado mas comun de las prácticas del magnetismo animal es el desarrollar enfermedades nerviosas, y ocasionarlas á las personas que á ellas estaban algo predispuestas.» Rostan asegura, que «el magnetismo mal dirigido puede causar graves accidentes. Yo mismo le he visto producir malestar general, dolores vivos, cefalalgias pertinaces, cardialgias violentas, pasajeras parálisis,

«pero muy incómodas y dolorosas, un trastorno general que pre-
«dispone á todas las neurosis, una fatiga excesiva, una gran de-
«bilidad, una extrema demacracion, la sofocacion y la asfixia; y
«no dudo que pudiese producir la muerte misma, si alguno se
«atrebiese á paralizar los músculos de la respiracion. Muchas ve-
«ces se han visto resultar la melancolía y la enajenacion mental.»

Finalmente, cítanse enfermos que han sucumbido en manos de los magnetizadores.

Dejémonos, pues, de medicina magnética. Que los médicos que ejercen su noble profesion con dignidad y con alguna elevacion filosófica desprecien y desechen tal auxiliar, y la manden á su hermana la homeopatía. Los médicos dignos de este nombre conocen y saben apreciar su alta y celestial mision; tienen fe en ella, y esto les basta. Y en efecto, un médico sábio, hábil y amigo de los hombres, que posee la conciencia de su deber, sabe en caso necesario emplear la medicina moral ó la medicina del corazon; sabe simpatizar é identificarse en algun modo con sus semejantes que padecen, porque los ama y es sensible á sus males. ¿Está un alma penetrada de dolor, se halla en los trances de la desesperacion? aparece de repente con calma y serenidad el hombre que sabe compadecer las agonias de su semejante; destila caritativamente en este corazon ulcerado el saludable bálsamo del consuelo, rodea al ser doliente de imágenes risueñas, tal vez de inocentes ilusiones; hace brillar á sus ojos la dulce esperanza, la aurora de una curacion próxima y cierta, y entre tanto estas palabras amigas bajan cual benéfico focio á este corazon alligido, llevando al alma inquieta y agitada la resignacion, la serenidad y la calma.

Este es el magnetismo que los médicos emplean diariamente con los mas felices resultados. ¿Cuánto distan de este proceder de humanidad y de caridad, que nos enseñan la Religion y la naturaleza, las prácticas singulares y muchas veces indecentes de las charlatanerías, de las decepciones y de las mentiras del magnetismo animal.

CAPÍTULO VIII.

PELIGROS MORALES DEL MAGNETISMO ANIMAL.

QUE sea ó no el magnetismo una ciencia verdadera ó falsa, una ciencia misteriosa, oculta, cabalística, mágica ó diabólica, poco nos importa en la cuestion grave y terrible que vamos á proponer. Siempre es cierto que existe el magnetismo animal algunas veces por el somnambulismo que determina, otras por los fenómenos ó accidentes nerviosos que produce, y finalmente por los procederes que le constituyen. El peligro moral ¿no estriba acaso en estos procederes, en estos accidentes nerviosos, y sobre todo, en este somnambulismo magnético? Esto es lo que vamos á examinar detalladamente.

Peligro en los procederes. Hé aquí por de pronto, segun Rostan, el resumen de las principales cualidades que debe poseer el magnetizador: «Es necesario que este no tenga nada que sea repugnante, que esté en buena salud, en la fuerza de la edad ó en la edad madura; que sea grave, cariñoso, y superior si es posible á la persona magnetizada... y que ejerza sobre esta algun ascendiente.» En otra parte añade el mismo autor: «Entre los que ejercen el magnetismo, los que logran mejor éxito son los que son vivos, ardientes y entusiastas.» Y por lo que hace á las personas magnéticas, las mejores son las muchachas muy nerviosas, sensibles, impresionables, y sobre todo histéricas, es decir, mas ó menos ardientes, apasionadas y erotómanas.

Acordaos de las condiciones y de las actitudes que prescribe la ciencia de Mesmer al magnetizador y á la magnetizada: sentados el uno frente del otro, tocándose con los piés, con las rodillas y sobre todo con las manos, y hasta con los ojos, es decir, mirándose continuamente: despues de estos preliminares afectuo-

— 314 —
sos vienen otros diferentes tocamientos en la cabeza, en las espaldas, en los brazos, que se prolongan hasta los piés, y algunas veces en el epigastro, etc., etc. No es ciertamente necesario ser gran moralista, ni tener un gran conocimiento del corazón humano, para juzgar del efecto que pueden producir estas misteriosas maniobras en una jóven impresionable y toda palpitante de trastorno y de emoción, y tal vez en el grave y estóico magnetizador, *que no ofrece nada de repugnante, que está en perfecta salud y en la fuerza de la edad*; es decir, que es jóven, hermoso y lleno de medios. Y ¿qué sucederá si la magnetizada es una histérica, como ocurre muchas veces? porque las histéricas son las más á propósito para los grandes efectos magnéticos. Los médicos experimentados conocen el maravilloso instinto de algunas histéricas, con el cual á ojos cerrados y en las tinieblas sienten perfectamente la presencia y la aproximación de los hombres, y por un género de *lucidez* que las es propio, no *somnábulo*, distinguen sin equivocarse las personas del sexo contrario.

¡De cuánta prudencia, de cuántas precauciones no están obligados á usar con las mujeres los médicos honrados, prudentes, delicados y virtuosos en el ejercicio de su ministerio! ¡Qué seriedad de exterior, qué austeridad, qué gravedad, qué severidad de costumbres, y qué circunspección en el lenguaje no les impone su alta y temible misión! Así pues, si los médicos mismos con carácter y misión de ciencia, de profesión y de moralidad, se imponen una reserva tan exacta y tan escrupulosa, con el temor sin duda bien fundado de provocar una expansión nerviosa demasiado fuerte, y de excitar ó despertar la sensibilidad afectiva, y más que todo la susceptibilidad erótica; ¿cómo podremos excusar la conducta imprudente y temeraria de ciertas gentes, que sin carácter ni misión, sin moralidad ni ciencia, se entregan con tanta ligereza á prácticas, cuyo funesto y terrible resultado han estado lejos de calcular, y todo ello sin motivo suficiente, sin fin legítimo, con el pretexto de curar! Pero ya hemos visto más arriba que esta pretensión es en su objeto ilusoria y quimérica. ¡Imprudentes! ¡qué inmensa responsabilidad cargan sobre sí! ¡qué motivos de temor para la moral pública en un punto de consecuencias tan graves y espantosas!

— 315 —
Peligros en los fenómenos ó accidentes nerviosos. No siendo este segundo estado sino el precursor del tercero ó del somnambulismo magnético, no nos detendremos en él; bastará decir por anticipación que es, según nosotros, una suerte de inmoralidad el provocar estos diversos accidentes, esta gran perturbación nerviosa, estos movimientos convulsivos, estos espasmos histéricos; y sobre todo, lo repetimos, hay inmoralidad en hacer perder el sentido á una jóven, y privarla por consiguiente de su libre albedrío: esta aserción se verá mejor en el párrafo siguiente.

Peligros en el somnambulismo magnético. Aquí está el grande escollo en el cual pueden hacer el más triste y el más deplorable naufragio la inocencia y la virtud. Querría poder terminar aquí, y no estar obligado á descubrir tanta vergüenza y tanta ignominia; mas la voz severa de mi conciencia y el sentimiento del deber me prohíben guardar un silencio cobarde y culpable.

Si son ciertos los horrores y las infamias que me han revelado últimamente, y de las que desgraciadamente no puedo dudar, adquiero en este caso la dolorosa y triste convicción de que el magnetismo animal puede llegar á ser el medio de corrupción más execrable que haya jamás salido del infierno... y no se diga que los hombres abusan de todo para el mal, como de la medicina, de la química, etc. Á esto respondo que no abusan sino de lo que es bueno, y de lo que se usa legítima y honestamente; que el abuso supone siempre el uso honesto y legítimo de una cosa realmente útil á la sociedad. Por eso se dice el abuso de la medicina, porque se conoce su uso legítimo y honesto; y nunca se dirá el abuso de la usura ó del libertinaje, porque su uso honesto y legítimo nos es desconocido; estas cosas por su existencia misma constituyen ya un desorden. Resulta, pues, que no puede decirse que se abusa del magnetismo, porque no se conoce su legítimo uso, por la razón de que el magnetismo no es reconocido por una cosa útil á la sociedad: se sigue, finalmente, que la práctica del magnetismo debe ser mirada no solo como inútil á la sociedad, sino aun como perjudicial, en el sentido que tiende siempre directamente hácia el desorden y el vicio; y bajo este concepto debe el moralista cristiano asimilar el magnetismo animal á los juegos prohibidos, á las danzas con la promiscuación de sexos,

conocidas con el nombre de bailes, á los teatros, y á estos desórdenes de todo género que nos reproducen anualmente estos dias de licencia ó bacanales y saturnales que nos legara el Paganismo. Todo el mundo sabe que estas fuentes de corrupcion nos vienen del culto de los idólatras, de las supersticiones y de las fiestas paganas: solo faltan las palestras de los gladiadores; pero ¿acaso nuestros duelos y nuestros suicidios no reemplazan á estos espectáculos de sangre y de carniceria? Concluyamos, pues, que todas estas causas de desmoralizacion son no solamente inútiles al orden social, sino contrarias á las buenas costumbres; que conducen directamente al vicio y al desorden, y que á este título deben considerarse como invenciones inmorales y satánicas, con las cuales el genio del mal y el espíritu del error y de la mentira alucina y seduce desgraciadamente á la gran masa de la pobre humanidad.

Hé aqui bajo el punto de vista de la moral pública el parecer de un fisiólogo sabio, el Dr. Dupau: «No puede ponerse en duda el que no ejerza el magnetizador una influencia moral muy grande sobre la persona somnábula. Su voluntad, dormida en algún modo, no se resiste á las órdenes de su magnetizador; no se pueden, pues, entonces conocer los secretos de las familias, penetrar en los intereses mas caros y los mas sagrados, etc.? Mas; de estas relaciones intimas, de este cambio de miradas animadas con los sentimientos mas dulces, con impresiones singulares y agradables, de este estado totalmente nuevo en el que caen los somnábulo, nace una inclinacion entera y absoluta hácia el magnetizador. Llevado el reconocimiento hasta el entusiasmo de la pasion, exalta todos los sentimientos afectuosos: ahora juzgad de lo que sucederá si la somnábula es una jóven, y el magnetizador tiene cualidades para agradar. Rostan dice, que ella le seguiria como un perro sigue á su amo.» (Diccionario de Medicina, art. MAGNETISMO, p. 459). Sin que adoptemos á la letra esta comparacion ridicula, concluyo con este médico, que el magnetismo animal compromete la salud de los individuos, la moral pública y la seguridad de las familias ¹.

¹ Cartas filosóficas y morales sobre el magnetismo animal, dirigidas al señor profesor Aliber.

El mismo autor en la pág. 245 nos dice, que «el Dr. Reclamier ha referido muchos casos de preñez sobrevenida de resultas del magnetismo animal, y que el Dr. Magendie ha contado hechos de personas que han fallecido bajo la influencia de este arte.»

Pero á fin de que no se diga que hablamos bajo la impresion de una prevencion fuerte, y que exageramos los riesgos atribuidos á la práctica del magnetismo animal por un buen motivo, ó el deseo de prevenir desórdenes posibles, vamos á referir aquí la alta instruccion que formula limpiamente sobre este punto un profesor distinguido de la Facultad de Medicina de París, y sin contradiccion el defensor mas ilustrado del magnetismo animal, á saber, el mismo Dr. Rostan. Estas son sus palabras solemnes y sacramentales:

«La persona magnetizada se halla en la dependencia absoluta del magnetizador, y no tiene otra voluntad que la de este; aun mas, si quisiese oponerse á su magnetizador, este puede, si le da la gana, quitarla la facultad de obrar, y hasta la de hablar, lo que es uno de los fenómenos que se producen con mayor facilidad. ¿Qué consecuencias tan terribles no podrá tener esta omnipotencia? ¿Qué mujer, qué muchacha estará segura de salir sin mancha de manos de un magnetizador, que habrá obrado con tanta mas seguridad, cuanto el recuerdo de lo que ha pasado se borró enteramente al despertar? El magnetismo, es necesario repetirlo altamente, compromete en el mayor grado el honor de las familias, y bajo este concepto debe ser señalado á los Gobiernos. Pero supongamos un momento que el magnetizador, que comunmente es jóven ó adulto y dotado de una buena salud, resista á la facilidad de abusar de su somnábula; que su virtud le haga triunfar de la sesion á solas y de la impunidad; que avergonzado de su perfidia rechace con horror toda idea criminal, lo que es exigir mucho de la humanidad, ¿cuántos otros peligros quedan todavía?

«¿No puede un magnetizador robar secretos importantes y convertirlos en su provecho? ¿Se ignora que el honor de las familias depende muchas veces del secreto de ciertas circunstancias? En una se oculta su origen, en otra la fortuna; en esta la enfer-

«medad de uno de sus individuos, en aquella un proyecto ambicioso, etc. El descubrimiento de cualquiera de estos secretos ¿no puede causar la desgracia de una familia entera? Aun no es esto todo. Se ha negado la influencia de los sexos, y se ha hecho mal; porque esta influencia es poderosa. La somnambulización contrae hacia su magnetizador un reconocimiento, una inclinación sin límites; y de esto á una verdadera pasión no es largo el camino. Yo creo que si es fácil la violencia, lo es mas la seducción, menos odiosa que la primera. ¿Cómo resistir á tocamientos reiterados, á miradas tiernas, á una cohabitación diaria, á testimonios de interés por una parte, y de reconocimiento por otra? Esto no es posible; se establece la intimidad... se prevén los resultados.

«No pretendo que suceda siempre así; sé que se pueden magnetizar mujeres que no son jóvenes ni bonitas, con las cuales y por las cuales no hay nada que temer. Diré aun que esto ha sucedido en la mayor parte de los casos¹; pero quiero decir solamente que es una ocasión de corrupción para las costumbres, y que hay gentes que deben sucumbir á la tentación, etc. Así el magnetismo puede ser perjudicial á la salud, y perjudicial á la moral pública: para obviar á estos inconvenientes debería el Gobierno prohibirlo con severidad, y no permitirlo sino á gentes que ofreciesen todas las garantías².»

Si con tanta energía se explican los médicos sobre los desórdenes ó males que puede ocasionar la práctica del magnetismo, no es extraño que un obispo, depositario de la verdad, se levante

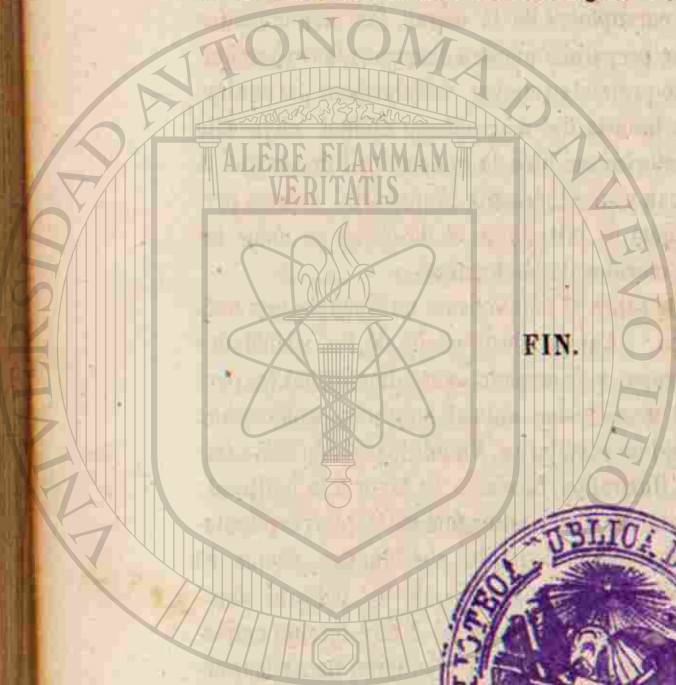
¹ Debemos convenir, en efecto, que en la mayor parte de los casos nada habría que temer en magnetizar mujeres viejas y feas; pero esto es justamente lo que no se hace, y por buena razón sin duda; y sea dicho de paso, ¿por qué este ministerio no está entregado á las mujeres? ¿No tienen nervios acaso como los hombres, y por consiguiente, según el arte, un fluido nervioso ó magnético? ¿carecen acaso de buena voluntad? ¿no son afectuosas? ¿y no ejercen acaso también influencia y ascendiente? Sin embargo, prevalece lo contrario. Se necesitan hombres, y hombres de cabeza, capaces de sostener el peso de la ciencia magnética, y sobre todo, que estén en la fuerza de la edad y robustos.

² Diccionario de Medicina, art. MAGNETISMO, pág. 438, y Curso de Higiene, pág. 245 y 246.

contra la ciencia mentirosa y corruptora de Mesmer. El señor obispo de Moulins decia en su pastoral para el jubileo de 1836: «Nos levantaremos contra estas tenebrosas invenciones, estos misteriosos descubrimientos de pretendidos sábios modernos, adeptos del materialismo y corruptores de la moral, tan bien acogidos en la época en que se preparaba nuestra desgraciada revolución, y cuyo escándalo se pretende renovar. Señalaremos particularmente esta ciencia funesta del magnetismo animal, cuya sola denominación caracteriza tan bien la inmoralidad de los que la profesan, la practican y se esfuerzan á propagarla, ciencia perturbadora, cuyo objeto es introducir el desorden en todas las facultades físicas y morales de los hombres.»

Daremos finalmente sobre el magnetismo un trozo de una nota del conde de Robiano: «Aunque despreciado de las sociedades científicas de la Europa, y desechado generalmente por las personas virtuosas, el magnetismo animal continúa prometiendo maravillas, y haciéndose partidarios. Viéndose privado del sufragio de los hombres ilustrados, busca en su favor á la multitud; á fuerza de perseverancia ó de obstinación se le querría popularizar, y llegar de este modo á disimular sus funestos efectos. El atractivo de la novedad y la ignorancia de los peligros impiden que se detenga el magnetismo animal. Entre los que empiezan á practicarlo y los que se hacen ó se quieren hacer magnetizar, los hay de buena fe y sin desconfianza, porque no conocen los tristes resultados que enseña la experiencia, y favorecen así el progreso del mal. En efecto, es constante que el magnetismo animal excita y fomenta habitualmente pasiones desordenadas, provoca á la licencia las costumbres, y deprava las conciencias. Los miembros de la Academia de Medicina que, en el reinado de Luis XVI, observaron los fenómenos del magnetismo hablaban así de él, añadiendo especialmente en el parte, que el régimen magnético no puede ser sino perjudicial á las costumbres.» «Nosotros también, dice otro autor citado por el conde Robiano, podemos decir que sabemos que en Alemania y en Francia el libertinaje somnambólico ha sido uno de los secretos poderosos del infierno para desmoralizar á los hombres; y nótese bien que la inmoralidad de que hablamos no es un accidente fortuito ni

«pasajero: inherente al somnambulismo, mancha casi todas las víctimas, excita emociones condenables, y enciende pasiones vergonzosas.» (Véase en nuestro *Tratado sobre la teología moral* la sentencia de Roma contra los magnetizadores).

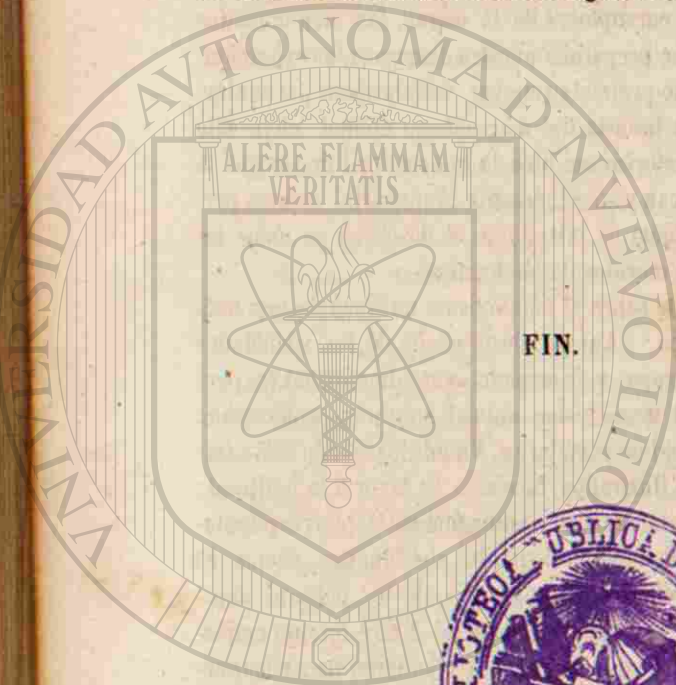


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
INTRODUCCION.	7
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE EL MATERIALISMO MODERNO.	
CAPÍTULO I. Consideraciones preliminares.	21
CAPÍTULO II. Sensualismo de Locke, de Condillac, de Destutt de Tracy; nota crítica sobre la parte filosófica ó psicológica de la fisiología de Richerand. Eclectismo anticatólico, Panteísmo moderno.	34
CAPÍTULO III. Materialismo de Cabanis, de Georget, y de Broussais.	45
CAPÍTULO IV. Extracto analítico y razonado del sistema filosófico de Laromiguière sobre las causas y los orígenes de las ideas.	59
CAPÍTULO V. Continuación del mismo asunto: solución de algunas dificultades, etc.	69
CAPÍTULO VI. Continuación del mismo asunto.	79
CAPÍTULO VII. Algunas reflexiones sobre la filosofía del Sr. de Bonald.	84
CAPÍTULO VIII. Noticia de la fisiología ideológica.	92
CAPÍTULO IX. Pruebas de la inmaterialidad, de la simplicidad, ó de la espiritualidad del alma humana.	96
CAPÍTULO X. Algunas reflexiones morales.	108
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE DIVERSOS PUNTOS.	
NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.	113
SISTEMA FRENOLÓGICO.	142
FRENOLÓGIA DE BROUSSAIS.	167
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE EL SUICIDIO.	
Reflexiones preliminares.	185
I.— El suicidio es un crimen contra Dios.	186
II.— El suicidio es un crimen contra la sociedad.	187

«pasajero: inherente al somnambulismo, mancha casi todas las «víctimas, excita emociones condenables, y enciende pasiones «vergonzosas.» (Véase en nuestro *Tratado sobre la teología moral* la sentencia de Roma contra los magnetizadores).



FIN.

ÍNDICE.

	Pág.
INTRODUCCION.	7
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE EL MATERIALISMO MODERNO.	
CAPÍTULO I. Consideraciones preliminares.	21
CAPÍTULO II. Sensualismo de Locke, de Condillac, de Destutt de Tracy; nota crítica sobre la parte filosófica ó psicológica de la fisiología de Richerand. Eclectismo anticatólico, Panteísmo moderno.	34
CAPÍTULO III. Materialismo de Cabanis, de Georget, y de Broussais.	45
CAPÍTULO IV. Extracto analítico y razonado del sistema filosófico de Laromiguière sobre las causas y los orígenes de las ideas.	59
CAPÍTULO V. Continuación del mismo asunto: solución de algunas dificultades, etc.	69
CAPÍTULO VI. Continuación del mismo asunto.	79
CAPÍTULO VII. Algunas reflexiones sobre la filosofía del Sr. de Bonald.	84
CAPÍTULO VIII. Noticia de la fisiología ideológica.	92
CAPÍTULO IX. Pruebas de la inmaterialidad, de la simplicidad, ó de la espiritualidad del alma humana.	96
CAPÍTULO X. Algunas reflexiones morales.	108
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE DIVERSOS PUNTOS.	
NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.	113
SISTEMA FRENOLÓGICO.	142
FRENOLÓGIA DE BROUSSAIS.	167
CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS SOBRE EL SUICIDIO.	
Reflexiones preliminares.	185
I.— El suicidio es un crimen contra Dios.	186
II.— El suicidio es un crimen contra la sociedad.	187

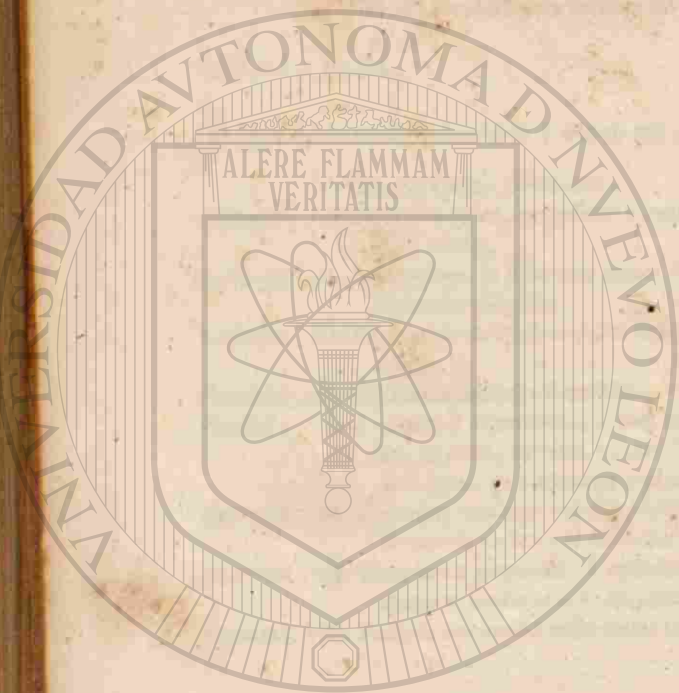
III. — El suicida comete un crimen contra sí mismo.	189
Causas del suicidio.	189
De las principales causas ocasionales ó determinantes del suicidio.	199
Causas ocasionales y determinantes.	200
Medios á propósito para contener los progresos del suicidio.	211
EL DUELO ó DESAFÍO.	219

EXÁMEN FILOSÓFICO, FISIOLÓGICO Y MORAL DEL MAGNETISMO ANIMAL.

Consideraciones preliminares.	239
CAPÍTULO I. Reseña histórica, procederes y condicion del magnetismo animal.	243
CAPÍTULO II. Conclusiones de diferentes partes dirigidos á muchas sociedades científicas.	248
CAPÍTULO III. Fenómenos fisiológicos y patológicos del magnetismo animal.	267
CAPÍTULO IV. Del somnambulismo magnético.	278
CAPÍTULO V. Fenómenos maravillosos, ó sean hechos antifisiológicos, es decir, extraños á todas las leyes conocidas de la física, de la fisiología y de la patología.	283
CAPÍTULO VI. Apreciacion del valor científico del magnetismo animal. Refutacion de la teoria de Rostan.	300
CAPÍTULO VII. Terapéutica magnética, ó aplicacion del magnetismo animal al tratamiento de las enfermedades.	311
CAPÍTULO VIII. Peligros morales del magnetismo animal.	313

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

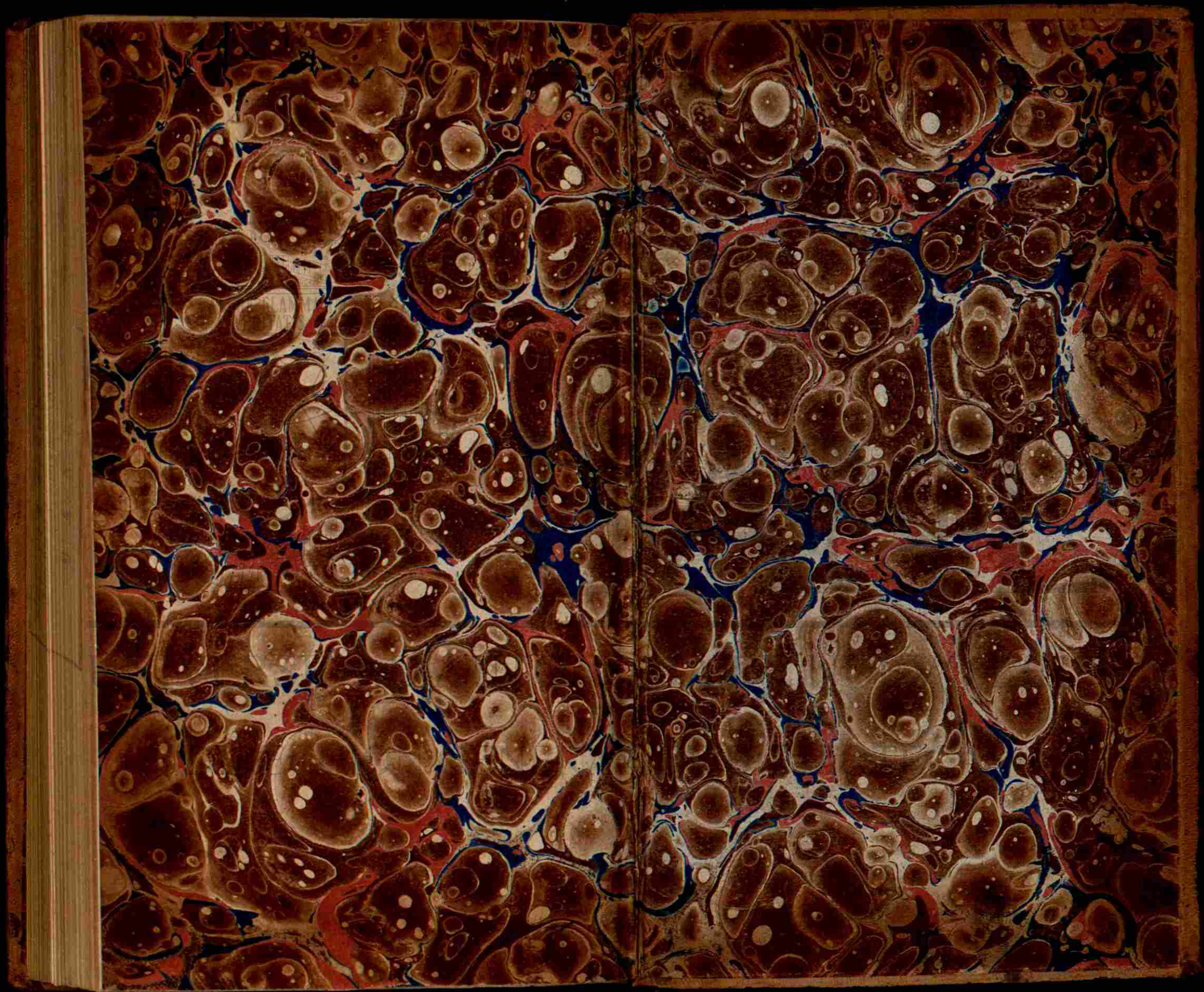
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LIOTE